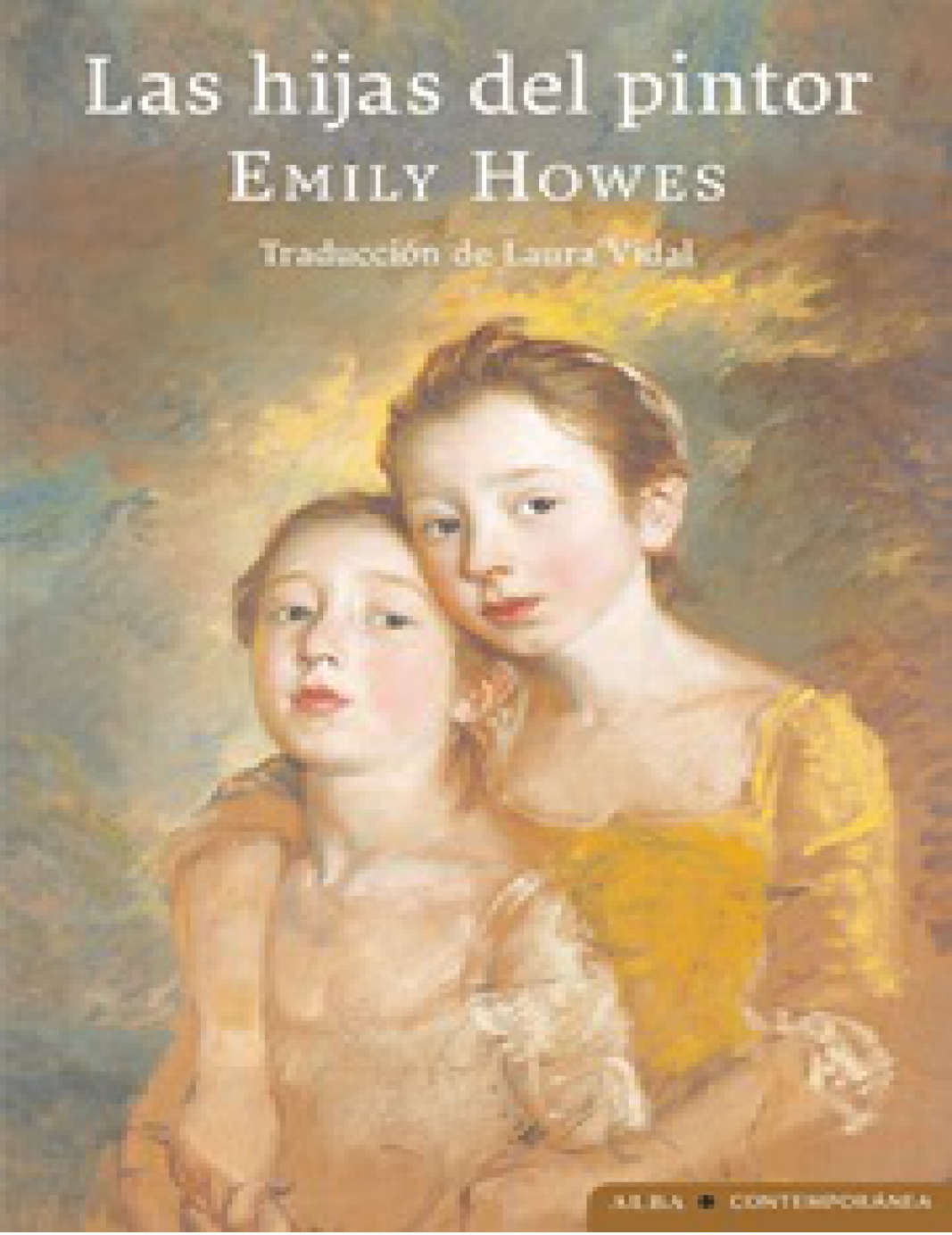
Las hijas del pintor

EMILY HOWES

Traducción de Laura Vidal



ALBA ■ CONTEMPORÁNEA

Annotation

Peggy y Molly son las hijas y modelos de Thomas Gainsborough, uno de los retratistas ingleses más famosos del siglo XVIII. Ellas, además de hermanas, son muy buenas amigas. Pero su universo infantil se quiebra cuando Molly empieza a sufrir unos extraños ataques en los que pierde conciencia de la realidad. Peggy asume en secreto el cuidado de su hermana, pues sabe que, si se descubre su enfermedad, será internada en un manicomio. Así crecen las dos, hasta el día en que Peggy se enamora de un amigo de su padre, el encantador compositor Johann Fischer. Las hijas del pintor es una novela tierna y oscura sobre dos jóvenes que se desviven por asemejarse a la imagen idealizada de ellas que su padre enseña al mundo en sus retratos. Es la lucha de dos hermanas por entender la historia de un pasado familiar que les ha sido escamoteado.

EMILY HOWES

Las hijas del pintor

Traducción de Laura Vidal

Alba

Título Original: *The Painter's Daughters*
Traductor: Vidal, Laura
©2024, Howes, Emily
©2024, Alba
Colección: ALBA CONTEMPORÁNEA
ISBN: 9788411780667
Generado con: QualityEbook v0.87

Emily Howes

Las hijas del pintor

Traducción
Laura Vidal

Portada

ALBA

A mi madre

Y en cuanto a la dulce Peggy Gainsborough, llevó una vida desinteresada, vio colmada su felicidad en el amor de sus seres queridos y nunca lamentó ni el rango ni el título que, por así decirlo, casi le habían sido impuestos.

EMILY BAKER,
Peggy Gainsborough: The Famous Painter's Daughter
[Peggy Gainsborough, la hija del famoso pintor], 1909

Quien no tiene sueños vivirá dentro de ellos.

ROBERT BURTON,
Anatomía de la melancolía, 1628

Primera parte

PEGGY

Pátina

Primero, el lienzo.

No uno, sino muchos. Grandes y oblongos que entran y salen cuidadosamente envueltos en sudarios. Como cadáveres, pensábamos siempre mientras los mirábamos desde la ventana. Como cuerpos enormes y rígidos, bajos, altos, flacos y anchos, uno para cada uno de los que venían en sus carruajes y a continuación se iban. Y bajo el sudario, retirado en la intimidad, enteramente blancos, despojados, como piel desnuda.

En su taller, los útiles están meticulosamente dispuestos, igual que los instrumentos de una orquesta: caballete, platillo para diluir, bastidor, tela imprimada, bastoncillo, lápices tan afilados como un alfiler o tan gruesos como un dedo, plumas de ganso y plumas de cisne, pincel bruñidor y pinceles de cerdas, uno para cada mota del ojo, para alisar cada cabello rugoso. Instrumentos para invocar la vida y a continuación pulirla hasta dejarla perfecta.

Es un sábado por la tarde de finales de agosto. Dentro de casa, con los postigos echados, hace calor y no corre aire. Y mi padre está empezando algo, a alguien.

La puerta del taller está entornada. Reina el silencio. Merodeamos, Molly y yo, con la esperanza de ser vistas.

Está de espaldas a nosotras, frotándose con los dedos la mejilla, allí donde la barba vespertina asoma ya. Delante de él, el lienzo espera. Con una mano sostiene algo pequeño y blanco. Lo moja en un pocillo poco profundo y, cuando lo saca, chorrea.

Una risita ahogada, un tablón que cruje. Se vuelve un poco.

—Me pregunto quién andará ahí.

Tratamos de no hacer ruido, pero Molly me da un pisotón.

—¡Identificaos ahora mismo!, o terminaréis a remojo en el agua de imprimar.

—Sabe que somos nosotras.

—Hola —digo, y mi voz suena demasiado fuerte en el silencio de la tarde.

Al vernos en el umbral, nos tiende la mano. Parece acalorado y exhausto.

—Entrad, vagabundas, y dejadme veros un momento antes de ponerme a trabajar. —Y cuando empujamos la puerta con excesiva avidez y golpea la pared, añade—: Pero tengo una jaqueca horrible, así que nada de cantar, bailar, chillar, discutir y, sobre todo, nada de colgárseme del cuello.

A Molly le gusta colgarse de su cuello a pesar de que es mayor que yo, y pesa más.

—¿Qué está haciendo? —le pregunto.

—Está lavando el lienzo —dice Molly—. Yo ya lo he visto.

—Lavándolo no, Molly, lo estoy preparando. Ven aquí y os lo enseñaré.

El estudio huele a pintura, a jabón, a cerveza añeja y a algo más que no conozco, pero que impregna las manos y el pelo de mi padre y también las solapas de su chaqueta.

—Veamos —dice—. Primero la Capitana, por ser más pequeña. Extiende la mano, Peg.

Alargo la mano con la palma hacia arriba y pone en ella una piedra, rugosa y blanca como un hueso. A continuación la envuelve con su manaza y guía la mía hasta mojar la piedra pómez en el pocillo de agua. Juntos la pasamos por el lienzo, alisando, eliminando los nudos y los bultos. Su mano está enrojecida y arrugada, es una mano trabajadora, y dentro de ella la mía es una concha.

—Eso es, mi Capitana —dice—. Con cuidado.

Mojamos de nuevo la piedra. No hay sonido a excepción de nuestra respiración y del suave chapoteo del agua en el pocillo y, después, la piedra arañando la piel del lienzo.

Molly espera a mi lado, mirando.

—¿Cuándo me toca? —dice—. ¿Cuándo me toca? ¿Me toca ya?

—Espera un momento, Molly mía.

—No te toca, Molly —digo—. Estoy yo aún.

Por el brazo me baja un reguero de agua en dirección a la manga del vestido y quiero que deje de hacerme cosquillas, pero también que siempre me toque a mí.

Molly se arrima, los rizos castaños le caen sobre la frente e intenta rozar a mi padre en el brazo para preguntarle de nuevo, pero se cruzan unas pisadas fuertes. Es nuestra madre, tiene gotas grandes de sudor sobre los labios y se acerca a nosotros hablando a toda velocidad.

Viene lady Astor, dice, para hablar de un retrato, así que tenemos que irnos enseguida, venga, Peggy, cámbiate inmediatamente de vestido, por delante está todo lleno de salpicaduras y churretes, además, no entiendo qué hacéis aquí salvo molestar a vuestro padre, que tiene cosas más importantes que hacer que cuidar a dos niñas pequeñas y por Dios bendito, Thomas, ¿es que siempre tiene que oler

a cerveza aquí?, y ya podéis salir y buscar otra ocupación. ¡Fuera, fuera, fuera!

Así pues nos destierran y salimos corriendo del taller, yo con las manos todavía chorreando. Juntas echamos a andar por el pasillo, en cuyas paredes retratos cuidadosamente colgados preguntan pero esto qué es, quiénes son estas dos niñas que se desvanecen como dos fantasmas escaleras arriba en busca de otra distracción, de otra forma de pasar el tiempo. Cuando nos invitan siempre es a las dos juntas, conspiramos juntas; somos recibidas, expulsadas, llamadas al orden siempre juntas. Y cuando a Molly se le olvida algo, yo se lo recuerdo.

Más tarde, cuando el lienzo está alisado y seco, intacto, impoluto y listo, nos enseñará a pintar la primera capa, de un rojo ocre intenso, el color de la tierra y de la sangre mezcladas. Porque el color de la tierra no mata los otros, nos dice, y nos da risa, que el rojo deje vivir a todos los demás colores. Rojo para la justicia, la virtud y la protección, verde para la esperanza, carnación para la sutileza y el engaño, verde papagayo para la lujuria. Mensajes ocultos destinados a advertir, a alabar, a halagar. Camuflados en el filo de una cinta o en la caída de la luz del sol. Una forma de magia que solo él conoce.

Desde aquellos días lejanos, siempre he pensado que los colores tienen vida propia, capacidad de actuar, como si fueran personajes de una historia clamando por hacerse oír. Yo ahora soy ese verde que se usa en las sombras, *terre verte*, quizá, la base tenue. Así se comportan los secretos. Pero de niña, durante los años en Ipswich, era rosa, el rosa suave de la carne, pálida e iridiscente contra el oscuro paisaje de Suffolk. Y Molly también. Por entonces las dos éramos del mismo color.

Marco

Nuestra casa es ancha, de piedra blanca y está en el corazón mismo de Ipswich, en Foundation Street. Dentro reina siempre la oscuridad, de invierno a verano, con escaleras que llevan a una sala que tiene las paredes cubiertas de rostros y más rostros: almirantes de gorro encarnado y clérigos de ojillos brillantes que te devuelven la mirada desde sus rectángulos polvorientos. Está nuestra madre, con su sombrero de los domingos. Nuestro abuelo, con peluca larga. Es el abuelo de nuestro padre, claro, al de nuestra madre tenemos prohibido mencionarlo. Y en el centro, bien altas, estamos nosotras, juntas, en un gran marco. No estamos exactamente en venta, sino para vender.

Miren y comprueben en lo que puede convertirlos nuestro padre, previo pago de su importe. Es lo que decimos. Nuestro padre puede detener el tiempo. Puede retenerlos dentro de los nudos y florituras de la madera dorada, capturarlos en movimiento, en plena respiración. Los verdes sombríos, oscuros se funden e intercalan en capas de pintura; ocre, siena tostada, caledonita. Yo trato de atrapar una mariposa, una blanquita de col, de las que abundan en los setos de Ipswich. Mis dedos se ciernen sobre sus alas cremosas. Ya la tengo, pienso siempre, y no es así. La mano que tengo extendida muestra arañazos de gato en el dorso, en el pulgar tengo algún resto pegajoso del almuerzo, y tierra debajo de las uñas. En cambio, la mano que tengo apoyada en la pared resplandece. Es perfecta. Caminamos entre sombras, nuestros vestidos relucen de blanco de plomo y amarillo Nápoles. Observo mi imagen al óleo y me pregunto qué ocurrirá a continuación. Que hará si logra atrapar la mariposa.

Cuando vienen los clientes debemos desaparecer, pero los vemos mirar nuestras caras pintadas desde nuestro escondite, detrás del pasamanos de la escalera. Molly me pasa un brazo por los hombros y nos agachamos mientras las chinelas de damasco de seda y los zapatos de cuero color castaño de la burguesía de Ipswich entran y salen igual que pequeñas criaturas, desgastando el lustre de los tablones del suelo. Cuando viene alguien de especial importancia, un terrateniente tal vez, o su menuda, estirada y empolvada esposa, mi madre sale al pasillo y dedica media hora a abrir y cerrar la puerta para ventilar la casa, porque, si el viento sopla en determinada dirección, llega el olor fuerte y acre del lúpulo de la cervecería. Y eso, dice mi madre, es poco elegante. Molly me susurra que lo que le parece poco elegante es

ponerse a abrir y cerrar la puerta igual que una gallina que intenta remontar el vuelo, y es lo más gracioso que he oído en mi vida. Durante un rato, jugamos a ser gallinas y saltamos por encima de los macizos de hierbas aromáticas del huerto, cloqueamos y batimos las alas hasta que Molly tropieza y se golpea la nariz con una de las estacas que dividen las plantas. Entonces hay sangre y llanto y sale nuestra madre a regañarnos.

El resto de las paredes de la casa no están cubiertas de caras, aún no. Son un mosaico de vistas de la campiña, de arroyos y prados y campesinos y carretas, también de árboles que ondean como si el viento soplara dentro de la pintura. Es lo que le gusta a mi padre, y cuando no tiene caras que terminar, coge su caballete, envuelve un poco de pan con queso en una servilleta y regresa tarde, colorado por el sol. A veces, si tenemos suerte, nos da cajas de pinceles y latas con agua para transportar y le seguimos campo a través igual que reyes magos portando obsequios. Cuando empieza a entornar los ojos y ya se ha olvidado de nosotras, salimos corriendo a jugar, a la caza de pequeñas criaturas de río o tesoros rotos en la orilla embarrada del Orwell.

Luego oiremos la voz de nuestra madre, como siempre, inquieta, alterada. «No puedo permitirlo, Thomas. Andan correteando por Ipswich igual que gatos salvajes. No nos hará ningún bien.» Y nuestro padre dirá: «Así crecí yo, Margaret, y no me hizo daño» y «No pienso dejar que envuelvan a mis hijas en sedas antes de tiempo» y «Déjalas disfrutar de su libertad por el momento, Margaret». Y ella insistirá en sus reproches, pero este es el único asunto en que no logra imponerse a él.

Cuando se ponga arisca y derrotada, mi padre le pasará un brazo por la cintura y dirá: «Ea, Margaret» y ella responderá: «No me beses, Thomas, porque te huele muchísimo el aliento a cerveza», pero él tirará de ella y ella se dejará hacer y volverá su cabeza redonda y reacia para permitir que los labios de ambos se toquen.

Además de campos amarillos y carros en ríos color pardo, nos pinta a las dos una y otra vez. Abrazadas, en una cercanía tan palpable que se siente, mirada franca. Con ropas color castaño de campesinas, que detestamos, y en nuestras sedas, peinándonos la una a la otra, lo que nos causa dolor de brazos. Y siempre que nos llama: «¡Moll! ¡Capitana! Venid a que os pintarrajee», dejamos lo que estemos haciendo, por muy apasionante y maravilloso que sea, lo abandonamos sin pensarlo dos veces y acudimos corriendo.

Si te quedas de pie en la luz tenue de su taller, es el lugar más silencioso del mundo. No es un silencio de ruido amortiguado y de ecos, como el de la iglesia. Es un sigilo contenido, una quietud tan densa que cada uno de tus movimientos, incluso hinchar el pecho al

respirar, se magnifica. Es como si mi padre hubiera obrado un hechizo y necesitara robarte una parte de ti para obrar su magia.

Nos pinta por última vez antes de que nos hagamos mayores, con un gato. Queremos mucho a ese gato, que se llama Barnstaple y se cuela por las ventanas abiertas en busca del calor de nuestro lecho. Es gordo y atigrado y le indigna ser inmortalizado al óleo. Tanto y con tanta furia se revuelve en nuestros brazos que al final solo está su silueta, la sombra que deja, con la boca abierta en señal de desaprobación y enseñando unos dientes fantasmales en protesta por su cautividad.

Mi padre tiene la intención de pintar el gato más tarde, pero Barnstaple es un experto vagabundo y continúa resistiéndose. Cada vez que mi padre tiene un momento libre, Barnstaple se ha ido a cazar ratones, y no atiende ni a nuestras llamadas ni a los tazones con arenques que dejamos en el escalón de la cocina para tentarlo. Y si mi padre lo espía cuando está hecho un ovillo en la cocina y entra sigiloso con un lápiz para tomar un boceto, el imperturbable Barnstaple abrirá un poco los ojos, saltará de donde esté encaramado, se desperezará con elegancia y saldrá por la puerta sin hacer ruido.

Después de que lady Astor se pierda en la tarde, envuelta en su nube de sedas gruesas, y mi padre salga del estudio secándose la frente para que mi madre le haga cuarenta preguntas sobre plazos y pagos, descansamos un rato en la salita, los cuatro solos.

Molly y yo estamos en el suelo, construyendo un palacio con nuestras viejas piezas de madera, y mi madre está en la mesa, sacando brillo a una tetera de plata con un bote lleno de algo tan negro que nadie diría que sirve para volver nada plateado, aunque se pasara el resto de su vida frotando. Mi padre está sentado con las piernas cruzadas, absorto en su lectura, abanicándose con un folleto.

Molly bosteza y arruga la nariz. Le veo todos los dientes en una pulcra y pequeña hilera, las húmedas encías rosa brillante y también lo que parece ser un trozo del jamón del almuerzo.

—¡Bonito espectáculo, Molly Gainsborough! —Mi madre horrorizada levanta la vista de la tetera—. ¡Cierra ahora mismo esa boca!

Molly la cierra de golpe.

—Igual que un bacalao —dice mi madre meneando la cabeza—. Dios bendito.

Entonces se acerca y le pone a Molly una mano en la frente y deseo que haga lo mismo conmigo porque es fresca y reconfortante.

—Tanto deambular por la noche es lo que la tiene bostezando durante el día.

Mira a mi padre y menea de nuevo la cabeza, como dando a entender que es culpa suya, pero él sigue leyendo, impertérrito.

—Thomas, decía que tanto deambular nocturno es lo que la tiene bostezando durante el día.

—Hum —dice mi padre, que es lo que suele decir cuando no le apetece hablar.

Es cierto que Molly camina en sueños, sale de debajo de las mantas y desaparece, de manera que, al despertar, me encuentro un hueco caliente y vacío donde debería estar ella y, aunque ocurre con frecuencia, siempre me asusta. Mi sueño se ha vuelto tan ligero que me despierto antes de que se mueva y la retengo para evitar el revuelo que se armará si sale y despierta a mi madre. Las discusiones, las preocupaciones y las sombras violáceas bajo los ojos de mi madre al día siguiente.

Molly está jugando, es lo que creo, pero por mucho que le insista, por la mañana finge no acordarse de nada. Mamá dice que habría que cerrar la puerta con llave, pero le suplico que no lo haga porque me da pesadillas. Nos imagino quemándonos vivas en nuestra alcoba, chillando asomadas a la calle o sacudiendo el pomo de la puerta mientras las llamas nos engullen.

—Esta niña no está bien. —Mi madre menea la cabeza.

—Se le pasará —dice mi padre sin alterarse—. Es bastante normal a esa edad.

—No todo es tan sencillo, Tom —dice mi madre mientras frota con fuerza la plata como si junto con las manchas pudiera borrar también el buen humor de mi padre—. Vas por la vida pensando que las cosas se arreglan solas.

A mí me parece una manera muy agradable de ir por la vida, en cambio es una idea que irrita a mi madre y no alcanzo a comprender por qué. Mis padres son como una balanza, pienso. Cuando él sube, ella baja, y es muy difícil equilibrarlos.

—Las niñas están sanas. Te preocupas demasiado, Margaret.

Mamá se muerde el interior del labio.

—Es posible.

—Deberíamos vivir en una ciudad —añade dejando el trapo, y mira a mi padre con una mano cansada en la cadera—. Donde las niñas pudieran aprender a conducirse de acuerdo a su clase y su linaje. Y donde tú pudieras prosperar.

—No es momento aún.

—No puedes seguir pintando eternamente en pueblos de mala muerte.

Papá se limita a tamborilear en la mesa con los dedos y no dice nada. ¿Por qué tiene mamá que complicarlo todo?, me pregunto. ¿Por qué no puede dejar que la vida sea fácil?

Y sin embargo hay veces en que, por muy buen humor que tenga mi padre, necesito a mi madre y a nadie más. Porque sabe vendar un

corte sin apretar demasiado, o preparar una leche caliente con whisky para aliviar el olor de oídos hasta que te olvidas de él. Esas cosas se le dan muy bien. A veces nos cuenta historias antes de dormir, historias secretas que susurra en la oscuridad. Y lo mejor de todo es que, cuando está de buen humor, o tiene un rato tranquila, nos deja abrir su cajón de tesoros, que guarda bajo llave, y sacarlos todos. Los colocamos uno a uno sobre la cama y los vamos cogiendo mientras ella se sienta y nos mira.

Está el collar de cuentas de jaspe verde y un tocado guarnecido con una cinta de seda, también unos pendientes que parecen gotas de agua. Hay un espejo y una cajita dorada con la letra F en la tapa y un dibujo en espiral alrededor. La caja es tan pequeña que me cabe en la mano y desaparece si cierro el puño. Me encanta jugar con ella, mirar sus bisagras diminutas y el dibujo de pájaros rojos y flores verdes. Es tan bonita y valiosa que me hace sentir extraña por dentro. También es un misterio, porque ni Molly ni yo conocemos a nadie cuyo nombre empiece por F.

—Era de mi madre —es todo lo que nos dice mamá. Y, cuando insistimos—: Fue un regalo.

Intento aferrarme a los hilos que deja sueltos para averiguar algo más, pues de la madre de mi madre no hablamos nunca, y esos hilos sueltos siempre desaparecen antes de que pueda tirar de ellos.

—¿Cómo se llamaba?

Fiona, pienso. Fiorentina. Francesca. Florence.

—Margaret. Como tú y yo.

Debo de poner cara de decepción, porque mi madre dice:

—Por el amor del cielo. Peggy es un nombre bonito y elegante. —Y añade, abrupta—: Deja eso, que vas a arrancar la tapa.

Entonces nos dice, como siempre, que es hora de recoger y dejar todo en su sitio, o la próxima vez que pidamos permiso para jugar con su cajón no nos lo dará. La diversión, con mi madre, siempre ha de estar bien atada, no vaya a escaparse. Ponemos los tesoros a buen recaudo y echamos la llave.

El verano sigue siendo cálido, tanto que en la cocina la mantequilla se derrite hasta formar charcos grasientos y las moscas revolotean atontadas alrededor de la carne. Molly y yo entramos descalzas para intentar refrescarnos las plantas de los pies, pero nuestra madre nos despacha con una única palabra y sin levantar la vista de la masa de hojaldre de la mesa.

—Largo.

—Pero es que hace tanto calor que me voy a morir —dice Molly.

Mi madre da un golpe raudo con su trapo y derriba un moscardón, que cae al suelo, donde permanece aturdido agitando sus patitas negras. A continuación blande el paño como si fuera a usarlo

también con nosotras.

—Largo —repite, y salimos corriendo por la puerta.

Yo todavía quepo por el agujero de la valla que limita la parte trasera del jardín, pero Molly empieza a ser demasiado grande y los bordes le arañan los brazos y le dejan marcas blancuzcas en la piel.

Tenemos demasiado calor para hablar y durante un rato deambulamos sin rumbo por los prados detrás de casa. Entonces Molly encuentra algo y me llama, acuclillada en la hierba crecida. Al principio pienso que es una amapola, una mancha roja y negra en el mar verde, pero, cuando me acerco, veo que es una mariposa aleteando en el suelo. Tiene un ala rasgada y vuela en círculos inútiles sobre la hierba estival. Hago un cuenco con las manos y la trasporto a través de los prados, su ala rota me hace unas cosquillas tan suaves que me dan ganas de reír y soltarla. Pero la mantengo a salvo todo el camino hasta la puerta de la cocina, donde ha ido mi padre a ver si le dan algo de comer, como le gusta decir, y está sentado en la mesa tosca, con la casaca sucia de harina y masticando un panecillo.

Mira la mariposa con el ala maltrecha.

—Es un almirante rojo. Ha debido de herirla un búho, o quizá otro pájaro.

La imagino con un gorro de almirante en miniatura, herida en un combate naval contra otro ejército de mariposas y dada por muerta.

Mi padre trae una lata vieja del estudio y la vacía, le hace un agujero en la tapa y nos la da. La llevamos arriba, a la intimidad de nuestra alcoba, escondida detrás de la espalda para que no la vea mi madre, quien nos dirá que los insectos tienen que estar fuera. Una vez a salvo, cerramos la puerta, abrimos la lata y miramos en silencio el aleteo aterrorizado de la mariposa.

No es blanca, como la del cuadro. Bajo dos puntos rojos, las alas son de un blanco suave y aterciopelado. Negro de humo. A veces mi padre nos cuenta historias de los orígenes de la pintura. Negro de marfil, hecho de huesos carbonizados. Negro de vid, de los tallos calcinados de las uvas. Índigo y rubia, de plantas y flores. Siena y sombra, de la tierra. Y negro de humo, por el hollín de las lámparas que arden en las ciudades. Molly no escucha porque esas cosas no le interesan, pero yo las memorizo todas y las recito en la oscuridad.

—Tenemos que curarla —dice Molly con decisión.

—¿Cómo?

—Tenemos que coserla, como los cirujanos.

—¿Cómo? —insisto, porque todavía no se me da muy bien coser tela y mucho menos mariposas, pero me gusta la idea de este juego.

Me manda a buscar su labor de bordado e, igual que un perrillo, troto obediente escaleras abajo en su busca. Cuando vuelvo, ladro y jadeo con la lengua fuera.

—Qué perrito tan bueno —dice Molly antes de coger la aguja y el hilo y arrancarlos de la labor—. Y ahora, déjate de juegos, Peg, porque esto es cirugía de verdad.

Alargo el cuello para mirar cómo enhebra el hilo con un lametón y pasa la aguja por la delicada ala. La mariposa se resiste, bate frenética su ala buena contra la caja de latón, y Molly empieza a tirar de la aguja con mano temblorosa.

—Estate quieta y deja de retorcerte —dice con la voz de nuestra madre e inclinada sobre la mariposa con el ceño fruncido—. No te resistas, porque será peor.

Yo la miro de pie y de brazos cruzados en el pegajoso calor. Cuando eres la pequeña, a menudo te corresponde mirar en vez de hacer, y eso me gusta. Mis dedos son más torpes que los de Molly y siempre me pincho cuando se me cae el dedal, pero además me gusta ver lo lista que es. Claro que también sufro por la mariposa, que trata tan desesperadamente de escapar mientras la aguja le perfora el ala fina como el papel.

—Le estamos haciendo daño.

—La estamos salvando —dice Molly—, y para salvarse habrá de empeorar antes de mejorar. La paciente no sabe lo que le conviene.

Me mira, interrumpe la cirugía con la aguja preparada.

—¿Te acuerdas de cuando papá tuvo dolor de muelas?

Me acuerdo y muy bien. De su oposición furiosa al cirujano y a su plan de este de arrancársela con un instrumento metálico y cuando mi madre intervino, le regañó, le dijo que no fuera cobarde y que el sufrimiento merecería la pena. Del silencio posterior y el alivio que sentí al verlo postrado en su butaca con un trapo ensangrentado pegado a la mejilla, jadeando igual que si hubiera corrido campo a través.

Asiento con la cabeza y Molly hace lo mismo y reanuda la tarea. Pero, a medida que la aguja mete y saca el hilo, el aleteo se debilita. Hasta que se detiene. Molly deja la aguja en la mesa con un tintineo.

—Pobre mariposa —dice—. No ha servido de nada.

Se me llenan los ojos de lágrimas calientes y, aunque sé que Molly va a decir que llorar no ayuda, no puedo pararlas. Estoy triste porque la mariposa ha muerto, pero más todavía porque pensé que podíamos salvarla.

—Es por la conmoción, Peggy, por la conmoción —dice Molly, como si hubiéramos perdido a un familiar—. No llores. Hemos intentado curarla, eso es todo. —Me rodea con sus brazos, acalorados y húmedos por el bochorno del día, y me dejo consolar, le empapo el cuello con mis lágrimas. La mariposa está exánime en su lata y pienso en lo extraño que resulta que algo muerto pueda estar mucho más quieto que algo que nunca estuvo vivo.

Una vez me he secado las lágrimas y Molly me ha consolado y besado la coronilla a pesar de que no la alcanza del todo, me manda escaleras abajo a robar una cuchara de la cocina para que podamos cavar un agujero en el jardín donde enterrar la mariposa. Llevamos la lata hasta el olmo y, a su sombra, sacamos la tierra seca a cucharadas hasta hacer un agujero. Luego dejamos la mariposa y la tapamos para que ningún animal pueda desenterrarla y comérsela, algo que, según dice Molly, es una preocupación de lo más fundada.

Nos acuclillamos descalzas sobre la sepultura diminuta y recitamos un poema sobre una mariposa que nos leyó mi padre de un libro, pero Molly se pierde a la mitad y lo termino yo sola. A Molly se le da mejor saber qué hacer, también ayudarme a preocuparme menos por las cosas y coser. En cambio las palabras tienden a escapársele.

Craquelado

Cuando se atenúa el calor estival es el momento de coger moras, que crecen cada año en un camino tan angosto y espinoso que casi no se le puede llamar camino. El viento de septiembre sopla en los campos, hace aletear nuestros vestidos como si un perro invisible tirara del orillo de las faldas con los dientes. Vadeamos charcos cenagosos riendo y tiritando cada vez que hundimos los pies en el barro. Es tonificante, dice papá.

—Está demasiado frío —dice Molly fingiendo que le castañetean los dientes, que aún tiene teñidos de morado.

—Es tonificante.

El barro se me mete entre los dedos de los pies con delicioso chapoteo mientras bordeamos el sendero agarrándonos al muro de piedra y tratando de no resbalar.

—¿Dónde dices que había?

—Junto a la verja blanca.

Hemos dejado los zapatos y las medias hechas una bola debajo de un seto. Cuando el barro empezó a ser demasiado profundo, Molly quiso dar la vuelta, pero las moras se están agriando y pronto desaparecerán, secas o picoteadas por pájaros. Y además, las quiero. Así que insistí y le tiré del vestido, la llamé insulsa y le supliqué hasta que me acompañó. Siempre soy yo la que se las arregla para meternos en apuros.

Me vuelvo y veo que me sigue, hundida en el barro hasta los tobillos y con la jarra de latón colgando a un lado. El viento le retira el pelo de la cara y la hace parecer un hombre que se ha quitado la peluca. Se lo digo y hace una mueca. No sé por qué siempre tengo ese impulso de decir cosas mezquinas a Molly, y a veces me prometo no hacerlo más. Pero el impulso siempre vuelve, igual que una comezón, y cuando está callada, como hoy, no logro contenerlo.

—Te pareces a Samuel Kilderbee, de Ipswich —digo, y me sube por dentro una burbuja de alegría, deliciosa. Samuel Kilderbee de Ipswich es uno de los retratados expuestos en nuestra sala de personas por las que sospecho que mi padre no sentía simpatía, pero que tuvo que pintar como si así fuera. Hay dos cuadros, uno de Samuel Kilderbee posando de lo más señorial, y otro debajo que contiene los verdaderos sentimientos de mi padre y en el que no está nada señorial. En ambos, sin embargo, tiene un pelo que da mucha risa.

Espero a que Molly haga otra mueca o me mande callar diciendo

que yo también tengo el pelo ridículo, o que soy yo la que se parece a Samuel Kilderbee de Ipswich. Pero solo dice:

—Tengo muchísimo frío —con una voz débil que no parece suya.

—Venga tonta, te echo una carrera hasta la verja —digo.

Pero no se mueve.

—Moll. Molly.

Se queda donde está mirando el cielo blanco y el viento le azota el rostro inexpresivo.

—Basta, Molly —digo otra vez, y me sale un hilo de voz.

Sus ojos me miran, pero ella no está. No está en su cara. Es como cuando los postigos se quedan abiertos de noche dejando ver cuadrados de negra ventana.

—Molly —digo sin respiración—, ¿por qué no me contestas?

El pánico me hinca sus uñas igual que un gato. De pronto me pregunto si no será como cuando yo me hice la muerta. Me tumbé en el suelo de la alcoba y simulé estar muerta hasta que Molly dejó de decir que sabía que estaba bromeando y empezó a asustarse.

Eso está haciendo, me digo. Gastarme una broma para asustarme y, aunque no es propio de ella, igual me lo merezco y quiere darme una lección.

—Molly, deja de fingir. —Tengo voz temblorosa. La sujeto por los brazos, que están gélidos, y la zarandeo, con suavidad al principio, luego más fuerte—. Basta.

Pero se limita a mirarme con los mismos ojos inexpresivos y la boca entreabierta aún manchada de color morado.

—Molly.

Nunca me he sentido tan pequeña, es como si estuviera al final de un largo túnel. Se me han llenado los ojos de lágrimas que me escuecen con cada dentellada de viento.

Y entonces, desde algún punto lejano, a través de los campos, oigo otra voz.

—¿Qué habéis hecho con los zapatos? —dice la voz—. ¿Y vuestros zapatos?

Levanto la vista y veo a nuestra madre recorriendo con paso tambaleante el camino azotado por el viento y, detrás de ella, la silueta delgada de mi padre. El alivio me invade a tal velocidad que creo que me voy a desmayar.

—¡A ver, par de tunantas! —grita mi madre—. ¿Qué habéis hecho con los zapatos y las medias? ¿Se puede saber dónde las habéis dejado?

—En el seto —digo.

Y el rostro de mi madre, rojo y lleno de manchas por la indignación y el esfuerzo, palidece cuando está lo bastante cerca para oírnos.

—¿Dónde has dicho?

—En el seto —repito, y me echo a reír sin poderlo remediar.

Molly me mira, veo que vuelve a ser ella y que está confusa, insegura. Un inmenso alivio se apodera de mí.

—¿Qué les pasa a estas niñas? —Mi madre se vuelve a mi padre —. ¿Cómo pueden ser así?

Pero mi padre solo dice:

—Margaret, hace frío y urge llevarlas a casa. Molly está azul. —Se quita el abrigo y envuelve a Moll en él—. Se ha malogrado la aventura, ¿no es así, Peg?

Asiento con la cabeza y me froto los brazos, que tengo de carne de gallina, y me pego a él, feliz de que nos hayan rescatado. Es una aventura malograda, nada más. No es más que una travesura y el resto no tiene importancia, tal y como dice mi padre. Las cosas se arreglarán solas. Pero mi madre no calla, el viento da tirones a su chal y, aunque intento no oírla, es imposible. Por primera vez sus preocupaciones calan en mí, se posan en el fondo de mi estómago igual que una piedra.

—¿Cómo vas a trabajar? —está diciendo mi madre—. ¿Cómo vas a ganarte la vida si tienes que salir a los campos a rescatar a tus hijas indómitas? Esto es lo que yo me temía cuando... No... Esto no puede ser, Thomas.

Mi padre sigue caminando con un brazo sobre mis hombros y una mano en el bolsillo, como si no la oyera.

—No pueden vagar así, por el campo —continúa mi madre, sin aliento—. ¡Descalzas! Descalzas y... tiritando como dos pillas. No es normal, Thomas. Es un comportamiento impropio de chicas que necesitan crecer como es debido, que necesitan prosperar y evitar... penalidades. Por eso debemos mudarnos a una ciudad, para atajar esto de raíz, este... comportamiento salvaje.

—A ver, ¿dónde dices que habéis dejado los zapatos? —me pregunta mi padre, y mi madre se cierra más el chal, exasperada.

Pero cuando llegamos a la verja blanca, nuestros zapatos y nuestras medias no están. Buscamos por todas partes, hasta terminar con las manos llenas de arañazos rojos por meterlas en el seto que flanquea todo el sendero, pero han desaparecido. Quizá alguien nos los ha robado, o nos los ha escondido para gastarnos una broma, qué más da. El caso es que no aparecen, así que volvemos a casa descalzas y nos sentamos en el murete mientras Sarah sale de la cocina con cubos de agua helada a limpiarnos el barro de los pies.

La discusión se prolonga en las habitaciones de abajo después de que nos manden a la cama. Molly está sentada a mi lado, callada, con las rodillas pegadas al pecho. Mi madre dice cosas que no sabe que oímos. Sobre que esto era lo que se temía cuando se casó con mi

padre. Sobre la equivocación que cometió, aunque no sé qué equivocación es esa, y sobre su padre, que Dios lo tenga en su gloria, y nuestro linaje, y más palabras de esas que se enredan y afloran cuando los adultos creen que nadie los oye.

Habla otra vez de abandonar Ipswich, de dejar nuestras tierras y nuestra casa. Pero yo solo puedo pensar en dónde se fue Molly cuando se ausentó. Y en lo que haré si vuelve a ocurrir. Quizá fue porque me burlé de ella. Quizá fue porque le dije que debíamos quitarnos los zapatos y las medias y dejarlos en el seto. No puedo evitarlo. Siempre se me ocurren cosas, me vienen tentaciones que no puedo resistir. Claro que también es posible que Molly estuviera fingiendo. Jugando a asustarme. Me gustaría que mi madre subiera y nos contara una de sus historias, que me acercara a su regazo y me pasara un brazo por la cintura para poder imaginar que se ata a mí. Pero está demasiado enfadada.

Salgo en silencio de la cama, me meto en la de Molly y me abrazo a ella. Aspiro el olor cálido de su pelo e intento no pensar en el miedo de largos tentáculos que se ha instalado dentro de mí. Miedo de las palabras de mi madre. «No es normal, Thomas.» Miedo del postigo que se cierra sobre los ojos de Molly. Miedo de lo pequeña y sola que me sentí en el camino. De cómo Molly desapareció de su propia cara, y de cómo nadie se dio cuenta, excepto yo.

Al día siguiente nos hacen bajar y nos dicen que no podemos volver a andar por ahí solas. No le digo a nadie que tampoco quiero. Que, de repente, me da miedo y que prefiero quedarme en casa. Pero el sol ha salido y ha vuelto dorados los campos y, para cuando atardece, estamos mirando lánguidas por la ventana a las golondrinas jugar sus locos y divertidos juegos bajo la luz que declina.

—Podríamos salir —dice Molly, vacilante—. Solo un ratito, ahora que no nos ve nadie.

—No —digo—. No me gusta cuando discuten.

Molly apoya la frente en la ventana.

—Pero si lo hacen todo el rato.

—De eso nada.

Molly pone los ojos en blanco.

—Supongo que ahora harás otro de tus «dibujos románticos».

Me gusta pintar a mi madre y a mi padre juntos, contentos, bailando o en el día de su boda, aunque no me salen exactamente como son y es injusto que Molly se burle de mí por eso.

—¿Por qué no contestaste en el camino? —pregunto de pronto.

—¿Qué?

—Te llamé un montón de veces, pero seguías con tu juego estúpido.

—¿Se puede saber de qué hablas? —dice.

La miro a los ojos, buceo en ellos para averiguar si finge no saber, pero los tiene abiertos y brillantes y, si esconden secretos, no los veo. Nos miramos un instante y luego Molly sale corriendo de la habitación levantando mucho los talones y da un portazo.

Pienso en seguirla y decirle que sé que miente. Pero entonces se me ocurre que quizá, después de todo, sea mejor que no lo hablemos. Tal vez, si no lo mencionamos, podamos fingir que nunca ha pasado.

Durante tres semanas enteras nuestro comportamiento es modélico. Casi empiezo a creer que ha funcionado, igual que los hechizos de mi padre. Que nos hemos pintado de niñas formales. Hasta que, una noche, me encuentro a Molly en el pasillo, inclinada sobre el pasamanos de la escalera y, unas noches después, me la encuentro de nuevo, esta vez en la cocina, dando una vuelta tras otra alrededor de la mesa y limpiándose las manos en el camisón, arriba y abajo, arriba y abajo.

—Molly, ven a la cama —susurro en la oscuridad—. Despierta.

Sigue caminando como si yo no hubiera hablado, va de un lado a otro, del queso envuelto en paño a los conejos desollados colgados de cuerdas junto a la pared.

—Molly, vas a despertar a mamá.

Cuando consigo acostarla, después de tirar de ella, de subir las escaleras con manos pegajosas de sudor y de taparla como puedo con el cobertor, me tumbo a su lado y miro el techo. Entonces las preocupaciones se cuelan en mis pensamientos igual que las sombras que trepan por la pared.

Molly está de costado, hecha un ovillo, con la boca abierta y parpadeando, como si viera cosas a pesar de estar dormida. Le cojo un mechón del enmarañado pelo castaño tan grueso como mi dedo y lo enrollo bien alrededor del poste de la cama. A continuación cojo otro mechón y me duermo con él en la mano.

En la luz normal y diáfana de la mañana miró nuestro retrato, en el que aparecemos peinándonos la una a la otra. Qué bonitas salimos, me digo, y qué formales.

Desde la aventura de las moras estamos siempre metidas en casa molestando, y hasta Sarah se ha hartado. Entonces un día se me engancha el pelo en el ojal de Molly y hay que mandar a buscar las tijeras de la cocina. Rizos castaños caen en la mesa igual que plumas.

—Vamos a ver —dice mi padre, y veo la risa asomar a su boca mientras se sirve un vaso de agua—. ¿No podrían estar algo más ocupadas y evitar así estos estropicios?

—Si eso piensas, cuídalas tú, Thomas —contesta mi madre entre tijeretazos furiosos—. Si tan sencillo te parece tenerlas ocupadas.

Y solo de pensarlo, el corazón me da tal brinco que casi se me pasa el disgusto por el pelo.

Ha montado el caballete en la orilla inclinada del Orwell a la última luz de sol, para pintar el bosque que bordea el campo, y está delante de él con los ojos entornados y dando pasos atrás y adelante, como sopesando el paisaje.

Molly se ha puesto a hacer una aldea con cosas que encuentra en la orilla embarrada y yo estoy en el prado con mi padre juntando unas cuantas hierbas espinosas para hacer banderas.

Cuando tengo las manos llenas, voy hasta la orilla, donde Molly me espera con la falda subida hasta la rodilla. Oigo la voz de mi padre.

—Espera, Peg.

Me vuelvo, sorprendida.

—Siéntate conmigo un momento.

Me dejo caer en el suelo desconcertada sin soltar mi maraña de ramas.

—¿Cómo está mi Peggy?

—Muy bien —digo con cautela—. Tengo un poco de hambre.

Veo que Molly levanta la vista y se pregunta por qué tardo tanto.

—Pues os habéis comido mi pan con queso, así que tendrás que esperar a cenar en casa.

—No pasa nada.

Cruzo las piernas y lo miro, atenta. Mi padre no suele dejar de pintar una vez empieza, si no es por algo importante.

Mira a Molly en la orilla pescando alguna cosa allí donde el agua forma charcos poco profundos.

—¿Y Molly? ¿Crees que es la misma, últimamente?

Pronuncia con cuidado, como si preguntara algo peligroso. El corazón empieza a darme saltos. Se supone que él es el adulto, el que lo sabe todo, pienso, y se supone que yo soy la niña que no.

—Sí, sí lo es —digo.

Es mentira. Es, si la memoria no me engaña, la primera vez que miento a mi padre. Pero no puedo evitar sentir que, si digo en voz alta que Molly no es la misma últimamente, que algo le ocurre, entonces será verdad.

—Sí —repito—. Sí lo es.

Mi padre cambia de postura, arranca una brizna de hierba y juguetea con ella.

—¿Y qué me dices de sus... paseos nocturnos?

Reprimo el recuerdo. De Molly en la cocina con ojos ausentes y muy abiertos. De la piel rosa brillante de los conejos en la pared.

—No —digo—. Todo va muy bien.

—¿No ha vuelto a ocurrir?

Miro a Molly con la cabeza inclinada y hablando consigo misma, tiene una piedra en cada mano.

—Solo es un poco soñadora, ¿no?

Mi padre ríe echando la cabeza tan atrás que le veo unos cuantos pelos rebeldes en el mentón, donde ha olvidado rasurarse.

—Sí, siempre ha sido una soñadora, Molly. Y eso no tiene nada de malo, Capitana. Larga vida a los soñadores.

Su alivio es como una brisa que me acaricia.

—Yo no soy soñadora —digo, aunque es algo que acabo de decidir.

—¿Y qué eres, pues?

—No lo sé aún. —Y a continuación, para ver qué tal suena, añado —: Quizá pintora.

—¿Así que pintora? —Me mira con la cabeza ladeada.

—Sí.

De pronto me siento desnuda, como una cebolla a la que acaban de pelar una capa. Pero algo en el tono en que mi padre pregunta: «¿Así que pintora?» me hace sentir menos tonta. Me doy cuenta de que está divertido, pero también atento, de que me mira para hacerme saber que soy importante. Quizá le pida que me enseñe ahora mismo, y estoy abriendo la boca para decir las palabras cuando, desde la orilla, llega un chillido de Molly.

Me levanto de un salto y sorteo cieno y guijarros a la carrera, pero, cuando llego a la orilla del río, veo que solo grita de decepción porque su aldea se ha desmoronado por exceso de peso. Está de pie con los brazos cruzados e intentando contener las lágrimas y se niega a mirarme, como si fuera culpa mía. Le pongo una mano en su hombro acalorado y le digo que construiremos otra, pero se sienta en el suelo y dice que no será lo mismo. Mi padre abandona el pincel, se arremanga los calzones y baja a reunirse con nosotras; el blanco de sus tobillos resalta contra el barro.

—Todos los imperios caen, Moll —dice al ver el revoltijo de palos y trozos de barro seco, y la coge en brazos mientras Molly medio ríe medio llora, vuelta hacia la orilla. Nos tumbamos los tres en la hierba y aspiro el olor húmedo del río y el tufillo a whisky del aliento de mi padre. Con dedos moteados de verde y castaño de pintura, nos señala las nubes que cruzan raudas el cielo y nos habla de los vientos, de dónde llegan y de cómo los usan los marinos para navegar las aguas.

—Los romanos los llamaban *venti* o cuatro vientos, de donde procede la expresión «reventar». ¿Sabéis lo que significa reventar? Es cuando algo estalla. Alguien está muy enfadado, quizá, o triste, como Molly por la destrucción de su tarea, y lo que siente sale al exterior con gran ímpetu.

—Reventar —digo, y soplo con suavidad en el aire caliente.

Nos explica los nombres antiguos de los vientos marinos, los de levante y de poniente, de los alisios y la calma chicha, y cómo una vez

fue a Londres a escuchar a un hombre hablar de cómo había navegado tan lejos que a punto estuvo de no volver nunca. Al cabo de un ratito, se pone de pie y sacude la hierba húmeda de los calzones.

—Tengo que volver al trabajo —dice.

Quiero abalanzarme sobre él, agarrarlo de la camisa y obligarlo a quedarse con nosotras, conseguir que no vuelva a coger el pincel, no hasta mañana, pero ya se ha ido, ha vuelto a su caballete.

Molly se sienta.

—Pues entonces vamos a buscar criaturas de río —dice.

Miro a mi padre ya con el ceño arrugado, mojando el pincel en el pocillo que ha traído y escurriéndolo en el trapo. El pequeño lienzo que tiene delante con sus pinceladas aceitosas castañas y amarillas.

—Peg —repite Molly—, ¿jugamos o qué?

Pero yo me pongo de pie y la dejo sentada en la hierba; voy hasta mi padre y su caballete y me detengo a observar sus delgadas manos. Lo inteligentes que son. Si no se lo pido ahora, pienso, siempre tendremos a mamá echándonos, espantándonos, quejándose de que nos portamos mal.

—¿Me enseñas?

Me mira como si lo sobresaltara comprobar que estoy a su lado.

—En otro momento, Peg —dice, y se vuelve hacia el lienzo—. Voy con retraso y no quedan muchos días de esta luz. Ve a jugar y otro día encontraré tiempo para enseñarte.

Me pregunto por qué el amor de mi padre nos llega en pequeñas dosis y por qué solo somos bien recibidas mientras estas duran.

—Ve a jugar, anda —repite, aunque esta vez su voz es menos amable.

No entiendo cómo los mayores piensan que se puede jugar y dejar de jugar sin más, en lugar de que el juego es algo que sale de dentro. Me alejo, obediente, no sin que antes mi padre me acaricie la cabeza.

—Me alegro de que estéis ambas bien, niñas de mis ojos —dice, pero ya sin mirarme.

Dedicamos el resto de la tarde a uno de nuestros juegos favoritos: atrapar moscas con las manos en forma de cuenco y soltarlas en las telarañas que hay entre el tojo. Las miramos retorcerse y zumbar de puro pánico y a las arañas esperar paciente, silenciosamente, con ojos saltones negros como la pez, la ocasión de atacar y atrapar a su presa. Más tarde, cuando muere la luz, volvemos juntas a casa cruzando los campos anchos y llanos, cogidas de la mano.

Cuando abro los ojos, lo primero que veo es el mechón de pelo castaño todavía atado al armazón de la cama. Es temprano y una luz azulada de otoño se derrama débilmente entre los postigos. Estoy medio dormida y tardo un instante en comprender lo ocurrido. Mi aliento forma nubecillas de vapor cuando me incorporo. Un mechón grueso sigue atado al poste de la cama, pero el otro está sobre la almohada. De Molly no hay ni rastro.

El corazón me late igual que un tambor. Bajo deprisa de la cama y recorro la casa dormida como un fantasma. La puerta que da al jardín está abierta y deja pasar una franja de luz fría a la cocina.

Molly está tumbada boca arriba en el gallinero con el camisón enredado entre los muslos. Está sucia de excrementos y de paja, tiene manchas blancuzcas con salpicaduras de negro en el pelo que parecen pintura. En uno de los lados de la cabeza, el del mechón que até con cuidado al poste de la cama, como hago siempre, y que se arrancó estando yo dormida, se ve una calva por la que rezuman burbujitas rojas. Hay gallinas por todas partes, fuera de su sitio, más gallinas de las que nunca pensé que teníamos, como si durante la noche se hubieran multiplicado, y pisotean con sus patas rasposas el pelo y los pies de Molly: nunca he visto tanta gallina junta. El gallo se pavonea ajeno a todo y solo se detiene a picotear algún grano suelto.

El terror vuelve a crecer dentro de mí como si fuera una criatura agazapada bajo la cama. Es el mismo terror que sentí en el camino, pero más potente, como si alguien lo hubiera alimentado. A Molly le ocurre algo, lo sé. Intento tragar saliva, pero tengo la boca seca como pergamino.

Me tapo la boca con la mano y aprieto, como si así fuera a contener mis sentimientos. Quiero salir corriendo lo más deprisa que pueda, pero soy incapaz de moverme. Está fingiendo. Está jugando y nada más. De pronto se sienta muy recta, encoge las piernas y me mira.

Podría pedir ayuda. Podría llamar a mi padre. Sobrevuelo mis opciones como si fuera una mosca que busca posarse en la elección más segura.

Entonces se oye un ruido mínimo, como de criatura herida. Me vuelvo y en la luz gris de la mañana distingo a mi madre, sobrecogida. Al verla, la mentira se abre paso hasta mi lengua y sale, trémula, al exterior.

—Es un juego —digo.

—¿Un juego?

—Le he dicho que no se atrevería. —Me tiembla la voz, pero le sostengo la mirada.

—¿Cómo dices?

Sin añadir palabra, mi madre camina por el estiércol del gallinero y saca a Molly, adormilada, sucia y pálida como el papel.

Oigo un ruido a mi espalda y veo a mi padre delante de la puerta de la cocina con los brazos cruzados.

—Se acabó, Thomas —dice mi madre, y su aliento es una nubecilla furiosa de vapor. Con la mano que tiene libre me agarra el brazo tan fuerte que me deja una hilera de pequeños cardenales, que descubriré más tarde, encerrada con llave en mi habitación cuando Molly duerme y mirar con atención mi cuerpo es mi único pasatiempo.

—Así que un juego —dice mi madre—. Muy bonito. Estas niñas me van a mandar a Bedlam[1], ya lo verás. Me van a hacer perder el juicio.

Está frente a mi padre con Molly cogida de una mano y yo de la otra como haciéndole una demostración de nuestro mal comportamiento.

Tiemblo de pies a cabeza. No creo que mi madre vaya a azotarnos tal y como azota la cocinera de la posada a su hijo. Pero tengo mucho miedo de enfadarla, de su expresión cuando se enfada. De cómo nos mira ahora mismo mi padre.

Frunce los labios y a continuación, sin decir palabra, se gira con brusquedad y entra en la casa. Es entonces cuando sé que se acabó. Que esta vez no le dirá a mi madre que no es más que una aventura que ha salido mal. Que no lo llamará travesura infantil, no dirá que es inofensiva ni que podemos seguir siendo niñas.

Esta vez ni siquiera hay discusión, solo un murmullo de voces susurradas.

Mi madre ha ganado. Todo va a cambiar y es culpa de Molly y de sus juegos estúpidos.

Ya tarde, aquella noche, después de que nos manden a la cama con sendos ladrillos calientes, llegan voces de la salita, roncas, sofocadas. Están aquí el señor Thicknesse, el amigo de mi padre, y algunos músicos, armando lo que para mi madre es una escandalera. Mi padre se ha puesto a tocar el violín, sus dedos rápidos suben y bajan por las cuerdas, mientras los demás marcan el compás con lo que suena a la cubertería contra la mejor mesa.

Nuestra madre se ha retirado ya, envuelta en tantas capas de ropa que es como si tratara de desaparecer, lo que puede ser cierto, porque le evitaría oír cómo destrozan sus muebles.

Saco las piernas una a una del calor de la cama. Molly es una bolita blanca, solo se le ve la coronilla despeinada. No quiero despertarla ni inquietarla, no sea que vuelva su comportamiento extraño. Pero necesito saber qué va a ser de nosotras, de manera que cruzo sigilosamente la alcoba, bajo las escaleras heladas y me instalo en el primer peldaño.

A través de la puerta oigo la voz aflautada de Thicknesse, ebrio y en plena frase. Algo sobre hacerse con unas habitaciones cerca de una abadía y otra cosa sobre vivir cerca de un río.

—Venga, Tom. Sabes que hará feliz a Margaret, y eso es difícil.

—Vive Dios que lo es.

Esa es la voz de mi padre, la que tiene después de beber demasiada cerveza. Sus palabras me sobresaltan y no me gustan.

—Tus hijas serán las señoritas más elegantes de Bath —dice Thicknesse, y arranca a cantar un trozo de una canción sobre una dama, pero no distingo las palabras y además mi padre lo interrumpe.

—No quiero que mis hijas crezcan en una ciudad así.

—Siempre será mejor que crecer en un gallinero de Ipswich.

El arañazo de una silla contra el suelo. Thicknesse ha ido demasiado lejos. Voces airadas, una refriega, alguien que pierde el equilibrio. Por fin, calma otra vez.

—No lo puedo tolerar, Tom. Eres demasiado bueno para Ipswich y lo sabes. Y... —un golpe sordo, como si Thicknesse hubiera palmeado a mi padre en la espalda— será bueno para ti, tener hijas que puedan favorecerte. Unas hijas cultivadas, hermosas, refinadas son de utilidad a un hombre.

—Pueden ser cultivadas sin necesidad de ser también refinadas. Al diablo el refinamiento.

—El refinamiento y la buena sociedad son lo que te da de comer, Tom. ¿Cómo si no vas a salir adelante? Por el amor de Dios, ¿por qué insistes en dar largas y más largas?

—Debo dinero a demasiada gente, Philip —dice mi padre.

—Pues véndelo todo y sal de este agujero.

—Cierra el pico, Thicknesse, y déjanos tocar otra vez —grita una voz que no conozco, es uno de los músicos, quizá, pero nadie le hace caso.

—¿Y cómo voy a sobrevivir en Bath sin un penique?

—Tienes el dinero de Margaret.

—Ya hemos echado mano de él en demasiadas ocasiones.

—Por Dios, Tom, si es que te tiene dominado. ¿De qué sirve tener una mujer con una renta de doscientas libras anuales obtenida por medios dudosos, si te da demasiado miedo gastarla?

Qué son medios dudosos, me pregunto. Nunca había oído hablar de eso. ¿O es que son una persona? Estoy intentando recordar si mi

padre ha mencionado alguna vez a alguien con ese nombre.

Thicknesse empieza a cantar de nuevo, una canción sobre un hombre al que su mujer tiene dominado. El resto marca el compás con amortiguado estruendo. Me inclino hacia delante en un intento por descifrar la letra de la canción.

Bath. Baño. Menudo nombre tonto para un lugar.

Vuelvo arriba sin hacer ruido y, cuando abro la puerta de nuestra alcoba, Molly está sentada en el alféizar de la ventana, blanca y serena a la luz de la luna.

—Es todo culpa tuya —digo. Parpadeo para ahuyentar las lágrimas—. Todo. Y ahora tenemos que dejar esta casa y vivir en una ciudad con el nombre más estúpido que he oído en mi vida.

Creo que la odio, tanto que me siento capaz de expulsar las nubes a bufidos, de hacerlas cruzar el cielo hasta el mar o más lejos aún, y que no vuelvan nunca.

—No he podido evitarlo. No puedo evitarlo..., cuando me..., no puedo.

Está asustada. Y mi enfado se disipa con un soplo de aire. Estoy sin aliento, no quedan nubes que soplar, ni tampoco mar, de modo que me siento en el suelo y me dedico a pellizcar la pintura blanca del rodapié y a guardar silencio mientras Molly vuelve a la cama y simula dormir.

Más adelante, cuando no ha pasado ni una semana, la casa se llena de personas que se pasean incluso por las habitaciones privadas. Que nos desmantelan. Pasan las manos por nuestros muebles, por la silla de mi padre, por el armario de nuestra alcoba que aún guarda nuestras cosas. Lo examinan todo, desconfían de las imperfecciones de la madera, descuelgan las pinturas de papá, las miran con aprobación, debaten sobre este matorral o aquel labriego hasta que siento ganas de arrancarles hasta el último marco de las manos y estrellarlo contra el suelo.

—Ay, Dios mío, qué monería.

Una señora se agacha para acariciarme la cabeza. Tiene cuarteada la gruesa capa de polvos alrededor de los ojos.

—¿No son una preciosidad?

Está demasiado cerca. Huele a agua de lavanda y a sudor rancio. Se endereza y ladea la cabeza para mirarnos a nosotras y a nuestra mariposa, en la pared.

—Ha captado muy bien el parecido.

Se vuelve a su marido.

—¿No podemos comprarlas, William? Son tan monas.

—No tenemos sitio, Dora.

—¿En el salón quizá?

—Es demasiado grande. Y son demasiado tristes para mi gusto.

William se aleja, sin hacer caso a su esposa. Yo me clavo las uñas en la mano tan fuerte que temo sangrar.

Al final es el clérigo, un amigo de mi padre, quien se presenta al final del día para llevársenos, persiguiendo nuestra mariposa, en una carreta después de echarnos encima una manta para protegernos del polvo del camino. Nos imagino colgadas de su pared y también todos los pares de ojos que nos verán mientras nosotras estamos muy lejos y no tenemos noticia de nada.

Mi madre ha guardado los enseres de nuestra infancia en dos cajas cuadradas que vende por el mismo precio. Está mi caballito de madera con cuatro ruedas, nuestro aro y también seis maltrechas muñecas pintadas de varios tamaños, así como los pocos vestidos de domingo que no hemos destrozado. Nuestro libro de los cien animales. Las piezas de madera que nos talló papá aquella vez que se cortó el pulgar, un corte tan profundo que le dejó el espectro irregular de una línea blanca debajo del nudillo. Viene una señora que revuelve en las cajas y se lleva la mitad de su contenido por la mitad de lo que pide mi madre. El resto mi madre lo desecha.

Nuestras últimas cosas se guardan en baúles de viaje, pero son solo nuestros ejemplares de la Biblia, dos o tres vestidos y unos pocos objetos pequeños que guardamos como tesoros. En Bath tendréis uno nuevo, es lo que no deja de repetir mi madre cada vez que nos lamentamos por este o aquel objeto. En Bath tendréis una nueva, en Bath tendréis uno nuevo. En Bath todo será nuevo.

No son más que cosas, me dice Molly la última noche que pasamos en nuestra vieja cama. Solo cosas y bien sabemos que es inmoral tenerles demasiado apego. Pero nuestra vida está en ellas, pienso para mis adentros. También nuestra vida será nueva en Bath.

Al día siguiente, encajan nuestros baúles encima del coche que nos espera para llevarnos a la diligencia. Yo he preferido salir al jardín. Quería mirar los árboles, sus formas conocidas y enmarañadas, pasar el dedo por los muros de piedra de nuestra casa, tratar de memorizar la ventana de nuestra habitación para poder evocarla más adelante. Pero lo que hago es columpiarme en la valla del jardín, con un pie delante del otro, talón con punta, talón con punta, y tratar de no pensar en la angustia que tengo en el estómago.

Barnstaple, nuestro enorme gato atigrado, me observa desde el final de la valla. Nos miramos. Mudarse es terrible, pero que te dejen atrás debe de ser aún peor. Lo cojo y lo llevo sin hacer caso de sus protestas hasta la alacena que hay bajo la escalera, donde me meto y me abrazo a su espeso pelo. Me quedo allí, escondida, tapándome los oídos para no escuchar la calle, cada vez más ruidosa. Cuando el reloj da las nueve, mi madre, mi padre y Molly intentan tirar de mí porque no podemos perder la diligencia.

—¿Quién le dará de comer? —pregunto—. ¿Quién lo mantendrá con vida?

—Los que vengan a vivir aquí —dice Molly.

Quiero decirle que no me interesa su opinión. Quiero decirle, otra vez, que es todo culpa suya.

Acaricia el pelo de Barnstaple, que deja escapar un ronroneo ronco y nada digno. Mi madre, que lleva en pie desde el alba limpiando la casa y pagando a los criados, dice:

—Esto es absurdo, Peggy. En Bath habrá gatos de sobra.

Y a continuación, porque está a punto de golpearse la cabeza con un postigo mal cerrado, añade:

—Ya está bien. Debería daros vergüenza. Llorando por un simple gato. No sabéis lo afortunadas que sois, las dos.

—Igual te gustaría tener un perro, Peg —dice mi padre cogiéndome de la mano.

Él se ha levantado a las diez, se ha tomado el café en el jardín y no se ha golpeado la cabeza con nada.

Pero yo no quiero un perro. Quiero que todo vuelva a su sitio, que todo sea como lo conocemos, no este cascarón raído sin nada dentro. Y eso solo Molly lo sabe, porque conoce mis pensamientos tan bien como los suyos. Así pues y a mi pesar, la dejo que me abrace.

—Comerá ratones, Peg —me dice al oído.

Y, aunque los ratones no son un alimento lo bastante sustancioso para un gato tan gordinflón como Barnstaple y Molly lo sabe, aflojo la mano para que pueda escapar.

Salimos por la puerta principal, esa que apenas hemos usado durante nuestra vida en Ipswich, y nos apretamos en el coche igual que dos concertinas enfurruñadas sujetando un paquete con el almuerzo. Sube mi padre y por último mi madre, que se acomoda con gran aspaviento hasta tenernos a todos bien apretujados. No le gusta viajar, y sin embargo sonríe. Yo en cambio tengo ganas de llorar, muchas, pero dejo que Molly me coja la mano y me la caliente debajo de la manta de viaje.

El cochero arrea a los caballos y nos ponemos en marcha con una sacudida, dejando a Barnstaple sentado en el camino delante de nuestra casa, cada vez más pequeño e indignado, hasta desaparecer de la vista.

Abrevadero

Noviembre es un mal mes para viajar. Después de meses de lluvia, las carreteras están embarradas. Transitables, dice el cochero, pero a duras penas. El viaje nos llevará cuatro días o tal vez más, dependiendo de cuántas veces haya de cambiar de posta, de lo rápido que se cansen los caballos.

Llegamos al peaje entre sacudidas. Una mujer con una criatura escuálida a la cadera recoge nuestras monedas y enfilamos la ancha carretera. Somos una mole de cajas y personas en precario equilibrio, rodamos dejando atrás grupos de casas, bajamos por escarpadas pendientes y subimos colinas serpenteantes. Escondida en una mano llevo una piedra del Orwell, de color pardo, suave y redonda, y la aprieto con fuerza mientras circulamos entre zarandeos.

Mi padre viaja junto a la ventanilla del coche y veo que no deja de mirar la campiña. Tiene el rostro arrugado por la concentración y, mientras el paisaje discurre y cambia y lo recorremos a trompicones, sé que lo está coloreando, sombreando y enmarcando, lo veo tan claro como si tuviera el pincel en la mano.

Al salir de Londres pasamos junto al patíbulo donde ahorcan a los salteadores de caminos y la sensación de aventura me acelera el corazón. Mi madre corre la cortinilla para que no podamos mirar por la ventana, pero lo hacemos, las dos, y vemos los cadáveres ennegrecidos meciéndose en la brisa. Hay cinco o seis. Uno viste llamativos calzones encarnados y amarillos y me pregunto por qué no eligió algo menos alegre para el día en que lo iban a matar. Tal vez intentaba hacerse el valiente.

—Es atroz, Thomas, dejarlos así —dice mi madre, quien tiene restos de queso del almuerzo que ha traído en una servilleta alrededor de la boca—. De lo más medieval.

Esta mañana temprano se enterró su mejor collar y varios billetes en el corpiño a tal profundidad que me temí que se perdieran para siempre. La mano se le va ahí de forma instintiva.

—Mejor es encontrarlos en el cadalso que en el camino —contesta mi padre con filosofía.

—¿En el camino? —dice Molly.

Y yo añado:

—Bueno, supongo que estarán escondidos entre los arbustos, no en la carretera.

Pero solo me hago la valiente, igual que el salteador de los

calzones encarnados y amarillos. Mi madre dice:

—Calla, Thomas, por el amor de Dios. —Corre mejor la cortina y dice—: A ver, ¿quién quiere recitar un poema?

Atravesamos el páramo y dejamos atrás los cuerpos colgantes recitando a Milton, Molly pierde el hilo y se le olvidan las palabras como le ocurre a veces y yo intervengo para recordárselas. La dama y el caballero que viajan apretujados con nosotros están cada vez más pálidos.

No nos asalta ningún bandido y seguimos viaje masticando galletas de jengibre, cuando dejamos atrás Twyford y Slough y Maidenhead, las negras colinas se agrandan y la carretera se estrecha, luego se ensancha y se vuelve a estrechar, igual que una serpiente que se ha comido una cabra. Cada dos por tres nos detenemos bruscamente, las nubes se arremolinan en el cielo atardecido y vemos pasar botas embarradas. Todos los hombres se van a la parte trasera para empujar entre gritos hasta que volvemos a avanzar, liberados por fin. El traqueteo no termina nunca y nos duelen los huesos. Tenemos la impresión de que las sacudidas durarán para siempre. Me traen a la cabeza esos suplicios griegos de los que nos hablaba mi padre, el hombre obligado a empujar para siempre una roca colina arriba, una jarra de agua que no se llena nunca, el hígado picoteado sin cesar por picos hambrientos, nosotros traqueteando sin fin por una campiña interminable.

La tercera noche hacemos un alto en Reading para descansar, los caballos están sucios de barro y exhaustos, nosotros, medio muertos de cansancio. Una cabeza de rey mellada y de expresión más bien malhumorada rechina en la brisa sobre nuestras cabezas. Otra fonda que se llama King's Head.

¿Cuántas cabezas puede tener un rey?, le pregunto a Molly, quien pone los ojos en blanco como si hubiera dicho una tontería. Un perrillo ladra a nuestros pies mientras nos ayudan a bajar de la diligencia y el caballero viajero al que tan poco agradaron nuestros poemas lo ahuyenta con un puntapié.

—Entrad, niñas, y traed solo los baúles pequeños —nos instruye mi madre mientras nuestro padre nos baja en volandas del estribo. Sorteamos los charcos, oscurecidos por la luz declinante, y en cuanto cruzamos el umbral nos abalanzamos sobre unas sillas que hay junto a la chimenea. Molly intenta sentarse en mi regazo, lo que nos resulta divertidísimo, hasta que yo me caigo y estoy a punto de quemarme y mi madre pierde la poca paciencia que le quedaba. Ya en sillas separadas, intercambiamos muecas a espaldas de mi madre mientras ella pide la cena, que nos comemos apartadas del resto de los viajeros, acurrucadas en un rincón, mientras mi madre chasquea la lengua por su falta de modales en la mesa y los restos de suciedad que hay en el

platillo del pan.

—Vamos, niñas —dice al fin mi padre.

A menudo se queda levantado en el piso de abajo, bebiendo con otros hombres o jugando a las cartas después de mandarnos a la cama temprano. Pero esta noche sube con nosotras a las diminutas habitaciones del piso de arriba y las rodillas le crujen tanto como los tablones del suelo y, cuando se apagan las velas, todos nos sumimos en el sueño profundo del viajero, con los cuerpos aún estremecidos por el recuerdo agitado del camino.

Por la noche me despiertan los resoplidos de los caballos que pasan junto a la ventana, las voces graves de hombres dando órdenes. Está oscuro como boca de lobo. En la cama contigua, mi madre ronca, retiembla igual que una gigantesca máquina bajo la manta. Me desenredo de Molly, que se ha abrazado a mí con brazos y piernas para entrar en calor, y cruzo a tientas la oscuridad hasta el ventanuco cuadrado al otro lado de la habitación. Luego descorro la basta cortinilla un poquito, lo bastante para ver el rizo de la luna.

Nunca he viajado tan lejos. Eso es culpa de Molly, dice una vocecilla dentro de mí. Trato de silenciarla y recuerdo cómo me ha cuidado en la diligencia, y pienso que en Bath será siempre así y que por eso vamos. Pero apoyo la frente en la frescura del cristal y añoro con todas mis fuerzas Suffolk y nuestra casa blanca con sus olores de siempre, el extraño sonido que hacía el viento al agitar las ventanas y nuestra vieja cama, donde ahora habrá alguien durmiendo a pierna suelta.

MEG

Hardwich, julio de 1728

Una araña teje su tela en el rincón de piedra tosca de la ventana de la cocina. Meg Grey la coge con el puño, aparta los delgados hilos y la tira al fregadero junto con una jarra de agua. La araña encoje las patas como si eso fuera a protegerla de la muerte y a continuación cae de costado y desaparece por el sumidero.

Meg lleva faenando toda la mañana, lavando y cortando hierbas, trayendo agua cántaro tras cántaro, y miel tarro tras tarro. Ahora, cuando pasa de mediodía, el hidromiel empieza a borbotear. Gotas de líquido ambarino bajan por el costado de la olla y tocan las brasas allí donde no le ha dado vueltas con suficiente cuidado. Sisean y chisporrotean con un olor empalagoso, a quemado, y desprenden delgados penachos de humo que suben serpenteando.

Esta dulce mezcla puede ahora hervir a fuego lento durante la próxima hora. Cuando empieza a espesar, Meg remueve por última vez y deja la cuchara goteando al lado. Es hora de descansar. Coge un puñado de salvia pegajosa de un tarro que guarda cerca y con la otra mano empuja la puerta.

De tan intensa, la luz del sol parece traspasarle los párpados. Cruza el patio hasta la pared donde las sombras de la tarde asoman ya. Sentada en el escalón, se unta el pegote de salvia en la piel de las manos, que tiene tirante y cubierta de ampollas después de un día en contacto con el fuego. Menta, caléndula, cera de abeja. Meg tiene manos grandes. Es capaz de abrir cualquier tarro, manipular el barril más grande. Algo impropio de una mujer, en opinión de las mujeres, que parecen disfrutar encerrándose a sí mismas en una caja angosta. Será mejor que no sigas creciendo, Meg, le dicen, o no gustarás a los hombres. Pero ser alta, tener espaldas anchas, ser capaz; no entiende cómo pueden ser defectos cosas así. Y hay bastantes hombres que la admiran, aunque detecta cierta suspicacia en sus ojos. La miran con astucia, como intentando calcular los daños potenciales de su fortaleza para su orgullo.

A su alrededor, el jardín bulle de vida. Abejas, moscas, una mariposa azul diminuta. El calor y la lluvia, que llevan alternándose semanas, han hecho salir a los insectos, los han empujado a aparearse

y ahora se reparten aturdidos por el jardín igual que borrachines que no saben volver a casa. Dos pulgones enganchados aterrizan en el brazo de Meg y los espanta de un manotazo.

Detrás de ella, al otro lado de la valla, oye los golpes y porrazos del mozo de establo, Hal, mientras limpia el estiércol con una pala. Claro que de mozo tiene bien poco. Son ya casi veinte años y de pronto ha empezado a mirarla como un hombre.

—¿Eres tú, Meggy? —la llama.

Lo oye hacer un alto para beber y, acto seguido, las salpicaduras del agua de la bomba.

—Sí.

—Hace un calor infernal. No te quemes.

—No seas tonto. Estoy a la sombra.

—Así me gusta. Tienes una cara demasiado bonita para quemártela.

—Para, Hal.

Este ríe y, al recogerla, la pala araña el suelo.

—Pero es la verdad —dice antes de volver al trabajo.

Todos quieren casarla con Hal. Por eso ya no pueden hablar como dos personas normales Hal y ella, solo mantener estas medias conversaciones con cumplidos que parecen prendidos con alfileres. Hal quiere ese matrimonio. Padre también. Meg lo conoce desde que nacieron, los dos correteaban en pañal por los pasillos. Jugaban al pilla pilla. Incluso ella le quiere un poco. En ocasiones es difícil distinguir entre lo que quieres y lo que se supone que debes querer. Y además, ¿con quién se va a casar si no? ¿Qué otra cosa va a hacer? Es amable Hal. Pusilánime, pero amable. Y si se unieran, tendrían más poder, ¿no? Poder contra el padre de ella. ¿Verdad?

Cierra los ojos y se toca el corte, casi cicatrizado ya, donde aún le duele, en el borde de la ceja. De un momento a otro llegará la siguiente diligencia, otro tiro de caballos desgarbados cegados por el polvo, otra tanda de viajeros sedientos. Y, más tarde, los barcos trayendo extranjeros en busca de alojamiento, mercaderes y viajeros ansiosos de una pinta de cerveza inglesa. De momento solo están los bebedores de la tarde. Marinos en su día de descanso, en su mayoría, que beben a todas horas y se han dejado los escrúpulos y los modales en el mar. Desde algún rincón de la casa oye toser a su padre, expulsa las flemas causadas por el tabaco, mientras les sirve jarras rebosantes de espuma. En la penumbra de la cocina, cuarenta limones esperan a que alguien los pele. A Meg le gusta esa tarea, le gusta cómo huelen, su color. Es una de las tareas más gratas de su jornada, que empieza encendiendo los fuegos antes del amanecer y termina limpiando vómitos de madrugada. Antes de irse a la cama, sale con un cubo y baldea el pis reciente salpicado en el muro de la posada. Su

experiencia le dice que el mar aterra y que quienes lo surcan beben mucho, ya sea por miedo o por alivio. En cualquier caso es un buen negocio para los terratenientes de Harwich, aquellos a los que no asusta el trabajo duro, o que tienen hijas a las que pueden pegar para que trabajen por ellos.

Viven en un cruce de caminos: en el puerto, ese punto en el que la seguridad desaparece y se encuentra de nuevo. Meg también siente la atracción, por supuesto. Del mar estruendoso, desesperado. Algunos domingos pasea hasta el muelle, estudia el horizonte gris y se pregunta cómo sería subirse a uno de esos barcos desvencijados, zarpar ciegamente hacia la nada. Pero siente el tirón de muchas cosas, desde direcciones diferentes. En realidad, de cualquier cosa que no sea más de lo mismo.

Sus hermanas mayores ya se han ido de casa y se han casado, una de ellas trabaja con su marido en los canales, otra en una posada en la carretera de Colchester, y otra, la pequeña y tímida Kate, murió dando a luz. La noticia les llegó hace seis meses. Su padre se marchó y estuvo días fuera, dejando a Meg sola en la posada. Se fue porque Kate había sido su preferida y porque su madre había muerto del mismo modo, en medio de un sufrimiento que Meg solo puede deducir a medias por los ruidos que hacen los marranos cuando dan a luz en el corral trasero. Gritos guturales, sangrientos, que siempre ha asociado imaginariamente con su propia llegada al mundo. Y es cierto que la imagina cada vez que llega ese día del año. Su cuerpo diminuto arrancado igual que el de un lechón mojado. De niña intentaba recordar el roce que debía de haber sentido. De una mano suave y blanda acariciándola. Tuvo que haberla.

Ese día, que cae en abril, no es en realidad suyo. Es un día de pérdida, de dolor que se transforma en amargura, con su padre que necesita beber, desplomado en el suelo de la posada y a continuación arrastrado a su cama por los mozos de cuadra. Y ahora también Kate se ha ido, del mismo modo, dejando a una criaturita crecer igual que creció Meg. Con un agujero en el corazón. La pequeña Kate —aunque era mayor que Meg—, que siempre se anudaba el pelo a la espalda, que tropezaba con todo y con todos, chocaba contra puertas y tiraba bandejas.

De modo que Meg, más que nadie, conoce la indiferencia de la naturaleza. Ponte en sus manos, entrégate a su mar, hínchate con sus retoños y aventúrate. Que Dios te guarde, porque la naturaleza no lo hará. A Meg le gustan sus ofrendas, por supuesto, y disfruta de ellas cada día; el amarillo intenso de los limones, las flores del jardín, los capullos gorditos de las rosas, la embriagadora lavanda, pero no se llama a engaño. No es inofensiva. A sus veinte años, sabe muy bien que las cosas son más complicadas que todo eso.

Oye un ruido fuerte al otro lado de la pared. Caballos, no un simple carruaje, sino dos, o incluso tres juntos; a continuación, voces desconocidas. Alemanes, piensa. Es temprano para que estén aquí los barcos. Oye a Hal hacer lo que puede con sus conocimientos rudimentarios del idioma: *Hier entlang*. Por aquí.

—¡Meg!

La voz de su padre.

—Ven ahora mismo, mujer. ¿Dónde estás?

Meg se pone de pie y emprende el regreso a la cocina llena de humo, lista para comprobar quién ha venido, a quién hay que atender, servir, alimentar y dar de beber. Y también por qué hay en la voz de su padre un punto de apremio, de excitación.

Cuando abre la puerta a la penumbra interior, se sobresalta como una tonta. Allí, enmarcado en la puerta que da a la taberna, hay un hombre. Su aspecto es inmaculado. Puede que sea la persona más limpia que jamás se ha visto en Three Cups. Botones de latón igual que pequeños soles le suben y bajan por la casaca y centellean con la luz que se cuela por la puerta abierta. Sus facciones son redondas. Le recuerda a Meg a una manzana, regordeta, redonda y rosada.

—Disculpe —dice el hombre con marcado acento. Alemán, piensa Meg—. Disculpe, pero necesitamos un médico.

En la habitación principal de la posada, con la cabeza apoyada en la madera de la pared, hay un hombre sentado, pálido y sudoroso. Tiene la piel bajo los ojos tan oscura que casi parece negra. En su frente burbujean gotas de sudor. Lleva una mano envuelta en una venda ennegrecida con una mancha que le sube, amarillenta, por el brazo. A su lado, más hombres inmaculadamente vestidos se sirven vasos de agua y hablan en alemán.

Hay un tufo horrible que recuerda al hedor a humedad y a carroña de la rata que encontraron muerta el último invierno bajo el entablado del suelo. Meg ha mandado al mayor de los mozos de cuadra que vaya corriendo con sus largas piernas en busca del médico, pero no hay garantías de que lo encuentre. En Harwich solo hay dos médicos y es un pueblo de idas y venidas, de movimiento, con todos los peligros que eso acarrea.

Su padre está echando a los bebedores de la tarde, les pone una mano en el hombro con firmeza, les da un apretón silencioso en el brazo y les retuerce la muñeca. «¿Qué diablos pasa? —grita uno escabulléndose—. ¿Ahora resulta que no soy digno de ti, Thomas Grey? ¿Es que mi dinero ya no es lo bastante bueno?»

El padre es experto en manejar a hombres como estos. Lo lleva en la sangre. Sabe cómo incitarlos, cómo pacificarlos, cómo despertar su sed. Meg lo ve sacar unas monedas y depositarlas sin decir palabra en la palma del hombre; este se pone de pie y se dirige a la puerta

tambaleándose y murmurando alguna cosa. Se lleva la pinta de cerveza. ¿Y por qué no iba a hacerlo? La ha pagado. Sale a la calle sorbiendo ruidosamente y la cerveza se le derrama en la alcantarilla.

El hombre herido gime en la silla, es un quejido angustioso que le llega a Meg hasta los tuétanos.

—¿Traigo algo limpio con que vendarlo? —pregunta al hombre con cara de manzana, el que tiene más cerca.

Pero este no parece entenderla y mira a uno de sus compañeros, que traduce.

—Sí, una sábana hecha tiras.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Meg.

—Un accidente en la carretera que lleva al puerto. En Holanda —dice el hombre de cara de manzana, y titubea.

El traductor prosigue:

—El carruaje volcó y se le quedó la mano atrapada. Se la curaron antes de zarpar, pero no está sanando y durante el viaje ha empeorado.

—Lo siento —es lo único que acierta a decir Meg.

De pronto alguien la agarra del brazo y la saca al pasillo, donde no pueden oírlos.

—Meg —susurra su padre furioso, echándole el rancio aliento en la cara—, ¿no sabes quién es? Es Frederick. Frederick de Hanover. Va de camino a Londres.

Meg no da muestras de entender.

—El príncipe de Gales, Meg. El hijo del rey. Quiero que te desvivas por él, ¿entendido? Todo es poco.

El hijo del rey. Meg casi se echa a reír. Es como la aparición de algo en lo que se supone que tienes que creer pero que nunca se hace realidad. Igual que Dios, piensa, y entonces cae en la cuenta de que probablemente eso es blasfemia.

—Por Dios bendito, Meg, muévete. ¡Es el príncipe de Gales! ¡Ve a preparar las habitaciones! ¡Necesitarán por lo menos cinco!

—Pero los huéspedes...

—¡Échalos!

—¿A la calle?

—Sí, a la calle. Que vayan a otro sitio. Espabila.

Al hablar la rocía con su saliva caliente, luego le da un empujón y, por el rabillo del ojo, Meg comprueba que el hombre con cara de manzana lo ha visto todo. Frederick. Se da cuenta de que no le gusta lo que ha visto. Y entiende que, a diferencia de Hal, no lo va a aceptar. No tiene por qué.

—¿Cuánto tiempo se quedarán vuesas mercedes? —pregunta su padre, encorvado en una suerte de reverencia contorsionada. Quizá no sea buena idea, piensa Meg al salir, hacer una reverencia y hablar al

mismo tiempo.

—Hay que atender a Ainbach —dice Frederick—. Hay que atender a Ainbach antes de irnos.

Meg se vuelve y casi se da de bruces con Hal, que está al pie de la escalera y la coge del brazo para sujetarla.

—Menuda sorpresa, ¿eh? —le dice con la cara demasiado cerca.

—Suéltame, Hal. Llevo prisa.

Hay algo en su cara, la película de grasa que le brilla en la nariz, en los mechones de pelo que le caen lacios, que Meg no quiere ver.

—Lo que tú digas.

Hal le suelta el brazo con el ceño fruncido, como dando a entender que no la entiende.

—Menudo lío —dice Meg a modo de disculpa, y empieza a subir las escaleras con prisa fingida.

Las habitaciones de arriba presentan un aspecto oscuro y destartalado cuando Meg las recorre, sin aliento. El mobiliario parece combado, los rincones, polvorientos. Corta algunas flores del jardín, clavelinas y lavanda, y pone un ramo en cada una de las mesas torcidas de las habitaciones. Coge un trapo e intenta limpiar algo de la mugre incrustada en el alféizar, la huella grasienta de un niño en el cristal. Los anteriores ocupantes, furiosos por la expulsión, terminan por recoger sus cosas y baúles y son despachados al King's Arms, calle abajo. Más monedas de su padre, más brazos retorcidos. Meg se detiene en la calle y ve marcharse la diligencia y comprueba que se ha corrido ya la voz sobre los visitantes. Las mujeres forman corrillos, los niños saltan y corretean a sus pies. Alguien la llama, una mujer que conoce:

—Meg, ¿qué es todo esto? ¿Es cierto que el príncipe de Gales está muerto ahí dentro?

—No —contesta Meg antes de volver a la penumbra.

Suben a Ainbach, el hombre herido, por la angosta escalera hasta la primera habitación y lo tumban en la cama mientras no deja de gemir y de sudar. Meg coge la sábana, una de las más limpias que tienen, y la hace tiras lo mejor que puede, a continuación la sube y espera en la puerta con los jirones estrechos y blancos en las manos.

Frederick levanta la vista.

—Ven —dice.

Meg se acerca a la cama, a pesar de que el olor le provoca náuseas. Están retirando los vendajes sucios, que se pegan y se resisten, enterrados en la herida. El corazón le da un gran salto por el susto que le produce ver la carne desgarrada y tiene que apoyarse en la mesita.

Juntos, Frederick y ella lavan la herida dejando caer agua de una jarra y los hombres se apartan un poco para dejar sitio a Meg. Esta cae

en la cuenta de que, por supuesto, es la única mujer presente. De ella se espera que proporcione consuelo, cuidados, vendajes. Con toda la delicadeza de la que es capaz, coloca el borde de la sábana en la parte menos herida de la muñeca. El aire se escapa por entre los dientes del hombre en un sonido que tiene más de animal que de humano. Los hombres se han callado y ahora solo se oye el murmullo de conversaciones en la calle y la respiración tensa del paciente.

Meg contiene el aliento mientras trabaja, coloca tira tras tira de sábana y las fija lo mejor que puede sobre la piel lacerada. Los hombres reanudan su conversación con voz queda, en la lengua alemana de la que Meg reconoce retazos oídos a viajeros, pero sin encontrarles sentido. Qué extraordinario debe de ser ordenar perfectamente esta confusión de sonidos y entenderlos, piensa. Escucha una palabra y la pronuncia en silencio, ensayando. *Schmerzen*. Es una palabra que supura, igual que una herida. ¿Qué significará? ¿Sudor? ¿Muerte?

Entonces se da cuenta de que Frederick la está mirando y que reconoce la mirada. Se la ha visto a marineros borrachos acodados en la barra de la taberna, o a viejos que tratan de llamar su atención cuando se inclina a servirles la comida. Pero la mirada de este hombre es diáfana. Es limpia.

Siente el parpadeo de vanidad dentro de ella y aparta la vista, termina su tarea. A continuación se endereza, solo un poco, y lo mira a él. Por qué no, piensa. ¿Por qué he de encogerme cuando estamos aquí en esta habitación, en carne y hueso, igual de reales todos? Al fin y al cabo no es más que un hombre, un chico, en realidad, que disfruta mirándome. No es el primero ni será el último. Voy a sostenerle la mirada, a ver cómo responde.

Levanta los ojos y los fija en su cara. Es joven, quizá más que ella. Ojos azul grisáceo. Más bien alto. Nariz alargada. Tiene la piel suave, como si hubiera crecido dentro de una nube. Es como mirar al sol. Brilla demasiado, y la seriedad de su mirada la hace bajar los ojos. Se retira con un gesto a medio camino entre el asentimiento y la reverencia y, una vez fuera, cierra la puerta y suspira. Qué curioso, piensa, ya en el pasillo. Qué disparate, mirar a los ojos a este hombre, casi el más importante de Inglaterra. Recordará este momento. Sí, les dirá a sus hijos: lo miré a los ojos y no me asusté ni por un instante. Lo que solo será verdad a medias, pero esa es la prerrogativa del narrador.

Un crujido a su espalda, en las escaleras. Su padre con los ojos en llamas. El cuerpo de Meg se tensa imperceptiblemente.

—¿Qué han dicho? ¿Qué pasa ahí dentro?

—Están limpiando la herida.

—¿Necesita alguna cosa?

—Aparte de una mano nueva, no creo.

—Dales lo que necesiten, Meg, ¿me oyes? Entérate de lo que quieren antes de que ellos mismos lo sepan.

Meg recuerda la mirada curiosa. Su avidez.

—Descuide —dice.

Abajo, el coche del médico está entrando por la puerta rematada en arco. Meg oye los gritos del mozo de cuadra, a continuación pisadas en los tablones del suelo. Su padre la mira con ojos inyectados en sangre durante un instante de más y a continuación da media vuelta y echa a correr escaleras abajo con agilidad inusitada. Mientras lo hace, se tira del chaleco, que últimamente tiene la mala costumbre de encogérsele encima de la barriga.

Meg espera un instante y, después de arreglarse el moño, va a la cocina, donde el hidromiel, olvidado en el fuego, se ha convertido en alquitrán espeso y ennegrecido y está casi a punto de incendiar el lugar entero.

PEGGY

El corazón del placer y el regocijo

La construcción de la carretera a Bath es un frenesí. Por todas partes hay edificios y más edificios... es como si fueran a construir en cada rincón que encuentren, hasta donde alcanza la vista. Ladrillo, escombros, cristal y andamios para sostener a quienes construyen. La ciudad entera parece un hormiguero, como el que encontramos una vez Molly yo en el jardín, bullendo, pululando, vivo.

Es la sexta jornada de viaje. Hay dos nuevos viajeros, un chico taciturno y su madre, que le da cachetes en la cara y los brazos cada vez que se queja, algo que hace con pasmosa regularidad. Después de un pescozón especialmente fuerte en la cabeza, el chico guarda silencio y, apretujado entre mi madre y la suya, clava la vista en nosotras. Le sostenemos la mirada. Molly, que lleva cantando casi todo el camino desde Londres, dice: «Cantemos canciones de cuna» e incluso mi madre, siempre ardiente defensora de las distracciones durante un viaje, palidece.

Hacemos el último trecho a Bath descontentos e irritables. Cuando estamos cruzando el puente, miro por la ventanilla y veo a un hombre paseando un perro ridículamente pequeño en el aire del atardecer, una dama con un sombrero demasiado grande riéndose de nada en particular y una pareja de caballeros, ambos con calzones morados que les dan aspecto de lacayos en una viñeta. Retozan igual que niños en un tramo de hierba y parecen perseguirse uno al otro. No logro entender por qué estos hombres hechos y derechos se comportan de manera tan idiota. Miro a Molly y hace una mueca como dando a entender que se pregunta lo mismo. Pero ¿qué ciudad es esta?

La diligencia se detiene en una amplia plaza con las casas más altas que he visto nunca. Son amarillentas, como todo en esta ciudad, del color de la crema rancia. Parecen falsas, de juguete. Por la ventanilla oigo voces.

—Bueno ¡pues ya han llegado! ¡Ya están aquí por fin! Llevo esperándoos casi dos días ya, Tom.

—Siempre tan impaciente, Philip —dice mi padre mientras baja —. Las carreteras eran un horror.

—Molly, Capitana, ¿os habéis portado mal durante todo el

camino? Dejadme que os ayude, ea. Tenéis encima migas suficientes para dar de comer a un montón de palomas.

Thicknesse nos baja con delicadeza y nos deja en el pavimento, tenemos las piernas temblorosas después de tanto tiempo sentadas y de tantos baches.

—Señora Gainsborough —dice Thicknesse—, tan arrebatadora como siempre, incluso después de seis días de viaje.

Mi madre, que está toda arrugada y sudorosa, dice: «Gracias, Philip» con una voz tan áspera que temo que rasgue el aire entre los dos. Baja del coche y el chico apretujado deja de estar comprimido y se acerca a la ventanilla aliviado.

—Venga, venid todos conmigo y poneos cómodos.

Thicknesse nos conduce por una puerta y escaleras arriba hasta unas habitaciones bastante estrechas donde vamos a vivir de momento, mientras mi padre encuentra una casa. Dentro huele a jabón y a comida de hace días y al momento mi madre toma aire profundo y dice: «Niñas, derechas a la cama, las dos». Nuestra habitación no es mayor que un armario, pero jugamos con dos peculiares estatuillas que hay en la repisa de la chimenea y a continuación nos quedamos dormidas encima de la cama con las ropas de viaje aún puestas y Molly con un brazo encima de mi hombro.

Cuando amanece, una luz gris y desconocida se filtra por las persianas y me despierta. Molly duerme, despeinada, arrugada y muy quieta. De repente ya no estoy enfadada con ella, solo feliz y aliviada de que siga en la cama y de tenerla a mi lado, la reconfortante Molly de siempre. Me repito que aquí mejorará, tal como dice mi madre, y que la confusión de antaño quedará en el olvido. Puedo mantenerme cerca de ella, todo lo posible, y así todo irá bien en este lugar nuevo y extraño, con sus olores nuevos y extraños y sus gentes nuevas y extrañas. Me enrosco un mechón de su pelo alrededor del dedo, primero con suavidad y después bien apretado, hasta que la carne se me pone rosa y luego blanca. Estoy atada a Molly. De pronto se sienta con un movimiento rápido, como si la hubiera despertado un ruido o un susto, y el cordón de pelo entre las dos se tensa bruscamente.

Estudia la habitación despacio, con la cara blanca como papel.

—¿Dónde estamos?

—En la casa nueva del señor Thicknesse, en Bath.

Le aprieto la mano y esbozo mi mejor sonrisa porque no me siento del todo a salvo. Molly tiene arrugas en la cara de la almohada.

—Huele a fogones —dice arrugando la nariz—. No me encuentro muy bien.

—Probablemente es hambre.

Desenredo mi dedo de su pelo y abro mi pañuelo, donde conservo un revoltillo de migas de galletas de jengibre. Las comemos juntas en

la luz amortiguada de la mañana y Molly me hace reír recordando al chico apretujado en el coche y algunos de los ridículos sombreros que vimos a las señoras, y nos contamos todo aquello en lo que nos fijamos pero no podíamos comentar en voz alta. Entonces oímos la voz apremiante de nuestra madre y sus pisadas en la escalera y al momento está sacudiendo las migas de la cama, limpiándonos la cara con su pañuelo y regañándonos por dormir vestidas.

Después de desayunar, nuestro padre se va con Thicknesse a buscar una casa. Molly y yo suplicamos que nos dejen ir también. Nos parece lo justo, puesto que también vamos a vivir ahí. Pero mi padre hace caso a Thicknesse en todo, como de costumbre, así que Molly, mi madre y yo tenemos que contentarnos con mirar por la ventana y coser sin fin hasta que, al tercer día, vuelven celebrando su hallazgo.

La casa nueva es enorme. Parece una gran tarta glaseada que alguien ha olvidado encajada en un hueco entre cien edificios. Están muy juntos y rodeados por un zigzag de caminos llenos de barro blanquecino. A la izquierda, una vasta catedral se cierne, como si amenazara con engullir la casa y todo lo que la rodea de un solo bocado.

—La ubicación es inmejorable, Thomas —dice Thicknesse—. En el corazón mismo de la ciudad.

—Mirad, niñas. —Seguimos la mirada de mi madre hacia arriba, la fachada blanca se extiende hasta el mismísimo cielo gris, rematada por un blasón toscamente esculpido, como el adorno de una tarta—. La casa se construyó, claro está, para el duque de Kingston.

Al pronunciar las palabras «duque de Kingston» baja la voz.

Yo no sé quién es ese tal duque de Kingston, pero asiento.

—Es apropiada, ¿no? —nos susurra—. Muy apropiada.

—Una casa noble para una noble dama —interviene Thicknesse, quien se supone que no debía haberla oído, y mi madre se pone muy recta y mira hacia otro lado.

Noto la mano de mi padre en el hombro.

—¿Qué opinas, Capitana?

—Parece una tarta —digo.

—¡Y no podía ser de otra manera, Tom, puesto que la ciudad se ha construido con azúcar!

Thicknesse ríe de su propia broma y da una palmadita un poco demasiado vigorosa a mi padre en la espalda.

Miro el pavimento. ¿Qué es eso del azúcar?

—¿Cuál es nuestra habitación? —pregunto con cautela.

—La que queráis, capitana Peg —interviene Thicknesse, y me revuelve el pelo con sus dedos fríos y secos.

Me aparto de él y mi madre se vuelve para decirle que es ella quien decide esas cosas, que muchas gracias, que aceptaremos de buen

grado la habitación que nos asignen y que a sus hijas no se las malcría. Thicknesse me guiña uno de sus ojos saltones a espaldas de mi madre y se marcha a ayudar con el equipaje.

Fuera de la casa, colgado de la verja negra, hay un letrero de gran tamaño: «THOMAS GAINSBOROUGH, RETRATISTA».

Las letras están recién pintadas en color rojo chillón.

—De verdad que no entiendo por qué tenemos que anunciarnos como si fuéramos una tienda de comestibles, Thomas —dice mi madre antes de dirigirse a la ancha puerta principal.

—Es la costumbre en esta ciudad, Margaret —dice mi padre con cierto hastío.

Y tiene razón. En cada esquina hay rótulos pintados, de vendedores de queso, pasteleros, escoberos, lenceros, encajeros, candeleros y relojeros, y ahora nosotros somos igual que ellos, vamos a despertarnos, a vivir, a comer y dormir en un mercado.

Lo que descubro al poner el pie en el suelo de damero del gigantesco recibidor es que solo podemos permitirnos un tercio de la casa-tarta. El resto se lo alquilará mi padre a otras personas, o más bien mi madre, que hará los cobros y llevará las cuentas y sumará los totales. Pagadora General, la llama a sus espaldas Thicknesse, lo cual es un insulto.

La hermana de mi padre se quedará con el lado derecho entero para su taller de modista, y es que la presencia de su familia en nuestras vidas es tan continua, como ausente y silenciada es la de la familia de mi madre. Excepto algunas noches, en que oímos sus pisadas lentas cuando estamos ya acostadas y mi madre entra sin hacer ruido en la oscuridad y se sienta a susurrarnos historias que no quiere que oiga mi padre. Historias secretas, sobre familiares suyos de tiempo atrás, aunque no sé quiénes son. Y a pesar de que mi madre afirma que son historias que nos hacen especiales a Molly y a mí, yo creo que mi padre no las aprueba. Ve algo deshonroso en ellas.

—¿Qué sitio es este?

Al oír la voz de Molly, distante e insegura, me vuelvo. Está algo apartada y mira el ancho techo blanco con la cara arrugada de perplejidad. Arañas de miedo me recorren las venas.

—Es nuestra casa, Moll —digo—. Sabes que es nuestra nueva casa. —Y, pasado un instante, añado en voz baja—: No seas tonta. No te pongas a jugar ahora.

Sus ojos me miran. Por un momento, la tarde gris se encoge a nuestro alrededor. Mi madre asoma la cabeza y nos llama desde la puerta.

—Entrad, niñas. Por el amor de Dios, ¡dejad de perder el tiempo en la calle!

—Ya estás otra vez con tus tonterías. Basta —digo—. Moll.

Se limita a mirarme, detrás de sus párpados solo hay vacío.

—Molly —le cojo la mano y tiro de ella.

Si consigo que entre en casa, me digo, volverá a comportarse con normalidad.

—Venga, tonta —digo, y vuelvo a tirar, con suavidad al principio, después con fuerza, casi tanto como para hacerle daño. Y digo—: Ío pío chis plon, ¿quién es? Tú no. —Y cuando digo «tú no» me señalo a mí misma. Luego le tiro de la mano con todas mis fuerzas hasta que no puede evitar mover los pies y tiro y tiro hasta que de pronto estamos echando una carrera por el frío pasillo, mientras grito—: ¡La habitación más grande para la más pequeña! Y nos peleamos por llegar antes al primer piso, tropezándonos y pisándonos el orillo de las faldas y está olvidado, se ha dado cuerda al reloj y el día discurre igual que antes, como tiene que ser.

Cuando me despierto a la mañana siguiente en las sábanas nuevas y ásperas, aún está oscuro. Llegan ruidos de todas partes. La mitad de Bath parece amenazar con entrar en nuestra alcoba. Huelo el humo de cien fuegos encendidos en cien casas, espeso, tórrido y enroscándose en el cielo. El aire en esta ciudad es malsano, me digo. Es aire malsano. No sé si mejorará a Molly. Pero debe. Yo la cuidaré, pienso, de pronto. Lo haré. Me haré la promesa, me santiguaré y me besaré el dedo tal y como vi hacer una vez al lechero de Ipswich. La cuidaré igual que cuida Molly de mí, seré la hermana mayor cuando haga falta y guardaré nuestro secreto.

Retiro la áspera persiana y descubro una estampa de lo más curiosa. Por todas las calles hay damas y caballeros, estridentes en la luz grisácea, todo anaranjados y rosas y azules entrelazados con pájaros y flores en seda bordada, en sillas de manos que transportan a hombros sus sirvientes. Las sillas pasan balanceándose delante de nuestra casa, del nuevo letrero pintado de rojo de mi padre, y desaparecen detrás de unas verjas altas. ¿A dónde van? Qué extraños son los adultos, pienso. Mucho más extraños que nosotras. ¿Por qué se empeñan en parecer serios cuando están haciendo algo tan peculiar? Los miro trotar calle abajo hasta que empieza a salir el sol y el humo matinal se vuelve tan espeso que no distingo la mano que tengo delante de la cara. Abrigo la esperanza de ver a alguno caer al barro, pero no me dan esa satisfacción, a pesar de que me quedo mirando largo rato. Luego vuelvo a la cama junto a Molly, que se agita y cambia de postura hasta pegar su pálida cara a la mía.

Me roza los labios con los dedos.

—Te harán una herida en la boca —dice con voz queda—. Sangrarás y sangrarás.

Le aparto el dedo de un manotazo, pero entonces me acuerdo y lo cojo y se lo aprieto con suavidad.

—Chis, Molly. A dormir —digo con la voz de nuestra madre.

Sus ojos son como dos piedras. Se los tapo con la mano hasta que los cierra, hasta que su respiración se vuelve pausada, y solo entonces se afloja el nudo de mi estómago. Abrazo el suave calor del cuerpo de mi hermana y respiro el aire frío hasta que una chica nerviosa con una cofia de criada coronando su cara cetrina entra sigilosamente y se acuclilla para encender el fuego.

Reclamos

En la pared del nuevo taller de mi padre, una habitación de muebles oscuros y relucientes en la que nunca entra, hay unos grabados, regalo de Thicknesse. Hay ocho, cada uno con su marco de suave color castaño y forman dos pulcras hileras de cuatro. Debajo de cada dibujo hay un poema, que me cuesta leer, porque la escritura es muy pequeña y las palabras, complicadas, pero en resumen cuentan la historia de un hombre. Molly prueba un rato con el primero, luego se aburre y se va a tocar los cristales dispuestos en un estante, pasa el dedo por sus puntas suaves y rosadas.

—Me gustan estos —dice—. Son quiméricos.

—Esa palabra no existe.

—Claro que existe. Eres demasiado pequeña para conocerla.

No contesto porque yo conozco más palabras que Molly y también porque estoy ocupada mirando el octavo dibujo. No puedo apartar los ojos de él ni de las palabras escritas debajo con letra muy cuidada. «Locura, eres el caos del cerebro.» Caos del cerebro. Miro el dibujo, los ojos inexpresivos, las caras lascivas y las poses grotescas, las cadenas y barrotes y el lecho de paja y el hombre que se cree rey pero no lleva camisa. Cuando Molly no me ve, paso el dedo por su boca abierta. Trato de comprender el poema, pero no puedo. «Tipos de horror. Tipos de placer.» No me gustan nada las figuras del dibujo: ni el bufón de cabeza calva y aspecto infeliz ni el pequeño jorobado con el violín, tampoco el hombre desnudo que parece rezar y aullar en su celda. Pero el que de verdad me asusta está detrás de la puerta, donde nadie puede verlo. Agazapado. Y las elegantes damas que sonríen con afectación detrás de sus abanicos no saben que se está preparando para asaltarlas.

El taller está atestado de papeles cubiertos de notas garabateadas en tinta negra, blancas con puntillo, corcheas y semibreves que bailan por la página y de los instrumentos musicales que tanto le gusta a mi padre coleccionar, pero también hay cosas nuevas e intactas. Hay un microscopio y un telescopio, un globo de cuero con países pegados y toda clase de objetos por los que mi padre no muestra interés alguno y me pregunto por qué los ha comprado. Pero durante estas primeras y lentas semanas estoy empezando a darme cuenta de que Bath es, en sí misma, una ciudad de objetos. Se amontonan igual que las personas, a centenares, todos bien apretujados para la temporada vacacional. En Bath no se concibe un sencillo juego de té. Tiene que haber una taza

para café, una para chocolate, una jarrita para la leche, otra para servir la crema, un azucarero; debe haber platillos para el té, debe haber coladorcitos de plata y pincitas de plata, debe haber un cuchillo para la mantequilla y otro para el bizcocho, un platillo para la crema espesa y una cuchara para la crema espesa. No puede haber una cosa para todo cuando se pueden tener cincuenta. Los escaparates de las tiendas se suceden por kilómetros con sus relucientes cristales y dentro de cada uno hay más cosas que comprar, todas esperando, delicadamente etiquetadas, peleando por destacar, por llamar tu atención. A veces me alivia que no trajéramos todas nuestras cosas de Ipswich, porque tengo la impresión de que añadir una sola más al montón podría hundir la ciudad.

Molly y yo exploramos cada centímetro de la casa hasta que se nos acaban los sitios que husmear y las cosas nuevas que tocar. Después de una tarde interminable sentadas junto a la ventana, miro la calle e imagino que la ciudad entera está haciendo eso, hundiéndose en el lodo blanquecino de las carreteras. Toda ella. La abadía que se cierne igual que un monstruo sobre nosotros, las damas con sus ridículos sombreros, los caballeros relamidos con sus piernas flacas, las sillas de manos, los sirvientes desdeñosos que te miran como si te encontraran cómica y los lacayos que esperan junto a la verja con el dedo metido en la nariz a que su señora termine el baño. Los imagino agitando los brazos mientras se hunden en el asfixiante lodo calizo.

Un laberinto de edificios nos encajonan. Miro por la ventana y trato de escudriñar la colina que hay más allá, detrás de las últimas casas que bordean el blanco cielo invernal. Molly no es la misma y eso me preocupa, me roe por dentro cada vez que tenemos que estar calladas, o formales, o dormidas. No se nos permite salir a la calle y el jardín no es un jardín, sino un cuadrado pavimentado con dos bellotas de piedra que contienen sendos setos redondos, y un banco blanco también de piedra en el que se nos permite sentarnos a pensar. Mi tía se prepara para abrir su tienda, mi madre está absorta organizando la casa y mi padre pasa las horas aislado en su taller o fuera. Aquí la puerta de la calle es pesada y no se queda entornada, sino que se cierra de golpe después de que salga mi padre a montar a caballo por el campo sin nosotras, en un caballo grande y que da bastante miedo, y acompañado de un criado mudo que le lleva el caballete y las pinturas. Fuera, la ciudad baila a nuestro alrededor hasta entrada la noche, pero somos demasiado pequeñas para verlo y demasiado mayores para que nos dé igual. Caminamos de un lado a otro como animales de feria enjaulados.

Hasta que una tarde jugamos a reyes en guerra, nuestro juego más salvaje. Es un juego secreto, porque a mi padre no le gusta que simulemos ser reyes. Una vez en Ipswich robamos pergamino para

hacer una corona y Molly se subió a una silla para que yo le hiciera reverencias. Cuando entró mi padre y la vio, la alegría desapareció de su cara como si alguien se la hubiera borrado con un paño. Le quitó a Molly la corona de la cabeza, la arrugó y la tiró debajo de la mesa.

—No toleraré que queráis ser mejores de lo que sois.

No es más que un juego, quiero decirle. No lo pensamos de verdad, solo jugamos a ello, y es distinto, ¿no? Pero ha vuelto a su trabajo, así que no puedo preguntárselo. El juego de los reyes está prohibido y cuanto menos nos permiten jugar a él, más queremos hacerlo, de forma que pasa a ser como las galletas, o como correr cuando se supone que tienes que estar quieta.

—¡Atrás! —dice Molly blandiendo su cepillo de pelo—. ¡Os ordeno que volváis a vuestro estúpido barco! Soy vuestro rey y debéis obedecerme.

Molly siempre es el rey y yo siempre soy un criado rebelde. Excepto algunas veces en que soy un caballo.

—Jamás —grito, y echo a correr hacia ella, que baja de un salto de la silla de cría que es su barco y las dos reímos y somos reyes y a la vez no lo somos, somos nosotras y a la vez no lo somos, estamos asustadas y no lo estamos, todo al mismo tiempo. Estoy absorta en el juego, persiguiendo por el pasillo a Molly, que se escapa, y entonces nos paramos de golpe y tropezamos en el pasillo.

—¡Jamás! —repito sin aliento, riendo aún—. ¡Ríndete!

Doy un paso hacia ella con la intención de hacerla prisionera, pero cuando me acerco me da un zarpazo igual que si fuera un gato y retrocedo, atónita. En mi brazo aparece una delgada raya amoratada.

—¡Au! —digo—. Me has hecho daño. —Me llevo el brazo a la boca y lo chupo, noto el sabor a sangre—. Molly —repito—, me has hecho daño.

Ya no juega ni se ríe. Está mirándome jadeante y con el cepillo colgando de la mano. Vuelve a ser Molly, me digo enseguida. Molly y nada más. Doy un paso hacia ella, cuando de pronto levanta el cepillo y lo arroja con fuerza contra un espejo. Hay un chasquido que parece de bala y el pasillo se llena de añicos.

—Molly, ¿por qué has hecho eso? —digo segundos antes de que lleguen las personas mayores y al borde del llanto. Tengo la voz pequeña y trémula—. Eres una estúpida.

Cuando se oyen pisadas escaleras arriba que vienen a apartarnos de este revoltijo de añicos, tengo ganas de gritar: «¡No he sido yo, ha sido Molly, ha sido Molly, es todo culpa suya». Pero sé que si hago eso, nos obligarán a pasar el día separadas y no hay nada peor en el mundo. Es como si me arrancaran un trocito.

Cuando están recogidos todos los trozos y tres hombres simpáticos que nos guiñan el ojo se llevan el marco del espejo después

de desmontarlo, mi madre nos lleva al salón y nos sienta juntas en la *chaise longue*, que es azul pálido y resbala una barbaridad. Está demasiado alterada para sentarse también, así que camina hasta la ventana con las mejillas redondas teñidas de rubor.

—Esto es inadmisible, niñas.

Hay un temblor en su voz que recuerdo de nuestras peores fechorías. Fijo la vista en los pies de madera pintada de la *chaise longue*, que tienen forma de garra de león, y deseo en silencio que el león se levante y nos lleve escaleras abajo y a la calle.

—Es del todo inadmisible —continúa mi madre—. Sois demasiado mayores para esto. Demasiado. Sois unas traviesas. Sois alborotadoras y muy... muy malas. Me tenéis desesperada. Esta es una ciudad llena de promesa, de gran... refinamiento. De grandes oportunidades para vuestro padre y tenemos la obligación, todos, de trabajar para procurárselas. Vosotras también. Sois muchachas de alcurnia, de... de un linaje que es imposible que comprendáis.

Alcurnia. Linaje. Pienso en las historias que nos susurra mi madre sobre nuestra sangre, nuestra distinción, y desearía ser capaz de encajar todas las piezas.

—No se preocupe, yo la peino —dice Molly.

—¿Qué?

Mi madre arruga el ceño. Tengo de nuevo la sensación de ser la funambulista en la feria. Es una sensación que me sube desde el estómago.

Voy a decírselo, pienso. Ahora mismo. Ella sabrá mucho mejor lo que hay que hacer. Lo sabrá.

—Mamá —digo con la lengua seca dentro de la boca—. Mamá.

—¿Sí?

Soy incapaz de encontrar las palabras.

—Molly está... —titubeo—. Molly no...

Noto a Molly ponerse tensa a mi lado, noto cómo se le acelera la respiración, pero sigo adelante y las palabras me salen en tropel.

—Molly no es la misma. No está jugando —digo—. Está..., me ha hecho daño. —Levanto el brazo para enseñarle a mi madre el arañazo rosado—. Creo que le..., no está del todo... No se comporta como...

—Cielo santo, Peggy Gainsborough.

De pronto mi madre me ataja. Su voz suena cerrada, como una almeja. Levanto la vista, desconcertada.

—Es impropio de una señorita.

—Me...

—¡Culpar a tu hermana de tus diabluras!

—Pero me...

—¿Estabas o no estabas presente cuando se rompió el espejo?

—Sí.

—¿Acaso no era uno de vuestros juegos, una de vuestras desenfrenadas y absurdas persecuciones por la casa?

—Sí, pero, mamá, yo...

—¡Ni una palabra más!

Guardo silencio y me limito a coger la mano de Molly sintiéndome desgraciada.

—No voy a tolerarlo... ¡que una hable mal de la otra! Si esta tontería sigue y no sois capaces de llevaros bien, entonces quizá sea mejor separaros por completo hasta que crezcáis de una vez.

Los ojos de mi madre son duros como dos botones, y habla con voz tensa y aguda. Me gustaría no haber dicho nada. Al vernos cabizbajas sentadas delante de ella, se ablanda, su rictus se suaviza solo un poquito.

—Entiendo que con todo el ajetreo de la mudanza os hemos tenido algo olvidadas. Es hora de que os preparemos mejor. No es bueno que las jóvenes pasen demasiado tiempo solas. No es saludable.

Viene hasta nosotras, roza la coronilla de Molly y de pronto comprendo que también mi madre está preocupada por ella y que piensa que todo se arreglará si nos portamos bien. Debe de tener razón, me digo. Sin duda. La miro, sonrío con dulzura y me doy cuenta de que sigo agarrando la mano de Molly tan fuerte que ya no le fluye la sangre y hay sudor entre las dos palmas.

Al día siguiente nos hacen cruzar la puerta y nos llevan hasta una porción de la tarta glaseada de nuestra tía. Su tienda de telas no está todavía lista para abrir, pero ya rebosa de aromas a azahar, a agua de lavanda y a peonía. En los rincones hay apilados carretes de cinta de cada medida y tono imaginable, y sobre las mesas se amontonan rollos de telas suntuosas, delicadas y extraordinarias. Hay cuencos de porcelana pintada llenos de hebillas, cintas para corsés, botones, alfileres y corchetes. Hay plumas y pieles atrapadas en mesitas con tapa de cristal igual que mariposas clavadas con alfileres y, en el mostrador, cuencos con frutas desecadas: cerezas, manzanas y peras. Las paredes están revestidas de un papel rosa palidísimo que recuerda al interior de una caracola. Es el lugar más maravilloso que he visto en mi vida.

El corazón me aletea en el pecho. Esta es la razón, pienso. Esta es la razón de que nos hayamos mudado y lo que lo hará todo mejor.

—Bueno, bueno —dice mi tía, que es delgada y hermosa y a menudo tiene alfileres en la boca—. De manera que hay que vestiros de señoritas refinadas.

—Sí —dice Molly—, y a mí me haría mucha ilusión un vestido azul.

—Entiendo. ¿Y la señorita Peggy?

—A mí también me haría ilusión un vestido azul.

No tengo ninguna preferencia, excepto ir igual que Molly.

—¿Está el azul de moda esta temporada? —pregunta mi madre nerviosa—. Tengo entendido que no.

—Uy, por supuesto que sí, Margaret. Los azules pálidos se llevan mucho y son apropiados para muchachas jóvenes.

Mi tía va hasta un rollo rígido que tiene el color del cielo en una mañana de primavera, no ese azul caluroso y severo del verano, sino algo etéreo que me hace abrigar esperanza. El aire de Ipswich en el mes de mayo, cuando es posible que llueva y el cielo no se ha decidido aún.

—Este quizá.

—Sí —digo, y las palabras salen sin que lo pueda evitar—. Ay, sí, por favor.

—Muy bien —dice mi madre con aspecto complacido—. Lo dejo en tus manos, Mary, puesto que conoces las modas. Vuestra tía —dice mientras recoge el pelo de Molly en un moño de manera que la piel blanca de su cuero cabelludo se tensa— es la mejor modista de Bath.

—Bueno, entiendo de telas. Lo llevo en la sangre, igual que vuestro padre, y que vosotras. —Asiente con la cabeza y nos mete a cada una en la boca un pedazo de jengibre cristalizado y picante. A continuación le da una cinta de medir a nuestra madre y desaparece entre rollos de tela. Mi madre nos ayuda a sacarnos nuestros vestidos infantiles por la cabeza hasta que nos quedamos en ropa interior detrás de la cortina. Molly cruza sus delgados brazos y se toca un diente que tiene suelto con la lengua.

—No hagas eso, Molly —dice nuestra madre.

—Es que se me mueve mucho.

—¿Quieres que te lo arranque de un tirón?

—¡No! ¡No! ¡Ya paro!

Por la abertura de la cortina miro la espalda de mi tía moverse entre los vivos colores.

—Estoy pensando que igual cuando sea mayor quiero ser una señora con una tienda de telas —digo casi sin pensar.

Mi madre casi escupe una guinda seca.

—Dios mío, ¡no! Qué cosas se te ocurren.

Mi tía levanta la vista de su tarea y sé que nos ha oído.

—Pero ¿por qué no?

—¡Porque no os estoy educando para que vendáis cosas! —dice nuestra madre.

—Papá vende cosas.

—Eso es completamente distinto.

—¿Por qué es distinto?

—Me sorprende que tengas que preguntarlo.

Su aprobación se ha esfumado igual que el vapor de una tetera y

cierra la cinta de medir con cierto exceso de brío alrededor de la cintura de Molly.

—Es distinto porque os estamos educando para otra cosa.

—¿Para cuál?

Mi madre me mira como si no diera crédito.

—Pues para desenvolveros en sociedad —se limita a decir, y luego me hace girar y noto el extremo frío de la cinta en el cuello.

Molly me mira en el espejo, se lleva la lengua al diente suelto y lo mueve mientras hace una mueca ridícula y yo hago lo mismo, me pongo bizca hasta que me mareo. Nuestra tía descorre la cortina armada de gasa, cinta y flores, igual que el dibujo de una diosa salida de un libro sobre los romanos, y empieza a disponerlas aquí y allá. Enrolla apretadas tiras de azul alrededor de la cintura de Molly.

Bleu de cendres, pienso. Azul ceniza.

—¿Es cara esa tela azul? —pregunta mi madre.

—Un poco. Las flores son lo más costoso —contesta mi tía.

—Bueno, es una inversión.

—Eso sin duda, Margaret. —Mi tía coloca dos grandes flores en la cabeza de Molly—. Las niñas siempre lo son, ¿no?

Debemos esperar una semana a que nuestros vestidos estén terminados. Mientras los cosen, nos visita tres veces un caballero de dedos alargados, como de papel. Lleva unas hebillas enormes en los zapatos y al cuello un pañuelo que es un borbotón de encaje rosa. Nos dice que nunca debemos mirar con demasiada atención a nadie mientras esté comiendo, que nunca debemos sentarnos a no ser que una persona mayor nos invite a hacerlo y que nunca debemos criticar nada de lo que se nos ofrezca. Nos enseña a colocar los cuchillos con la punta lejos del plato y a sentarnos sin que se nos enrede la cola del vestido. Elimina las últimas trazas de nuestras vocales de Ipswich, las aes alargadas, las es cortas y las erres dichas con los labios cerrados, las estira igual que una masa en una mesa de cocina hasta que no queda en ellas ni rastro de Suffolk.

—Es muy generoso por su parte, pero no, gracias —decimos al unísono.

—Generoso —dice el señor Tilbury con su pañuelo rosa.

—Generoso —repetimos.

Molly sonríe y hace reverencias y se muestra tan perfecta como si acabaran de pintarla con esmalte. Nos estamos portando bien, tal y como quería nuestra madre. Molly me ha prometido entre cuchicheos que seguirá así, se ha persignado y lo ha jurado. Lo hemos acordado. Guardo bajo mi almohada una fina cinta de seda, suave y sonrosada como las rosas, y cada noche me la ato con cuidado a la muñeca y después a la de Molly, de manera que, si se despierta en sueños, noto el tirón y la hago volver a la cama antes de que pueda escabullirse.

Por el momento funciona.

No vemos a mi padre en toda la semana. Ha ido a Londres y me pregunto si, de estar aquí, habría echado al caballero de dedos delgados o si ha dejado de oponer resistencia a la campaña de mi madre. Cuando no está, es como si se hubiera derribado una cerca.

Es viernes a la hora del almuerzo y estamos en el salón, practicando cómo rechazar golosinas de manera más cortés. Nos ruge el estómago y estoy preguntándome si puedo simular indisposición para huir escaleras arriba, cuando aparece mi madre con los ojos brillantes. Con ella entra el aire fresco y primaveral de la calle.

—A ver si lo adivináis, niñas.

Esperamos, expectantes. El tutor saluda con una inclinación de cabeza.

—Lady Mary Campbell, la nuera del cuarto duque de Argyll, ha venido a la ciudad a tomar las aguas y ha visitado las salas de exposición de vuestro padre. Tiene una niñita de tu edad, Peggy, y nos ha invitado a tomar el té con ellas el miércoles por la tarde.

Habla en el tono susurrado que suele reservar para citar nombres de la aristocracia, pero termina la frase con una nota aguda y triunfal.

—Ya es hora de que salgáis un poco, niñas, y hagáis amistades apropiadas. Os vendrá bien a ambas. Será como un soplo de aire fresco. ¿Están preparadas, señor Tilbury?

—Desde luego, señora.

Hace una nueva inclinación y deseo secretamente que se caiga al suelo.

No quiero tener que salir con Molly, las dos emperifolladas, a ver y a ser vistas, a dar conversación y a acordarnos de rechazar golosinas de manera apropiada. No quiero conocer a lady Mary Campbell ni tomar el té con su hija. Me inspira el mismo viejo e inquietante temor de los juegos de Molly, cuando su extrañeza aflora fugazmente y yo tengo que impedir que sea percibida. Desearía que mi padre estuviera aquí, para que dijera: déjalas, Margaret, déjalas tranquilas, son demasiado jóvenes. Deja que sean libres. Pero no está. Y dice mi madre que esto, más que ninguna otra cosa, mejorará a Molly. Así que debemos obedecer.

Esa noche, Molly me susurra, con su aliento caliente en mi mejilla.

—Yo no quiero ir, ¿tú?

—No, pero debemos.

—¿Y si no puedo pensar?

—Hablaré yo si tú no puedes. Sabes que lo hago siempre.

—¿Y si...? ¿Y si ocurre lo otro? ¿Y si me...? —Se calla, insegura.

—Te pellizcaré muy fuerte —susurro—. Te pellizcaré fuerte y así te acordarás de estarte quieta.

La noto vacilar. Se ha invertido, la forma de hacer las cosas. Es como si hubiéramos hecho un trueque silencioso, la mayor por la menor. No sé si me gusta y tampoco sé si le gusta a Molly. Pero no se me ocurre otra solución.

—Sí —dice Molly—. Hagamos eso.

—¿Quieres que practiquemos?

—Sí, pero no puedes gritar.

—De acuerdo.

Alarga su manita pálida en la oscuridad.

Me armo de valor y le pellizco la mano lo más fuerte que puedo, tanto que temo hacerle sangre y veo la cara de esfuerzo de Molly, el blanco de sus ojos brillando en la luz mortecina de las ascuas. Se muerde el labio, pero no grita.

—Así.

Retira la mano y se la lleva a la boca.

—Duele.

—Lo sé, pero es mejor que lo otro.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Sí, pero sigo sin querer ir.

—Llevaremos los vestidos nuevos. Además, dice mamá que tienen un perro que podremos acariciar. Y puede que sea mejor que estar aquí encerradas todo el día.

—Sí. Quizá. —Se gira hacia mí y se abraza a mi cuello y no volvemos a hablar, excepto unos minutos después, cuando Molly dice, adormilada—: Los perros sí me gustan.

Cuando están preparados nuestros vestidos, nos llaman para probárnoslos y nos miramos en los grandes espejos de marcos dorados de la tienda de telas. Dos figuras que se contonean, adornadas con flores y trozos de tela azul vaporosa, sujetando unos saquitos bordados con casi nada dentro. Yo estoy muy rígida, igual que una flor atrapada en hielo.

—Es muy generoso de su parte, pero no, gracias —me digo a mí misma en voz alta.

—¿Se puede saber qué dices? —salta mi madre, y, sin esperar mi respuesta, menea la cabeza—. Ay, espero que no seáis maleducadas esta tarde ni empecéis con vuestras tonterías, como si fuerais lo único importante en el mundo entero.

En el espejo me veo levantar la mano para arreglar el pelo a Molly y descubro que nuestras imágenes vítreas se encuentran, la una reflejada en la otra, en una línea perpetua de Peggies arreglando el pelo a Mollies.

Son las dos de la tarde del miércoles y, al apearnos del coche, las flores que adornan nuestras cabezas tiemblan. Mi madre abre la

comitiva, con un sombrero gigantesco y un vestido inusual que parece tener encaje pegado. Le miro las manos y veo que le tiemblan un poco al bajar y también a mí se me acelera el corazón. Ha pedido un lacayo de más para que viaje en la parte de atrás y así tener quien nos abra la puerta sin necesidad de bajar poco elegantemente del carruaje.

Cruzamos un recargado umbral hasta un vestíbulo con tapices y a continuación nos guían por interminables pasillos de suelos resbaladizos que parecen dameros y en los que hay cabezas de hombres barbados que titubean en columnas y una colección de dioses griegos de alabastro. Uno sujeta un disco como si fuera a lanzarlo por la ventana, a los pulcros jardines que hay al otro lado. Las paredes están empapeladas con pájaros y flores diminutas que parecen brillar, imposiblemente pequeñas y perfectas, y de las ventanas cuelgan pálidos espirales de seda. Todo es de porcelana y de colores pastel y tan hermoso que apenas puedo respirar. No puedo apretarle la mano a Molly porque va delante de mí, así que le miro la nuca, los rizos castaños que se balancean detrás de nuestra madre y su sombrero, y pienso que debo sentarme cerca de ella, tenerla al alcance de la mano. Para así poder cogerle la mano sin ser vista. Solo por si acaso.

Cuando empiezan a apretarme los zapatos y estoy pensando que, de seguir caminando, pronto estaremos en otra casa distinta, nos detenemos ante unas puertas ornadas que, al abrirse, dejan ver a una señora menuda de pie sobre una intrincadamente hermosa alfombra de seda color pálido. Es de mediana edad y tiesa como una escoba, con un pequeño *spaniel* que salta a sus pies. El *spaniel*, pienso, tiene ojos mezquinos.

—¡Ya está bien, Bartholomew! Para ahora mismo o te vas fuera.

El perro gruñe, una nota grave de advertencia que tengo la impresión va dirigida a mí.

—Señora Gainsborough, encantada —dice lady Campbell. Es tan rígida y elegante que apenas mueve los labios al hablar—. Es un honor.

Mi madre hace una reverencia ligeramente exagerada y, por un momento, el sombrero le tapa por completo la cara. Dice:

—Ah, lady Campbell, el honor es solo mío. Permítame presentarle a mis hijas: la mayor, Mary, y la pequeña, Margaret.

Hacemos nuestras propias rígidas y aterrorizadas reverencias.

—Pero qué niñas tan adorables. Las hijas del pintor. Es extraordinario, resulta que yo también soy artista.

Señala una serie de paisajes anémicos y aguados que cuelgan en la pared a su espalda.

—Qué maravilla —dice mi madre con una voz que no es del todo la suya—. Cuánto talento.

—Esta es mi hijita, Anne, también una artista con un talento de lo

más prometedor. Estamos encantadas de conocer a las señoritas Gainsborough. ¿Verdad, Anne?

—Sí —dice Anne, que tiene cara de plato y está embutida en volantes de pies a cabeza. Se sienta en un escabel y ahuyenta al *spaniel* cuando se acerca a sus faldas. Las tres niñas nos observamos.

—Siéntense —dice lady Campbell, y las tres nos instalamos simultánea y obedientemente en distintas sillas de respaldo alto. Todo es resbaladizo y de aspecto costoso. En el centro, fuera del alcance y descansando en la seda azul pálido de la alfombra, hay una mesa con platos de golosinas. Miro a mi madre.

Lady Campbell empieza a hablar efusivamente, a alabar y preguntar por nuestro padre, y mi madre contesta con esa voz que no es del todo la suya y yo doy gracias por que nos permitan estar calladas, porque Molly pueda limitarse a estar sentada y bonita como una muñeca, que es lo único que se espera de nosotras. Estate quieta y no hagas nada, y sé bonita. Podemos hacerlo. Caigo en la cuenta de que tengo tensos todos los músculos del cuerpo y pienso en lo agotador que sería hacer esto todos los días.

Los pasteles relucen en los platos con motivos azules, nueces pecanas glaseadas, mermelada de albaricoque y hojuelas con miel bañadas en sirope, espolvoreadas con migas de azúcar cristalizado. Dátiles pegajosos, manzanas recubiertas de caramelo y dulces turcos rosa pálido envueltos en azúcar glas. Pienso en el señor Tilbury con una suerte de desesperación.

De pronto lady Campbell se interrumpe.

—¡Niñas! Tenéis que probar los pasteles.

Ha visto mi mirada glotona. Noto cómo me ruge el estómago.

—Es muy generoso por su parte, lady Campbell —entono con cautela—, pero no, muchas gracias.

—Es muy amable por su parte, pero hoy me voy a abstener —añade Molly con solo un atisbo de artificio.

Lady Campbell pone cara de decepción.

—Cómase uno, señorita Gainsborough. Y usted también, señorita Margaret. De lo contrario me ofenderé.

—Estoy terriblemente ahíta —digo.

—Pero si los he encargado expresamente de Gill's. A todas las niñas les gustan las golosinas, ¿no es así? No me gustaría que se quedaran sin comer.

Las enseñanzas del señor Tilbury me abandonan.

—¿Tomarás una, Anne? —pregunto.

Anne abre la boca para hablar.

—Anne tiene mala dentadura —dice lady Campbell, y Anne cierra la boca—. Las he encargado para vosotras. Pero si no las queréis, por supuesto no pasa nada.

Me doy cuenta de que mi madre nos mira de reojo. No sé muy bien si su amenaza nos da a entender lo que ocurrirá si nos comemos las golosinas o si no nos las comemos. Empiezo a estar muy confusa. Miro a Molly para ver si ella sabe lo que hay que hacer, pero tiene la cara muy sonrosada.

Cojo, insegura, un trozo de manzana con caramelo y mi madre se tranquiliza. Me lo meto con cuidado en la boca; está delicioso, es dulce y blando y se me derrite en la lengua. Cojo otro. Molly, con gesto goloso, coge un pastel de pasas. Anne nos mira solemne y hambrienta desde su escabel. Masticamos y sonreímos y hacemos ruiditos de satisfacción, mientras lady Campbell sonríe indulgente y habla con nuestra madre, que está diciendo:

—Por supuesto, con los grandes artistas hay que tener cuidado, pero usted por supuesto entiende de talento, lady Campbell, y por supuesto...

Justo cuando me estoy preguntando por qué dice «por supuesto» tantas veces seguidas, Molly escupe sangre en su vestido azul pálido. Se le escapa un ruido ahogado que hace callar de inmediato a mi madre y a continuación el diente que lleva toda la semana moviéndosele rueda ensangrentado por la alfombra tejida a mano.

Molly se pone de pie al instante y, presa del pánico, intenta recuperar el diente; al hacerlo, de su boca caen goterones de sangre igual que un aguacero en los nudos de seda. Nunca he visto caer tanta sangre de un diente suelto.

—¡La alfombra, ay, la alfombra! —dice lady Campbell incorporándose a medias. El *spaniel* empieza a ladrar, emite una y otra vez aullidos agudos y hostiles.

—¡Mary! —consigue decir mi madre—. ¡Mary, siéntate! ¡La alfombra!

Molly hace ademán de sentarse y lady Campbell medio chilla:

—¡No, no! ¡La *chaise*! ¡Era de mi abuelo! ¡Traída de China!

Molly se levanta como un resorte.

Una carcajada histérica resultado del pánico me sube igual que un eructo por el estómago y cuando miro a Molly, ni sentada ni de pie, con la bocaza goteando sangre y la barbilla sucia de migas de pastel, a Anne envuelta en volantes y con ojos como platos, no puedo contenerla. Me atraganto con la golosina que tengo en la boca, una incontrolable explosión de manzana y caramelo. Resoplo, y un trozo de manzana sale despedido de mi nariz y, cuando lo veo rebotar en la alfombra, me retuerzo de risa. Entonces Molly se echa también a reír, carcajadas nada elegantes y que se acompañan de rociadas de sangre, migas y pasas. Es lo más divertido que nos ha ocurrido nunca. Más divertido que cuando Molly imita un cerdo. Más divertido que aquella vez que a mi padre se le rompió la silla durante la cena y terminó

sentado en el pudin que tenía en el plato. Es lo más divertido que ha ocurrido nunca en Bath. En nuestra vida. En la historia de la humanidad.

Mi madre se ha puesto de pie y viene deprisa hacia nosotras, cuando el *spaniel* ve su oportunidad y, de un salto, le hinca los dientes en la falda. Anne lo separa con un feo sonido de desgarrón y lo saca de la habitación por el cogote mientras sus ladridos alcanzan un indignado y rabioso crescendo. Una legión de lacayos se arrodilla en la alfombra y la frotan con tales caras de extrema catástrofe que casi rompo a reír de nuevo. Uno de ellos, con la peluca empolvada casi tocando el suelo, está despegando trozos de pastel de un pájaro bordado. Molly tiene la boca tan llena de servilletas que parece un jerbo y, cuando me mira, me entra un nuevo ataque de risa, lo mismo que a ella. Nos sacan de la habitación en un frenesí de disculpas, pero lady Campbell tiene el ceño fruncido, atenta únicamente al estropicio, y no se vuelve, tampoco le quita importancia ni nos invita a quedarnos un rato más.

—¿Tiene arreglo, Roberts? —está diciendo cuando salimos—. ¿Qué opina, Roberts?

Yo no creo que sea culpa nuestra. Molly no puede evitar que se le caiga un diente, es algo de lo más natural y mi madre los guarda en una cajita de madreperla a la que tiene mucho cariño. Molly no tiene ninguna culpa. Y ha sido tan gracioso que cualquiera se habría reído. ¿Verdad?

Pero cuando veo la cara fruncida de mi madre bajo ese sombrero ridículo y las lágrimas que parecen arrasar sus ojos casi con violencia, sé que he hecho algo terrible. Está enfadada, pero hay algo más allá de su ira, debajo de ella, algo atroz y lo hemos causado nosotras, igual que causamos lo del gallinero y el sonambulismo. Por un instante me pregunto si se limitará a castigarnos abriendo la puerta del coche y yéndose a casa sin nosotras, que somos unas inútiles y unas indecorosas. O quizá, lo que sería peor, pienso, nos separará, tal y como dijo que haría si no somos capaces de portarnos bien cuando estamos juntas.

Por favor, pienso desesperada, por favor, mamá, déjeme intentarlo de nuevo. Controlaré a Molly. Haré que esté bien y se porte como es debido para que nadie se dé cuenta y nunca más nos entregaremos a juegos alocados. Intento poner esto en palabras, pero el llanto furioso de mi madre va a más y cualquier cosa que digamos o hagamos será como echar sebo a una hoguera.

—Es intolerable. Intolerable. Qué humillación. Nos habéis humillado. A mí. A vuestro padre. Sois tontas de remate. Vestidos rotos, sangre por todas partes, una casa ajena echada a perder.

—No ha sido culpa de Molly —empiezo a decir, pero mi madre

me corta.

—¡No entiendes nada! No sabes lo que significa que las hijas de un artesano sean invitadas a la residencia de un duque. Que por fin se os brinden las oportunidades que siempre he querido para vosotras. Y que os comportéis así. Sois una deshonra. Voy a perder la cabeza. Sí, señor. Se me llevarán a Bedlam en un coche con barrotes en las ventanillas y no volveréis a verme, y yo daré gracias por poder descansar mi atormentada cabeza. Entonces os arrepentiréis, cuando os quedéis sin madre, ¿verdad? Huy, sí, ¡entonces os arrepentiréis!

Imagino a mi madre delirando dentro de un coche, con la cara pegada a los barrotes, alejándose por la carretera. Desquiciada. Se me desprende un trozo de caramelo que tenía entre dos dientes y su empalagoso dulzor me llena la boca.

—Mamá...

—Os he dado todo lo contrario de lo que tuve yo —dice mi madre—. Todo.

Lo contrario de lo que tuve yo. Las palabras desentonan de tal manera con su encaje, con sus flores de seda, que no quiero oírlas, que siento el impulso de taparme los oídos.

—Mamá...

—¡Ni una palabra más! —Se lleva la mano a la frente como si la estuviera poniendo enferma—. ¿Es que no te callas nunca? ¡Eres una mala influencia para tu hermana! ¡Ea, ya lo he dicho! Molly es una niña tranquila y tú la estás convirtiendo en una salvaje.

De pronto todo se vuelve pequeño y lejano. Me muerdo el labio y miro el suelo del carruaje, a nuestros seis pies enfundados en seda que asoman de nuestros vestidos igual que criaturas silenciosas. Soy yo. Mi madre piensa que soy yo la que vuelve mala a Molly.

El coche se detiene con una sacudida, pero antes de que podamos bajar, aparece una cara optimista en la ventanilla.

—Señoras, ¿una balada? Canciones de amor, tragedias, ¿o quizá una pequeña sátira londinense?

El hombre agita sus papeles y nos guiña el ojo, hasta que ve la cara de mi madre.

—¡Largo de aquí! ¡Fuera! —dice ella como si el hombre fuera otro perro molesto, o un moscardón, y el hombre se apresura a retirar las manos y bajarse del estribo.

Mi madre abre la puerta sin dar tiempo a que la ayuden a descender elegantemente y entra en la casa hecha una tromba marina. El lacayo se esconde todo lo que puede detrás de la puerta al abrirla para que no se lo lleve la riada.

Nos empujan escaleras arriba como si fuéramos ganado, la cola mordisqueada del vestido de mi madre barre el suelo detrás de nosotras. Nos envía a habitaciones separadas y oigo cerrarse la puerta

de mi celda. Me siento en la cama y pienso en lo que ha dicho mi madre.

Ha bajado a reunirse con mi padre, que acaba de volver de Londres y probablemente desearía no haberlo hecho. Mi madre se enzarza con él y su voz se cuela por los tablones del suelo. Cada vez que mis padres discuten, me siento como si tuviera a alguien saltando en las entrañas. Sus peleas empujan a mi padre a irse de casa, y esta la he causado yo. Me clavo las uñas en la palma de la mano lo más fuerte que puedo. Fue idea mía ir a coger moras en aquel camino, con aquel viento tan frío y furioso. Fui yo la que se echó a reír al ver el diente en la alfombra.

—No me has dejado tratarlas como señoritas, querías que fueran unas salvajes y una incivilizadas, sin modales, y ahora las hemos traído aquí demasiado tarde y somos el hazmerreír, tal y como me temía, y conoces su linaje y lo que podría beneficiarlas, pero, por tu empeño en demorarlo una y otra vez, ahora son casi adultas, casi están en edad de casarse y Molly no... y ahora ni siquiera son capaces de contenerse en público por tu bien.

No permitiré que sea demasiado tarde, pienso, dejaré de ser una mala influencia. Dejaré de hablar y de comportarme como una rebelde. Mejoraremos, las dos juntas, seremos perfectas, como una pintura, en *bleu de cendres*, todo volantes y flores, y bailaremos la cuadrilla sin reírnos hasta que seamos delicadas como las salitas de porcelana y los encajes pastel, tal y como se espera de nosotras.

Me tumbo y observo la sombra del armario avanzar por el techo con la luz declinante.

Al anochecer, la llave gira. La puerta se entorna y mi madre se asoma con la cabeza ladeada. Deja un plato con pan y queso en la mesita, a continuación se sienta con expresión derrotada en la silla que hay junto a la cama.

Nos miramos.

—¿Dónde está Molly? —pregunto.

—Dormida.

—¿Puedo verla?

—No. Mañana por la mañana.

Mañana por la mañana no está tan mal, pienso. Una noche no es tanto. Me trago la preocupación que me hormiguea en el estómago.

—Lo del diente no fue culpa de Molly —digo.

—Lo sé —dice mi madre—. Me temo que perdí los nervios. No estoy orgullosa.

—¿Ha vuelto papá?

—Sí, pero ha salido.

—Ah.

El último destello de luz que atisbaba en el día se desvanece.

—Lo verás mañana, estoy segura.

Me coge la mano.

—¿Qué es Bedlam? —pregunto.

—Nada de lo que tengan que preocuparse unas niñas. No debería haberlo mencionado.

—Pero ¿qué es?

—Ya te he dicho que nada. No es algo que deban saber los niños.

Abro la boca para preguntar de nuevo, pero mi madre me corta con la voz levemente alzada.

—Estuvo fuera de lugar y no quiero volver a hablar de ello.

Hago caso de la advertencia.

—Sé que ha sido todo culpa mía, por reírme. De veras me esfuerzo por ser buena y que Molly también lo sea, pero no siempre sé cómo.

—Ya lo sé, Peggy —suspira—. Pero es que me gustaría que fuerais aceptadas. Más adelante lo necesitaréis. Peggy, me he pasado toda la vida... —Se interrumpe y cambia de opinión—. El duque de Argyll tiene muchísima influencia. No quiero ni pensar en lo que dirá la gente. —Se guarda un mechón rebelde dentro de la cofia—. No podemos permitirnos..., la situación de tu padre es precaria. Depende de nuestra reputación. Debéis ser unas señoritas refinadas y no podemos cometer... equivocaciones..., aunque eso no quiera reconocerlo tu padre. Y con mi... familia, lo que ocurra o no depende de un equilibrio muy delicado. —Me mira a los ojos un instante y a continuación añade, brusca—: Claro que eres demasiado pequeña para comprenderlo.

Digiero estas novedades y todo lo que no dicen las palabras. Pienso en mi padre, trabajando detrás de su puerta cerrada, y en lo que podría pasar si cometo otra equivocación.

—No hay preocupación comparable a la de ser madre —dice frotándose la sien como si quisiera borrar algo—. Lo aprenderás algún día.

No sé si quiero aprender algo así. Quiero decirle que tengo miedo por Molly, que no está bien, y que es posible que, después de todo, eso no tenga que ver conmigo. Que Bath no le está sentando tan bien como yo esperaba. Pero no quiero preocuparla más. Me acerco y beso su mejilla empolvada.

—Perdón.

Como siempre, huele a rosas y a sudor.

—¿De verdad se la van a llevar a usted?

Conozco la respuesta, o al menos eso creo, pero pregunto porque necesito oírla.

—¿A mí? ¡Pues claro que no! Claro que no. Dios mío. Solo se llevan a los locos, y yo estoy muy, pero que muy cuerda, sí señor. Soy

una persona con los pies en la tierra. —Y añade, como contándose a sí misma un chiste que solo ella entiende—: Algo que en esta casa tiene tanto de bendición como de maldición.

Se pone de pie con aire cansado y me revuelve el pelo.

—Ahora a dormir, Peggy, y di tus oraciones. Y por el amor del cielo, ruega por ser buena.

Apaga la vela y se deja olvidado el pan y el queso, pero estoy demasiado atareada pensando para preocuparme de eso. La mezcla ahogada de sonidos de Bath entra por la ventana. Loca. Pienso en Molly en el gallinero de Ipswich, en el pavimento delante de nuestra casa nueva en Bath. Aprieto fuerte los puños en la oscuridad.

Me arrodillo junto a la cama en el suelo de madera y rezo hasta que me duelen las rodillas, como se supone que hay que hacer, como sale en los libros. Hazme buena. Hazme cambiar. Haz buena a Molly. Hazla cambiar.

Al día siguiente, en el sosiego de la tarde, me escabullo en la cocina. La cocinera está cortando pescado, su cuchillo rebana la carne blanca y rosácea con una serie de golpes violentos. Siente debilidad por mí porque una vez tuvo una niñita de mi edad, afirma, aunque nunca me dice cómo se llamaba, cuando le pregunto solo aprieta los labios y su boca parece un zurcido.

—Si ha venido a distraerme con su cháchara, por lo menos pele los guisantes —me dice, y señala con la cabeza el cuenco con su montaña de vainas verdes.

Me lo acerco y, con dedos ágiles, empiezo a pelar las escurridizas cortezas. Luego cojo aire profundamente.

—¿Qué es Bedlam? —pregunto.

Deja lo que está haciendo y apoya el cuchillo en la tabla.

—¿Bedlam? ¿A quién le ha oído eso?

—A mi madre.

—¿A su madre?

—Sí.

—Qué será lo siguiente... —Deja de nuevo el cuchillo y menea la cabeza—. No es un tema de conversación para niñas pequeñas.

—Eso ya lo sé.

—Nunca habría supuesto que una señora tan refinada como su madre hablaría de esas cosas.

—Pero ¿qué es?

—Algo que no debe usted oír.

—Por favor.

Me mira y apoya una mano gelatinosa en la cadera, sobre el delantal.

—Nadie me lo quiere decir.

—Muy bien, pero luego no vaya con el cuento a su madre de que

le meto ideas en la cabeza. Que ya nos conocemos.

—Lo prometo.

—Muy bien. Pues es un sitio para personas que están locas —dice—. Es donde llevan a quienes no distinguen lo real de lo que no lo es. Dementes.

Se toca la cabeza con un dedo sucio de sangre.

—Dementes —digo paladeando la palabra.

—Sí, los que han perdido el seso. Se los llevan y los encierran para que no puedan hacer daño a nadie ni meterse en líos. Un primo mío conoció a una mujer a la que se la llevaron porque su familia no podía cuidarla en ese estado. Una cosa terrible. Se había vuelto loca de remate. No reconocía ni a su propio hermano.

—¿Y fue culpa del hermano?

—No lo creo. ¿De dónde ha sacado esa idea? Esas cosas nunca son culpa de nadie.

—Pero entonces ¿por qué ocurren? —pregunto.

—Nadie lo sabe, señorita Margaret. Quizá es que se les metió dentro un diablo. Quizá es algo que llevan en la sangre. De lo que no hay duda es de que es cosa del demonio.

Dejo con cuidado los guisantes en un cuenco y las vainas vacías en otro y cojo más.

—¿Cómo se quita? —pregunto.

—¿Quitarse?

Menea la cabeza como si le extrañara la pregunta.

—¿Cómo se saca al diablo de la sangre?

—Ah, no se le puede parar una vez está dentro. O eso he oído. —Me mira y cambia de tono de voz, como si se le acabara de ocurrir algo—. Así que tiene que procurar ser buena y no dejar que entren los demonios. Esa es la manera.

Pero es demasiado tarde, pienso.

—Es una cosa espantosa y vale más no hablar de ella, sobre todo con jovencitas como usted. —Levanta el cuchillo y, al bajarlo, parte la espina en dos—. Más nos vale hacer como si esos horrores no existieran, puesto que no nos atañen.

Aprieto la vaina tierna entre el pulgar y el dedo y la miro abrirse y revelar su reluciente hilera de pobladores.

—Gracias —digo.

—Y ahora, quédese a ayudarme hasta que la reclamen. —Menea la cabeza—. Qué será lo siguiente, me pregunto. La curiosidad mató al gato, señorita Margaret.

—¿De verdad?

—Sí —dice tajante, y, con un único y experto gesto, vacía las tripas del pez en un cuenco antes de darse la vuelta para lavarse las manos viscosas en el fregadero, bajo el chorro de agua.

MEG

Es raro, piensa Meg, hacer una cosa sin estar pensando al mismo tiempo en el pasado o en el futuro. Siempre te preguntas qué ocurrirá, o haces planes con el pensamiento puesto en el futuro antes incluso de saber lo que estás haciendo. Friegas el suelo, pero estás pensando en lo que podrías comer más tarde. Te quedas dormida pensando en la mañana siguiente. En ocasiones la vida no parecer ser más que una serie de pensamientos sobre lo que puede ocurrir en los próximos cinco minutos, o en la próxima hora, o semana, como si, para seguir vivas, las personas debieran ir siempre por delante de ellas mismas. Hay muy pocas situaciones en las que no ocurra eso. Pero esta es una.

En los momentos en que está con él, cuando se mueve dentro de ella con un ímpetu y un deseo tales, Meg no piensa ni en el futuro ni en el pasado. El ritmo del movimiento parece designado para ahuyentar esa clase de pensamientos. Tampoco después, ni mientras tanto piensa en ello. Por si hay una consecuencia. Por si se termina. En cierto modo, lo que hacen, lo que ella le está permitiendo hacer, existe solo en el instante mismo en que sucede. Es, tal y como prometían las canciones, un placer fugaz.

Estos placeres fugaces, al menos según el cancionero, no suelen terminar bien. El asaltador de caminos dispara a su amada por accidente. La hija del molinero es traicionada. La doncella deshonrada se ahorca al amanecer. Meg también ha perdido ya su virtud. Pero todavía no quiere pensar en ello.

Esto que hay entre este hombre y ella, sea lo que sea —¿un romance?, ¿un entendimiento?—, empezó a la semana de llegar él. Una semana de lavar, fregar y cuidar el vendaje empapado en sangre y tieso por el calor. Una semana de lamentos de Ainbach. La posada atestada, los hombres aburridos e inquietos, bebiendo, esperando. Comiendo. Comidas y más comidas, platos y más platos que fregar, suelos que barrer. Cuando lo peor de la jornada ha pasado, Meg sale al patio, descansa la cabeza contra el tosco muro y cierra los ojos.

Entonces oye crujir la puerta de la cocina.

Meg abre los ojos de mala gana, preparada para ver a su padre acechando, o a un parroquiano que sale a aliviarse por la puerta equivocada. Pero es él. Frederick, alto y encorvado en el umbral. Se ha desligado de su título, de su rincón en la historia, libre como está de la pompa que lo sostiene en su posición elevada. Es un nadador al que la corriente ha arrastrado y arrojado torpe, abruptamente, al patio de una posada con la gente común. Solo que con una casaca de mejor

calidad.

Mira a Meg y su ancho rostro es como una fruta abierta a la luz, pidiendo permiso. Meg se lo da, o no se lo niega, de modo que él sale al sol del atardecer y deja que se cierre la puerta. Es ahora, entonces, piensa ella. Durante un instante, ninguno hace nada. A continuación él, sin decir palabra, le coge la mano y tira de ella, luego mira al cielo y la besa.

Al principio la sorprende la presión de sus labios, puesto que nunca la han besado así. Solo lo ha visto, ha construido un pequeño libro de recuerdos con los besos que ha presenciado, los ásperos y los ebrios, los tiernos y los lascivos. La realidad no tiene nada que ver. Mantiene sus labios pegados a los de él, pero con cuidado, tal y como había ya decidido. Esa manera de mirarla, de saludarla con una leve inclinación de cabeza, la avidez en sus ojos. Meg no es tonta. Se le ha pasado por la cabeza.

Con una mano pálida, él le acaricia el mechón de pelo que se ha escapado de la cofia. Es un gesto mínimo, pero tan tierno que algo recorre el cuerpo de Meg y la deja sin respiración.

¿Por qué está solo?, se pregunta. ¿Dónde ha ido el séquito cortesano de hombres empelucados que lo rodean durante el día? Tal vez les ha pedido que lo dejen solo un rato. Tal vez les ha dicho: voy a probar suerte con la hija del patrón, y todos se han reído con sus carcajadas pastosas y guturales y siguen riendo ahora mismo mientras ella está muy rígida en el sol vespertino con los labios de él pegados a los suyos. Tal vez los espían desde alguna parte, por una ventana del piso de arriba, uno o dos de ellos, se burlan y lo animan a él a seguir, como ha visto a veces hacer a los hombres. Se separa y levanta la vista, pero en la ventana no hay nadie.

Él tira de ella con torpeza y Meg se deja llevar, se esfuerza porque esté cómodo, por colaborar, como para demostrarle que le gusta esto o, al menos, le resulta agradable. Él le pone las manos en las caderas, con los pulgares en el vientre, y sonríe.

Este hombre no va a forzarla, eso Meg lo sabe, y, en su opinión, es el mayor cumplido que puedes hacerle a un hombre. Decir que no es violento. O que no ha necesitado serlo. Sí, piensa, eso es bueno.

—¿Te gusta? —pregunta él de pronto, y Meg se sorprende tanto que ríe.

—Sí.

—Bien. A mí me gusta. Tú. Me gustas tú.

—Tú a mí también.

—Pero tenemos que... —se interrumpe y se lleva un pálido dedo a los labios—. ¿Sí?

—Sí.

Meg hace lo mismo, imitando su gesto.

—Bien. Eso está bien —dice él.

Se acerca para besarla de nuevo y esta vez Meg intenta pensar en lo que siente. Comprobar si extrae algún placer, más allá de ser deseada. No lo sabe, aún.

—Esta noche vienes a mi habitación. Tarde. ¿Sí?

Por espacio de medio segundo, Meg vacila. El futuro flota sobre ella con sus posibilidades, sus arrepentimientos, sus desastres. Lo aparta como si fuera una telaraña.

—Sí.

PEGGY

Veneno

Calle abajo, el vendedor de ostras pregona su género fresco a la multitud acalorada que sale de los baños y repito su cantinela para mis adentros mientras coso. «Ooostraaas, las mejores ooostraaas —repito en silencio—. Benéficas para la sangreee.» Clavo la aguja en la tela y miro el hilo azul seguirla y formar las palabras:

Dedica cada Hora a algo provechoso
pues verás que el Tiempo vuela, presuroso
tu destreza en cada Arte mejora
el Saber, como la Belleza, el Corazón enamora.

No estoy muy segura de a qué corazón enamora. Me extraña que la enseñanza extraída sea que debes emplear bien tu tiempo porque pronto morirás, con lo aburrido que es coser. Quizá sea un chiste.

Desde el alboroto causado por el diente de Molly, he cosido tres dechados, uno sobre que el Señor es mi pastor, otro sobre la importancia de la amistad y otro sobre dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis. Tengo mucho tiempo libre porque Molly y yo ya no salimos, nos quedamos en casa y, cuando mi madre se pone su voluminoso mejor sombrero y se va de visita, la puerta se cierra a su espalda con un chasquido. Tampoco jugamos ya en casa como solíamos porque yo no nos lo permito, pero hemos construido un mundo en miniatura con trozos de papel debajo de la cama y pasamos horas retorciendo pergamino hasta darle forma de habitantes diminutos. Nuestros reyes son ahora tan pequeños que nadie sabrá nunca que están ahí, lo mismo que nuestros criados malvados y nuestros caballos. Así que es mejor que antes, cuando ocupábamos tanto espacio y hacíamos tanto ruido.

Cuando no estamos jugando con nuestro reino en miniatura, cantamos o cosemos, o damos lecciones con los tutores que entran y salen por la enorme puerta principal. Estoy contenta, creo, porque se nos da mejor ser formales. Estamos haciendo grandes progresos,

aunque yo no consigo dejar de morderme las uñas. Pero aparte de eso, tengo cuidado de ser siempre una buena influencia.

Estoy terminando la «e» de «saber» porque me confundí y he tenido que deshacerla, cuando se abre la puerta de mi habitación y aparece Molly. Sujeta un orinal con manos temblorosas.

—Mira —dice, y casi no puede terminar la palabra—. Mira.

Me levanto y voy hacia ella, sin comprender, hasta que miro el bacín. Pegados a los pálidos lados de porcelana, veo salpicaduras granulosas de color púrpura rojizo.

—¿Qué es? —pregunta, y mira mi cara, expectante.

—No lo sé —digo, porque es la verdad.

Por mucho que lo miremos, no cambia.

—Quizá es algo que has comido.

—He comido pollo, lo mismo que tú. Como las mismas cosas que comes tú.

—Quizá es algo que sucede y ya está.

—Quizá.

Guardamos silencio.

De pronto digo:

—Vamos a tirarlo y así nadie lo sabrá.

—Pero ¿qué es? —A Molly le tiembla la voz—. ¿Qué me pasa?

—No es nada —digo—. Tenemos que tirarlo.

Asiente, trémula, y el alivio me invade. Lo haremos desaparecer. Lo tiraremos y nadie se enterará nunca. Cruzo la habitación y, por la rendija de la puerta, miro el pasillo desierto.

—Vamos.

Abro la puerta y sale Molly con el bacín. Cruzamos sigilosas como ladronas el pasillo del piso superior, arrastrando los zapatos por la alfombra, y el terror me recorre al pensar que Molly pueda tropezar y derramar el líquido rojo por el suelo. Primero debemos bajar la escalera principal, que es la parte que más miedo da. Luego podremos ir sin hacer ruido por los pasillos traseros hasta el sumidero que hay a la salida de la cocina y, si mantenemos las cabezas por debajo del nivel de las ventanas y tenemos suerte, nadie nos verá.

Pasamos junto al salón, la voz de mi madre resuena en un monólogo grave y ahogado de instrucciones sobre la cena a la cocinera al otro lado de la puerta, y bajamos el segundo tramo de escalera que lleva a la sala de muestras. Atravesamos a hurtadillas la sala de muestras, con sus circunspectos caballeros y damas colocados unos encima de los otros igual que acróbatas formando un castillo humano y, al oír voces, nos pegamos a la pared.

Mi padre está cruzando el vestíbulo seguido por Thicknesse, que lleva del brazo a una señora alta con labios finos y rostro inteligente. Va vestida de satén verde de la cabeza a los pies. Se vuelve y nos ve

paralizadas junto al pasamanos, Molly con el orinal pegado al vientre. Se me para el corazón.

—Señorita Ford, ha sido un placer —dice mi padre—. Philip, no sé si te la mereces.

Le besa la mano a la mujer y mientras veo los ojos de ella fijos en nosotras. Esperamos, rígidas de miedo. Thicknesse está de espaldas a la escalera, ajustándose los puños. Cuando mi padre se vuelve para enseñar a la mujer un retrato sobre nuestras cabezas, me aferro al pasamanos que hay a mi espalda.

—¿Quién es? —pregunta la dama—. Qué ligera es la pincelada.

Con este hábil comentario recupera la atención de mi padre; a continuación se vuelve con él hacia la puerta, nos dirige una mirada divertida y fugaz y desaparece en el frío sol de la tarde y el mundo que hay a continuación. Nunca he sentido mayor gratitud hacia nadie que en este momento.

Bajo corriendo el resto de las escaleras, frenética por la cautela con que me sigue Molly con el bacín, y ya vemos las escaleras traseras y estamos cruzando casi a la carrera el vestíbulo, cuando oímos abrirse la puerta principal y la voz de nuestro padre nos clava en el suelo.

—¿Qué hacéis?

No se me ocurre ninguna explicación.

—Niñas. —Su voz es un cable a punto de romperse—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Qué lleváis ahí?

Da un paso hacia nosotras y se rompe el dique. Echamos a correr hacia él y, cuando mira el bacín, sus facciones se endurecen de miedo y llama a mi madre a gritos y a Molly de pronto le fallan las piernas y los tres somos un revoltijo de cuerpos mientras mi madre baja corriendo las escaleras con la cara desencajada. Alguien manda llamar al médico y Molly termina en la cama, con mi madre sentada a su lado acariciándole la frente sudorosa y arrullándola. Y pienso: es demasiado tarde. Este es el camino enmarañado, espinoso, que no quería emprender. Es la vieja pesadilla, con la que sigo despertándome bañada en sudor. Que se llevan a Molly de mi lado, Molly en un coche, con ojos vidriosos, separada de mí a la fuerza porque nos han descubierto. Porque no he sabido ocultar el secreto a los adultos.

Llega el médico, un hombre flaco como una araña con calzones negros, y me quedo en un rincón sin ser vista mientras examina a Molly en silencio. Si fuera un color, me digo, el médico sería negro marfil, hecho con los huesos de animales triturados y calcinados. Mueve las extremidades de Molly, le mira el interior de la boca y la nariz y la examina entera en busca de algo. Se me erizan los pelos de la nuca como si fuera mi cuerpo el que toca.

—No tiene más que diez años, no puede haberse hecho ya mujer

—cuchichea mi madre.

No puede haberse hecho ya mujer, me repito interiormente. ¿Qué es hacerse mujer? ¿Algo que llega en un orinal?

—No, no, no. No se alarmen. No es eso. La he examinado y es demasiado joven.

—Entonces, ¿qué?

—Es difícil saberlo. Tal vez una dolencia infantil pasajera. Una imperfección en la sangre. Yo no me preocuparía demasiado, señora, y preocupar a la niña tampoco le hará ningún bien. Que descanse mucho. Tengo una tintura de lo más efectiva, cuatro gotas al día bajo la lengua, y también un preparado que ha tratado dolencias varias con éxito...

—Perdí un hijo una vez, ¿sabe usted? —interviene mi madre. Levanto la vista, sobresaltada. Nunca la he oído hablar de ello, solo a mi padre, para advertirnos de que no le peguntemos al respecto—. Mi otra niña. Mi otra Mary. Mi primogénita. Con esta al principio estuve loca de preocupación, pero luego empecé a tranquilizarme..., a aceptar que quizá todo iría bien. Así que, si sucediera alguna cosa...

Se frota las manos una y otra vez como si quisiera sacar algo de ellas. Molly tiene los ojos cerrados y finge dormir, pero sé que está escuchando con atención.

La otra Mary, pienso. La Mary con la que solíamos asustarnos mutuamente en la oscuridad. La protagonista de nuestras historias de terror. Si sales a medianoche, cuando está oscuro, me susurraba Molly bajo las mantas de nuestra cama de Ipswich, repites tres veces «María sangrienta» y das una vuelta con los ojos cerrados, al abrirlos verás su cara junto a la tuya. La habrás invocado. Ahora ya no necesitamos dar vueltas. La enfermedad y el miedo ya la han traído a esta habitación.

Vete, pienso. Vete de aquí, Mary muerta.

—Es muy comprensible, señora —dice el médico con amabilidad. Su voz, al igual que sus dedos, es seca y fina—. Pero no debe preocuparse. Estas cosas propias de la infancia, tal como vienen, se van. Y, por supuesto, están ustedes en la ciudad curativa por excelencia.

—Nos mudamos aquí para... para pulir una cierta... rusticidad que tenían nuestras hijas, que tenía... Molly. Una cierta... perturbación del ánimo. Pensamos que crecer sin supervisión las había vuelto demasiado indómitas y que quizá...

Pero el médico no quiere saber nada de Ipswich ni de preocupaciones maternas, tampoco descubrir qué hay detrás de las palabras de mi madre. Es un hombre atareado y en Bath la enfermedad es un negocio, igual que los retratos, las bagatelas o los sombreros.

—Caminaba... de noche, algunas veces —dice mi madre,

vacilante, pero el médico la ataja.

—Es normal durante la infancia. —Empieza a recoger su maletín—. Le convendría tomar las aguas dos veces al día, no más de una pinta cada vez, que debe tragarse con las píldoras que le voy a dejar, y hacer una inmersión completa en el Baño del Rey cada mañana.

—¿Y se curará?

—Es sabido que mis remedios son muy efectivos contra todas las enfermedades. Este preparado en particular ha curado de todo, desde las fiebres hasta el desasosiego. Por supuesto, si vuelve a ocurrir, deben llamarme de inmediato y la examinaré más a fondo. Por el momento, el descanso es el tónico. Y mantengan las ventanas cerradas, pues, como saben, el aire en la ciudad es nocivo.

Dicho esto, con una inclinación de cabeza a mi madre y una mirada de reojo a Molly, que sigue fingiendo dormir, se va con sus piernas larguiruchas escaleras abajo a cobrar su minuta.

Me siento en la cama, inundada de alivio. El médico no ha visto cosas malas al tocar el cuerpo de Molly; no la ha mandado encerrar. Nuestro secreto está a salvo, a pesar de sus manos fisgonas. A pesar de nuestra equivocación con el orinal. Le cojo la mano a Molly mientras la turbia oscuridad del atardecer se instala en la habitación. Me permiten quedarme a condición de que esté muy callada y sea muy buena, pero eso es lo que intento ser todo el tiempo.

—Me voy a curar, ¿verdad? —pregunta Molly.

—Huy, sí. No es nada —digo.

Ya nunca me siento más pequeña que ella y me pregunto si no será ya así siempre.

—Me he asustado —dice.

—Yo también me he asustado.

Vacila.

—¿Tiene que ver con... con lo otro?

Así es como lo llamamos en las escasas ocasiones en que sale a la superficie y se convierte en algo de lo que podemos hablar.

—Pues claro que no. Eso no es nada. Una bobería. —Lo hundo otra vez, igual que un saco lleno de gatitos que una vez vi a un hombre tratando de ahogar—. Y ahora haz el favor de descansar, o me meterás en un lío.

Molly cierra los ojos y espero a que la preocupación abandone su rostro.

Cuando nos han traído el té y se lo han llevado sin tocar, aparece nuestro padre en el umbral, llenándolo con su silueta irregular.

—Nos tenías preocupados, mi Moll —dice apoyado en el quicio. La habitación parece más alegre y en cierto modo menos aterradora con él dentro. Va a sentarse en la silla libre con pisadas suaves y raudas, como acostumbra, y le pone a Molly una mano en el brazo—.

Pronto te sentirás mejor. ¿Crees que serás capaz de descansar sin hacer alguna diablura? ¿Solo durante unos pocos días?

—¿Y después estaré bien otra vez?

—Eso desde luego. Es algo y no es nada, Molly. ¿No es lo que ha dicho el médico? Tener de padre a un pintamonas no posee demasiadas ventajas, lo sé, pero al menos puedo manteneros en esta ciudad balneario. Los baños te curarán. Tienen fama de ello. ¿Sabes cómo los llaman aquí?

Moll niega con la cabeza.

—La caldera.

Reímos un poco, los tres, al imaginar a gente flotando en una caldera, aunque, al haber visto una hervir en los fogones más de una vez, me alarmo interiormente.

—¿Habrá un...? —empieza a decir Molly, pero se interrumpe, empieza a tener la mirada perdida y, antes de que el silencio se instale, lo interrumpo y pregunto:

—¿Quién era esa señora?

—¿Qué señora?

—La del vestido de seda verde que acompañaba al señor Thicknesse.

—Ah, era la señorita Ford. Ann Ford. Acaba de llegar a la ciudad y Philip está entusiasmando con ella. Es bastante escandalosa, me temo, Peg, así que manteneos lejos de ella o a vuestra madre le dará un ataque.

—¿La vas a pintar?

—Eso espero. Es de lo más interesante y creo que dará que hablar, lo que, como sabes, me resulta muy útil. Y puesto que el trabajo estos días no es más que una cara detrás de otra, es agradable tener una que me interesa. Como esta. —Acaricia la frente de Molly—. O la tuya, Capitana, que, debo decir, es una de mis favoritas. Mi dulce y considerada Molly y mi resuelta Peg.

Nos mira y ladea la cabeza.

—No volváis a tener secretos conmigo. Ninguna de las dos. Los secretos son veneno. Te devoran.

Besa a Molly, me aprieta el brazo y se va.

Más tarde me pongo a pensar. Estoy rodeada de secretos. Mi padre los tiene. Le he oído hablar con Thicknesse cuando se supone que no debía, de mujeres y del aspecto de sus cuerpos. No me parece que esos secretos lo estén devorando. También mi madre tiene un secreto, su caja con la letra F, esa familia ausente, igual que los dientes que nos faltan. Quizá lo que quiere decir mi padre es que no seamos niñas con secretos porque los secretos no son propios de la infancia. O quizá solo quiere decir que no tengamos secretos para él.

Decido que, a pesar de todo, voy a guardarme el mío, y que ni

siquiera el amor que siento por mi padre, con su sonrisa burlona y su levedad, basta para que quiera revelarlo. Y desearía que no nos hubieran descubierto, porque, de habernos deshecho de él, ya no estaría y ahora Molly no tendría que quedarse en la cama, muy quieta entre sábanas blancas, tratada como una inválida. En lugar de ello habría quedado olvidado, desaparecido en el sumidero con los desechos de la cocina.

MEG

El resto del día después del beso en el calor del patio, Meg lo pasa sin aliento. No está ebria, como una joven loca de amor, sino que le cuesta respirar con normalidad, de manera que, mientras trajina por la posada, no se siente del todo presente. Al anochecer, la velada transcurre interminable y cada minuto es una hora. Se beben y se lavan vasos de pinta uno tras otro. Meg sirve y se retira, sirve y se retira, mientras mira a Frederick reír de chistes malos, dar palmadas a sus amigos en la espalda y comerse un pastel cuyas migas le caen por el mentón. Sin decir una palabra, Meg le retira el plato. Él cruza las piernas y se recuesta en la silla junto a la chimenea, apagada durante el calor del verano. Ambos se conducen cuidada, deliberadamente ajenos el uno del otro. Solo en una ocasión una mirada cruza el aire caliente entre ambos, traza un camino directo desde los pensamientos de ella a los de él y los vuelve por completo transparentes durante un mínimo instante antes de esfumarse. Meg se inclina y limpia la madera del mostrador con su trapo, una vez más, y aguarda, atenta, a que el alcohol haga efecto y empiece a pesar, a que alguien inicie la retirada tambaleante a las habitaciones de arriba.

—Disculpa, Meggy.

Es Hal, que se apretuja a su espalda para alcanzar una cuba vacía de whisky que está bocabajo y goteando junto a Meg.

—No se cansan nunca, ¿eh? —añade poniendo los ojos en blanco y tocándola con suavidad en el hombro.

Están acostumbrados a esta intimidad, ambos, a colocarse de costado por el estrecho espacio para dejar pasar al otro. Hal es el hombre que más se acerca a su cuerpo, se pega a ella, tanto que Meg conoce el olor de su aliento y no le dice nada. En cambio, el espacio entre ella y Frederick, de muchos más palmos, es tenso como una cuerda.

—Vas a necesitar un descanso cuando se vaya esta pandilla. —Hal le quita a Meg el trapo, que usa para limpiar las gotas descarriadas de whisky, y se lo devuelve. Meg lo coge, impaciente.

—No trabajes demasiado, Meggy. No te fatigues.

Vuelve a tocarle el hombro.

—No lo haré —dice Meg con la vista en otra parte. Hal la mira por última vez y se va, sus delgadas caderas desaparecen en la oscuridad de la puerta trasera.

Por fin suben, uno a uno y dejando un naufragio de jarras sucias. Frederick se pone de pie, se despereza y camina hacia la estrecha

escalera con el brazo por los hombros del más alto y desgarbado de los alemanes. No levanta la vista, sino que habla de manera íntima con su compañero, como si lo que dicen fuera de máxima profundidad y solemne importancia, y Meg se queda sola recogiendo y fregando antes de subir a su habitación con piernas que le pesan como plomo.

Para medianoche, la posada se ha sumido en un silencio cargado de ruidos. Ronquidos causados por la cerveza, alguna que otra ventosidad. Meg se desviste, a continuación se vuelve a vestir, cambia de opinión y se desnuda, por último se sienta en camisón delante de la ventana, escuchando. Un gato gruñe en alguna parte, un gemido grave, de advertencia. Se levanta, va sin hacer ruido hasta la puerta y espera, el corazón le late tan fuerte que teme que le explote. Pega la oreja a la rendija de la puerta. ¿Es una pisada? No. ¿O sí? No. Vacila en el hedor del sebo de la vela. Nada. Con extrema cautela, abre la puerta y se adentra en el pasillo oscuro como boca de lobo. Camina despacio hacia la habitación del fondo con cada vello de su cuerpo alerta.

Se abre la puerta de su padre. Va sin camisa y la panza le asoma por los calzones.

—Voy a por agua. Estoy muerto de sed.

—Yo también he ido. Ahora me voy a la cama. —Meg se obliga a hablar con voz serena.

—Bueno. —El padre la mira con ojos extraviados—. Pues que duermas bien.

—Usted también.

Meg retrocede un paso hacia su habitación y el padre sube tambaleante un escalón y se agarra al pasamanos para recuperar el equilibrio.

—Qué cansancio —dice para sí—. Este maldito trabajo es agotador.

—Buenas noches —dice Meg, y lo mira bajar a trompicones los peldaños que le quedan y gruñir en cada uno de ellos.

En cuanto su enorme y blanca espalda se pierde de vista, corre hasta la puerta de la mejor habitación y gira el pomo rígido. Lo nota ceder con alivio. Allí, en la oscuridad, está Frederick, ni sentado ni de pie. Meg cierra la puerta sin hacer ruido y se lleva un dedo a los labios a la luz de la única vela. Él responde con el mismo gesto y, a continuación, va hasta ella sin decir nada, le quita el candelero y lo deja en la mesa baja.

Esperan en silencio, atentos al ruido de las pisadas de su padre de vuelta de la cocina y al portazo en su habitación. Luego nada. Solo el silencio inquieto de la noche. Meg respira hondo por primera vez, sus ojos examinan la forma de la habitación, la forma en que se altera con la presencia de él. Sus ropas en la silla, sus botas junto a la pared,

rectas, como si aún las llevara puestas. Su leve y todavía desconocido olor. Se inclina para besarla, su boca encuentra la de ella en la oscuridad y Meg se abandona, siente cómo se le ralentiza el pulso. Las manos de él se mueven por su cuerpo, le levantan el camisón y se lo sacan por la cabeza. No había esperado esta vulnerabilidad inmediata. Pero entonces, ¿para qué ha venido si no es para volverse vulnerable? Aguarda desnuda, una fruta recién pelada, y sus pies se mueven en los tablones del suelo irregular y entonces llega esa extraña sensación de tiempo retenido, suspendido, de instante que se alarga y rebasa sus contornos. La experimenta mientras van hacia la cama estrecha, mientras él le separa los muslos y la toca. Y entonces, más abruptamente de lo que había esperado, la está penetrando. Le duele, un poco, pero esto sí se lo esperaba y en absoluto es lo peor que le ha ocurrido. Están follando. Casi tiene ganas de sonreír. Se repite la palabra para sus adentros, follar, la forma con la lengua para saber qué se siente, follar, follar, y tiene la impresión de ser otra persona. Hay placer en este acto, piensa, pero no tan salvaje como daban a entender las canciones, o los guiños de las mujeres en los desposorios de su hermana. Probablemente sea mejor para el hombre, piensa, pero aun así no es una mala sensación. Le rodea el cuello con los brazos y le besa.

De pronto se pregunta qué pensará él de ella, por qué cree que está dispuesta a arriesgarlo todo por este encuentro raudo, furtivo, animal en la oscuridad. Tal vez piense que se debe a su poder. ¿Se arriesgaría a hacer esto con un hombre común? ¿Con un herrador, un criado o un marinero? No. Entonces ¿es por vanidad, o por placer? Sabe Dios que hay que disfrutar el placer allí donde lo encuentres, pero no es eso. Es otra cosa. Algo que está ocurriendo en este preciso momento. Ha elegido algo, una serie de acontecimientos que cobrarán forma uno detrás del otro. Estoy follando, piensa de nuevo, y las palabras vuelven a regocijarla. Y de pronto sabe, con absoluta certeza, que esto es lo que quiere. Quiere sentir que es otra persona. Quiere ser otra persona. Eso es lo que está eligiendo, ahora mismo, en este momento. Por primera vez, tiene sentido. Y ya no necesita darle más vueltas.

—¿Qué es esto?

Dos semanas después. La vela es casi un cabo. Los dedos de él recorren una de sus costillas. En el hueso hay un nudo, de aquella vez que su padre la tiró contra una mesa. Estuvo semanas sin poderse mover, echada en la cama mirando la fea magulladura color morado amarillento hincharse y atenuarse. Aquello lo disuadió durante un tiempo, aquello y la suciedad que se acumulaba en la posada. Meg lo había observado desde la ventana, tratando de recoger la ropa tendida mientras la lluvia le mojaba la cabeza, y se había reído y hecho una

mueca de dolor. Durante unos meses controló su genio, pero el bulto se había endurecido y le sobresalía de la caja de las costillas.

—Fue un accidente.

—¿Un accidente?

—Sí.

—¿Tu padre?

—Sí.

—Me parece que no es un buen hombre.

—No, la verdad es que no.

—Mi padre tampoco lo es.

Meg se pone de costado y lo mira con incredulidad.

—Tu padre es el rey.

Y acto seguido añade: «de Inglaterra». Y ríe un poco, porque esto es ridículo.

—No creo que eso cambie nada —dice él con calma antes de cerrar los ojos.

—Pero no te pega —dice Meg con los dedos encajados en la estrecha separación que se abierto entre los dos.

Él abre los ojos.

—No. Pero es que no puedes pegar a quien no ves.

—¿Cuánto hace que lo viste por última vez?

—Catorce años —dice él, y se vuelve hacia la ventana.

Meg le pasa la mano por los hombros redondeados y pega la cara a su espalda. Están dejando entrar al pasado, piensa. En cambio el futuro, por mutuo acuerdo, sigue vetado.

No suelen hablar mucho. Existen sobre todo en el presente, existen del día a la noche y de ahí otra vez al día, entre dos mundos. Se besan y follan y se tumban juntos en la oscuridad, hasta que Meg se desprende de la maraña de sus cuerpos y lo besa una sola vez, con suavidad, en la boca, y se va. Da resultado. De noche se siente otra persona. De día evitan que sus miradas se crucen. Interpretan sus papeles. Ahora, con la primera esquirla de luz, Meg siente deseos de hacerle preguntas, de conocer cosas de él, de su país, no este, sino el otro, pero no sabe por dónde empezar. No quiere que piense que quiere algo.

Le intriga su cuerpo. Su suavidad. Huele distinto, es diferente al tacto, parece de alguien llegado de otro mundo. Lo que, en realidad, es cierto. El padre de Meg ha pagado a cuatro de los hombres más corpulentos de Harwich para que se turnen y lo protejan de los aldeanos. Son una presencia constante, intentan verlo, ponerle flores en la mano, tirarle de la manga y contarle que en una ocasión vieron a su madre en Londres a lomos de un hermoso caballo alazán, y la bendición que debe de ser para ella tener un hijo tan alto y guapo, y lo seguro que es ahora el país. Vuelve loca a la gente, piensa Meg. Las

mujeres lloran. Los mismos hombres que antes se sentaban en el Three Cups haciendo bromas despectivas sobre los príncipes Chucrut y el rey Salchicha ahora sonríen como tontos. Un anciano, el abuelo de una chica a la que Meg acostumbra a saludar, se trae su propio taburete y pasa los días sentado a la puerta con una manta sobre las rodillas. Llevan a Frederick escoltado, flanqueado por casacas azules, a saludarlo, con la condición de que el anciano se marche una vez le haya cogido la mano al príncipe mientras le canta un viejo himno militar.

Frederick, comprueba ella con aprobación, suele ser magnánimo. Uno debe ser magnánimo todo el rato si quiere ser importante, ha observado Meg, y, cuando lo ve sentarse con aspecto cansado después de que la puerta se cierre por última vez, siente alivio al pensar que ella nunca tendrá que serlo.

—En Alemania no era así —dice Frederick. Tiene los hombros encorvados—. No estaban todo el día Frederick esto, Frederick lo otro. Me llamaban simplemente Griff. A veces desearía estar en casa. Este lugar... La comida. El idioma.

Meg da un paso hacia él y le pone un mano en el brazo, consciente de que es de día, terreno inexplorado. De las voces en la habitación contigua.

—A veces me pregunto... cómo puedes ser rey de un lugar que no conoces.

Él la mira y asiente con la cabeza.

—¿Griff? —pregunta Meg vacilante, todavía sorprendida.

—Sí. ¿No oyes que mis amigos me llaman así?

—No entiendo una palabra de lo que decís —dice Meg haciendo un gesto de impotencia con las manos.

—¿Por qué no me llamas Griff?

—¿Yo?

—Sí.

Meg ríe.

—De acuerdo. Pero luego no me mandes decapitar.

—No entiendo.

—No importa.

Todo entre ambos da la sensación de estar suspendido, en espera. En espera de que termine la historia, de una manera u otra. La fábula con moraleja de la hija del posadero. La tragedia del príncipe y la criada. El cuento obsceno de la sirvienta seducida.

Ainbach conserva el brazo y se le empieza a curar, cada día los vendajes salen más limpios. Empiezan a hablar de marcharse en cuanto cambie el tiempo. Frederick pide cautela. El padre de Meg adula, hace reverencias y sonríe tratando de tentarlos a seguir allí una semana más, a continuación le cruza la cara a Meg detrás de la puerta

de la cocina cuando tira una botella de vino, ya que tiene las manos torpes por la falta de descanso. Tiene la sensación de vivir dentro de un sueño.

Pasan los días. También las noches. Hal trae barriles de cerveza e intenta arrimarse a Meg. Esta lo rechaza. La balanza espera la pluma que la haga inclinarse a uno u otro lado. Porque terminará por inclinarse. Es solo cuestión de tiempo.

PEGGY

En la caldera

Para que Molly tome las aguas no necesitamos alquilar una berlina ni una silla de manos. Nos basta con salir de casa y recorrer a pie un estrecho pasaje. Consideramos que nuestros trajes de baño, hechos a medida en el aromático recogimiento del taller de nuestra tía, son para morirse de risa, algo que irrita muchísimo a nuestra madre, así que no le decimos que, en nuestra opinión, ella es la que más graciosa está, con ese gorro plantado igual que una ardilla aplastada en la coronilla.

La primera vez que meto la punta del pie en los baños, el agua me resulta una cosa extraña, vaporosa, y desconfío. Pero luego me aventuro un poco más, voy poniendo un pie detrás de otro en los escalones de piedra caliente. Molly me sigue, agarrada con fuerza a mi mano, a pesar de que, por ser la mayor, debería cuidar ella de mí.

El agua sube por mi cuerpo como si fuera un animal. Nunca he experimentado nada parecido. Lo caliente que está y cómo tira de ti hacia abajo hasta que no quieres salir nunca, solo agitar manos y brazos sumergidos para que la corriente fluya por entre tus dedos. Los baños están llenos de cháchara. Somos centenares los que flotamos en el vapor. Hay cuerpos por doquier, una procesión de carnes coloreadas de rojo —y rosa—, blanco y azul, arrugadas y flácidas o regordetas como lechones en Navidad. Veo una mujer con los ojos tan hundidos en el cráneo que casi no están, son solo dos grandes agujeros negros en la cara amarillenta. Veo una niña que no tiene un solo pelo, ni siquiera pestañas ni cejas, su cabeza es un huevo liso del que asoman sus ojos. Veo una señora tan delgada que no es más que huesos cosidos. Y entremedias veo una multitud parloteante de cabezas y hombros que flotan igual que patos en la superficie del agua. Alguien reparte chocolate y, mientras paladeo su dulzor cremoso, echo la cabeza hacia atrás y escucho.

A nuestro alrededor todo son conversaciones sobre afecciones, uno sufre del estómago, otra se queja de los pulmones, una tercera de un trastorno en la piel.

—Si no mejoro, iré a tomar las aguas a Bristol, porque tengo el apetito tan menguado que no puedo mirar un bollito, ni siquiera de

reojo, sin que me sobrevenga una náusea espantosa, pero tengo entendido que en Hotwells se puede...

—Me duele, ay, es un dolor incesante y en la cama no hago más que dar vueltas. No he conocido cosa igual y la tintura no me hace ningún efecto, así que es posible que me hayan vuelto a tomar el pelo...

Las palabras pasan flotando por encima de mí, burbujean igual que el agua. Miro a Molly, que tiene los ojos cerrados.

—¿Te sientes mejor ya, Moll? —pregunto.

—Creo que sí —dice Moll—, pero puede ser por el chocolate.

Y entonces, de entre las conversaciones sobre reumatismo y sordera y rigidez y sarpullidos, igual que el vapor que sube al aire matutino llega otra clase de plática que me esfuerzo por escuchar. Una dama rolliza, con la cara arrugada por el calor, está pronunciando un nombre que conozco y en su boca las palabras suenan por completo extranjeras y no del todo benévolas.

—¿Ann Ford?

—Sí —contesta su interlocutora, no sin irritación.

—¿Señora o señorita?

—Señorita.

—¿Actriz?

—Música.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Pues serás la única en Bath.

—¿Y dices que el mes que viene?

—No, será en marzo.

—Uf, faltan siglos entonces. ¿Y qué instrumento toca?

—Ah, pues varios. El laúd, las copas musicales y... —la interlocutora habla en su susurro teatral digno de mi madre— el *viol di gambo.*

—¿El *viol di gambo*? Pero ¡si es un instrumento de hombres! Ya solo la manera de sostenerlo... es de lo más indecoroso. Hay que..., en fin, hay que rodearlo con las piernas. No es un instrumento para mujeres.

La dama rolliza se incorpora hasta sentarse, como si esta posibilidad la fascinara, y crea olas en la superficie del agua.

—Pues sí, es de lo más escandaloso y nadie habla de otra cosa —dice su interlocutora, encantada. Da media vuelta en el agua y empieza a hablar con tono animado, lo que le resulta difícil, pues tiene unos dientes que le sobresalen tanto de la boca que da la impresión de ir a comerse sus propios labios—. Va a dar varios conciertos públicos en Haymarket. Se fugó de casa de su padre, quien, por lo visto, la maltrataba y le prohibía tocar en público, la mandó detener dos veces e iban a enviarla a las Indias, nada menos.

—¡Qué castigo tan atroz! —La que interrumpe pone los ojos en blanco horrorizada.

—Dicen —prosigue la otra— que tuvo que escapar de su casa al amparo de la noche y que ha venido a Bath buscando libertad.

—¿Libertad? —resopla la dama rolliza—. Qué moderna. Todas las demás vienen en busca de marido. Quizá eso busca en realidad. ¿Es una beldad?

La acompañante reflexiona.

—Yo diría que no. El señor Gainsborough va a pintarla y la gente acudirá en tropel a verla, creo yo, porque es muy elegante, tiene un pasado de lo más romántico y al parecer agudo ingenio, lo que casi equivale a tener belleza, si sabes vestir bien.

—De eso nada —contesta su amiga antes de sacarse un enorme pañuelo de un costado y sonarse la nariz con fuerza—. Aun así, asistiré, si regreso a Londres, porque cuando todo el mundo habla de una persona no es agradable ser la única que no la conoce. Tengo que salir del agua, Tabitha, pues dice mi médico que debo estar media hora y ni un segundo más si no quiero causarme un perjuicio considerable.

Y, con estas palabras, se yergue igual que un monstruo marino y vadea hacia los escalones, mientras su compañera da otra media vuelta con un suspiro y deja que sus piernas voluminosamente vestidas floten hasta la superficie y la impulsen con suaves patadas.

Sigo a remojo mientras digiero la nueva información. Soy como un pájaro comiéndose un insecto, picoteando cada pedazo como si fuera una exquisitez. Libertad, pienso. ¿En esta ciudad hedionda y atestada? La libertad es la orilla de un río surcada de gusanos rizados como lazos y barro en los pies. Es un camino lleno de moras, un erizo lamiendo leche de tus dedos. Adultos que fingen no mirar cuando abres la puerta trasera y echas a correr. La libertad no es un lugar plagado de moscas y sombreros ridículos, donde todo el mundo habla de ti como si te hubieran embotellado para beberte o desecharte siempre que se les antoje. ¿Libertad es tener marido? Mi madre parece creerlo. Pienso en mis padres, en sus gritos y sus discusiones malhumoradas, y no estoy segura. Yo no conozco a Ann Ford, pero sí sé lo que es ansiar libertad y esa sensación de no poder respirar hasta conseguirla.

A mi otro lado, Molly tararea en voz baja. Recuesto la cabeza en su hombro y miro a mi madre ajustarse el traje de baño, que parece querer engullirla entera, mientras me pregunto, distraída, qué aspecto tendrá un *viol di gambo* y qué diría mi padre si le dijera que quiero tocarlo.

Como el gusano en la flor

Es noche de Reyes. La casa huele a clavo, a romero y a las verdes ramas de hiedra recién cortada que hay enroscadas en los umbrales y sobre la chimenea. La mesa alargada gime bajo el peso de confites, bizcochos, pasteles y budines de ciruela. El negocio de mi padre marcha bien y la casa está llena de invitados, amigos cercanos, esta noche no hay nadie a quien haya que impresionar, solo una colección caótica de músicos y artesanos y hombres con los que se ha encariñado mi padre por ninguna razón en particular, como es habitual en él. Es una celebración familiar.

Thicknesse ha encontrado la habichuela escondida en el budín de ciruelas, una absurda y vieja tradición que, por lo que sé, solo cultiva mi padre, quien disfruta con esa clase de ocurrencias. De modo que Thicknesse ha sido elegido Rey de la Navidad y ahora debe llevar una corona de papel. No tiene reina, ya que ninguna de las señoras ha encontrado aún el guisante. Gobierna solo. Mi madre ha aceptado esto a regañadientes y, en cuanto ha tenido un momento, nos ha susurrado que por supuesto tenía que ser el señor Thicknesse quien encontrara el haba, un hombre que no tiene reparos en adquirir aquello que quiere y cuando quiere. Sobre todo, añade tensa, en lo que atañe a vuestro padre.

Al lado de Thicknesse está la señorita Ford, vestida de los pies a la cabeza de seda carmesí y dejándose besar la mano por una variedad de obsequiosos labios. La miro por entre los barrotes y me fijo en lo erguido de su postura y en que nunca se inclina ni deja caer los hombros como hacen otras mujeres cuando dejan de concentrarse por un segundo en ser atractivas. Es como si estuviera hecha por dentro de algo que no se arruga.

Esta noche, Molly no parece ella. Sus ojos están mudos. Pero nadie repara en ello porque se supone que las niñas deben ser mudas. Nos retiramos al piso de arriba y me ata una cinta roja en el pelo de modo que haga juego con las coronas de las puertas, pero tarda demasiado y yo me retuerzo y deseo estar abajo comiéndome una naranja.

—No me des tirones, Moll.

Me tira de la cabeza hacia atrás y grito.

—¡Molly! ¡Me haces daño!

—Tienes que detener al caballo negro —dice Molly como si fuera lo más normal mientras tira de mi trenza.

—¿Qué?

El viejo escalofrío.

—No debe seguir. No debe. Tienes que detener al caballo negro.

—Basta, Molly. —Me libero con dificultad de sus dedos—. Para ahora mismo.

—¿Me estás escuchando? Tienes que mandar llamar al palafrenero. Te lo ordeno.

—Que pares. Ya te he dicho que no juegues más a eso. No me gusta.

Le sujeto el brazo, frío y delgado bajo la manga de seda, y la zarandeo.

Posa sus ojos en mí con una mirada medio atenta, medio ausente.

—No me estás escuchando —dice—. Nunca me escuchas.

—Molly, no me hace gracia —siseo, furiosa, y esta vez le doy un pequeño empujón.

—Detén al caballo negro —dice con voz tranquila, y, a continuación, pestañea.

Le pellizco fuerte la mano y me da una bofetada, un golpe limpio que me reverbera en los huesos. Me tambaleo, aturdida, y cuando me recobro le pego tal empujón que pierde el equilibrio y cae hacia atrás, contra el revestimiento de madera de la pared. Se golpea la cabeza y sus facciones se arrugan igual que una hoja de papel. Rompe a llorar. Al momento corro a su lado y, mientras solloza desconsolada, la abrazo y le doy palmaditas en la espalda mientras le susurro: «Chis, chis, llorar no ayuda», como hace nuestra madre. «Tengo miedo», dice, y yo solo puedo pensar en que nadie debe saber esto, nadie debe saberlo.

Le froto los hombros mientras del piso de abajo llegan voces fuertes y broncas, entre ellas la de mi padre, cantando el estribillo de una vieja canción popular sobre una doncella. Nadie debe saberlo. Una imperfección en la sangre, un demonio dentro, mi madre llorando en el coche. El pellizco que no surtió efecto.

Cuando Molly deja de llorar, la suelto y le pregunto cómo se siente y contesta:

—Ah, pues ya me encuentro bien.

Digo:

—Nadie debe saber esto, Molly, sabes que nadie debe enterarse de cuando te sientes rara, solo yo. Solo debes contármelo a mí.

A continuación nos mojo la cara a las dos con agua fría y volvemos al salón, su mano sudorosa entrelazada con la mía.

Al vernos llegar, mi padre se incorpora un poco de su silla.

—¡Capitana! ¿Qué te ha pasado en la cara?

—He tropezado con la cama —me apresuro a decir, y mi madre se toca la frente simulando desesperación mientras mi padre y los

invitados ríen. El aire en la habitación es caldeado y huele a naranja y a ponche.

—Mis hijas —dice mi padre, y arrastra las palabras como si su boca fuera rezagada respecto a su cabeza— son muy revoltosas. No dejan pasar la oportunidad de tener un accidente.

—Siempre están en su mundo —interviene mi madre con la cara más sonrojada de lo habitual.

—Señorita Ford, apuesto a que usted no era ni la mitad de traviesa con su padre —dice mi padre— de lo que mis hijas son conmigo.

Los ojos de Ann Ford nos miran a la luz del fuego, observan la marca amoratada que yo había tenido la esperanza de ocultar y a continuación regresan a mi padre.

—¿Y usted, señor Gainsborough? ¿Era muy travieso de niño?

—Huy, sí, y me temo que sigo siéndolo. Mi Margaret puede dar fe.

Mi madre se coloca detrás de él, le pasa el brazo por los hombros y le toca el pelo de la nuca en una suerte de caricia íntima.

—Pero, como ve, me sigue queriendo, y eso que no valgo ni la mitad que ella —dice mi padre antes de cogerle la mano a mi madre y entrelazar sus dedos con los suyos.

Por esto me gusta la Navidad. Los gritos ahogados, las voces exaltadas y las discusiones que oímos desde arriba cuando se supone que dormimos se esfuman en una bruma de whisky. Esta noche, por ser Navidad, para mi padre, mi madre es «su Margaret».

—Venid a cantarnos una canción, niñas —dice mi padre con las mejillas rojas por el vino—. Cantadnos algo bonito.

—La canción que habéis ensayado, la de Noche de Reyes —nos insta mi madre.

La señorita Ford coge su laúd y empieza a tocar las primeras notas. Nos situamos delante de los invitados, a la vista de todos.

Abro la boca y empiezo a cantar, titubeando, sola.

«Cuando yo era un niño pequeñín, do, re, mi, do, hay viento y lloverá...»

El silencio a mi lado me angustia hasta que, con una oleada de alivio, oigo a Molly unirse a mí, haciendo la segunda voz, clara y vibrante como cristal. No ha sido más que un conmovedor ataque de timidez para hacer sonreír a los adultos. No tenemos talento musical, pero sí encanto, nos dice nuestra madre cuando practicamos, y eso es más que suficiente. Molly está a mi lado y su voz resuena y ciertamente somos encantadoras y todo saldrá bien.

«Y agradaros cada día es vuestro afán. Sí, agradaros cada día es nuestro afán.»[2]

Al terminar recibimos unos cuantos aplausos corteses y me siento

con un resoplido en un escabel, aliviada, sabiendo que ya no volveremos a ser el centro de atención durante el resto de la velada. Molly sigue cogida de mi mano y es como una responsabilidad que debo atender y no abandonar. Si se debe al miedo o a otro motivo, lo ignoro.

—Toque algo, señorita Ford —dice Thicknesse, y, cuando la mira, tengo la impresión de que hay avidez en sus ojos.

—Con mucho gusto.

Sonríe levemente y coge su laúd, cuyo brillo color miel atrapa la luz de las velas. Pasa los dedos por él y, cuando suenan las primeras notas, algo tiembla en mi interior igual que su mano en las cuerdas. Y aunque nadie se da cuenta, unas lágrimas que no puedo explicar afloran desde donde han estado acechando, invisibles, todo este tiempo, sin que yo lo supiera. Llevan allí desde que dejamos Ipswich, o antes, se formaron en el helado sendero de las moras, en la cocina, junto a los conejos desollados. Brotan como si hubieran sido liberadas, me ruedan por la cara y aterrizan como gotas de lluvia en mi mejor vestido de Navidad. Cuando termina la canción, estoy bañada en ellas. Molly pega la boca a mi oído y susurra:

—¿Por qué lloras? No es más que una canción.

—Muy bonita —dice Thicknesse mientras Ann Ford deja su laúd y se pone de pie sonriendo, y yo me limpio la nariz y la cara lo más deprisa que puedo con el brazo para así no tener que dar explicaciones —. Muy bonita, sí, señor. Pero demasiado triste para una noche de Reyes. Venga, Tom. Que empiece el jolgorio.

Entonces mi padre hace una señal y el resto de los músicos se ponen a tocar una canción rapidísima y de nuevo comemos, bailamos y mi madre chilla sobresaltada porque ha encontrado el guisante en el budín y, entre gritos y protestas, mi padre y Thicknesse la suben en volandas y la declaran Reina de la Navidad.

Nos arrastran con ellos por el salón. Bailamos, cantamos y sudamos por el esfuerzo mientras mi padre toca el violín, mi tía ríe con la boca muy abierta y todo es un momento único, perfecto, vertiginoso. Molly me tira de la mano y hace una mueca tonta mientras giramos por la habitación, damos vueltas y más vueltas al olvido con todos los demás.

Medianoche. El tronco de Navidad se ha convertido en rescoldos. Los invitados, incluida mi madre, están desplomados, atiborrados de vino, como drogados. La mesa con la comida yace en ruinas, el queso reducido a migas con un cuchillo, los pasteles rotos. Moll duerme en una silla junto a la ventana. De pronto tengo una sed atroz. Me siento igual que un perro al que vi una vez tratando de beber de una acequia seca en pleno verano. Me pongo de pie y saco las piernas rígidas de debajo de mi cuerpo.

Thicknesse está en un rincón tocando con dos de los músicos amigos de mi padre, sus tres violines se deslizan por las notas. En el vestíbulo, el aire es más fresco y lo cruzo agradecida, aprieto el paso pensando en el chorro helado del caño de la cocina. Mis mejores zapatos pisan agiles la alfombra, pero, al llegar a la esquina, me paro en seco al ver la seda y los cuerpos apretados, medio ocultos por el reloj de pared que hay junto a las escaleras traseras. Al momento sé que se trata de Ann Ford, porque distingo los pliegues carmesí de su vestido fluyendo igual que un río a su alrededor. Entonces la gélida revelación me golpea en pleno vientre y sé, sin necesidad de seguir mirando, quién es la otra persona.

Mi padre está abrazado a Ann Ford. No es uno de los abrazos que da a mi madre, una caricia afectuosa, un roce de labios. Es otra cosa. Se mueven juntos, demasiado cerca el uno del otro, enredados. Me pego a la pared y los espío con el corazón latiendo al ritmo del péndulo del reloj. Tengo la sensación de que me están rompiendo en dos con tal violencia que las fibras de mi cuerpo se desgarran. ¿Dónde está mi madre? ¿Dónde? Quiero traerla corriendo, quiero gritar, romper algún objeto. Pero lo que hago es seguir allí, paralizada, mirándolos retorcerse juntos contra la pared en sombras.

Apenas sabría decir dónde empieza él y dónde termina ella, pero sí lo veo rodear con una mano roja, arrugada, la cintura de ella para acercarla más, y tienen las bocas pegadas, se están besando. Creo que esa es la palabra, aunque es una forma de besar que no he visto nunca. El vello del mentón de él se restriega contra la cara pálida, y delicada y enmarcada por mechones de pelo, de ella. Entonces, con un gesto violento, él tira de la seda del peto del vestido de ella hasta que sus pechos asoman, carnosos, de un blanco obsceno, y no sé si quedarme o echar a correr, cuando mi padre acerca la boca a un pezón rosado y lo muerde. Dejo escapar un grito ahogado, que sale de mi boca sin que pueda evitarlo. Al oírme, se separan igual que dos resortes, pero yo ya me he ido, me he escabullido hacia el salón.

Sin aliento, regreso a la fiesta, me hago un ovillo en la silla de respaldo alto que está junto a las ascuas de la chimenea y espero.

A los pocos minutos entra mi padre, alerta como un búho, moviéndose con cautela. Thicknesse y sus amigos siguen tocando, absortos. Mi madre ronca suavemente, la corona de Navidad se le ha torcido.

Mi padre me mira, me estudia con atención. Yo no levanto la vista. Entonces, con movimientos precisos, cuidados, se sienta en una silla cercana y cruza las piernas. Algo más tarde aparece la señorita Ford, compuesta y serena. Coge su laúd y empieza a tocar quedamente y las notas flotan, livianas, suaves e inocentes, como pétalos atrapados en la brisa.

Mi padre me mira por el rabillo del ojo, pero yo sigo encogida en mi silla igual que un gato en invierno con un secreto, los ojos entornados, pensando en lo que acabo de presenciar.

Exposición

Llega la primavera y, con ella, la lluvia, que convierte el barro blanco del camino en un lodazal intransitable. Las sillas de mano dan sacudidas y se bambolean en la llovizna matutina, con los criados hundidos hasta la rodilla en los charcos lechosos. Yo acecho desde la ventana por la que veo amanecer, esperando igual que una araña a que caiga alguno.

No me separo de mi madre. Me abrazo a ella hasta que me ahuyenta, le llevo cosas por la escalera, le horneo pequeños dulces con hierbabuena y azúcar en la cocina. Cuando merodeo cerca de ella mientras hace las cuentas me dice que la estorbo, así que me echa y cierra la puerta con llave.

—Ve a coser.

Coso con furia, como si pudiera coser a mis padres entre sí, como si pudiera zurcir los agujeros en la cabeza de Molly.

Evito estar a solas con mi padre. En una ocasión intenta acorralarme, me llama con suavidad desde el vestíbulo, pero echo a correr escaleras arriba simulando reír.

Viene Thicknesse, dice que nos ve pálidas y nos compra una cuerda de saltar para que juguemos en el cuadrado pavimentado del jardín. Pero mi madre y el médico de piernas flacas dicen que Molly no puede saltar porque no le convienen los esfuerzos, así que se sienta en el banco de piedra blanca y me mira mientras la cuerda aterriza con chasquidos en las baldosas del suelo.

—Puré de guisantes caliente —recito—. Puré de guisantes frío.

Molly mira el banco y arranca trocitos de pintura.

Me paro y la miro.

—No hagas eso, Molly, o nos meteremos en un lío.

—Me aburro.

—Bueno, no es culpa mía que estés demasiado enferma para saltar —digo, y dejo caer la cuerda al suelo.

—Tampoco mía.

Callamos. Un pájaro se posa un instante en el arbusto de romero que usa la señora Hindrell para cocinar y despega de nuevo, vuela sobre la valla, hacia la libertad.

—Lo odio.

—Ya lo sé. Pero es para que te sientas mejor.

—Pues no es así. —Tira un copo de pintura al arriate—. Dijiste que en Bath me curaría. Los baños. El agua del surtidor. Y todo lo

demás. Pero nada hace efecto. Nada de nada.

—¿Por qué no cantas tú mientras yo salto? —digo para consolarla.

Me mira.

—Porque es un aburrimiento cantar cuando no puedes saltar. —Por un momento creo que va a llorar—. Un aburrimiento.

—Dice mamá que debes tener cuidado.

—Prefiero cualquier cosa a tener cuidado. Preferiría escaparme a tener cuidado.

Se limpia furiosa la cara con la manga.

—No seas tonta, Moll —digo con firmeza—. Vamos a cantar la de Samuel que nos enseñó la señora Hindrell. —Cojo la cuerda y empiezo a saltar de nuevo—. Samuel se fue a Francia...

Pero Molly no se une y en su lugar se mira las rodillas, que tiene muy pegadas al cuerpo, bajo la manta. Yo sigo sola. Salto, paso, salto, paso, salto, paso hasta que ya no puedo saltar, hasta que se me acaban las rimas sobre Samuel y cómo aprendió a cantar y a bailar.

En la casa, nuestro padre está pintando a Ann Ford. Yo sabía que así sería porque lo ha organizado Thicknesse, siempre tan hábil para procurar su propio beneficio convenciendo a los demás de que será el suyo. Aspira a casarse con Ann, se lo he oído decir a mi madre. Siempre se las arregla para sacar provecho del talento de mi padre de una manera u otra. Mi padre recurre a Thicknesse como si no tuviera ideas propias y Thicknesse parece vigilarlo como un perro guardián. Por eso mi madre no le tiene simpatía. Aunque ahora, en mi opinión, los dos están unidos como en una historia, Thicknesse con sus ojos saltones y mi madre con su lengua obstinada, cabeza redonda y pelos que le brotan del mentón. Después están mi padre y Ann Ford, un nudo de seda carmesí y carne pálida. Lo veo cada vez que cierro los ojos.

Cada mañana a las diez, se abre el portalón que da a la calle y mi padre saluda a la señorita Ford besando su mano enguantada. Yo observo atenta por la barandilla con el rostro aún enrojecido por el baño matutino en la caldera. Molly ha tenido otro episodio, de modo que a nuestra vuelta tiene que reposar, inmovilizada y de mal humor dentro de un sobre de sábanas y con los postigos echados, y estoy sola. Cada día que aparece la señorita Ford me atrevo a acercarme un poco más a ella, a bajar un escalón. Una lluviosa mañana de marzo me ve en la escalera.

—Hola ahí arriba —dice levantando una mano a modo de saludo—. ¿No quieres bajar y ver cómo poso?

Me quedo muda. Mi padre me mira, desconfiado, y a continuación a ella.

—¿Le parecería bien, señor Gainsborough?

—Por supuesto, por supuesto, señorita Ford, si así lo quiere usted. —Mi padre hace su leve reverencia, cauteloso—: Capitana, danos diez minutos para prepararnos y luego puedes entrar a mirar, puesto que la señorita Ford en persona te ha invitado.

Se vuelve para hacerla pasar, cosa que ella hace entre risas, con la cola de gruesa seda deslizándose igual que un pez detrás de ella. La puerta se cierra de golpe y amortigua la cháchara de mi padre. Durante diez minutos camino arriba y abajo preguntándome si de verdad quiero entrar en ese espacio secreto de comunión entre esta mujer y mi padre, en su mundo de pintura privado. Decido que no, que me repugna, que es desleal y que prefiero huir y bordar las enseñanzas morales que me ordene mi madre en el asiento de la ventana hasta que me sangren los dedos. A continuación voy hasta la puerta prohibida, la empujo y la noto ceder.

El estudio resplandece a la luz de las velas. Atrapa la tela rojiza que se derrama por la escena, transmuta sus tonos siena, tierra de Verona y ocre, la hace parpadear y brillar como si tuviera vida propia. En el centro, con un delicado zapato amarillo cruzado sobre el otro, la señorita Ford se lleva una mano nívea detrás de la oreja. Cascadas de seda blanca cubren su cuerpo hasta el suelo, capa tras capa de encaje, de gasa traslúcida y brocado. En su regazo, una mano descansa en su laúd y, detrás, medio oculta por una cortina de seda, está la abultada silueta del *viol di gambo*. Nunca he visto a una mujer posar así para un retrato, desplegándose por la composición sin asomo de rubor.

Mi padre está frente a un enorme lienzo, mayor de casi todos cuantos he visto, puesto en diagonal y ocupando el ancho del estudio. Ya está voluptuosamente cubierto de pintura, capas de blancos y cremas y amarillos. A la derecha hay un boceto de gran tamaño hecho a lápiz y clarión de la misma escena a partir del cual trabaja, con un pincel en la boca y otro en la mano.

La voz de ella rasga la solemnidad de la atmósfera.

—¿Eres Mary?

Habla con cautela. Lo sucedido en la Noche de Reyes pesa sobre nosotros.

—No, soy Peggy —digo con voz todavía tímida. Toso—. Margaret, en realidad.

—Pero tu padre te llama Capitana, ¿verdad?

—Sí.

—Y eso ¿por qué?

—No estoy segura. Quizá porque, al ser la pequeña, resulta divertido.

Sonríe.

—¿Dónde está tu hermana?

—Descansando. Ha estado indispuesta.

—Siento oírlo. Es una niñita curiosa. Tan pálida.

—Está bastante bien, casi recuperada —dice mi padre en ese tono de voz que los adultos usan con otros adultos para dejar claro que una niña no entiende lo que están hablando.

—Me alegro. Se llama Mary pero la llamáis Molly, ¿no es así?

—Sí, porque la otra Molly murió y a mi madre la entristece hablar de ello.

Mi padre frunce el ceño.

—Vamos, Peggy, siéntate y deja concentrarse a la señorita Ford, por favor.

He dicho lo que no debía, pero es la verdad, y por eso creo que mi padre solo quiere que guardemos secretos cuando a él le conviene.

La señorita Ford gira la cara, divertida, y vuelve a su pose. ¿Cuánto sabe? Bastaría una palabra mía para perjudicarla de maneras que hasta ahora no he empezado a comprender. Pero callo.

Me instalo en un rincón y miro la figura esbelta de mi padre moverse en la penumbra. Lo que más deseo en el mundo es que me pinte otra vez. Lo que más deseo es que me mire como mira ahora mismo a Ann Ford, con los ojos posados cuidadosamente en su rostro, como si la viera de forma distinta del resto de la gente, y sintiera algo por ella. Desde que llegamos a Bath tengo la creciente sensación de que siempre está dándonos la espalda, desapareciendo por una puerta. Nos recuerdo corriendo a las orillas del Orwell, mi padre con su chaqueta de pintar, el almuerzo dispuesto sobre la manta, y cómo se volvía a mirar su caballete y me acariciaba la cabeza sin verme. Con los dedos moteados de pintura verde y castaña y azul. Los colores de Ipswich. Ahora miro su ojo atento recorre el satén y el encaje de la señorita Ford, veo su fascinación por la manera en que brillan, y pienso: ahora ansía seda, mejillas suavemente ruborizadas. Ardo en deseos de ser mayor y no tener que conformarme con estar sentada en las sombras con las piernas cruzadas. Vestiré satén y encaje, me cubriré de joyas y brazaletes y seré escandalosa y sagaz, con finos labios color escarlata y ojos perspicaces. Entonces recuperaré la atención de mi padre y la retendré igual que la retiene esta mujer, con naturalidad y despreocupación, sin esfuerzo. No seré como mi madre, siempre resoplando, sudando y refunfuñando con sus sombreros, su cintura demasiado ancha, sus vestidos demasiado amplios, ese pelo gris rata pintado de un negro que mezcla en un puchero.

Quizá entonces nos ayude. Quizá nos vea.

Estudio el pelo de Ann Ford, que lleva retirado de la cara y sujeto con horquillas, los labios pintados de un rojo sutil, la gargantilla negra, las pulseras que tintinean contra la blancura de su muñeca. Me quedo así una hora o más, hasta que la señorita Ford se levanta, estira los brazos hacia el cielo y menea un poco la cabeza.

—¿Es suficiente por hoy, señor Gainsborough? Empieza a dolerme el cuello.

—Lo es, señorita Ford. No quiero que esté incómoda.

—¿Cuánto diría que falta?

Mi padre se rasca la cabeza.

—Una semana, dos tal vez. Si puedo, lo incluiré en la Exposición.

—¿Mañana seguimos?

—Mañana seguimos.

Mi padre la acompaña a la puerta y la señorita Ford se detiene y me dice adiós con una inclinación de cabeza y sonriendo un poco con sus ojos castaño pálido.

—Ha sido un placer conocerte un poco más, Margaret.

Margaret.

—Gracias, señorita Ford.

—Puedes llamarme Ann, si quieres. Confío en que en el futuro seamos amigas.

—Gracias.

Intento llamarla Ann, pero no me sale.

Y se marcha envuelta en un frufrú de seda.

Sola en la habitación vacía, pronuncio la palabra «Margaret» en voz alta y, por primera vez, tengo la sensación de que podría llamarme así.

Cuando vuelve mi padre, se sitúa frente al lienzo. Parece inquieto, no hace más que lanzarme miradas con sus ojos grises. Voy hasta él y le pongo una mano en el brazo, me la acaricia con suavidad, encerrándola dentro de la suya, roja y arrugada, como solía.

—Te he echado de menos, Peg-otito— dice.

Mi corazón sigue dividido y ambas mitades rechazan el gesto de cariño.

—Yo también a usted —digo.

No vamos a hablar de ello. Vamos a hacerlo desaparecer.

—Es una maldita cara detrás de la otra.

—Me gustaría que estuviéramos en Ipswich.

Las palabras me salen a toda velocidad. Me mira.

—¿Cómo puedes decir eso? En esta ciudad de hermosos vestidos y gente elegante.

—Y malos olores —digo, y de pronto las lágrimas afloran y me escuecen los ojos. Las ahuyento apretando los dientes.

—Sí, huele un poco mal, lo reconozco. —Coge un trapo y empieza a limpiar el pincel—. ¿Cómo está Moll? ¿Vuelve a ser la misma?

No entiendo por qué me lo pregunta a mí. Por qué me pregunta a mí siempre, cuando Molly duerme arriba y bastaría con que dejara el pincel y subiera a verla él mismo. Se gira con el pincel en la mano, separa las cerdas suavemente con los dedos. Siento una oleada

repentina de odio hacia él, hacia el pincel mismo. Por el cuidado con que lo trata, la atención que le presta. Por cómo no lo posa nunca, sino que lo retiene cerca, como si le importara más que nada en el mundo.

—Sí —digo masticando mis secretos como si fueran acero—. Sí, vuelve a ser la misma.

—Bien —dice—. Si les ocurriera algo a mis niñas, dudo de que lo superara. Sois el sol que me ilumina, ambas, y cuando estáis conmigo espantáis las sombras.

No digo nada. Observamos la figura fantasmal de Ann Ford flotar en el lienzo ante nosotros. Entonces mi padre dice:

—No, no está bien.

—¿El qué no está bien?

—Está mal, ese último trozo, ahí, en el orillo de la falda.

Miro el cuadro, sin entender.

—Hay una imperfección en el óleo, Peg. El color no resulta como debería. ¿Lo ves? Está sucio, aquí y allí. Tendré que pintar el orillo otra vez, desde el principio.

Me acerco más, guiño los ojos y compruebo que hay un levísimo rastro de un tono pardo oscuro en la blancura de las pinceladas blancas, casi imperceptible en la luz parpadeante de las velas.

Mi padre se frota el ojo como si verlo lo importunara.

Yo miro fijamente la pintura.

Una imperfección en el óleo. Una imperfección en la sangre.

Pienso en los ojos sin vida de Molly.

Mi padre coge un pincel, lo moja en el blanco y pinta sobre el orillo de la falda hasta hacerlo desaparecer.

Estamos en la calle comprando pasteles en Gill's, los llevamos a casa en cajas atadas con cinta amarilla. Es una mañana ajetreada en Bath, con señoras comprando fruslerías vestidas con sus mejores galas de marzo, lechuginos —empiezo a conocer esta palabra—, hablando demasiado alto en los cafés. En una esquina, un panfletista se protege la peluca del viento racheado con una mano y reparte sus escritos con la otra.

Estamos doblando la esquina hacia la gran sombra que proyecta la abadía, cuando sale una figura de un edificio y cruza la calle delante de nosotras, haciendo que un carruaje que pasa en ese momento casi vuelque. El cochero grita con aspereza y vira para evitarla, pero la figura no se mueve. Es una mujer de unos treinta años, quizá, con cabello corto como el de un chico. Algo le pasa a sus ojos. Grita alguna cosa, un quejido agudo. Una señora que está cruzando la calle se aparta, muy pálida, y una madre con una niña pequeña da la vuelta y se apresura a meterse en una tienda vecina. El repartidor de panfletos se detiene, inseguro, y sus escritos aletean

absurdamente en la brisa.

—Seguid andando, niñas —dice mi madre mientras me coge del brazo y tira de mí como si fuera un caballo—. No miréis, seguid caminando. Eso es.

Vuelvo la vista fingiendo buscar a Molly y veo una mujer robusta de mediana edad salir corriendo del mismo edificio y sujetar a la prófuga por ambos brazos. La mujer chilla de nuevo, un torrente de insultos sale a borbotones de su boca igual que el agua de una fuente en la calle.

—¡Vamos! —susurra furiosa mi madre colocándose a Molly a su otro costado y sujetándonos con firmeza del brazo. Nos lleva calle arriba a buen paso y baja la voz para que no nos oigan—. Qué espanto, ¿no? Imagino que son del manicomio de la calle Box. Por lo que dicen es un establecimiento de alcurnia, no entiendo cómo la dejan salir. Ha sido un incidente de lo más desafortunado.

Vuelvo la cabeza, una vez más, y veo las dos figuras cruzando el umbral del edificio del que habían salido.

—Los casos así son una verdadera tristeza. —Chasquea la lengua, compungida—. Han perdido todo vínculo con la realidad. Ven cosas que no existen. Le rompe a una el corazón. Pero en Bath, en tanto ciudad balnearia, nos toca ver los extremos a los que llega la mala salud. Supongo que es inevitable.

—¿Por qué...? —pregunta Molly titubeando—. ¿Por qué ocurren esas cosas?

—Ah, quién sabe, Molly. —Mi madre menea la cabeza como si se tratara de un problema lejano, desconcertante—. ¿Quién lo sabe? Algo que va mal dentro de la cabeza. Un castigo de Dios, tal vez. Los pecados de nuestros padres y esas cosas. Es mejor no darle demasiadas vueltas.

Subimos los peldaños de entrada a nuestra casa-tarta con nuestras cajas, que cuelgan, primorosas, perfectas, cuadradas y relucientes, de sus cintas amarillas.

Anochecer del día siguiente. La luz fría de principios de primavera se cuela por los postigos. La casa está en silencio, pues Molly duerme, mi madre cuenta dinero en el piso de arriba y mi padre se ha ido a caballo a pintar cerca de Bristol.

Abro la puerta de su taller. Todas las velas están apagadas. La pesada seda castaño rojizo ha resbalado sobre la mesa y la silla vacía, un escenario teatral abandonado y medio deshecho, sin actores. Las partituras están en el mismo ordenado desorden, con los libros apilados encima. El olor de Ann Ford aún flota en el aire.

A un lado hay un lienzo sin terminar. Tres figuras abocetadas en clarión, una mujer y sus hijas, mi madre, Molly y yo, de un posado que empezamos meses atrás pero que mi padre luego estuvo

demasiado ocupado para terminar. Nuestros rostros son círculos de polvo con nada dentro, nuestros cuerpos, unas pocas líneas fantasmales trazadas y dejadas en blanco, a la espera.

Sobre las paletas hay pinturas de mi padre. Cojo un tubo que dice bermellón y examino la pasta roja que rezuma en la abertura, la toco con el dedo. A continuación me llevo el dedo a los labios y extiendo la pintura por ellos. Me miro en el amplio espejo que hay a un lado, junto a la pared, y veo el rojo alienígena de mi boca resaltando en la blancura de mi cara.

En un rincón, aún medio oculto por el cortinaje, está el *viol di gambo*, con el arco apoyado en recatado ángulo.

El suelo de madera cruje bajo mis pies cuando cruzo con cuidado la habitación. Alargo la mano y, sin hacer ruido, toco la madera cálida del instrumento. Noto cómo se curva abruptamente, alejándose de mis dedos. Acaricio la intrincada talla allí donde el exterior da paso a la negrura del interior y a continuación, y con suavidad, las cuerdas. El sonido reverbera en el aire quieto y lo acallo con la palma de la mano.

Con cuidado, levanto el arco, que es más largo que mi brazo, y con la otra mano arrastro el enorme cuerpo del instrumento detrás de mí, hasta la silla. A continuación me siento, me recuesto en la blandura del terciopelo, me acerco el cuerpo del instrumento y rodeo su suave peso con mis muslos, notando su límpido brillo en contacto con mi piel desnuda y caliente. Es lo más peligroso que he hecho jamás. Me hace olvidarme de todo, solo por un instante. Molly, mi sombra, es desterrada. Solo existo yo. No tengo que ser un rayo de sol, no tengo que ser formal. Me pregunto, en el silencio ilícito, si no será esto lo que se siente al ser adulto, al ser libre.

MEG

Meg apoya una mano en el tronco del árbol para no caerse, a continuación vomita en la hierba a sus pies. El tazón de moras se balancea peligrosamente en la pendiente donde lo ha posado, amenaza con derramar su reluciente contenido en el polvo del camino. Recupera el aliento, se limpia las manos en el vestido y espera un instante en el silencio. A dos campos de allí, los labradores están inclinados sobre los cultivos, avanzan rítmicamente entre el grano y sus guadañas destellan al sol del atardecer cada vez que suben y bajan. De estar a esta misma distancia de una guerra, piensa, es probable que se viera igual.

Se inclina con las caderas doloridas y recoge el tazón antes de que vuelque. Las moras brillan, calientes por el sol, y están empezando a perder su forma. A estropearse, igual que el tiempo.

Mientras regresa por el sendero desierto se pregunta, distraída, qué se sentirá al atravesar a una persona con la guadaña. Al verla desgarrar la piel, ver la expresión de sus ojos. Cuántas cosas hay sobre estar vivo que no llegarás a conocer, se dice. Cosas que no sabrás nunca.

Ahora mismo ella no corre el peligro de morir de un tajo de guadaña. De perecer aplastada bajo un montón de sábanas que hay que hervir para sacarles la mugre, sí. De muerte súbita causada por una torre de platos sucios de salsa de pastel de carne, quizá. Dios sabe que la esperan muchas tareas en casa más urgentes que coger moras, pero necesitaba tomar el aire. Pensar. Vomitar en paz sin las miradas de suficiencia de los bebedores cada vez que se escabulle, con el rostro amarillo, sujetando una tanda de jarras como si fuera un ramo de flores que suelta en el fregadero antes de vomitar en el cubo de las sobras. Otra vez.

Tiene que tomar una decisión, y deprisa. Frederick y los alemanes se han ido, camino de Londres, a sus vidas incognoscibles, inimaginables. Ella puede quedarse y criar a su hijo en la posada, soportar las miradas, las mofas y las provocaciones. Por no mencionar la ira de su padre. Su padre odiará al niño. ¿Cómo no va a odiar a su bastardo medio alemán? O puede convencer a Hal de que se case con ella. O puede irse de allí.

Nadie sabe de quién es el niño. De eso está completamente segura. Guardaron el secreto, los dos, lo mantuvieron a buen recaudo, oculto y a salvo de los pares de ojos furiosos que los rodeaban. Su padre podría intentar sacárselo a golpes, pero no obtendría la verdad,

y Meg razona que no le pegará tan fuerte como para tener que asumir él sus tareas. Eso, al menos, es una forma de poder.

Pasa por encima de un montón de porquería de caballo y siente de nuevo náuseas, que amenazan con hacerla vomitar sobre los desechos del pescadero que salpican el polvo de la calle principal. El mundo parece flotar a su alrededor. Se pregunta cuándo se le pasará este malestar. No se siente con fuerzas para tomar decisiones, de hacer su apuesta en este juego trascendental del que dependen sus vidas. La suya y la de esa criatura diminuta que crece dentro de ella, apenas visible bajo la suave curva de su vientre, pero capaz ya de ponerla de rodillas, de dejarle la boca seca y la cabeza dolorida, con los pensamientos revueltos igual que huevos en un tazón. No parece justo, pero quizá por eso lo ha dispuesto Dios así. Para evitar que ocurran estas cosas. La consecuencia de desobedecer, un aviso a otras chicas descarriadas que dejan que hombres se tumben encima de ellas en la oscuridad.

Empuja la cancela trasera con una mano, en la otra lleva las moras. De pronto y como por ensalmo, aparece Hal. Últimamente se tropieza con él por todas partes, en cada esquina, asomando su cara de pan en la cocina cuando piensa que está sola, tratando de pegarse a ella cuando se cruzan en un pasillo vacío. Ahora viene hacia ella con ojos esperanzados y el pelo le cuelga lacio sobre la frente.

—¿Te ayudo con eso, Meggy?

—Huy, no te preocupes. No pesa.

—Bueno.

Retrocede, cortés como siempre, y eso, que debería agradecer comparado con la brutalidad de su padre, cosa extraña, la desanima.

Entra en la cocina y deja las moras a un lado. Empieza a reunir lo necesario para hacer un pastel, pero tiene la cabeza llena de otro tipo de cálculos. Precios de la diligencia. Gastos. Sabe dónde guarda su padre el dinero. Cómo lo envuelve, avariento, en un trapo con sus gordos dedos y lo esconde en paquetitos bajo un ladrillo suelto, en una raja del colchón, bajo un tablón del suelo de su alcoba. Sabe cuánto hay. Cuánto tiempo puede sobrevivir con él.

Tiene un plan, un plan descabellado, risible para encontrar a Frederick en Londres. Es de esos planes que te hacen sentarte en la cama en plena noche jadeando ante tu propia estupidez. Irse a la enorme ciudad, preñada, sola, pobre, en busca de un hombre que la ha dejado atrás. Las historias como esta no terminan bien, eso lo sabe todo el mundo. Pero, se dice Meg, con los ojos irritados por la falta de sueño, la mía no es una historia como las demás, ¿verdad? No ha tomado las decisiones que cabría esperar. O, al menos, no ha cometido los errores habituales.

Recuerda que en una ocasión le hablaron del anterior rey,

Enrique, y de su bastardo, que llegó a ser duque. Había oído que era su hijo favorito. El único varón. Ha habido mujeres que han parido hijos de reyes sin estar casadas con ellos y ninguna ha muerto. Al menos que se sepa. No va, se repite, a la caza de un sinvergüenza que se haya escabullido en plena noche a Dios sabe dónde. Para empezar, Frederick es un hombre fácil de identificar. Lo encontrará recurriendo al boca a boca, las murmuraciones, los chismes, el revuelo de casacas azules que lo sigue igual que una nube. No puede estar siempre resguardado en palacios. Y lo que es más importante, no es ningún sinvergüenza. Se ve en su cara. En sus modales. En la forma en que se refería a su padre. Se interesa. Es un hombre que se interesa. Y lo que es más importante, a diferencia de otras chicas que van detrás de sus lamentables amantes con las manos en el abultado vientre, ella no busca casarse. Una boda no era lo que iba buscando cuando cruzaba el rellano de puntillas con las palmas sudorosas. Lo que quiere es dinero.

El dinero lo cambia todo. Te mantiene a salvo. Trae corriendo al médico cuando enfermas. Endulza tus sueños, mitiga tus caídas. Hace pensar a la gente que tú, tu cuerpo y tu mente, tus sentimientos y tus opiniones tienen valor. Las mujeres no suelen disponer de dinero propio, pero a veces, solo a veces, sí. Esta criatura es una consecuencia, un castigo, una advertencia a otras chicas descarriadas. Y, si Meg gana la apuesta, también será su salvación. Cuando le dijo sí a Frederick, cuando le permitió desnudarla con el aliento agrio por la cerveza y poseerla mientras todos roncaban, no estaba eligiendo algo que tuviera que ver directamente con él. Tan solo eligió elegir. Pides o te plantas, tal y como solían gritar sus hermanas y ella peleándose por los naipes pintados y repartidos encima de la cama. Si pides y descubres el rostro maltrecho y colorido de un rey, entonces has ganado.

De la habitación principal de la posada llega un gruñido de su padre.

—¡Meg! ¡Meg! Por Dios, Meg, ¿dónde te has metido ahora?

Dentro de ella, la criatura empieza a moverse, a dar pataditas que parecen el burbujeo de un pez vivo en un frasco. ¿Y si es una niña?, piensa. ¿Y si es una niña que tiene que pasarse la vida preparándose para el siguiente golpe, reuniendo valor para ese instante de embotamiento antes de que llegue el dolor? Pero su padre tendrá que morir algún día, ¿no? Es un viejo que ha pasado media vida borrachuzo de cerveza barata. Tiene los ojos inyectados en sangre, con la piel de debajo amoratada y fina. Pues claro que se morirá. Pero ¿cuándo?

Meg apoya las dos manos en la sólida superficie de roble de la mesa y respira sin hacer ruido, respira despacio el aire quieto del atardecer en la cocina, y piensa.

PEGGY

El chico azul

Cuando yo tengo doce años y Molly trece, aparece un chico en nuestra casa. De un día para otro. Tiene facciones delicadas con aspecto de haber sido pintadas. Pelo castaño que enmarca un rostro afilado. Es muy joven, un niño de unos nueve o diez años, y la casaca le queda pequeña.

—Es vuestro primo Gainsborough —dice mi madre con la mano apoyada con suavidad en la coronilla del chico.

Molly y yo nos miramos.

—¿Gainsborough? —dice Molly—. ¿Se llama Gainsborough Gainsborough?

Mi madre arruga la cara a modo de advertencia parental.

—No —dice con paciencia deliberada—. Se llama Gainsborough Dupont. Es hijo de vuestra tía Sarah, que se casó con un Dupont. Tenéis que acordaros de ella, de Ipswich. Y de Gainsborough también, creo, aunque entonces tenía menos edad.

No nos acordamos de él en absoluto. Claro que entonces no sería más que un niño pequeño y regordete y, por tanto, aburridísimo. Y en Ipswich había tíos y tías por todas partes, Mary y John, Humphrey y Susannah y Sarah y Elizabeth y Robert y sus maridos y sus mujeres, narigudas y gruesas y flacas y picadas de viruela, las mujeres siempre llevaban niños en brazos, los hombres siempre nos daban palmaditas en la coronilla mientras nosotras tratábamos de escabullirnos por la puerta trasera.

—Va a vivir con nosotros —prosigue mi madre—, para ayudar a vuestro padre. Ayudarlo con sus útiles de pintura y eso.

Gainsborough Gainsborough se mira los pies.

—Hola —digo de manera no del todo amistosa—. Sé bienvenido.

—Gracias —dice, y las mejillas se le tiñen de ese rojo intenso que reconozco de mis propios momentos de timidez.

No quiero que este chico ayude a mi padre con sus útiles. Quiero que se vuelva derechito a Suffolk y nos deje en paz con nuestro padre y nuestra madre. No lo quiero espiando en nuestros asuntos con esos ojos fisgones.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —pregunto a mi madre.

—Se quedará hasta que veamos si puede ser un buen aprendiz de vuestro padre, puesto que yo no le he dado un hijo que pueda desempeñar esa función. Ya ha demostrado tener talento artístico.

¿Cómo sabe que no va a tener un hijo ahora, me pregunto? ¿Por qué nacimos Molly y yo y nadie más? ¿Fue Dios? Pero la idea de que exista alguien además de Molly y yo es imposible, así que mejor no pensar en nada de eso. Me cojo del brazo de Molly y hago una especie de reverencia que le dice: bienvenido a nuestra casa, con una cara que le dice: ojalá no estuvieras aquí.

A estas alturas se me da muy bien hacer una cosa con el cuerpo y otra con el pensamiento. Se me da bien dividirme en partes distintas, la parte que se ve y que no. Girar por la habitación con pies ligeros durante la cuadrilla en nuestra lección de baile con un nudo en el estómago por tener que dejar a Molly de pie junto a la ventana, fuera de mi alcance. Esbozar con los labios una sonrisa cortés mientras le clavo los dedos en la carne. La he adiestrado igual que a un soldado. Igual que a un perro. Hasta cuando pierde la cabeza, le basta notar el pellizco de los dedos índice y pulgar en el dorso de la mano para saber que debe guardar silencio. Sigo atándola a mí cada noche con la cinta de seda. El sonambulismo de Molly se ha perdido en nuestra infancia de Ipswich, es algo olvidado, y eso complace a mi madre.

Ahora somos más largas, más altas, como dadas de sí. Debajo de las faldas, nuestras rodillas son bultos que sobresalen en el centro de los palos que son nuestras piernas. Nuestra madre viste nuestras extremidades con las más ricas sedas, puesto que somos reclamos andantes; hemos empezado a ir a conciertos y fiestas y no la avergonzamos en público, al contrario, resultamos bastante encantadoras. No hablamos mucho, pero eso es habitual en casi todas las chicas bastante encantadoras.

Viene una mujer a agujerearnos las orejas, a continuación nos da a cada una un cuadrado arrugado de tela amarilla para contener la sangre y nos pone unos aros dorados con los que jugueteo sin parar hasta que mi madre amenaza con arrancármelos con sus propias manos. Empiezo a seguir las modas, y a compararme con las mujeres de los retratos de mi padre. A desear tener pies más esbeltos, muñecas más delicadas. Llevamos hebillas plateadas en los zapatos y flores en el pelo. Un día mi padre nos usa de modelos de labradoras, apretujadas en la parte trasera de una carreta, y nos hace cambiar el encaje por sayos, pero no nos quitamos los zapatos con hebilla dorada.

—Que no os atonten las modas de la ciudad —nos dice con el ceño fruncido ante el lienzo—. Seguid siempre así, niñas mías, sencillas e inocentes por las veredas.

Pero si fue usted el que nos sacó de ellas, pienso. ¿Y ahora hace poemas?

Ahora que estoy a punto de cumplir trece años, me gusta ponerme a prueba. En ocasiones compruebo cuánto tiempo puedo aguantar sin comer nada, dejo que el hambre arda dentro de mí hasta que no puedo pensar en otra cosa. Me clava las garras, implacable. Pienso en ella como en una persona a la que debo derrotar, un monstruo al que dominar. Otras veces dejo salir al monstruo. Bajo a la despensa, camino con pies fríos por el suelo de la cocina y ataco los quesos envueltos en paños y colocados los unos sobre los otros, los desmigo con las manos de modo que al día siguiente la cocinera proclame a gritos que hay ratones. A continuación me obligo a vomitar en la alcantarilla que hay fuera. Baldeo la porquería esponjosa y a medio masticar y vuelvo sin hacer ruido a la habitación con un sabor agrio en la boca. No se lo cuento a nadie, ni siquiera a Molly, porque es algo privado. Quiero entrar y salir de sus pensamientos como hacía antes, pero hay rincones a los que no logro acceder, así que empiezo a reservar partes de mi cabeza para mí sola. No puedo evitarlo, aunque desearía con todo mi corazón que pudiéramos estar tan unidas como antes.

Gainsborough Gainsborough duerme en un cuartito cerca de la cocina, en un catre, y sigue a mi padre igual que una sombra patizamba. Está siempre detrás de él, alrededor de él, a su lado. Es imposible acercarse a mi padre sin que esté merodeando, esperando a que le digan qué hacer, igual que un lacayo tonto en miniatura. Yo le dirijo miradas furiosas cuando nadie me ve, porque últimamente estoy siempre enfadada. Una suerte de furia me quema las entrañas con una intensidad que no sé de dónde viene. Simplemente nace, como nacimos Molly y yo, porque Dios así lo ha querido. Y estoy furiosa con Gainsborough Gainsborough y con mi padre por querer tenerlo cerca, por querer que le lleve los pinceles un hijo postizo en lugar de Molly o yo. Pero no puedo hacer nada al respecto, pues si me porto mal, mis padres discutirán por nosotras y cuando discuten me pongo enferma de preocupación, de manera que me trago la furia y me porto bien.

Por las tardes, cuando el taller está tranquilo, mi padre y mi primo ensillan dos caballos y se van a la campiña, cambian el polvo de la ciudad por el aire fresco y los prados silvestres y solo de pensarlo me duele. Me pregunto lo que se sentirá a lomos de un caballo, con cada pierna en uno de sus cálidos flancos, notando el ritmo de su cuerpo, y su velocidad. Un día que mi madre no está, comprendo que van a salir y bajo corriendo las escaleras a tiempo de ver los faldones de la casaca de mi padre desaparecer por la puerta.

—¡Papá, espere!

—¡Capitana! ¿Se puede saber qué haces?

Abro la puerta y asomo la cabeza a la calle.

—¿Puedo ir? ¿Podemos ir Molly y yo?

—Ahora no, Peg, por el amor de Dios —dice mi padre. Gainsborough Gainsborough aguarda a su lado con el caballete plegado—. Y haz el favor de no estar en medio de la calle.

Retrocedo un poco hacia el vestíbulo, a salvo de la brillante luz del sol.

—Hoy se nos ha hecho tarde. Quizá otro día.

—Ahora. Por favor, papá. Por las tardes siempre tenemos lecciones de baile o de música. Pero hoy el señor Fleming está indispuesto y podríamos ir. Por favor.

—Hoy no da tiempo, Peggy. Y además, ¿qué ibais a hacer? ¿Brincar por los caminos?

Mira mi vestido azul brillante, los pálidos zapatitos que asoman por debajo de sus volantes y parece escéptico.

—Podría pintar.

—¿Pintar?

—Sí. Quiero pintar. Como usted.

Suspira y medio sonríe, como desconcertado.

—Nunca has dicho que quisieras pintar.

¿Cómo ha podido olvidarlo? Mis mejillas rojas en la orilla del Orwell.

—En otro momento, cuando tenga más tiempo, Peg.

—Quiero ahora. De verdad.

Se gira, distraído por algo al otro lado de la puerta que no puedo ver, a continuación vuelve a mirarme y suspira una vez más, como si quisiera escapar y yo lo estuviera reteniendo.

—Hoy no.

—Por favor.

—Entra en casa, Peggy. Que no te encuentre tu madre en la puerta de la calle.

—Por favor.

—Ya basta.

Su voz encierra una advertencia. Me envía un beso volado, menea la cabeza y se va, la puerta se cierra detrás de él.

Me quedo en el vestíbulo mirándome los pies y escuchando el tictac del reloj y los cascos de los caballos calle abajo. Luego voy al taller en penumbra de mi padre, me acerco a las muestras de tela que cuelgan, esponjosas, livianas, delicadas y magníficas. Me las voy probando delante del enorme espejo dorado para ver con cuál de ellas se me ve más bonita.

Moteada

Una tarde de domingo estamos sentadas en el banco de piedra del jardín trenzando cintas, cuando Molly rompe a hablar. Enumera, por razones que no logro imaginar, los trescientos animales de nuestro libro de trescientos animales. Estamos solas, de manera que la dejo. No puedo estar siempre haciéndole daño porque dejará de surtir efecto. Debo elegir los momentos adecuados, así que sigo trenzando y trenzando sin levantar la vista. «La pantera se parece un poco en la forma a la leona, pero con menor tamaño. Su pelo es corto y musgoso, su piel es de un amarillo intenso, hermosamente salpicado de motas negras redondas, y se dice de ella que despide un olor fragante y tiene un alto precio.»

Se abre la puerta y veo que Gainsborough Gainsborough nos observa. Nuestro padre está en Londres, de modo que no tiene nada que hacer. Me da bastante igual porque no es más que un chiquillo, de manera que no digo nada y mis dedos siguen retorciendo la suave cinta roja.

—Hola —dice.

No hago ni caso. Molly continúa recitando.

—Es una bestia muy salvaje y cruel, sedienta de sangre, muy ág...

—¿Qué hace?

—Recitar los animales de un libro que tenemos. Yo diría que es evidente, si prestas un poco de atención —contesto todo lo pomposamente que puedo, como para derrotarlo con la gran veteranía que me dan los tres años que le saco.

—¿Por qué?

—Porque le da la gana.

—¿Por qué no para?

—Porque no le da la gana.

Mira a Molly mientras sopesa mis palabras. A continuación ladea la cabeza.

—¿Quieres jugar?

—No.

Mientras tanto, Molly no deja de hablar.

—Para ocultarse entre las gruesas ramas de los árboles y sorprender a su presa atacándola de pronto. Su lengua, al lamer...

Gainsborough Gainsborough se mete las manos en los bolsillos y balancea una pierna atrás y adelante, como dando a entender que no le importa si no quiero jugar con él. A continuación hace algo

inesperado. Va hasta Molly y se coloca delante de su cara.

—Cállate, Mary Gainsborough —dice—. Que te calles.

—Déjala en paz.

Dejo de trenzar. Molly sigue parloteando como si Gainsborough no estuviera:

—... raspa igual que una lija. La pantera...

—¿Por qué no se calla? Hazla callar.

—No pienso obligarla a hacer nada solo para complacer a chicos tontos como tú.

—Porque no puedes.

—Claro que puedo.

—Demuéstralo.

—No.

Ahora mismo no puedo pellizcar a Molly en la mano porque Gainsborough verá nuestra triquiñuela, así que digo, con toda la compostura de que soy capaz:

—Molly, para, por favor. Este vil gusano quiere hablar contigo.

Pero Molly sigue recitando, continúa con su perorata sobre la pantera y su cola, habla por encima de nuestras voces, como si no estuviéramos allí.

—Está loca, ¿verdad? Si es que no calla...

Me pongo de pie y se me caen las cintas al suelo.

—Cállate.

—Es una chalada.

—De eso nada.

—Mary la Loca.

Las palabras no han salido aún de sus labios cuando lo embisto igual que si fuera un toro, le golpeo con el puño una y otra vez y lo empujo hasta que pierde pie y aterriza en el empedrado. Me asombro al ver una gota de sangre caer de su nariz al suelo.

Molly sigue con su cháchara.

—El tigre es algo similar en forma a la leona, pero con el cuello más corto. Tiene la piel hermosamente moteada.

—¡Cállate! —grito, y, por un instante, no sé si estoy hablándole a Gainsborough o a Molly—. ¡Cállate, cállate, cállate!

Gainsborough está tumbado de costado y, cuando hundo el zapato en la blandura de su barriga, suelta un chillido. Le doy un puntapié. Y otro. Y otro.

—Es muy salvaje y fiero, extremadamente voraz...

—¡Cállate! ¡Que te calles, he dicho! —grito, y cada sílaba va acompañada de un golpe de mi cuerpo contra el de Gainsborough.

De pronto alguien me sujeta los brazos por atrás y prácticamente me arrastra dentro la casa. Me bulle en las venas un furia descarnada y fea y oigo los gritos de la cocinera, sus palabras en un graznido

agudo.

—¿Quiere... quiere parar ahora mismo, pequeña fiera?

Me obliga a sentarme en una silla de la cocina de un empujón.

—Ha dicho que Molly...

—Da igual lo que haya dicho. —Está sin resuello, roja de ira—. Las señoritas no se comportan así, nunca. ¿A quién se le ocurre? ¡Revolcarse en el suelo de esa manera!

—Dijo que Molly era...

—¿Qué?

Me muerdo la lengua.

—Perdón.

—¡No es más que un niño! ¡Y usted una señorita! ¡Casi ha cumplido los trece! ¡Qué vergüenza! —Se enjuga la frente frenéticamente, como si mi mal comportamiento la hiciera sudar—. Tendré que contárselo a su madre.

—Por favor...

—No me queda más remedio. Es mi obligación.

Ahora soy yo la que empieza a sudar.

—Por favor. Por favor. Prometí que sería buena. Por favor.

—No me esperaba este comportamiento de usted. De verdad que no.

—Por favor.

Intuyo un resquicio. Vacila, con la cabeza ladeada.

—Ya sé que siempre estoy enredando, pero últimamente he sido muy buena y no me he metido en líos. Y mi madre se preocuparía mucho. Me portaré bien. Lo prometo. Lo prometo. Me portaré bien.

El resquicio se ensancha un poco, lo suficiente.

—Muy bien.

—Gracias, señora Hindrell.

Suspira y menea otra vez la cabeza deprisa, como si quisiera sacarse de los pensamientos mi mal comportamiento de modo que todo vuelva a ser como antes.

—Qué escándalo, señorita Margaret. De verdad se lo digo. ¡Y en domingo, además! Pedirá disculpas al señorito Gainsborough ahora mismo. —Señala con el mentón a Gainsborough, quien cruza sigiloso la cocina con las manos en los bolsillos—. Ahí está. ¿Qué se dice?

Sopeso mis opciones.

—Lo siento mucho.

—No deberías haber hecho eso. Fue impropio de una señorita —me dice mirándome.

—Es suficiente, gracias, señorito Gainsborough. A ver si ahora va a resultar que es un experto en el comportamiento de las señoritas.

Se me arrugan las comisuras de la boca en una sonrisa contenida.

—¿Ocurre algo, señora Hindrell? —Aparece mi madre en la

puerta, algo jadeante—. Me ha parecido oír... revuelo.

—No pasa nada, señora —contesta la cocinera—. No pasa nada. El señorito Gainsborough tropezó en el patio y se dio un golpe en la nariz. La señorita Peggy se asustó mucho y le entró el pánico.

—Cielo santo, Peggy, ¿no tenemos ya suficientes preocupaciones sin que armes revuelo por un golpe en la nariz? Y usted, señorito Gainsborough, no debería permanecer ocioso cuando su tío está fuera. Tenemos que encontrarle una ocupación para que no se meta en líos. Señora Hindrell, ¿no puede buscarle algo que hacer?

—Una ayuda siempre viene bien, señora.

—Bien. Cenaremos salmón, ¿sí? Y ahora, Peggy, por el amor de Dios, sal y no te metas en más líos.

Se marcha chasqueando los labios, que es un ruido que al parecer hace sin pensar, igual que un juguete de cuerda que camina chasqueando los labios. Me levanto y salgo al jardín, donde Molly sigue sentada en el banco, hablando sola.

Más tarde. Después de la cena, una paz inquietante. Mi madre está con sus libros de cuentas, frotándose la nariz como hace siempre que tiene que pensar mucho. La pluma aguarda en el tintero, preparada para garabatear libras y guineas junto a los nombres de aristócratas en letra cursiva. Mi padre, recién vuelto de la ciudad, está absorto en la lectura de una gaceta junto al fuego. Molly y yo leemos en la otra punta de la habitación, en nuestro asiento de ventana preferido. Molly vuelve a ser ella, reconfortante y reconfortada, con el ceño arrugado por la concentración y los pies enfundados en medias meciéndose con los míos. Me arrellano en los brillantes almohadones y dejo que mis pensamientos regresen a las heridas de la tarde.

Gainsborough Gainsborough, que ha estado dibujando algo al carboncillo en la mesa, se levanta sin hacer ruido y viene hasta nosotras. Es sigiloso como un gato, pienso. Compruebo con satisfacción que tiene un resto de sangre seca pegada al interior de la nariz.

Después de un rápido vistazo a mis padres, se inclina hacia mí y, en voz baja, para que solo yo pueda oírle, empieza a cantarme al oído una vieja rima infantil:

Érase un loco

casado con una loca

y vivían en un camino loco

loco era el padre

loca la madre

locos los niños también

se subieron todos

a un caballo loco

y se fueron cabalgando como locos.

Mira con atención a Molly, se acerca a ella y dice:

—Monta tu caballo loco, Mary la Loca.

Molly lo mira con expresión impenetrable. Veloz como el rayo, le doy a Gainsborough una patada en la espinilla, una coz rápida y rabiosa todo lo fuerte que me permite mi estúpido y endeble zapato de seda, y recula igual que un perro apaleado.

Al otro extremo de la habitación, mi padre levanta la vista de su lectura y frunce el ceño.

—Gainsborough, ven a ayudarme con los pinceles mientras aún es de día. Hay mucho que preparar para las sesiones de mañana.

—Ten cuidado, Thomas, por favor. Estos días te encuentro algo desmejorado —dice mi madre, quejosa.

—No te preocupes tanto, Margaret. No es más que un catarro de verano —contesta mi padre, y la mira de una forma que me gusta. Es una mirada afectuosa, que hace pensar en largas historias de amor y en secretos que deseo que existan, pero de los que no quiero formar parte. No quiero verlas, pero sí sentirlas, como ocurre con la cola de pegar.

Gainsborough Gainsborough sale de la habitación, no sin antes dirigirnos una mirada triunfal. Baja las escaleras detrás de mi padre y deja que la puerta del estudio se cierre a su espalda. Pero no me importa, porque mi padre quiere a mi madre y por tanto los cuatro estamos tan unidos que ningún chico estúpido podrá separarnos.

—Quisiera que no importunarais así a vuestro primo —dice mi madre sin venir a cuento—. El pobre chico, tan lejos de casa, con dos niñas por toda compañía. Creo que echa de menos a su madre. Después de todo, es muy joven. Me gustaría que lo tratarais con afecto.

Me levanto, voy hasta ella y le doy un beso en la coronilla, allí donde una fina raya blanca divide su pelo.

—Pero ¡bueno! —dice—. ¿A qué ha venido eso?

—A lo mucho que nos cuidas.

Arruga la cara entre divertida y perpleja, y luego se vuelve y seca una gota de tinta pequeña y regordeta que ha caído en la mesa.

—Es lo que hacemos las mujeres, Peg.

Por un instante pienso en echarle los brazos al cuello y contarle lo asustada que estoy. De no ser lo bastante formal, de perderla a ella, de perder a mi padre, de que mi padre se distancie. De los secretos. De que Molly pierda el juicio. De ser impetuosa y decepcionarla, de no ser impetuosa y terminar convirtiéndome en ella. Contarle cómo el temor a todo eso burbujea en mi pecho todo el tiempo, cada minuto de cada día de la semana. Pero, por supuesto, no me sale y me limito a apoyar la cabeza en su pelo hasta que me echa por ser tonta y no dejarla terminar sus tareas.

Más tarde, cuando se ha ido abajo, me siento ante el amplio escritorio de mi madre con cuidado de no desbaratar las pilas de libros de cuentas y cojo su pluma. Es una pluma buena, regalo de mi padre, con una M de oro grabada. Mojo la punta en la tinta y escribo en la parte superior del papel:

Cosas que ayudan.

Y debajo:

Descansar en la cama.

Sujetarla tan fuerte que no pueda moverse.

Reflexiono un instante y a continuación garabateo, con mi caligrafía circular:

Hacerle daño.

Dejo con cuidado la pluma en la mesa, cojo el papel, lo doblo hasta que es un cuadradito y me lo guardo dentro del cuello del vestido.

Al día siguiente, espero. Igual que un animal escondido en su madriguera, listo para saltar sobre su presa. Tengo un plan para expulsar de aquí a Gainsborough Gainsborough y voy a ponerlo en práctica. Soy como la pantera, muy feroz y sutil. Soy el tigre, terrorífico a más no poder. Aguardo mi momento, oigo el reloj del pasillo dar la hora del almuerzo, doce campanadas solemnes, y entonces veo a mi presa, sale incauto del comedor limpiándose migas de una de las comisuras de la boca.

—Papá.

Se gira, sorprendido.

—¿Peg?

—Me dijo que me enseñaría a pintar otro día, y hoy es otro día. He esperado y esperado, y quiero aprender.

Las palabras me salen a borbotones.

—¿A pintar?

—Sí.

¿Es que no se acuerda de nada? ¿Tiene que estar siempre tan ausente? Parece que está, pero no está.

—¿Es lo que deseas?

—Sí, mucho.

Me mira.

—Es cierto que tenía medio pensado enseñarte a pintar paisajes. Tu madre opina que son una ocupación más refinada. Hablamos de ello, cuando eras más pequeña, antes de que nuestras vidas se volvieran tan... tan sumamente ajetreadas. Y conozco ciertas técnicas, nuevas maneras de pintar paisajes que podría enseñarte, si es tu deseo aprenderlas.

—Sí lo es. Mucho.

—Bien. Eso está bien.

Es como si me mirara, me mirara de verdad por primera vez desde que éramos pequeñas.

—¿Querrá Molly aprender también?

—Por supuesto.

No le he preguntado a Molly, que está en el piso de arriba tratando de rizarse el pelo con tenacillas. Pero sé que no dirá que no. Últimamente es como si alguien le estuviera borrando su nitidez y tuviera que tomar prestada la mía.

—¿Habéis seguido practicando el dibujo las dos?

—Sí —miento.

—Cuánto me alegro. Debería haber estado pendiente de ello. De vosotras. Pero me paso media vida encerrado en una habitación oscura a cuya puerta aguarda una cola de rostros que no parece terminar nunca, por Dios, de verdad lo digo. Siempre está Fulano de Tal esperando con su cara grande y gorda. Y en el poco tiempo de que dispongo, no quiero más que tocar el violín, porque últimamente estoy muy falto de práctica.

—Sé lo mucho que le gusta tocar.

—Así es, Peg. Y —prosigue, no sin vacilación— habéis estado... distantes, las dos, últimamente. Creía que os estaba perdiendo... un poco. Que os estabais haciendo mayores, alejándoos..., de mí quizá. Os he visto en vuestro propio mundo más que nunca.

—¿A nosotras?

¿Alejándonos de él? Es él quien se ha alejado de nosotras. Lo ha entendido todo al revés.

—Sí.

—¿De verdad?

Me mira con la cabeza ladeada.

—¿Va todo bien?

Abro la boca y busco las palabras.

—Es..., es...

—¿Qué ocurre, Peg?

Y allí está, de pronto, la vieja mirada de afecto. Al verla, se me llenan los ojos de lágrimas. Si las dejo salir, creo que no pararán nunca. Seguirán brotando hasta que no quede nada de mí.

—No es nada.

Me toca el brazo. Estamos de pie en medio del pasillo, un lugar de idas y venidas, un lugar de paso.

—No es nada —repito, y me muerdo el labio por dentro—. ¿Cuándo empezamos las lecciones?

Cruzamos la ancha explanada, tropezando con matas de hierba y entre risas. Miro de reojo a Gainsborough Gainsborough, quien nos sigue tambaleándose bajo el peso de tres juegos de útiles de pintura en lugar de uno, y sonrío, solo un poco. El viento le alborota el pelo a mi padre. Molly tiene las mejillas sonrosadas de felicidad. Vamos jadeando, libres y felices bajo nubes que pasan rápido; ante nosotros se extiende el campo, las colinas inclinadas, el mosaico de cultivos, y flores silvestres amarillas alborotando la hierba.

Colocamos los caballetes y nos sentamos en un árbol caído, a la sombra de otro enorme roble. Mojo mi pincel en el brillo del verde y lo miro trazar lentos círculos, arrugar la pintura. Me siento capaz de cualquier cosa, la que sea. Bath no es más que una mancha lejana blanca y llena de humo en el paisaje, apenas visible detrás de la cima de la colina, y aquí todo huele a hierba de verano.

—Veamos —dice mi padre—. Empezaremos por el roble. El rey de los árboles ingleses. Esta, hijas mías, es la verdadera realeza. Inmutable, indoblegable, majestuosa. —Agita los brazos con entusiasmo y la camisa se le sale de los calzones—. No podréis pintar paisajes —dice mientras regresa a su caballete, algo acalorado— hasta que no capturéis el gran roble inglés.

Miro al árbol, su solidez, su confianza y, acto seguido, a la promesa de mi lienzo en blanco. Cojo mi lápiz y dibujo mi primer trazo, una tímida línea de plomo. Un principio.

—Tienes que aflojar la muñeca, Capitana. Fíjate, aflójala y déjala libre, así. —Me coge la mano y me la sacude con vigor—. Eso es, así está mejor. Y tú también, Moll, dame la mano.

Va hasta Molly y empieza a sacudirle la mano hasta que Molly echa la cabeza atrás y ríe como no la he visto reír en mucho tiempo. Miro de reojo a Gainsborough Gainsborough a mi espalda como diciendo: ¿ves? Mira qué felices somos. Mira cuánto nos quiere mi padre. Mira lo normales que somos.

Abocetamos a lápiz la forma de los árboles que bordean los campos, su altura y su tamaño, y mi padre nos anima, nos corrige y nos guía, y casi hace los dibujos por nosotras, acude con su delicado pincel para enseñarnos las maneras en que la luz motea y distorsiona.

Un toque de blanco y los árboles cobran vida. Un levísimo atisbo de sombra gris hecha con un lápiz no más grueso que un alfiler y parecen moverse. ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe dónde aplicar estas manchas, estos susurros de color que insuflan movimiento a algo inanimado?

—Ya lo tienes, Moll. Eso es. Una pizca ahí arriba, justo ahí. Ahora el ocre.

Nuestro padre nos enseña que las nubes son más oscuras cuanto más cerca están del suelo, a dibujarlas con peso y sombras, a encontrar el brillo de su parte superior, allí donde atrapan la luz del sol. Nos enseña dónde hay profundidad, cómo crear luz y muchos trucos más que sus dedos tienen y los nuestros no.

A nuestra espalda, Gainsborough Gainsborough cambia el peso de un pie al otro y observa a mi padre.

Y si no captamos del todo la manera en que cae la luz, pronto lo aprenderemos. Si no somos del todo capaces de plasmar el movimiento de los árboles, o sus proporciones, a pesar de que medimos, entornamos los ojos y volvemos a medir, carece de importancia. Si nos esforzamos lo bastante, nos saldrá.

Dos o tres veces a la semana nos lleva a su taller y ahora, cuando la puerta se cierra, es con nosotras dentro, guarecidas y al calor de las velas. Y a nadie le importa, nadie nos echa de allí, nos dice que somos unas niñas y deberíamos estar cosiendo y sin ser vistas. Aquí hay negocio, se gana dinero, pero ambas cosas vienen disfrazadas de gentil refinamiento, de modo que nuestra madre nos mira con los brazos cruzados y asiente con la cabeza. Sostenemos los pinceles muy quietas en este lugar de encuentro entre los deseos de nuestro padre y nuestra madre y, durante un instante perfecto, complacemos a ambos.

—Voy a pintar a las niñas —le dice mi padre a mi madre una mañana durante el desayuno con un brillo nuevo en los ojos— como artistas. Como paisajistas. Algo que muestre promesa. Luego podemos colgar el cuadro en la entrada.

—Sí, sí —dice mi madre, y la luz de los ojos de mi padre enciende también los suyos.

—¿Qué podríamos quitar para hacer sitio, de qué podemos deshacernos? De Ann Ford, quizá, que va a casarse y a dejar Bath.

—¿La señorita Ford se casa? —pregunto.

—Sí, con el señor Thicknesse —dice mi madre.

Me quedo pensando en la noticia. Thicknesse, con sus ojos saltones y sus chistes malos. ¿Cómo puede ella casarse con él? ¿Qué tiene Thicknesse que transmite tanto poder?

—La va a acompañar a su gira europea. Es una oportunidad profesional excelente para Thicknesse. Para los dos.

Hay algo detrás de las palabras de mi madre que no logro identificar, una suerte de satisfacción. Entonces caigo en la cuenta. Ha

desviado el interés de Thicknesse hacia la señorita Ford y el de la señorita Ford hacia Thicknesse. Sus dos grandes contendientes por las lealtades de mi padre. Quizá, pienso con un sobresalto, Thicknesse no es el único que dispone de las cosas como más le conviene. Sugerencias sutiles, conversaciones oportunas. Mi madre charlando en tono cómplice con Ann en el salón, apretándole la mano. Hablando del éxito de Ann durante la cena, de cómo conquistará Europa si tiene alguien que la ayude mientras Thicknesse las observaba con expresión astuta. Creyendo que era todo idea suya.

—Pues sí, voy a echar de menos a Philip —prosigue mi padre, y sé que está deseando cambiar de tema de conversación—. Entonces, ¿quién posa este jueves? Recuérdamelo.

Viene un hombre nervioso con el rostro siempre colorado a darnos lecciones de dibujo. Nos enseña el significado poético de los gestos: «Manos levantadas al cielo, devoción; manos que se retuercen, dolor; manos juntas, ociosidad; rascarse la cabeza, contemplación; dedo índice en los labios, silencio». Durante semanas, cada vez que una de nosotras se rasca la cabeza pensativa o junta las manos exageradamente durante la cena, la otra se ríe en silencio.

Por primera vez posamos juntas en la luz brumosa de las velas en el centro del taller de Abbey Street, en lugar de conformarnos con mirar desde las sombras, o hacer de figurantes en una escena. Una tela prestada por mi tía ondea sobre mi brazo, un estallido extravagante, decadente de seda celeste dispuesta para dar efecto. Voy vestida de azul, símbolo de los afectos constantes, de la lealtad. Cultivando lealmente el arte de pintar, lealmente dedicada a pensar sobre la pintura. Molly está pensativa, con el cuaderno de bocetos abrazado y el pincel levantado. Los aros de oro nuevos brillan en sus orejas. Yo empiezo mirándola, hasta que mi padre cambia de opinión y me borra, me gira de modo que estoy frente a una estatua que ha tomado prestada de un amigo. Flora, la diosa de la primavera.

Cuando no estoy siendo pintada como una pintora, trato de pintar. Empiezo con un bodegón de fruta. La manzana me sale aceptable. Es redonda y sonrosada, con piel brillante. Pero entonces añado la siguiente fruta, y la siguiente, y la profundidad brilla por su ausencia, así que las abandono por completo y empiezo de nuevo, con una escena tomada de la naturaleza. Después una casa de campo, seguida de una vista londinense, luego intento pintar a Molly al piano, pero el piano me derrota por completo, una construcción de ángulos inciertos que sería imposible de tocar. Un perro con patas demasiado cortas para su cuerpo. El profesor de cara colorada emite sonidos de ánimo cada vez más débiles. No soy capaz, pienso. No puedo. Entonces un día, durante la cena, mi padre habla entusiasmado de una exposición de los tres cuando seamos mayores, quizá en la Royal

Academy, Margaret, aunque Dios sabe que ponen a prueba mi paciencia. Cojo el lápiz y vuelvo a intentarlo.

Y pienso sí, muy bien, píntenos, pinte nuestras caras, disfrácenos con sedas y hermánenos en las sombras, en jardines, junto a estatuas. Háganos levantar la cara al cielo, háganos posar, moldéenos y denos forma de futuro prometedor. Y yo seré paciente, esperaré y confiaré, y rezaré porque llegue algo que llene el centro. Algo real que coloree los huecos.

Me ha despertado algo, pero no sé qué. Me incorporo con el corazón latiendo más deprisa de lo habitual. Compruebo que estoy aguzando el oído sin saber lo que espero oír. La casa duerme.

Me parece oír un ruido. Una especie de gemido.

Retiro las mantas y salgo al pasillo, silenciosa como un ratón. Me llega de nuevo, procedente de algún punto de la oscuridad de la casa, un mugido, como de una vaca en un prado. Transcurren unos instantes.

Oigo el golpe inconfundible de un portazo. Pienso en ladrones, en hombres con armas y manos voraces, que vienen a llevarse las joyas de mi madre o, peor aún, a mi madre, y pego la espalda a la pared del pasillo. El mugido continúa. Quizá hay alguien enfermo. Herido.

Imagino a mi padre atrapado bajo algo pesado, con la pierna presa, sudando de dolor, no queriendo despertarnos. Imagino a la cocinera pasto de las fiebres, pidiendo auxilio tendida en el suelo de la cocina. Aprieto el paso y, cuando termino de bajar la escalera, me paro en seco.

Una mujer cruza en silencio nuestro vestíbulo. Mira a su alrededor y veo sus ojos astutos y su piel tosca, las arrugas alrededor de la boca. No viste como una dama. No es más que una mujer. Al verme en la escalera, me guiña un ojo y desaparece en la luz de la aurora después de cerrar la puerta de nuestra casa con un chasquido.

Sale mi padre de su estudio y al verme se sobresalta. Se lleva una mano a la camisa desabotonada, dejando ver una mata de pelo. Mira casi imperceptiblemente hacia la puerta de la calle.

—Peg, ¿qué haces levantada?

—He oído un ruido.

—No hay nada de qué preocuparse. He estado trabajando hasta tarde. Se me ocurrió una idea para un cuadro. No era mi intención despertar a nadie.

—No se preocupe —digo.

—¿Quieres que te acompañe a la cama?

—Conozco el camino —digo, porque, de pronto, tengo ganas de hacerle daño, de pincharle con las modestas armas a mi alcance. Doy media vuelta para no ver su cara preocupada, de ojos rojos.

—Peg —me dice con voz queda—, estás muy delgada. ¿Te

encuentras bien?

—Estoy bien —digo, y subo las escaleras mientras noto sus ojos inyectados en sangre en la espalda del camisón.

—¿Quieres que salgamos mañana a pintar, Peg-otito? ¿Te gustaría?

—Sí —digo, pero continúo subiendo las escaleras y no pienso en el mugido ni en la mujer que me ha guiñado un ojo pintado dentro de mi casa mientras mi madre y Molly duermen en el piso de arriba.

Piltrafa

Unas semanas más tarde, mi padre está en el vestíbulo despidiendo a una pareja que ha venido para añadir a su hijita a su retrato. La hija, Selina, camina igual que un patito hacia la puerta de la calle con sus piernas regordetas y se despide con la mano de mi padre, quien la ha hecho reír con sus malabarismos con frutas. Yo espío entre los barrotes de la escalera y también digo adiós con la mano, cuando mi padre se desploma en la alfombra igual que un trozo de papel arrugado por una mano invisible.

La niñita se tambalea hacia delante y tropieza con la pierna pesada de mi padre, a continuación, se sienta de golpe en el suelo y empieza a aullar. La madre, esbelta y envuelta en sedas, se lleva una mano a la boca e intentar sacar de allí a su hija. El padre vacila y veo cobardía en su expresión, pues se debate entre su deseo de ayudar y el miedo al contagio. Echo a correr y llamo a mi madre a gritos. Pero cuando llega, con los dedos sucios de tinta y desconcertada, veo que no se tira al suelo, no zarandea a mi padre ni le toca la frente, tampoco rompe a llorar de miedo o presa del pánico. Mira la cara pálida como la cera de mi padre y dice, con un hilo de voz:

—Susan, dile a la señora Hindrell que mande llamar el médico enseguida. —Acto seguido se dirige al señor y a la señora De George Byam y dice—: Siento muchísimo que el señor Gainsborough haya caído enfermo.

Me arrodillo y pongo la mano en la frente de mi padre mientras mi madre dice, con su voz más amable:

—Por supuesto, estoy segura de que no es nada. Haremos venir al médico, pero puede que se deba simplemente a exceso de trabajo; como saben, está muy demandado.

Hasta que no los ha acompañado a la puerta y los chillidos de la niñita llorona se alejan por la calle, donde cae el sol, y la puerta está bien cerrada, no se vuelve y corre a la cocina pidiendo con voz ronca noticias del médico. Luego se reúne conmigo en el suelo y nuestras faldas desplegadas parecen charcos. Al poco llegan corriendo Molly, dos criados y mi tía desde la tienda y, cuando levanto la vista, veo a Gainsborough Gainsborough junto a la pared. Y me doy cuenta de que no aparta los ojos ni por un momento, ni uno solo, no de mi padre, sino de mí.

Pasamos varias semanas sin ver a nuestro padre. No nos permiten acercarnos a él y solo mi madre se sienta junto a su cama en una

vigilia interminable, día tras día, demacrada y con la piel debajo de los ojos oscura de preocupación. Oímos sus susurros al otro lado de la puerta mientras le lee cartas de sus amistades de Londres, panfletos políticos y, en ocasiones, la Biblia, a pesar de que nunca he oído a mi padre expresar interés alguno por escuchar con detalle los contenidos de la misma. Los domingos se sienta impasible en nuestro banco en la abadía con una pierna cuidadosamente cruzada encima de la otra. A mí me parece que todos los sermones hablan de miedo, así que tal vez la Biblia es lo que uno necesita cuando está asustadísimo. Empiezo a preguntarme si no debería leerla yo también.

Durante semanas se nos permite merodear por la casa y hacer lo que queramos. Los adultos estaban ocupados y con la cabeza en sus cosas ya antes, pero ahora somos como animales de un jardín zoológico cuyo guarda se ha ido. Se acabó el pintar. Suspiro por ir a los prados, pero no puedo hacerlo sin permiso de mi madre, y no me atrevo a molestarla.

Una tarde estamos holgazaneando en el salón, y es cierto que holgazaneamos, porque una persona no puede estar aterrada todo el tiempo, por culpable que eso le haga sentirse. Estoy tratando de bosquejar una casita de campo como las que le gustan a mi padre, pero el tejado no me sale, por muchas veces que lo borre y lo vuelva a empezar.

—La casita no es gran cosa —dice Molly lánguida, recostada en el asiento de la ventana con las piernas dobladas debajo del cuerpo.

—No es más que un primer boceto. Y además, no seas tan maleducada, Molly.

—¿Opinas que cada vez lo haces mejor?

—¿Pintar? Sí, mucho mejor.

—Creo que yo no.

—Pues claro que sí. Es cuestión de práctica, ¿no? Basta con esforzarse más.

—Entonces, ¿por qué no todo el mundo es pintor?

—Pues porque no quieren y por eso no lo intentan. En cualquier caso, nosotras lo llevamos en la sangre.

—Lo mismo que vender vestidos —dice Molly antes de echar el aliento en el cristal de la ventana y escribir una M dentro del círculo empañado.

—Cállate, Molly —digo.

Pero no puedo evitar desanimarme. Dejo caer el dibujo en el regazo y mi lápiz rueda por el suelo y desaparece debajo de una silla. Estoy reuniendo energías para ir a cogerlo, cuando entra nuestra madre. Molly se endereza, sorprendida.

—¡Mamá!

Tiene el rostro demacrado.

—Podéis pasar. Se encuentra cómodo y quiere veros a las dos.

La seguimos escaleras arriba sin decir palabra y se detiene en el umbral de la alcoba en la que nuestro padre ha guardado cama todo este tiempo.

—Por aquí, niñas. Y no os alarméis, porque está enfermo y no parece él. —Mira a Molly con preocupación—. Espero que os portéis de manera sensata y no arméis revuelo. —A continuación se calla y parece flaquear—. Pues esta puede ser la última vez que... Quizá sea el momento de decir adiós, y es lo mejor que podéis hacer antes de que empeoren las cosas.

Y al pronunciar la palabra «empeoren», la cara se le encoge de dolor, la voz se le entrecorta y, llevándose la mano a la cara, se pellizca la piel cansada y flácida de alrededor de sus ojos. Molly y yo la abrazamos mientras llora con sollozos profundos y horribles que me empapan el cuello.

Trato de imaginar un mundo sin mi padre. Pero es como si todo en mi cabeza se volviera blanco y vacío; soy incapaz.

Mi madre nos suelta y se seca los ojos con el antebrazo desnudo.

—Pero no podéis decirle nada —dice—. No le habléis del final. Porque pensar en ello puede minar las fuerzas que aún le quedan.

Asentimos y entonces pone una mano en el pomo de la puerta y lo gira.

En la habitación hace un calor asfixiante. Es julio, pero la chimenea está encendida y unas cortinas gruesas tapan las ventanas cerradas a cal y canto. No corre nada de aire, nada, y el calor me araña la garganta al respirar. Es como cuando te acercas demasiado a un horno abierto y te golpea una vaharada abrasadora. Me tiro del cuello del vestido.

Mi padre está acostado en una cama sin sábanas, un cuerpo delgado en camisón, recostado en almohadones y achicharrado.

A su alrededor hay jarras, píldoras, tazones y libros que está demasiado débil para sostener. Me acerco un poco más y veo que tiene la cara amarillenta, lo mismo que el blanco de los ojos, y también que ha perdido uno de los dientes delanteros.

—Menudo cuadro, ¿eh, Peg? ¿Te atreves a acercarte más?

Le cuesta hablar, y veo que tiene toda la boca moteada de llagas rojo pálido.

—Menuda piltrafa tienes por padre.

El sonido de su voz después de tantas semanas hace que el corazón me dé un pequeño brinco. Siento el viejo impulso y tengo ganas de besarle, pero al mismo tiempo no le quiero tocar.

Nos tiende una mano a cada una, como solía decir cuando éramos pequeñas y tiraba de nosotras por un sendero cada vez que estábamos cansadas y nos quejábamos en voz alta. «Una mano para cada una y el

viejo rocín que tenéis por padre os llevará a casa.» Ahora tiene las manos llenas de bultos amarillentos y despellejados y de manchas. Se parece al jamelgo que vimos sacrificar una vez. Un tiro en la cabeza por su propio bien, dijo el granjero mientras mascaba una brizna de paja con los tres dientes que le quedaban. Veo que Molly vacila.

—No es contagioso, Moll. No te alarmes.

—¿Cómo ha enfermado, entonces, si no es contagioso? —pregunta Molly.

—Por estupidez, Moll.

Molly arruga la nariz. Adivinanzas y secretos, pienso, y secretos y adivinanzas. Siempre. De manera que pregunto en voz alta:

—¿Qué quiere decir?

—Venid. Sentaos.

Con cautela, le cogemos una mano cada una y nos sentamos en los lados de la cama. Junto a esta, en una mesa baja, hay un cuenco ancho y poco profundo dentro del cual hay un charco de metal líquido, derretido. Pero no es rojo viscoso y brillante como el del herrero. Tiene el blanco plateado y lustroso de la luna. Estoy hipnotizada por cómo centellea. Mi padre se da cuenta.

—No es más que un ungüento, Peg. Me dan friegas con él para hacerme sudar. Es bonito, ¿verdad?

Quiero hundir los dedos en su brillo espiral, pintarme la piel con él.

—Es precioso —digo—. Como un collar líquido.

Mi padre ríe débilmente.

—Quién pudiera usarlo en un cuadro, Capitana.

Mete los dedos en el cuenco y deja que la plata los cubra y se deslice entre ellos.

—¿Qué es?

—Se llama mercurio.

—Igual que el planeta —dice Molly.

—O el mensajero —dice mi padre.

—¿Funciona? Parece cosa de hadas.

—Pues espero que sí. Necesito cosas de hadas, como puedes ver por mi aspecto, Moll.

—Está horrible —dice Molly—. Mucho.

—Gracias.

—¿Se va a morir?

La miro y pienso que no debería haber hecho esa pregunta.

Nuestro padre ríe entre toses y se limpia los dedos en un trapo que tiene cerca.

—No si puedo evitarlo.

—Bien —dice Molly con decisión.

—Pero... —Se aclara la garganta—. Pero he estado pensando en

mis niñas, estas últimas semanas. En lo que sería de vosotras si yo faltara. Y empecé a preocuparme, y a comprender que necesitáis alguna forma... de procuraros sustento sin mí. —Su boca distorsiona las palabras al intentar pronunciar cada una sin dolor, y me inclino hacia delante para oírle mejor—. He pensado muy seriamente en ello.

—Pero si somos ricos, ¿no? —pregunta Molly.

—Ay, Moll. —Mi padre arruga la cara y por un momento pienso que va a llorar—, tenemos algo de dinero, pero no como para..., no tanto como eso. Soy un idiota. Esa es, en resumidas cuentas, la verdad. Un necio. Que se ha dedicado a jugar y a divertirse. Os pido perdón a las dos... a todas.

Está mirando detrás de mí a mi madre, que se ha quedado junto a la puerta, observándonos con sus ojos azul grisáceo.

—¿A mamá? —pregunto.

—Sí, a mamá. Es un ángel. No me la merezco.

Me vuelvo a ver cómo recibe mi madre estas palabras. Tiene los brazos cruzados delante del pecho como si quisiera contener los sentimientos que hay dentro. Mi padre me aprieta más fuerte la mano, tanto que casi me hace daño.

—No puedo resistirme a... pasármelo bien, ¿entiendes, Peggy? Esto ya lo sabes... desde hace tiempo, creo. No puedo resistirme a un rato de diversión y así estoy ahora. ¿Te das cuenta?

Suelta otra carcajada ronca y deja ver un colgajo húmedo de encía purulenta y desdentada.

Si hubo alguna vez un aviso de los peligros de la diversión, ese es mi padre. Reprimo un escalofrío. De modo que no somos ricos. A pesar de nuestros bonitos vestidos y medias de seda y casa con aspecto de tarta glaseada, con su tapicería de *chintz*, sus pájaros pintados y su puerta rotatoria para ilustres condesas. Detrás del barniz no hay gran sustancia. Y sin nuestro padre pincel en mano, la casa se desmorona. Me vuelvo a comprobar si mi madre sigue en la puerta, pero se ha esfumado, ha salido de la habitación sin que nos demos cuenta.

—He construido un mundo que no puedo mantener, hijas mías, pues mi trabajo requiere un grado de grandeza que no es fácil costear.

Pienso en el mendigo que nos siguió una vez por la calle, no tenía dientes y, a pesar de ello, roía un mendrugo. Recuerdo su hedor. La mugre. Las mujeres de los mercados con rostros picados de viruela y vendiendo pescado de un tonel.

—Hemos empezado a formaros en el oficio —dice mi padre—, pero quiero que os apliquéis, porque tal vez os haga falta. He contratado un profesor de dibujo nuevo y quiero que practiquéis cada día. ¿Me lo prometéis?

—Tal vez nos casemos con hombres ricos —dice Molly, y la miro de nuevo. Está diciendo cosas que no se expresan en voz alta. Cosas

que solo se piensan, se imaginan. Es cierto que podríamos. Pero ¿cómo vamos a dejar que nadie conozca nuestros secretos? ¿Cómo se las arreglará Molly sola, sin nadie que le apriete la mano, que la acompañe siempre y rellene las lagunas de su mente? Es imposible. ¿No se da cuenta? Claro que, por otra parte... ser una mujer adulta sin marido... Eso también parece imposible. Y, si no nos casamos y nuestro padre muere, no tendremos dinero. No tendremos nada.

—Tal vez hagas eso, Molly, o tal vez te enamores de un pastor y vivas en una cabaña y te alimentes de chuletas de cordero.

Molly hace una mueca.

—Prométeme que vas a practicar.

—Lo prometo —digo, y Molly asiente con la cabeza, aunque es evidente que sigue pensando en lo de comer chuletas de cerdo hasta la eternidad.

—Bien. Pues ahora marchaos, para que pueda dormir. Os quiero.

Besamos su frente sudorosa y lo dejamos con los ojos ya cerrados por el enorme esfuerzo de estar en nuestra compañía. Ya en el pasillo, Molly no me mira y yo tampoco a ella. Lo que ha dicho mi padre no son más que palabras. Nada real, palabras solo. Pero lo roen todo igual que la carcoma, dejando los cimientos crujiendo y gimiendo bajo nuestros pies.

Voy derecha a mi cuaderno de bocetos, sostengo con torpeza su forma blanda y, sin decir palabra, cojo el lápiz y empiezo a dibujar otra vez.

Molly se deja caer en un sillón junto a la escribanía con la cabeza apoyada en las manos. Así estamos un rato, con el tictac quedo del reloj y el plomo arañando el papel por únicos sonidos.

—¿No podemos buscar otra cosa que hacer?

Levanta la cabeza y me mira, pero no me doy por aludida.

—Peggy, ¿no podemos buscar otra cosa que hacer?

Mantengo la cabeza baja y sombreo los pequeños ladrillos de la casa uno a uno, muy concentrada. Por el rabillo del ojo veo a Molly ponerse de pie y moverse por la habitación, retorciéndose las manos y restregándoselas en la falda. Se está agitando, pienso. Tendré que tranquilizarla. Tendré que abandonar lo que estoy haciendo, una vez más, e ir a calmarla, a acariciarle el pelo. Pero ahora mismo estoy tan cansada de todo y tan enfadada, tan enfadada con ella por necesitarme tanto, que no quiero hacerlo. Lo que quiero es, tal y como he oído gritar a mi padre cuando ha bebido, que se vaya al infierno.

—No soporto esta casa —dice de pronto—. No la soporto. Toda ella es silencio, enfermedad y... sufrimiento y espera. ¡Esperar y esperar a que ocurra algo! Y últimamente tú no haces más que dibujar porque siempre estás buscando complacer a papá, ser su niñita del alma. No lo soporto ni un minuto más.

—Alguien tiene que complacer a papá —digo despacio, y la tapa que he puesto a la furia que burbujea dentro de mí empieza a golpetear y a saltar—. Alguien debe hacerlo, Molly, porque ¿qué crees que será de nosotras si no obedecemos? ¿Qué elección tenemos más allá de complacer a papá, que nos sustenta a todos con su trabajo y que está pensando en cómo sobreviviremos sin él?

—¡Pues casarnos, por supuesto! —dice con voz chillona—. ¡Casarnos!

Me pongo de pie. El agua del caldero se derrama.

—¿De verdad crees que te vas a casar, Molly? ¿De verdad crees que te vas a casar con un caballero de alcurnia y fortuna con una mansión? —Mi cuaderno de dibujo cae al suelo—. ¿Crees que vas a gobernar una gran casa, y organizar bailes y educar a cien hijos? —Voy hasta ella, la cojo por los hombros y la zarandeo hasta que le castañetean los dientes—. Si... no... puedes ni estar... medio día sola... Ni siquiera... medio día.

Cuando la suelto, se queda lacia, blanda como una muñeca de trapo. Nos ponemos de pie, yo con las manos en sus hombros, ella con cara de conmoción. Entonces da media vuelta y echa a correr. Oigo sus pisadas en los tablones del suelo y escaleras arriba, seguidas de un portazo cuando se encierra en su habitación.

Por espacio de unos instantes me siento fatal. La culpa y la náusea se apoderan de mí, me suben por el estómago. Creo que voy a gritar. Pero, en lugar de eso, cojo el lápiz y empiezo a sombrear con cuidado los ladrillos de la casita que tengo en el papel, delante de mí.

Enmienda

La *Bath Gazette* anuncia la muerte de mi padre. Luego, en la edición siguiente, publica una enmienda. La enmienda está en la parte inferior de la página, algo escondida, de modo que nadie la ve.

A las pocas horas del anuncio de muerte empiezan a llegar a la casa regalos de pésame. Las visitas dejan tarjetas de ribetes negros y envían pares de guantes también negros. Un ramo de rosas de seda negra. Un anillo con dos corazones entrelazados grabados. Mi madre al principio se muestra desconcertada, después llorosa y a continuación enfadada, rabia contra las cajas y las cartas de pésame como si tuvieran la culpa de ser enviadas. Gainsborough Gainsborough las lleva todas al piso de arriba con solemnidad y las apila sobre el escritorio en el que mi madre lleva las cuentas.

Cada vez que llaman al timbre siento ganas de reír, aunque la situación no tiene nada de divertida y sí mucho de espantosa, pues, mientras llegan las muestras de duelo, mi padre sigue al borde de la muerte. De no ser así, me digo, se reiría más fuerte que nadie.

Molly y yo pasamos el resto del día de nuestra pelea sin dirigirnos la palabra. A la mañana siguiente no baja a desayunar, se queda encerrada en su cuarto con dolor de cabeza. Mi madre duerme en el piso de arriba, el tenue rugido que hace al roncar se oye desde el pasillo. Yo mordisqueo los bordes de mi arenque ahumado y dispongo una colección de espinas en una esquina del plato. En la mesa estamos solos Gainsborough Gainsborough y yo, mirándonos por encima de la porcelana del desayuno.

—¿Dónde está Molly? —pregunta.

—Le duele la cabeza —digo.

—Así que le duele la cabeza —contesta alegre, y muerde el huevo y sonríe mientras el amarillo blando de la yema le gotea en la servilleta.

Miro por la ventana. Todo empieza a inclinarse y resbalar igual que un carruaje volcado y no consigo enderezarlo. Abajo, en la calle, veo a dos niñas con sus padres que pasan junto a los vendedores ambulantes, camino de la multitud arremolinada a las puertas de la abadía. Es domingo. Se me había olvidado, y no hay nadie para recordárnoslo. La familia parece de lo más normal, pienso. La niña pequeña se ríe con su madre, la mayor se pega al brazo del padre, lo mira como si tuviera todas las respuestas. Bajo la vista al plato y cambio de sitio las espinas de arenque con el tenedor.

—Entonces, si Molly no baja, ¿quieres que juguemos a un juego?

Miro sobresaltada a Gainsborough Gainsborough. Tiene dos manchas rojo intenso en las mejillas, pero me mira desafiante.

¿Un juego?, pienso. Por un instante aflora un dolor, la nostalgia de cosas pasadas. Construir una guarida, jugar a ser reyes, perseguir y ser perseguida hasta que me duele el pecho. Recuerdos de Ipswich.

Dejo el tenedor y apoyo las dos manos en el rosa brillante de mi vestido.

—Soy demasiado mayor para juegos —digo fría como el hielo—. Y tú también deberías serlo.

Lo veo encogerse un poco a pesar de que intenta disimular, pero me da igual.

Después del desayuno, me acerco a la puerta de Molly, atenta por si hace un ruido indebido. Solo se oye un levísimo golpeteo, sobre algo que parece madera.

—Moll —la llamo—. ¿Moll?

Nada.

Espero media hora o más, pero no contesta. La clave es tenerla siempre cerca y he cometido un terrible error. Bajo al salón y me siento a dibujar hasta que me duele, hasta que me sale un bulto en el dedo, por la parte con la que sujeto el lápiz. Paso todo el día dibujando, pensando en Molly, como si eso pudiera salvarme de algo. Luego entro en el taller de mi padre. Todo está intacto. La pintura se endurece en la paleta en pequeñas espirales relucientes. Su casaca está colgada del respaldo de la silla. Sus pinceles se han solidificado.

—¡Primo Gainsborough! —llamo imperiosa hacia el pasillo—. ¡Primo Gainsborough!

Gainsborough sale de la habitación trasera donde pasa su tiempo libre, horas y horas, jugando a un juego estúpido con cartas y guijarros. Me mira con la nariz arrugada.

—¿Qué?

—Hay que limpiar los pinceles de mi padre. Está todo abandonado y echado a perder. Ponte a limpiarlos con trementina hasta que se ablanden. Los necesitaré esta tarde para mi trabajo.

Pronuncio «trabajo» con todo el énfasis de que soy capaz, pero la palabra suena plana y vacilante. Gainsborough Gainsborough parece pensarse su contestación. Entonces, después de un breve vistazo en dirección a la cocina, se coloca de espaldas, se baja los calzones y menea el trasero pequeño, pálido y desnudo. Abro la boca para llamar a gritos a un adulto, el que sea, pero la sorpresa frena mi boca, es como si se moviera por el barro.

No consigo emitir el grito antes de que Gainsborough se suba los calzones y eche a correr a su cuarto muerto de risa. Miro a mi alrededor, frenética, desesperada por tener testigos, pero estamos,

como siempre, solos. Respiro hondo, me seco las manos sudorosas en el vestido y me apoyo un momento en la pared para recobrarme.

Dedico las dos horas siguientes a limpiar pinceles. Los dedos se me arrugan, se vuelven de un blanco traslúcido y empiezan a escocerme. Despejo y ordeno todo el taller, friego la paleta, recoloco los frascos e instrumentos, tiro tubos vacíos y a continuación pongo papel en el caballete y dibujo hasta que me entran ganas de gritar. Rompo el papel en cien pedazos y vuelvo a romperlo, pongo más en el caballete, y sigo haciendo el boceto. Al cabo de un rato, cuando los árboles tienen más aspecto de masa gris de nubes garabateadas que de árboles, elijo al azar un pincel recién limpiado, lo mojo en óleo y empiezo a pintar. Trabajo absorta, ciegamente concentrada, añadiendo capa tras capa, tratando de dar con la manera de aplicar el gris al verde para reflejar movimiento. Y ninguna de las veces me sale. Rasgo el papel y empiezo otro dibujo hasta que la habitación está alfombrada de valles, ríos y árboles abortados y espesos borrones pardos y me olvido de Molly, de mi padre destruido en su habitación recalentada y mortal, y solo pienso en por qué no me sale bien. Estoy tratando de pintar algo que no veo, y mi ceguera me enfurece.

El reloj está dando la hora del almuerzo cuando oigo un ruido, una especie de arañazo, y pisadas en el pasillo. Alguien baja las escaleras y no es el caminar fatigado de mi madre. Dejo el pincel y corro a la puerta, donde me encuentro a Molly vestida solo con el camisón y una de las pelucas grises de mi padre, saliendo por la puerta de la calle.

Echo a correr. Resbalo por el suelo encerado, intento alcanzarla, pero es demasiado tarde, ha desaparecido. Oigo un resoplido procedente del rellano. Gainsborough Gainsborough está al final de la escalera guiñándome el ojo y riendo como si no hubiera visto algo tan gracioso en su vida. Miro desesperada a mi alrededor, veo la larga capa negra de mi madre colgada, tiro de ella hasta que cae, abro la enorme puerta principal y salgo a la calle, donde la inesperada luz de sol me hace pestañear.

Miro a izquierda y a derecha y allí está, un fantasma vespertino en mitad de la calle que conduce a la abadía. Una silla de manos vira bruscamente para esquivarla y el que viaja en ella suelta un grito. Molly sigue caminando con la espalda muy recta entre montones de excrementos de caballo y perro, de desperdicios del carnicero. Veo la espalda de este cuando se aleja con los cubos vacíos por el camino. La porquería que ha tirado inunda la calle y convierte todo en una pasta color cobre sobre la que ahora camina Molly, con los pies descalzos asomando del orillo ensangrentado del camisón, mientras la pequeña peluca gris se balancea sobre su cabeza.

—¡Molly! —la llamo—. ¡Molly!

Mis delgadas chinelas resbalan en el fango mientras la alcanzo y le pongo la capa sobre los hombros.

—Para ahora mismo —digo con tan poco resuello que me duele el pecho—. Tienes que volver a casa.

Me mira con expresión dócil, obediente. Me deja hacerle dar media vuelta, quitarle la peluca y cerrarle la capa sobre el pecho, le subo la capucha de manera que no se le vea el pelo alborotado. Por todas partes, pares de ojos nos observan. Un reparador de muebles se ha instalado en una esquina y espera a su clientela sentado en una vieja silla de comedor, con las piernas huesudas estiradas y una cruzada encima de la otra. Está mascando un trozo de tabaco y nos mira como si se divirtiera. Una vendedora de naranjas no mayor que yo descansa, sentada con las piernas pegadas al cuerpo en un portal, con la bandeja de naranjas en el regazo. Escondo la peluca dentro de la capa.

—¿Estás bien, niña? —me grita—. ¿Está enferma?

—Está perfectamente, gracias —digo, y a continuación me vuelvo y tiro de Molly en dirección a la casa sin dejar de pellizcarla con fuerza todo el camino. Me cuesta trabajo respirar. La empujo por los escalones hasta la puerta principal. He vuelto a salvarla, pienso. El viejo malestar en el estómago de pronto me resulta hasta reconfortante. Me alegro de que haya vuelto, igual que vuelve un viejo amigo. Pego a Molly a mi costado y la sujeto para que no pueda volver a escapar.

Ya a salvo en su habitación y con el corazón aún desbocado, le quito la capa, que tiro sobre la cama, y la obligo a sentarse en la silla frente al tocador. Caigo en la cuenta de que no voy a poder perderla de vista. Tendremos que estar juntas en todo momento. Le saco el camisón, la visto y le cepillo el pelo, separo los mechones y los desenredo hasta devolverle un aspecto casi normal. Su antiguo ser empieza a asomar en sus ojos. Esta es Molly, pienso. Ahí está. Solo tengo que mantenerla cerca y volverá a mí. Pero cada día parece desvanecerse a mayor velocidad, se hunde y se aleja, como si estuviera debajo del agua.

De noche me despierto con una idea. Me acuerdo de la medicina de mi padre, de la espiral de líquido plateado. De lo potente que parecía. Mercurio. El mero nombre es poderoso. Tal vez. ¿Y si...? ¿Podría...?

Cojo una tacita y una cuchara de la cocina, las escondo entre los pliegues de mi camisón y cruzo sin hacer ruido la casa hasta su dormitorio. Están roncando casi al unísono, mi madre sentada y mi padre recostado con la boca abierta, con las cortinas de la cama solo corridas a medias. Cruzo de puntillas el calor asfixiante hasta el cuenco que está junto a la cama. Hundo la cuchara en la mezcla,

metal sobre centelleante metal a la luz mortecina de una vela. Luego me llevo con cuidado mi taza de magia robada al dormitorio de Molly y la zarandeo para que se despierte.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —pregunta somnolienta—. ¿Qué he hecho?

—Nada. No has hecho nada.

—¿Me he escapado otra vez?

—No. Chssst. Tengo una idea para curarte. Mira. —Le enseño la taza—. Túmbate y vamos a probar la medicina de papá.

Se incorpora, dubitativa.

—No sé...

—Quizá te ayude.

—No está hecha para mí —dice mirando el contenido de la taza.

—No, pero merece la pena probar.

—¿Tú crees? A mí me da miedo.

—Eso es porque es potente. Acuéstate.

La obligo a recostarse en la almohada y me pregunto dónde ponérselo. Molly yace rígida, con los ojos abiertos. Decido que en la cabeza. Después de todo, es lo que tiene mal. La que ordena a su cuerpo que haga cosas extrañas. Cojo la cuchara, le retiro el pelo de la cara y le unto de plata la frente, luego las sienes y las mejillas.

—Y ahora —susurro—, hay que dejarlo un rato y después te lo limpiaré con un trapo.

Esperamos. Pienso en el cerebro de Molly, en el aspecto que tendrá por dentro. En los sesos de cerdo que vi en un cubo en Ipswich. Un cerebro humano debe de ser muy distinto, porque los cerdos solo piensan en comida, mientras que los humanos están llenos de palabras e ideas. Imagino que el cerebro humano también es de color plata, una masa de conexiones hermosas y relucientes que hacen posible los pensamientos. Imagino la plata entrando en la cabeza de Molly y reparando todas las partes que se han estropeado, revistiéndolo todo de su brillo metálico. Pero en la luz mortecina ya no parece mágica, solo limo gris en la cara de Molly. Saco un trozo de muselina vieja de mi cajón, le limpio la cara y lo guardo, junto con la taza medio llena, al fondo del cajón con llave, donde nadie pueda encontrarlo.

A la mañana siguiente, Molly está muy enferma, lo que me parece bueno, pues ya se sabe que enfermamos cuando algo malo que tenemos dentro va a ser expulsado. Ha mojado las sábanas, por lo que mi madre está muy enfadada y nos mandan al comedor con órdenes de no salir de allí bajo ninguna circunstancia. Molly se sienta, pálida, en una silla, mientras yo practico el clavecín, equivocándome de tecla, empezando una y otra vez.

Se abre la puerta.

—Me ha dicho la señora Hindrell que me quede con vosotras

hasta la hora del almuerzo.

Es Gainsborough, rascándose la nariz.

—No te queremos aquí —digo.

—Me da igual.

Se sienta en una de las sillas, echa la cabeza hacia atrás y se dedica a mirar el techo.

Durante un rato no hacemos nada salvo escuchar las pisadas en el piso de arriba. Cambian las sábanas de la cama de Molly. Fuera, en la calle, la lluvia cae con fuerza. Por la ventana veo el salón de la casa de enfrente, donde un niño pequeño está tocando la trompa con la cara desfigurada de mudo esfuerzo. Llena de ruido y furia, que nada significan, pienso, algo que le he oído decir a mi padre. Entonces me fijo en que Molly ha empezado a llorar. Está sentada, inmóvil, con lagrimones que le mojan la cara. Miro a Gainsborough, que no se ha movido, y a continuación voy hasta mi hermana, me inclino y le paso un brazo por los hombros, pero ella se dobla hacia delante de forma que mi mano cae y se tapa la cara con las manos. Llora desconsolada. Gainsborough sigue con la vista fija en el techo.

Entonces Molly se levanta y empieza a dar vueltas alrededor de la mesa. Una vuelta detrás de la otra.

—Molly —digo—. Siéntate.

No me hace caso.

Miro a Gainsborough, que dibuja en la mesa con un dedo sin quitar ojo a Molly.

—Molly —repito mientras intento cogerla del brazo—, siéntate ahora mismo.

Me rechaza y sigue con sus círculos.

—¿Te gusta bailar, Molly la Loca? —pregunta de pronto Gainsborough Gainsborough antes de cogerle la mano y tirar de ella. Se pone de pie y le balancea con brusquedad los brazos hacia atrás y hacia delante.

—Basta —digo—. Molly, ven aquí.

Pero Molly ríe. Cuando voy hacia ella, Gainsborough Gainsborough la empuja, de manera que Molly gira y entonces Gainsborough Gainsborough empieza a golpear la mesa con las manos como si fuera un tambor.

—¡A bailar, Molly la Loca! ¡Vamos, baila!

Molly vuelve a reír y empieza a aplaudir y al instante siguiente está bailando una cuadrilla, dibujando círculos cada vez más amplios como guiada por una pareja inexistente, con la cara vuelta a su cara imaginaria, sonriendo, riendo, y hablando, cambiando de dirección al compás de una música que no suena.

—¡Ah!, qué buen tiempo hace, qué buen tiempo hace, qué buen tiempo hace, ¿le gusta jugar a las cartas? Me gustan las cartas.

—¡No tiene gracia! ¡Basta!

Intento sujetar a Molly, pero me esquiva y tira la figurita de una pastora al suelo. Su brazo azul y rosa se rompe y termina debajo de una silla.

—¡Va a venir alguien! ¡Alguien vendrá!

—¿Bailamos una gavota? ¿Le gusta jugar a las cartas?

Gainsborough Gainsborough imita el sonido de una banda de música, arruga la boca como si tocara una trompeta y es un juego, un estúpido juego entre tres niños y, al mismo tiempo, no lo es, y Molly baila y gira, su vestido choca con la mesa y hace volar papeles.

—¡Basta! —repito desesperada, e intento atraparla, como si jugáramos a perseguirnos, intento alejarla de él, pero no me atrevo a sacarla al pasillo, no sea que nos encontremos con un adulto. Molly se sube a una silla y se tambalea sobre el asiento tapizado. Está cantando en voz baja, algo sobre un alegre embaucador, una canción que cantó en una ocasión Ann Ford.

—Molly, bájate de ahí.

—Mary Gainsborough la Loca, Mary la Loca de atar —canta Gainsborough Gainsborough—. Cántanos, maniática Molly.

—Molly —digo con voz temblorosa—. Molly, baja ahora mismo. Va a venir mamá. Molly. Va a venir mamá.

Hace como si no me oyera y se tira del pelo hasta que le cae sobre los hombros mientras sigue cantando en voz baja subida a la silla. Gainsborough se ríe con una risa aguda, la señala con el dedo y se dobla hacia delante como si se divirtiera muchísimo.

—¡Parad! —digo—. ¡Parad!

Entonces Molly se baja con violencia el vestido y los alfileres caen del peto igual que lluvia en el suelo de madera, dejando al aire sus pechos pequeños y pálidos.

—Ostras —dice—. Ostras, dos por un chelín.

—Molly —quiero decir, pero no me salen las palabras.

Gainsborough Gainsborough se ha quedado mudo, con la boca abierta, y tiene los ojos muy redondos y fijos en Molly.

—Ostras, dos por un chelín.

Hay un silencio como aturdido mientras Molly se mece en la silla y la miramos, de pronto no somos más que dos marionetas sin voluntad, colgando abatidas de este momento vacío. En algún lugar, al final de un largo túnel, mi cerebro me dice que tengo que sujetar a Molly, que debo controlarla como sea, ahora mismo, en este instante. Pienso en el trozo de papel que llevo doblado dentro del corpiño.

Hacerle daño.

Sujetarla tan fuerte que no pueda moverse.

La voz de mi madre que se acerca me devuelve a mi cuerpo y, con un único y rápido movimiento, corro hasta Molly y le sujeto los brazos

desde atrás, la abofeteo y le pellizco fuerte la mano, obligándola a girarse y sujetándola como si fuera la mujer del manicomio de Box Street.

—Calla —le susurro furiosa con la boca pegada a su pelo—. Calla, calla, estate callada. Silencio ahora mismo.

Justo entonces Gainsborough Gainsborough corre hacia la puerta pero, antes de que ponga la mano en el pomo, esta se abre.

En el umbral, con un recogedor y un cubo colgando de la mano, hay una criada, la chica cetrina encargada de encender el fuego. Bessie, Betsy o algo así. Nos mira con la boca de par en par. Qué estampa. Gainsborough Gainsborough pegado a la pared con expresión sobresaltada; yo paralizada cuando me disponía a subirle las vestiduras a Molly y Molly tambaleándose en la silla con los hombros desnudos.

Hay un silencio horrorizado.

Entonces la chica aparta la vista y ese mínimo movimiento basta para que Gainsborough Gainsborough huya despavorido como un perro. La chica se acerca a la chimenea y se arrodilla. Yo visto a Molly tratando de no pellizcarla con los alfileres que recojo del suelo y sin dejar de hablarle al oído. Después la obligo a sentarse en una silla.

—No pasa nada —digo—. Ha sido un accidente. Se te soltó y no tienes de qué avergonzarte.

Miro de reojo a la criada para ver si puede oírme, pero tiene la cabeza dentro de la chimenea. Empieza a limpiar. El metal choca contra la piedra. *Clonc, ras. Clonc, ras.*

—La próxima vez tenemos que asegurarnos de que lo llevas bien sujeto antes de bailar. Ahora necesitamos un poco de té.

Molly me mira con los ojos desenfocados.

—Espera aquí, voy a traerte un poco.

Clonc, ras. Clonc, ras.

—Molly, voy a traerte té. ¿Me entiendes?

Le pellizco fuerte la mano y algo tiembla detrás de sus párpados.

—¿Me entiendes, Moll?

—Sí —dice con voz débil.

Le toco el frío brazo.

—Pero tienes que quedarte aquí y estar tranquila.

Me mira pálida, temblorosa.

La dejo allí y voy a pedir a la cocinera un poco de té, pero no hay nadie. Me acuerdo de que es miércoles. Ha ido al mercado. No puedo levantar sola el enorme hervidor negro. Puede volver en cualquier momento, de manera que espero, agradecida de tener una excusa para no estar pensando constantemente qué hacer, qué hacer, qué hacer.

La cocina es mi lugar preferido de toda la casa. Con sus paredes

ásperas e inclinadas, las ollas colgadas limpias y ordenadas de las barras, el fuego siempre encendido. Todo parece siempre más sencillo cuando pisas el frescor del suelo de baldosa, es como un recordatorio de que la tierra sigue bajo tus pies. Hoy los cuencos para masa están dispuestos en la ancha mesa esperando a ser usados por la tarde, hay una receta garabateada en un trozo de papel de estraza en una caligrafía que desconozco. El pan de azúcar está envuelto en un paño. Lo levanto y rasco un poco y a continuación me humedezco el dedo con la lengua, lo pego al azúcar desprendido y me lo llevo a la boca. Consuelo. Entonces, de repente, cuando quiero darme cuenta de lo que estoy haciendo, furtiva como un ladrón, he desenvuelto el pollo frío que hay cubierto con una servilleta. Me meto grandes trozos en la boca sin apenas masticar, me obligo a tragarlos, me chupo la grasa de los labios y me la seco con el dorso de la mano. Sabe delicioso, jugoso, sabroso, pegajoso y reconfortante. Por un breve espacio de tiempo, todo es placer. Luego me meto los dedos en la garganta hasta que vomito en el fregadero y lo hago desaparecer.

Cuando subo las escaleras con un vaso de agua, encuentro a mi madre inclinada sobre Molly. Cuando entro, se gira.

—Algo le ocurre a Molly.

—No, no —me apresuro a decir—. Está bien.

—Peggy, es evidente que no está bien. No me habla. Molly. Molly. No puedo hacerme cargo de esto, Peggy, después de todo lo de tu padre, después de... Me desborda.

Se le llenan los ojos de lágrimas y doy un paso adelante.

—Mamá, está perfectamente.

—Tócala..., está sudorosa. Apenas me habla. Molly. Papá me lo advirtió, me dijo que tenía la sensación de... Molly.

—Tengo que estar muy callada —dice Molly—. Muy callada, si no...

—Solo se sentía débil. He ido a buscarle un poco de agua —digo interrumpiéndola con suavidad, como acostumbro—. No es nada, mamá, en serio, no le pasa nada en absoluto. Hemos bailado demasiado, eso es todo. Estábamos practicando y de pronto se le ha ido la sangre de la cabeza. Ha tenido que sentarse y se le ha soltado el vestido. Nada más.

Junto a la chimenea, con la cabeza gacha, la chica cetrina sigue faenando.

—Peggy, deja de hablar por ella. Cualquiera diría que Molly no tiene voz. Molly. ¿Te encuentras mejor?

Habla, Molly. Habla, le suplico en silencio.

—Sí —dice Molly—. Mucho.

—A la cama —dice mi madre—. Inmediatamente.

La cojo de un brazo y mi madre hace lo mismo con el otro y

despacio la ponemos en pie.

—Pasáis demasiado tiempo solas, lo sé. Papá también lo ha dicho, pero ha sido todo tan espantoso y no daba abasto con... Jones, deja de hacer ese ruido espantoso y ve a buscar té.

La chica cetrina levanta la vista y la veo abrir la boca como para decir alguna cosa. Mira a mi madre y a continuación a mí, de nuevo a mi madre y entonces menea la cabeza y sale de la habitación.

Molly está bien abrigada con el camisón, las sábanas y un edredón cuando por fin llega el té. Se le administran las tinturas que recetó el doctor y volvemos a hablar de tomar las aguas. Por último, mi madre corre las cortinas de la cama y me echa de allí. Más tarde ese mismo día, cuando está ocupada de nuevo con mi padre, de vuelta a la cabecera de su cama igual que un resorte que recobra su forma, entro sigilosamente, descorro las cortinas y me meto en la cama con Molly.

Yacemos en la penumbra cercada y observamos nuestras siluetas fantasmales.

—¿Por qué me pasa esto? —Su voz es un susurro suave.

—No lo sé.

—Se me queda la mente en blanco y... no recuerdo.

—Lo sé.

—Me pasa algo malo.

Me mira con expresión de súplica, como si en cierto modo esperara que le dijera que no, que no le ocurre nada malo. No te ocurre nada malo en absoluto.

—Solo es a veces —digo.

—Quizá... —vacila, su voz es poco más que un susurro—. Quizá deberíamos contárselo a mamá.

Me inclino hacia delante y le aprieto la mano con fuerza en la oscuridad.

—No, Molly. No debemos contárselo a mamá. Por nada del mundo, ¿entiendes? Si se lo contamos a alguien, sea quien sea, te llevarán. Se llevan a las personas que no piensan con claridad y no recuerdan y las encierran en un lugar espantoso.

A Molly se le acelera la respiración, la gruesa tela de su camisón sube y baja deprisa.

—Tengo miedo —dice—. Tengo miedo.

Le aprieto la mano.

—Yo te cuidaré. Tenemos que ser muy, muy buenas. Por mamá.

—No se lo cuentes nunca a nadie, Peg. Nunca.

—No se lo contaré a nadie nunca y jamás permitiré que nadie lo descubra. Solo tenemos que ser discretas y andarnos con mucho cuidado. Tienes que hacer lo que yo te diga. Tienes que hacer todo lo que yo te diga. No podemos volver a discutir.

—Lo prometo. Prometo que haré todo lo que me digas.

—Bien. Igual tengo que hacerte daño alguna vez, pero eso lo sabes —digo con cautela—. Sabes que es por tu bien. No porque quiera herirte. Sino porque te quiero e intento mantenernos a salvo. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Bien. Ahora, duerme.

Cierra los ojos, obediente, y sus sollozos se hacen más espaciados, tiene la cara pegada a mi pecho y rodeo su cuello con mis brazos. Llora por espacio de unos diez minutos, hasta que la almohada está empapada, y luego se queda quieta. Yo cierro también los ojos y sigo despierta, intentando no pensar en esa red que parece encerrarnos a las dos.

MEG

Por supuesto, llueve. Es esa lluvia fina y afilada que te pincha la cara y te hace cerrar los ojos de forma instintiva para protegerte. Ya está formando una delgada y húmeda telaraña en la lana de su capa. Unos minutos más y tendrá que viajar hasta Londres mojada e incómoda. Se apresura, resbalando en el barro y esquivando el brillo negro de los charcos que se forman en los surcos hechos por las ruedas de los carruajes.

La diligencia sale a las cinco, pero para entonces la posada estará amaneciendo. De modo que ha salido una hora antes y ha esperado al gélido abrigo del tejado de una casa vecina a que la campana de la iglesia diera las menos cuarto. Por la noche no ha pegado ojo, le preocupaba dormirse y no despertar a tiempo, y ahora nota las extremidades rígidas y doloridas y le laten las sienes. Dobla la esquina y ve la diligencia delante de la posada Black Horse, y a hombres sosteniendo velas en la luz veteada del amanecer. Entorna los ojos para intentar identificarlos. Comprueba aliviada que son Tom, el hijo del herrero, y su hermano. Estos dos cuidarán de que no me pase nada. Ha traído dinero para dárselo a quien esté dispuesto a cerrar la boca hasta que se encuentre lejos de allí, a salvo, pero lo cierto es que en Harwich su padre no despierta precisamente lealtades. Aprieta el paso, pero una mano la coge del antebrazo y la obliga a darse la vuelta, con lo que casi pierde el equilibrio.

—¿Se puede saber qué demonios haces?

Hal, con el blanco de los ojos brillando en la media luz.

—Suéltame.

—¿Dónde vas? —insiste Hal, sin soltarle el brazo.

—Hal, basta.

Meg se libera y deja caer el brazo a un lado del cuerpo.

—Meg Grey, dime ahora mismo dónde vas o te juro que...

Sus ojos son suplicantes, su mirada es más desesperada que amenazante.

—No es asusto tuyo.

—Es... Tú eres asunto mío. Eres...

—No soy tu esposa aún, Hal. No soy la esposa de nadie, por idiota que me creas.

—¿Cómo que idiota? ¿Qué quieres decir?

—Nada. No tiene importancia.

Siguen allí bajo la lluvia, dos infelices.

—Estás huyendo.

—No, estoy...

Pero no sabe qué está haciendo. Quizá exactamente eso.

—Yo te acepto, Meg. Te quiero. Podemos... podemos decir que es mío. No me importa que no lo sea. No quiero que te vayas.

De manera que lo sabe. Meg se pregunta quién más estará al tanto. Mira a Hal, con la cabeza inclinada por la lluvia, ofreciéndose a criar al hijo bastardo de un alemán. Ha salido a buscarla en la noche, como el hombre de un poema. La quiere. La quiere a cualquier precio. Y es lo bastante sensata como para agradecerlo.

—Hal.

—¿De quién es, por cierto? ¿De cuál de ellos?

Hal la mira a los ojos, la pregunta parece avergonzarlo.

—No puedo... Es... No es asunto tuyo.

—Por favor, Meggy. Te lo ruego.

Día tras día viendo esta cara. Dando de comer a esta boca. Lavando esos calzones. Haciendo el mismo y aburrido camino de la posada a la iglesia y del mercado a la posada, igual que un ratón en una jaula.

—Voy a perder la diligencia.

En cuanto lo dice, se arrepiente.

—¿La diligencia? Por el amor de Dios, Meg. ¿La diligencia a Londres?

—Sí.

—Pues ahora sí que me pareces idiota. Una idiota de remate.

—No es asunto tuyo si soy o no idiota.

Pero le escuece. Sus botas, que han vivido tiempos mejores, empiezan a hundirse en el barro y a dejar entrar agua que le moja los dedos de los pies. También la duda se abre paso en su interior. Se coloca mejor el fardo al hombro. Hal cambia el peso de un pie a otro, tiene el pelo cubierto de gotas de lluvia.

—Por favor, Meg. Por favor, no te vayas. Es muy peligroso. Por favor.

De pronto siente ganas de caer de rodillas en el barro y llorar. Quiere que Hal la levante y la lleve a casa, la tape con una manta y que después no ocurra nada más, que se pare el tiempo con ella sentada así, abrigada y rescatada bajo su manta imaginaria.

Hal vuelve a cogerle el brazo, esta vez con más delicadeza.

—No tienes que huir. No hace falta. Yo me casaré contigo.

No se le ocurre nada que no sea un insulto. Que no quiere que la toque de esa manera. Que ella tampoco quiere tocarle. Que la idea de pasar cada minuto de su vida con él, en la cama, en la cocina, en la taberna mañana, tarde y noche le inspira tal tristeza y hastío que se le quitan las ganas de hacer frente a las inexorables cargas que trae consigo cada nuevo día.

—Lo sé —dice—, y te estoy agradecida. Pero no te quiero.

Ha calculado que el dolor que le producirán estas palabras lo aturdirá. Así ella tendrá tiempo de cruzar la calle embarrada hasta la diligencia, pero mientras avanza siente un dolor físico, como si se hubiera herido a sí misma por pura crueldad.

Mientras sube como puede y a resbalones la escalerilla hasta el techo del coche, donde los billetes son más baratos, se vuelve y lo ve, abatido en la luz blanquiazul. A continuación se gira y se sienta mirando a la carretera.

El viaje es brutal, pero tampoco había esperado otra cosa. Al ir en el techo, puede inclinarse a vomitar, pero la humedad y la incomodidad son excesivas, cada sacudida amenaza con arrojarla al barro. En la primera parada se da por vencida y paga para unirse a los demás en la berlina, la cual, descubre demasiado tarde, apesta a ajo y a fétido aliento matutino. Cuando ya no puede contener las náuseas, desdobla una bolsita que ha traído para eso y se tapa la boca con una mano mientras vomita una y otra vez.

—Vaya por Dios —murmura el hombre a su lado—. La madre que te parió.

Un hombre grueso cerca de la puerta mira desconsolado sus muslos de pollo con los labios brillantes de grasa.

Después de cuatro horas de arcadas continuas, recuesta la cabeza contra la pared traqueteante del coche y deja que se le cierren los ojos. Esta noche se pagará una cama en la casa de postas. De momento no tiene frío. Poco a poco, no hay otra. Se permite pensar en Frederick, y en casacas azules, y en noches sin luna del mismo modo que, cuando era niña y se despertaba de una pesadilla, acostumbraba a pensar en hadas y a consolarse imaginando sus alas delicadas, iridiscentes.

—Todo el mundo abajo.

Meg baja aturdida y tambaleándose, en la tarde oscura del día siguiente. La niebla se cierne como un velo sobre los edificios, sobre los hombres que se empujan unos a otros contra las paredes de ladrillo, sobre los mendigos, los vendedores de verduras y sobre un hombre que duerme en un cesto, tapado con una capa. Sus compañeros de viaje van saliendo y desaparecen entre el gentío como disueltos en el agua del anochecer. Por todas partes hay tabernas, gente que sale de ellas a la calle, en la que esperan coches, una larga serpiente que dobla la esquina y continúa. Londres parece bullir de vida, igual que el jardín de Harwich en verano, con su apareamiento, sus riñas y su actividad, es la misma fuerza de la naturaleza agrandada y escenificada en este teatro mugriento. Está a punto de estallar otra disputa entre dos mayorales que se culpan mutuamente de bloquear el paso. Cae algo y Meg se gira. Una cebolla. Rebota un par de veces en

el suelo y rueda debajo de un carruaje. Se coloca el fardo a la espalda y mira a ambos lados, hacia donde empieza y termina la calle. A su derecha se alza la iglesia de Cripplegate, mole guardiana de la entrada a la ciudad. A la izquierda, la calle forma una curva: más barro, más caos.

—¿Sabes dónde vas, guapa?

Se vuelve y comprueba que el cochero la está mirando. Baja del pescante de un salto y se salpica de barro sus ya embarrados calzones.

—Voy mañana. A casa de mi tía, quiero decir.

—¿Así que tu tía?

La mira suspicaz.

—Sí. Está enferma, así que he tenido que venir a toda prisa.

El cochero mira el fardo.

—¿Dónde vas a dormir esta noche?

—¿Hay algún sitio cerca de aquí donde pueda alojarme? Que no sea muy caro. Pero sí limpio. Decente.

—¿Dentro o fuera?

—¿Qué?

—¿Dentro o fuera de las puertas de la ciudad?

—¿Qué...? ¿Qué es mejor?

Se da cuenta de lo estúpida que debe parecer.

—Prueba en The Swan with Two Necks. Para esta noche te servirá. —El cochero se gira y camina por el barro hasta el patio, donde los mozos se llevan a los caballos a descansar—. Ten cuidado y no hables con nadie. —Menea la cabeza, la vuelve para mirar a Meg y añade—: Si quieres que te diga la verdad, este no es lugar para una chica sola. ¿No podía haberte acompañado un hermano o alguien?

—No —empieza a contestar Meg—. No tengo... —Pero calla cuando el cochero desaparece en el patio sin esperar a oír su respuesta.

Muy bien, se dice. Veamos. Mira a izquierda y a derecha de nuevo, a la colección variopinta de letreros de tabernas en las calles de alrededor mientras el miedo la recorre. ¿Qué está haciendo? ¿En qué estaba pensando? Podría quedarse una noche, solo una, antes de tomar la diligencia de vuelta. Aceptar las palizas que vendrán en los siguientes días y suplicar a Hal de rodillas que se case con ella. Piensa en sus ojos de perrillo herido. En los ojos desorbitados y amarillentos de su padre acercándose a ella con el puño levantado, con el codo doblado. En algún lugar dentro de ella, debajo de las capas de lana, de lino, de ballenas, de pie, de grasa y de músculo, hay una criatura muy quieta, tranquila, en su capullo. Meg respira hondo y echa a andar hacia la izquierda, por entre el gentío.

PEGGY

Quema

Mi padre empieza, poco a poco, a recuperarse. Se sienta, pálido y tembloroso, enfundado en un enorme batín indio y arropado con la gruesa manta que compró mi madre con nosotras en Ipswich. Molly revolotea a su alrededor y le alisa el pelo. Parece uno de los hojaldres de la señora Hindrell, envuelto en fina capa tras fina capa y listo para hornear. Ver la manta de Ipswich siempre me hace sentir mejor cuando no me reconozco. Es castaña y roja y bastante fea, y me recuerda a nuestra calle en Foundation Street y a cómo nuestra madre siempre estaba allí para ponerme su mano ancha en la frente, fresca y reconfortante. Creía que tenía poderes mágicos. Y quizá los tiene, pienso, puesto que ha curado a mi padre.

Al cabo de un par de días, mi padre baja y se encuentra con el montón de regalos que conmemoran su muerte. Le pregunta a mi madre qué son y se pasa casi una hora riendo, leyendo conmiseraciones y condolencias y cartas que lo califican del gran artista de nuestro tiempo, lo que le hace reír diez minutos más. Pide ver el recorte de la *Bath Gazette* y lo manda enmarcar. La muerte parece abandonar nuestra casa, dejando ruina y estragos, pero llevándose su escalofrío.

Cada noche le doy a Molly una friega con la medicina, luego la limpio con cuidado y a medida que pasan los días parece menos enferma y más adormilada. Una noche, cuando todos duermen, bajo a hurtadillas a coger el gran manojo de llaves que cuelga de un clavo de la cocina y las subo al piso de arriba, atenuando su tintineo traicionero con la tela de mi camisón. Pruebo las llaves pequeñas hasta encontrar la que abre la puerta de Molly con un chasquido. La saco del aro y la escondo en mi dormitorio, junto a la taza de mercurio y el paño. Siempre que no estoy con Molly, la encierro. Estoy pálida de no dormir, tengo sombras morado oscuro debajo de los ojos. Mi madre se fija y chasquea la lengua, hace aspavientos, nos da de comer queso y huevos y nos obliga a las dos a beber agua termal dos veces al día.

Se han reanudado nuestras lecciones, de forma que pasamos del dibujo al baile, del clavecín al francés y de estudiar la Biblia a bordar.

Me coso una aguja de bordar en el dobladillo del vestido y, un día que Molly se comporta de forma extraña antes de que llegue el profesor de francés, le cojo la mano sin que nadie me vea y se la clavo, lo suficiente para que salga una burbuja de sangre, y se tranquiliza, lo bastante para sentarse a mi lado. Esto puedo hacerlo solo una o dos veces, de tanto en tanto, porque la sangre ensucia y puede llamar la atención, pero siempre llevo encima la aguja porque me da seguridad.

Una tarde Molly y yo estamos dando clase de baile, nuestro momento preferido de la semana. El señor Fleming brinca por el salón y le tiembla todo el cuerpo, incluso el pelo. Antes nos burlábamos diciendo que la barbilla del señor Fleming siempre aterriza varios segundos después que él, pero ya no hacemos la broma porque su esposa ha muerto y nos da pena. Su hija mayor, solemne, toca para nosotras, espía a su padre por encima del clavecín con ojazos tristes. No me gusta mirarla, a pesar de que tiene nuestra edad. De manera que Molly y yo nos hacemos reír mutuamente con nuestros torpísimos saltos campesinos. Estoy pensando que todo es más bonito cuando se está bailando y preguntándome a qué se deberá, y me dispongo a decírselo a Molly, cuando oigo revuelo en el piso de abajo. La voz de mi madre protestando, mi padre maldiciendo, portazos.

—¡Dios bendito! ¡Dios bendito!

—¡Por lo que más quieras, Thomas! ¡Es demasiado pronto para ponerte a pensar en esas cosas!

Abro la puerta y veo, presa del pánico, que, por primera vez desde su enfermedad, mi padre está en la puerta de su taller. Me acuerdo de que no he tenido tiempo de ordenarlo después de practicar en él. Al menos estará orgulloso de eso, aunque he ensuciado mucho. Verá lo mucho que me he esforzado.

—¡Peggy Gainsborough! —intenta gritar, con voz aún ronca—. ¡Margaret Gainsborough! ¿Dónde demonios te has metido?

Está en el pasillo, frente a la puerta abierta de su taller, y su expresión es de absoluto enfado. Me ve asomada a la escalera.

—Baja ahora mismo.

Obedezco, pasando la mano sudorosa por la barandilla, y me reúno con él a la puerta de su taller.

—Maldita sea, Peggy, ¿qué es este desmán? ¿Se puede saber qué ha pasado aquí?

—He... Lo he ordenado.

—¿Cómo que ordenado? Esto está hecho un desastre. ¡Las pinturas secas! Mis pinceles echados a perder, limpiados con Dios sabe qué y abandonados hasta que se han podrido. ¡Y estos malditos garabatos por todas partes! ¡Qué desperdicio! ¡Qué desperdicio!

Miro el taller en penumbra detrás de mi padre. Mis dibujos, centenares de ellos, llenan cada rincón. Mi intento de lienzo está en el

centro, un sucio revoltijo de castaños y verdes turbios. Por todas partes hay pinceles resecos, trapos usados, tubos de pintura abandonados de cualquier manera. Desesperada, pienso culpar a otra persona. ¿A Molly? No. Al chico. Abro la boca, preparada para la mentira. Pero entonces me acuerdo de que los he firmado todos. Margaret Gainsborough. Margaret Gainsborough. Margaret Gainsborough. Mi nombre está repartido por toda la habitación. Y de pronto caigo en la cuenta de lo terribles que son mis dibujos, del desastre que he causado.

—Por Dios, Peggy. —Mi padre se tira del pelo, desesperado—. Ya voy tan retrasado en el trabajo que probablemente me pase el resto de mi vida en el taller, y ahora tú lo has hecho todo cien veces más difícil. ¿En qué estabas pensando?

—Se me ocurrió... practicar.

—Gainsborough, llévate todos estos dibujos a la estufa y que la señora Hindrell los queme.

La humillación que siento está al rojo vivo. Doy media vuelta y paso rozando a Gainsborough, quien coge el primer montón de mis dibujos como si fueran desperdicios que hay que tirar.

—Por Dios, Peggy —me dice mi padre cuando me voy—, por culpa de tu comportamiento infantil mi aprendiz tendrá que hacerse cargo de todo. Menos mal que lo tengo para que me ayude a poner orden. ¡Mujeres! ¿Por qué estoy destinado a vivir rodeado de mujeres que interfieren sin parar en los asuntos de un hombre?

Estoy dolida, así que dejo a mi padre, que está pálido y agotado, y a mi madre, que tiene los labios apretados, herida una vez más, preocupada una vez más, y subo a mi habitación.

Me tumbo en la cama boca abajo hasta que entra Molly, silenciosa como un fantasma. Se sube a la cama, me abraza y me dice que pronto se habrá olvidado todo, que mis dibujos eran muy buenos y que papá nos dijo que practicáramos, así que, si lo piensas, en realidad es culpa suya, y que todo se arreglará.

Una vez recobrada la salud, mi padre se pone a trabajar en los muchos encargos que no ha podido terminar porque estaba enfermo.

Un día voy a verlo y hago un tímido intento de enseñarle un dibujo de unos olmos que se ven desde mi ventana, pero me dice que, después de todo, no tiene intención de morirse y que un pasatiempo no tiene nada de malo. Hay cosas que quizá es mejor que se queden en eso, dice, pues se ha fijado en que últimamente se me ve muy pálida y preocupada. Coincide con mi madre, dice, en que no es buena idea cargar a chicas con tareas así.

Tiene menos energía. Camina con una fatiga que no estaba ahí antes. Ya no habla de clases de pintura. Nos sonríe más.

Nos da dinero para que nos hagan vestidos nuevos para la

temporada de invierno.

Nos regala dos ruiseñores, cada uno con su jaula.

Desayuno. Huele a bacalao y a huevo. La chica de cara cetrina está en el rincón, cabizbaja, esperando para servir más agua caliente. Gainsborough garabatea alguna cosa a mi lado, tapando el trabajo con la mano, como si pensara que voy a robárselo.

Mi padre cruza el comedor y se cierra mejor el batín antes de coger su taza de café e ir a sentarse en la esquina más alejada a contestar sus cartas.

—¡Caramba, caramba, Gainsborough!, esto no está nada mal —dice deteniéndose en la mesa para examinar el dibujo. Lleva en la mano una carta y un abrecartas con una cabeza de tigre y su pulgar entintado frota los ojos del tigre mientras observa—. Aquí hay talento. Eso sin duda. Está muy bien. —Asiente con la cabeza. Su mirada es atenta, examinadora—. Sí, esto promete. Bien.

Le da unas palmaditas a Gainsborough en la coronilla y vuelve a asentir.

—Te ha alcanzado, Peg.

Me guiña un ojo, es un guiño despreocupado, alegre, y a continuación se va a su silla a leer su carta frotándose el mentón. Gainsborough Gainsborough se remueve en su asiento, coge el lápiz y me mira. Nuestros ojos se encuentran y le odio. Pero esta vez es un odio derrotado. Baja la vista al dibujo y vuelve a mirarme mientras esboza una media sonrisa, como si quisiera señalar alguna cosa.

Miro el papel.

Me ha dibujado a mí.

La casa está en silencio. Giro la llave de la habitación de Molly y me la escondo dentro del peto del vestido, luego bajo las escaleras, empujo la puerta del taller y me detengo en el habitual silencio en penumbra. Tengo el corazón en la garganta, acelerado e insistente. El taller no es como la cocina, mi lugar de seguridad y de calma. Esto es un mundo secreto que tira de mí. Y ahora que se me ha prohibido, más peligroso que nunca. Una vez fue el mundo en el que nos introdujo mi padre y ahora es el mundo del que quiere expulsarnos, pero, aun así, no puedo evitar venir cada dos por tres. El retrato de Molly y de mí como dos artistas está en un rincón. Mi mano, caída a un lado del cuerpo, es casi traslúcida. Lo ha visto. Mi deseo de desaparecer. Puedo ocultárselo en la vida, pero no en pintura.

En el retrato hay algo más en que no había reparado antes. El espectro de mi antiguo perfil, antes de que mi padre alterara la composición y empezara de nuevo, sigue asomando bajo la pintura, aflora a la superficie.

Meneo la cabeza para ahuyentar a todos esos yos fantasmagóricos: el real, el fingido y el imaginado, y no tener así que

decidir cuál es cuál. Voy hasta las espirales de pintura sobrante, mojo el dedo y, en mi ahora acostumbrado y secreto ritual, me pinto la cara de blanco terroso, las mejillas de bermellón y los labios de rojo Tiziano. Una pizca de negro debajo de los ojos, negro de lámpara. El color de las alas de la mariposa cuando aleteaba indefensa bajo el alfiler. Me lo extiendo por los párpados. Luego me miro en el espejo y me bajo el vestido hasta dejar los hombros al desnudo.

Oigo algo, un peldaño que cruje. No me muevo. Por la esquina de la cortina del fondo asoma una cara pálida. Es el chico.

Sé que me ha estado espiando. Espiando mis momentos íntimos. Mirándome extender la pintura carmesí en los labios. Le sostengo la mirada. Yo, más que nadie, sé lo que es ser observada. Permanecemos así, flotando en hostilidad. En la habitación reina un silencio de muerte, los ojos del chico me taladran y los míos miran fijamente a los suyos, somos como dos gatos a punto de enzarzarse. El peso de su mirada me resulta tan palpable como un roce físico. Sin saber lo que hago, con la mano desconectada del resto de mi cuerpo, me toco el escote del vestido y de manera lenta, deliberada, me saco los alfileres uno a uno y los dejo en la mesa. Mis ojos siguen fijos en los del chico. Quiero que no pueda apartar la vista de mí. Tiro de la tela rígida, renuente de mi peto y lo dejo caer al suelo. La llave de la habitación de Molly cae también en la madera con estrépito. La dejo ir, no me agacho a cogerla. Noto el aire fresco en la piel. Mis pechos están al aire, como los de Molly en su baile lunático, como los de Ann Ford con mi padre, y los ojos del chico están clavados en ellos, en mí, y no puede apartarlos. «Formas de horror, formas de placer.» Despacio, levanto las faldas de mi vestido dejando ver los zapatos, a continuación los tobillos y las rodillas hasta exponer los muslos, para que pueda vérmelos, para que fije sus ojos en el agujerito que hay en mi media y en el óvalo de piel blanca, desnuda que hay debajo. Tengo el corazón en la garganta y, por su aliento acelerado y asustado, sé que estoy consiguiendo alguna clase de victoria. Lo he asustado, he conseguido que le suden las manos y es un momento de puro poder que se alarga hasta el infinito mientras estoy allí con el pecho subiendo y bajando. Y en ese largo y único momento no reparo en que su expresión ha cambiado. No percibo la luz, un túnel de luz diurna, brillante, insoportable, que de pronto parece brillar desde algún lugar a mi espalda.

Hasta que oigo la voz de mi padre. Su timbre se quiebra igual que un instrumento roto.

—¿Peggy?

Y el mundo se viene abajo.

Estoy tendida en el suelo, con la mejilla pegada al entarimado, escuchando la discusión que se prolonga durante toda la tarde. Lo oigo todo, la voz aguda de mi madre culpando a todos menos a sí misma, y la atormentada de mi padre, culpándose solo a sí mismo. Es un caballo desbocado que no puedo detener.

—¡Thicknesse no sabe nada de mi familia! ¡De mis niñas! ¡Nada! —grita mi madre.

—Me lo había advertido, me ha...

—¡No hace más que entrometerse y entrometerse y entrometerse!

Es como si interpretaran un dúo. La soprano *in crescendo*, furiosa, y el tenor quejumbroso.

—¡Se preocupa, Margaret! Es un amigo que se interesa. Que ve cosas que no..., que no...

—¿Qué cosas?

—Pues que no están bien, las niñas..., Molly, y le preocupa que pasen demasiado tiempo solas.

—¡Me parece intolerable! ¡Un desconocido dedicándose a especular sobre nuestras hijas, sobre cómo las educo! ¡Conversaciones secretas!

—No, no, no era nada de eso. Le preocupa que Molly no..., que no esté bien.

—¿Molly? Por supuesto que está bien. ¡Está perfectamente! ¡Solo está un poco ociosa!

—Margaret...

—La ociosidad excesiva, no tener un propósito en la vida, solo produce perversión. Y es perverso, eso que me has contado es sencillamente inmoral. Es hora de que piensen en maridos, en el matrimonio, pero tú insistes en prohibirlo.

—Maldita sea, Margaret, ¡no quiero que crezcan sin hacer otra cosa que tomar el té y cazar maridos!

—¿Y qué sugieres? ¿Convertirlas en un par de sabiondas repelentes?

—Me temo que de eso no hay peligro.

Mi madre camina de un lado a otro, sus pies diminutos taconean arriba y abajo bajo su peso, se detienen y arrancan con cada nueva explosión de emociones.

—Probamos tu método, las pusimos a pintar, y no dio ningún resultado.

—No tienen el talento que yo esperaba.

—¡Así que no quieres que pinten ni tampoco que se casen! ¿Qué quieres entonces que sean?

—¡Felices! ¡Quiero que sean felices!

Las palabras son como un sorbo de una bebida caliente en una tormenta. Saboreo su calor.

—¡Sabes quién era mi padre! ¡Sabes que lo llevan en la sangre! Sabes a lo que pueden aspirar. Lo que dirá la gente si no las educamos como es debido.

—Nadie lo sabe, Margaret. Se llevó el secreto a la tumba.

—Pero aun así. Beaufort vive.

Doy vueltas y vueltas a la palabra en mi cabeza, pero jamás la había oído. ¿Quién era mi abuelo? ¿Qué es Beaufort?

—Esto no tiene nada que ver con Beaufort, Margaret —está diciendo mi padre—. Molly no está... no está bien. Algo le pasa.

—¡La ha visto un médico! ¡No le encuentran nada!

—¡No era normal! Estaba... no es...

De pronto la voz de mi madre, con su enunciación siempre cuidadosa, se rompe un poco por las costuras y deja entrar vocales londinenses en forma de ronca advertencia:

—Mucho cuidado, Thomas Gainsborough. Mucho cuidado con lo que dices de mis hijas.

Hay un largo silencio. Giro la cabeza de modo que ahora tengo la otra mejilla pegada a la madera. Veo una horquilla olvidada bajo el tocador, que brilla solitaria.

—Molly no es lo que nos preocupa ahora mismo, ¡por si lo habías olvidado! ¡Es Peggy y su comportamiento reprobable!

—Lo sé. Ya lo sé.

Mi padre empieza a sonar derrotado.

—¡Te lo advertí y te lo advertí! Necesitan a alguien que las guíe. Necesitan a alguien que las guíe inmediatamente. No tenemos un hombre al frente. Sin un hombre, las mujeres nos descarriamos. ¡Una casa sin la fortaleza de un hombre no es una casa como es debido! ¡Eres demasiado consentidor con ellas! ¡Siempre lo has sido!

—No todas las mujeres son como tu madre, Margaret. No todos los hombres son como tu padre.

—¡Mi madre no tiene nada que ver en esto! ¡Ni mi padre! ¡Tú eres el cabeza de familia y me gustaría que te comportaras como tal!

Pienso que mi padre tampoco tiene que ver con esto y hago una mueca para mí misma. Mi madre habla como la señora Hindrell.

Hay una larga pausa. A continuación, mi padre susurra:

—¿Cómo voy a hacerlo si no me dejas hablar?

Tengo que aguzar el oído para entender lo que dice mi padre.

—Habla, pues.

Un suspiro. Mi padre se pone de pie y sus pasos ligeros resuenan dos veces.

—Estoy preocupado. No sé cuál es la causa de todo esto. Estoy de acuerdo en que tenemos que hacer algo. Thicknesse cree que deberíamos sacarlas de aquí.

—¿Y a dónde las llevamos?

—A un colegio. A un lugar donde haya otras chicas, y risas y bullicio. Donde aprendan a ser menos tímidas. Menos... hurañas. Donde aprendan a comportarse, a prepararse para su presentación en sociedad.

—¡Eso es lo que dijimos de Bath! Que aquí se prepararían para entrar en sociedad.

—Pero ¡no ha funcionado!

—Entonces es que yo he fracasado. Tal vez otra persona lo haga mejor, porque ya has visto mi pésimo trabajo. ¡Me superan, Thomas! ¡Ya no sé qué hacer con ellas!

Silencio de nuevo. Me siento como si me hubiera tragado una piedra. Somos tan malas que nuestra madre se ha rendido. Está superada. Y eso que no sabe ni la mitad de lo que ocurre.

—Muy bien.

Se nos llevan lejos, pienso. A un lugar en el que estemos rodeadas de desconocidos terribles y aterradores con sus miradas curiosas. Rodeadas de mil Thicknesses y Gainsborough Gainsboroughs y Ann Fords queriendo averiguar si somos normales. Me atenaza el pánico y me cuesta pensar con claridad. Pensar qué debo hacer a continuación.

De repente, de forma inesperada, me llegan los sollozos roncos de mi madre.

—Lo siento mucho, Tom. Lo siento muchísimo —dice entre hipidos—. Es todo culpa mía. Es todo mi culpa. Contigo enfermo no daba abasto.

—Vamos, vamos, Margaret. Cálmate, ea. Ya lo hemos solucionado. No es más que una tontería infantil de la que nos reiremos algún día. Todo irá bien.

Estoy en la espesa luz de octubre que entra a raudales por la ventana de su taller e ilumina las motitas de polvo suspendidas en el aire.

—Por favor, no nos saque de aquí.

Me tiembla el labio igual que cuando era una niña con una rodilla herida. Quiero que se dé cuenta y que me acerque a él. Que me dé un caramelo de lata donde los guarda. Que me bese la coronilla.

—No os estamos castigando, Peggy.

A mi padre le cuesta trabajo mirarme. Sus ojos se posan en cualquier cosa excepto en mi cara. El riel de la cortina. El tintero, su pluma, asomando torcida. El borde curvado de la alfombra.

—Salta a la vista que no estáis creciendo como es debido. Eso que vi..., no puedo pasarlo por alto.

Traga saliva, como si quisiera tragarse el recuerdo.

—¿Y por qué sigue él aquí? ¿Por qué a él no lo mandáis a ningún sitio?

Le desafío porque me arde la cara de vergüenza. Haré lo que sea con tal de que nos permitan quedarnos con mis padres, lejos del peligro espantoso, aterrador de desconocidos con sus miradas curiosas. Lo que sea.

—¿A vuestro primo?

—Sí.

—Necesito un aprendiz. Es tan sencillo como eso, Peggy. Su madre me hizo muchos favores cuando éramos niños. Y además tiene talento. Tiene la destreza que hace falta. No he tenido hijos y ya le tengo medio enseñado. No es más que un niño.

Pasa los dedos por la parte superior del viejo globo terráqueo en su soporte, junto a la ventana, acaricia el grueso cuero con su remolino de lugares a los que nunca iremos.

—Y vosotras sois distintas —dice—. De vosotras se esperan otras cosas.

—¿Quién era nuestro abuelo?

Me mira con una suerte de impotencia.

—Era... un duque.

Un duque. Joyas, rostros empolvados y calzones de satén. La cabeza me da vueltas. Mudan cosas, piezas encajan; cosas que nunca me han contado pero siempre he sabido afloran en la superficie. La letra F. Francisco. Felice. Francis.

—¿Y nuestra abuela era duquesa?

Mi padre se muerde el labio.

—No.

—Entonces...

—¡Deja de hacer preguntas, Peggy! —Su tono es áspero—. Deja de hacer preguntas y, por una vez en tu vida, obedece.

Es una adivinanza. Un duque sin duquesa y hay algo deshonroso en ello, de lo contrario, mi padre no me mandaría callar. Pues claro, pienso. Estamos mancilladas de alguna manera. Siempre lo he sabido.

Mi padre pone una mano sobre la mía y al instante la retira, como si temiera quemarse.

—Mis dos preciosas niñitas han cambiado —dice—. Y no me gusta. No me gusta cómo están las cosas, hay que hacer algo. Este sitio es demasiado tranquilo para vosotras. Demasiado sombrío. Y, como sabes, hay motivos para que os comportéis como es debido. Más que las otras chicas.

—Por favor. —No se me ocurre otra forma de hacerme oír—. Por

favor, no nos obligue a marcharnos.

Por fin se vuelve y me mira y sé que es inútil.

—Os vendrá bien.

Y aparta de nuevo la vista, como si no soportara el contacto conmigo más allá de unos pocos segundos. Como si yo ya no fuera digna de que me mire.

Los baúles forman una pila alta, mucho más alta que cuando vinimos de Ipswich todos esos años atrás, puesto que ahora somos señoritas de trece y catorce años y tenemos más cosas. Enaguas, sombreros y cofres con «Recuerdo de la hermosa ciudad de Bath» pintado, cinco pares de zapatos cada una y un cepillo de pelo en el que nuestra madre ha mandado grabar un mensaje de lo más sentimental sobre corazones afectuosos y ausencias. Bastidores para bordar y libros de oraciones nuevos con lomos rígidos y nuestros nombres en la cubierta, regalo de Thicknesse, que viene a despedirnos y mira alejarse nuestro carruaje con sus ojillos penetrantes.

Molly llora, lágrimas estúpidas e inútiles, con la cara pegada a la cortinilla del coche. Yo junto mucho las piernas bajo las faldas e intento no pensar en la sangre que de pronto ha empezado a manar entre ellas ni en los jirones de sábana que he embutido en mi ropa interior para contener el flujo. Tampoco en lo aterrada que estoy, ni en si se terminará manchando la seda amarilla de mi vestido. Noto punzadas en el vientre, delgadas y dolorosas. Nos estamos desmoronando las dos, nuestros cuerpos nos traicionan y debemos encontrar la manera de sostenernos juntas y solas en un mundo sin un hogar en el que refugiarnos.

Miro atrás, a la casa con forma de tarta glaseada, a mi madre en los escalones de entrada con los brazos cruzados, a Thicknesse agitando el pañuelo. Hemos sido destronadas. Ese chico nos ha destronado, solo por ser varón, y ahora está, con las manos de mi padre en sus hombros, diciéndonos adiós con la mano mientras nos alejamos traqueteando por la carretera.

Segunda parte

PEGGY

Seis años después

Pentimento

—¿Lo ves ridículo?

Molly se mira en el enorme espejo de marco dorado y mueve la cabeza de izquierda a derecha. Las plumas suspendidas sobre su frente tiemblan ligeramente, deseando, supongo, estar a salvo en la avestruz de la que proceden. A nuestra espalda, una madre y sus cuatro hijas levantan un momento la vista al oír la pregunta de Molly.

—Un poco ridículo sí es —digo.

Me mira, afligida.

—Es la moda. —Se quita los alfileres que sujetan el sombrero—. Por eso quería probármelo.

—Yo lo veo muy *à la mode.*

Es la chica más joven, que rebusca con cuidado dentro de un cajón de cintas. No puede tener más de trece años, y pronuncia las palabras francesas con timidez. Mira a Molly, su estatura, la cola de seda de su vestido, su exquisito peinado con una expresión que reconozco de mi propia infancia y que es parte admiración, parte envidia. Ahora las Ann Ford somos nosotras, pienso.

—Me temo que mi hermana no lo aprueba —dice Molly mientras deja el sombrero en los brazos de un criado que espera, solícito—. Y tal vez usted no lo sepa, pero yo a mi hermana tengo que obedecerla siempre, siempre.

—¿Y qué pasa si no lo hace? —pregunta la chica.

—Huy, cosas atroces. —Molly se sube la capucha de la capa y, antes de girarse hacia la puerta, susurra—: Es muy violenta.

—¡Molly!

La chica vacila con una tira de cinta carmesí en la mano. No sabe si mi hermana está de broma. Le sonrío, una sonrisa tranquilizadora y natural, y meneo un poco la cabeza antes de salir detrás de Molly a la mañana de septiembre.

—¿Se puede saber por qué has dicho eso, Molly? La has asustado.

—Era una broma, estaba claro.

No hay espacio suficiente para que caminemos juntas y los vestidos de moda ahora son tan amplios que tengo que hacer acrobacias para no caerme en el barro. Me siento como una de esas caricaturas que dibujan los hombres para reírse de nosotras.

—¿Quién crees que habrá llegado? —pregunta Molly por encima del clamor de las campanas, y se ajusta mejor la capucha de piel mientras dejamos atrás los cafés de West Gate Street. Caminamos con la respiración agitada, en dirección contraria a las sillas de manos que vuelven de la Sala del surtidor, que salen de The Bear como polluelos del cascarón e intentan orientarse en el jaleo de la ciudad. Hace ya tres semanas que estamos de vuelta en Bath, tres semanas de comprar, de probarnos cosas, de preparar cosas y ahora está a punto de empezar. Nuestra primera temporada en Bath. Me siento como un carrusel que empieza a ir más deprisa.

—Quizá el duque de Lancaster y su esposa. He oído que planean quedarse todo el invierno.

—Qué ganas —dice Molly—. Qué ganas de que empiece todo.

Veo que tiene dos manchas de color en la mejilla. La cojo del brazo con firmeza y doblamos a la izquierda por el Circus.

Nuestra casa, en el número 17, la han acabado hace tan poco que aún huelo la pintura en los pasamanos. Es alquilada, por supuesto, ya que aún no tenemos dinero suficiente con que mantener nuestro estilo de vida. Por mucho que prospere mi padre, sigue siendo un artesano, y mi madre sigue llevándole las cuentas. Sin embargo vivimos en la calle más selecta de Bath, así que nos empolvamos, rizamos y cultivamos para no desentonar.

No llego a comprender cómo pueden construirse casas en forma de círculo perfecto, qué medidas hay que aplicar a la piedra empleada, que tiene forma cuadrada, hasta convertirla en algo enteramente redondo, sin que se note dentro de ellas. El Circus está tan bien pavimentado, tan nivelado y limpio, que los carruajes pueden transitar por él con facilidad. El resto de la ciudad queda abajo, batallando con el barro y los charcos. Nuestra nueva casa está llena de ventanas altas y bajas, de espejos brillantes que reflejan las estancias amplias, espaciosas. No es como la casa-tarta con su aire viciado, con la abadía cerniéndose igual que un monstruo sobre nosotros. En el Circus, si miro por la ventana, solo veo riqueza y amplitud. Un caballero que recorre su círculo perfecto con su bastón de empuñadura de oro. Una niña vestida de satén sentada en la pared bajo la verja, haciendo muecas de indignación y soltando aullidos entrecortados mientras una doncella intenta limpiarla con una servilleta. Una dama trotando en compañía de su perro.

Es inmaculado. Pero no logro ahuyentar la antigua sensación que tenía siendo niña de que, en Bath, el mundo está torcido. De que alguien ha tomado la línea del horizonte, que debería ser plana, y dibujado con ella toda clase de formas con la ciudad en el centro, en su propio plano inclinado, de manera que todo, incluso un círculo perfecto, da la sensación de no estar derecho. Es una ilusión, me digo, pero no estoy segura de a qué es debida: si a que la ciudad no está del todo recta o a que el círculo es imperfecto.

Nuestro padre es ahora el pintor más solicitado de Bath. Los visitantes vienen en masa cada día a ver sus pinturas, pasean por la casa como si fuera una tienda de porcelana, una sombrerería o un castillo en ruinas que deben visitar para poder tacharla de su lista de lugares de interés. Me he fijado en que tienen esas caras alegres y pintadas de los ociosos, porque todo lo que se hace con espíritu de vacaciones ha de hacerse sonriendo, incluso aunque no sea muy placentero. Cuando las damas miran sus reflejos en el gran espejo del vestíbulo, ríen como cascabeles y se vuelven hacia sus acompañantes para mirar cómo las miran. Dentro de nuestra casa siempre hay personas mirando cómo las miran. «Las personas y sus malditas caras», dice mi padre malhumorado cuando sale del salón de música camino de la oscuridad de su taller con el tónico en la mano que le ha preparado mi madre para su dolor de cabeza. Durante el día se muestra retraído, una figura misteriosa, el gran artista. Lo hace conscientemente para despertar la curiosidad de los visitantes y también para evitar que lo abrumen a él y su dolor de cabeza (siempre le duele por las mañanas) con la interminable cháchara de la sala de muestras.

Estamos sentados los cuatro sorbiendo el té matutino en la salita del piso de arriba mientras el sol otoñal entra a raudales. Ansío estos momentos de paz. Desde que volvimos del colegio me encuentro siempre muy fatigada y no sé por qué, puesto que la vida es solo placer.

Tristram jadea echado en la alfombra, es un montículo de rizos blancos a los pies de mi madre, no se separa de ella. Cuando mamá sale de casa, se sienta a aullar en la puerta, con la lengua colgando igual que una loncha de carne, a veces durante horas, hasta que sale mi padre del taller con la cara roja, lo llama sabueso inmundo y amenaza con mandarlo a Bristol de una patada. Entonces Molly, que siente debilidad por los animales, va a la cocina en busca de sobras y alimenta a Tristram hasta que este se rinde y se tumba en el suelo del vestíbulo con la mandíbula apoyada en las pezuñas.

Lo veo ahora, pegado a las faldas de mi madre, en cuya seda ha dejado una pequeña mancha peluda. Mi madre se viste con sus mejores ropas hasta para desayunar. Incluso su cofia de diario es de

encaje seda rosa fruncida. Los criados resoplan cada vez que llega un enorme sombrero adornado nuevo y creen que nadie los oye. «Pues no se da aires ni nada.» «Otro paquete para lady Estiércol.» A veces cosas peores. Papá mismo dice: «Por el amor de Dios, Margaret, no hace falta que seas tan puntillosa en el vestir cuando nadie te va a ver». Pero, según mi madre, su sangre y su manera de vestir van de la mano; el interior y el exterior deben armonizar. Y puesto que es así, según mi madre, así debe ser también en nuestras vidas. Nuestra casa es una casa de telas y plumas tanto como de pintura y pinceles. Ahora que Molly y yo somos mayores, disponemos de una doncella para las dos cuyo único trabajo es tenernos impolutas. Para poder pintar la belleza, dice mi madre, mi padre debe disponer de belleza que pintar. Me encanta ir a las tiendas perfumadas a elegir encaje y sedas de damasco de los tonos más pálidos y ricos: amarillos, azules y verdes. Siempre me han encantado los colores. Es como si cada uno de ellos cambiara tu estado de ánimo. Pero, en ocasiones, mientras me están peinando o rizando, mientras me trenzan el pelo y lo entreveran de flores, o cuando me clavan alfileres, me ajustan y embuten en un corpiño nuevo, veo toda esa belleza en el espejo y se apodera de mí una tristeza que no sé explicar.

Cojo la tetera, tan delicada, tallada tan fina como el azúcar sobre cuyo comercio se asienta la ciudad, y me sirvo una taza.

—Sírveme a mí otra, Capitana —dice mi padre—, y vuelvo a la faena.

Molly se ha puesto a leer en voz alta el anuncio de un desayuno musical en el periódico y, por debajo de sus palabras, como en un dueto, atraviesa el suelo de madera la voz del lacayo recitando su texto, como cada mañana. Casi me lo sé de memoria.

—A la derecha del todo, el duque de Northumberland, retrato de tres cuartos. Justo encima, sir Robert Fletcher, de uniforme. A la derecha de este, la señora Hudson de Bessingby. En la pared del fondo, lady Sussex y su hija pequeña. A su derecha, lord Radnor...

Entonces la voz de Molly se superpone: «Un concierto de invierno abrirá la temporada en los recién inaugurados Salones de reunión en Bennett Street, con bailes que incluirán el cotillón y la cuadrilla. El señor Wade visitará con las entradas. ¿Ha venido ya, mamá? Me parece que sí. ¿Quizá no estábamos en casa?».

Le miro la cara, el rubor que ha aflorado en las mejillas. ¿Hay nerviosismo en sus ojos? Ahuyento el pensamiento. No. Lo que ocurre es que, ahora que hemos vuelto a casa, me da miedo que vuelva a estar como antes. Pero nada es igual. Nada.

—Y después habrá baile —dice—, seguido de un desayuno musical en Bagatelle House, con otro baile a la mañana siguiente, seguido de ensayo de cotillón para las damas en la Sala del surtidor, y

por último, fuegos artificiales el sábado por la noche, en Waterloo Gardens. Para los fuegos artificiales me pondré la *polonaise*, si Williams me la prepara, y le voy a decir que me rice el pelo y...

Me resulta imposible seguirle el ritmo. Imagino a los criados que llevan la silla de manos corriendo en círculos cada vez más amplios, más y más deprisa, sudando en sus libreas azules; a Williams subiendo y bajando las escaleras con los brazos llenos de objetos desconcertantes con nombres franceses. Molly parlotea sin fin y yo añoro la calma del colegio, su silencio.

A nuestra llegada al frontispicio gris oscuro del Colegio para Señoritas de la señorita Edgar, estábamos medio paralizadas de miedo. Yo tenía a Molly cogida tan fuerte del brazo que les costó soltarnos. Éramos un triste espectáculo, dos cositas delgadas y pálidas, diría más tarde la señorita Edgar, para la edad que teníamos, muy juntas en la parte trasera del coche, como si fuéramos camino del patíbulo. Nos dio de cenar pan y puré de guisantes, bien que lo recuerdo, y decidió que nos iba a cebar; eso ya más bien no.

De la primera noche solo recuerdo el terror y el dolor de estómago que me aguijoneaban igual que un feo pensamiento. Cuando apagaron las velas, me metí en la cama de Molly y enterré la cara en su pelo hasta no distinguir sus rizos castaños de los míos. Como a mí me gusta. Cuando nos despertamos, en un día desconocido, la ayudé a vestirse, la cogí del brazo y me aseguré de permanecer cerca de ella en todo momento sujetándola bien fuerte, lista para hablar en su nombre, para rellenar las lagunas. Pero cuando nos sentamos a estudiar después del desayuno, la señorita Edgar se llevó a Molly y le asignó un pupitre en la parte delantera de la habitación. Esperé con el corazón en la boca, arrancándome trozos de uña con los dedos. Esperé y esperé. Pero Molly, obediente, sumisa, siguió sentada y en silencio.

Aquella noche y las siguientes las pasé también en su cama y abrazada a ella. Hasta que llegó una en que me dormí antes de poder hacerlo. A la mañana siguiente me desperté aterrada. Pero nada había cambiado. Molly seguía bien. A la noche siguiente tampoco fui a su cama. No caminó en sueños, ni chilló ni dijo cosas que me asustaran. Se limitó a dormir, el bulto blanco de su camisón subía y bajaba acompasadamente en la oscuridad.

Después, poco a poco, tan despacio que no recuerdo que sucediera, algo empezó a abrirse dentro de mí. Dentro de las dos. El nudo se aflojó. De manera imperceptible, mi pánico cesó, quedó enterrado bajo el discurrir uniforme de las jornadas escolares. Nos despertábamos. Dormíamos. Comíamos, estudiábamos y cosíamos. La campanilla sonaba al amanecer y de nuevo al anochecer. La señorita Edgar hacía su lenta ronda por los dormitorios, el sonido de sus pasos se acercaba y se alejaba con perfecta regularidad. Yo esperaba y

esperaba, todo el tiempo, el peligro. Pero no llegó.

Molly se convirtió en una diestra intérprete del clavicémbalo; la felicitaban por su francés. Memorizó los reyes y reinas de Inglaterra hasta ser capaz de recitarlos en cualquier momento. Mis músculos empezaron a abandonar su estado de alerta.

Empezamos, poco a poco, a reír con las demás, aunque éramos tímidas y casi siempre preferíamos nuestra mutua compañía. A nuestra manera, hicimos amistades. Empecé a hablar, de tanto en tanto, de modas, de vestidos y de sedas, de maridos, cosas que aún no tengo pero deseo, o afirmo desear. Me acostumbré a rizarme el pelo, a encargar plumas para adornarlo y a preguntarme si no parezco una duquesa, o si la nariz de Molly no tiene un toque aristocrático. Y Molly empezó también a hablar, de las mismas cosas. En voz queda, al principio. Luego con más seguridad. Hasta que volvió a sentirse otra vez mayor que yo. Hasta que lo ocurrido antes casi empezó a parecer un sueño. Molly con la peluca de mi padre en la calle, blanca como un fantasma. La burbuja de sangre en su mano causada por mi alfiler. Los ojos del chico en su piel desnuda. La expresión de mi padre. Estas imágenes me despertaban por la noche con un sobresalto, pero entonces recordaba dónde estaba. Veía los contornos en sombras de nuestros libros escolares, nuestros discretos sombreros en una silla, a nuestras amigas acostadas, colegialas corrientes y molientes, regorditas y flacas, altas y menudas, todas en hilera. No, pensaba. Eran imaginaciones infantiles. Nada más.

Y ahora estamos en la habitación pintada del Circus, ya crecidas, y bastante perfectas. Pero siento algo bullir bajo la superficie, algo que creía enterrado con nuestra infancia. Está en el parloteo nervioso de Molly. En el color que acude con demasiada rapidez a sus mejillas. Hemos usado nuestras brochas más delicadas, nuestros colores más suntuosos para reconfigurar el lienzo, para borrar las equivocaciones, para crear algo más hermoso. Y es muy efectivo. Pero una cosa sí sé de un cuadro pintado encima de otro. Puedes atenuarlo y barnizarlo y ponerlo en un marco adornado. Puedes colgarlo en la mejor habitación de la casa. Pero hay algo que mi padre llama *pentimento*. Es cuando la antigua pintura asoma. Crees que te has desembarazado de ella, pero ahí está, el fantasma de lo que estuvo antes, aflorando, abriéndose camino. Y no hay barniz, ni velo de satén aplicado con un trapo, ni frágil capa de sandáraca y trementina veneciana que pueda disimularlo.

Tristram emite unos de sus extraños y pequeños estornudos y mi madre chasquea la lengua y lo bendice como si fuera una persona. Bajo nuestros pies casi oigo las pisadas de los visitantes a través del suelo, el murmullo quedo de admiración y cómo suben sus voces de volumen una vez están de vuelta en la calle y se creen libres de hablar

sin que nadie los oiga de lo que les ha gustado y lo que no. Me alivia bastante no estar colgada de la sala de retratos, que la gente no pueda decir: huy, pues con su hija fue demasiado generoso, ¿no? Resulta que no es tan guapa como la pinta.

—¿Vais a pedir sillas para ir a la Sala del surtidor, niñas? —pregunta mi madre dejando su libro en el regazo—. Puede que os acompañe.

—Cualquiera diría que no tenéis piernas —comenta mi padre— por cómo os pasáis la vida transportadas por lacayos.

—Vamos, Thomas, no seas así. —Mi madre se ajusta la cofia, afable.

—A la señora Haverley la llevan a la iglesia los domingos en su silla —dice Molly, maliciosa— y no se baja ni para recibir la comunión, sino que la acercan por el pasillo a que la bendigan como si fuera la reina de Saba.

—Y si el sermón le resulta demasiado aburrido, cierra las cortinillas y echa una cabezada —añado.

La señora Haverley, siempre lo hemos pensado, es uno de los platos fuertes de nuestros domingos.

Mi padre nos mira con inesperada dureza.

—No os estoy educando para que seáis unas señoras Haverley.

Molly me mira con los ojos muy abiertos y ambas agachamos la cabeza. ¿Ah, no?, pienso. Si no nos está educando para ser modistas, ni artistas, ni señoritas Ford ni señoras Haverley, ¿para qué, entonces?

El perro de mi padre, Fox, cambia de postura para lamerse y Tristram gruñe un poco.

—Ya basta, chico malo —dice mi madre, perezosa, antes de acariciarle el costado.

—Tampoco hace falta que hable usted así a papá —digo—. Solo ha estado un poco gruñón.

Mi padre ríe por la nariz. Mi madre menea la cabeza. Me gustan estas mañanas. Los cuatro juntos. Me gusta la vida adulta, y tener veinte años. No nos chistan ni nos mandan callar ni nos encierran en nuestras habitaciones, sino que formamos parte del mundo y estamos perfectamente adiestradas para respetar sus reglas.

—Y el veinte de noviembre —continúa Molly—, dice aquí que se representarán una tragedia y una farsa en la misma velada.

—¿No es así siempre, Molly? —dice mi padre, y mi madre vuelve a menear la cabeza mientas él cambia las piernas de sitio para evitar a los perros y sale de la habitación no sin antes guiñarme un ojo.

Fuimos cuidadosas la una con la otra, aquel día en que Molly y yo bajamos del coche en Circus, dos colegialas recién salidas al mundo. Preparadas para nuestra nueva vida, un nuevo comienzo, allí, en el vestíbulo reluciente, junto a nuestros baúles apilados. Un pincel nuevo

para cubrir meticulosamente las viejas equivocaciones. Vi el alivio atravesar las caras de nuestros padres, la mirada de reojo que se intercambiaron, rauda como un fantasma. Hemos corrido un velo sobre todo aquello y vivimos en la realidad cotidiana de lo práctico. Yo estoy llena de alegría, de diversión, de risas y de cháchara. ¿No es verdad? Hablo de bailes y conciertos, soy muy ingeniosa, toco el pianoforte y hago todo lo que se espera de una joven refinada.

Y, sin embargo, mi padre busca excusas para no quedarse a solas conmigo. Quizá son imaginaciones mías. Quizá es mera contención. Una cierta timidez. Como si entre nosotros se hubiera perdido algo de manera irremediable. Yo ya no busco su compañía como antes, cuando perseguía su atención con mis tontas ideas. He dejado todo eso atrás. Pero si en algún momento del día nos quedamos solos, tal vez porque los demás han terminado antes de desayunar, o porque nos cruzamos en el pasillo, me guiña un ojo y a continuación siempre, pero siempre, se va.

A Gainsborough Dupont solo lo he visto en tres ocasiones desde que volvimos. Encontrarme con él era lo que más temía, el pensamiento que me despertaba con un sudor frío esas últimas e interminables semanas en el colegio. Ahora es discípulo de mi padre, un retratista aceptable de mediano éxito, a pesar de que mi padre hace todo lo posible por promoverlo. Supongo que para que algo de su talento artístico lo sobreviva, ya que ni en mis dedos ni en los de Molly está hacerlo posible.

La primera vez que lo vi, volvía de montar a caballo. Tenía la cara enrojecida de estar al aire libre. Me entró el pánico y corrí, subiendo los peldaños de dos en dos igual que una niña grande, a refugiarme en mi habitación. La vez siguiente, casi me eché en sus brazos cuando entró por la puerta. Él retrocedió bruscamente y evitó la colisión por poco. Yo me aparté, roja de vergüenza, y él me saludó con una reverencia lenta, profunda.

—Prima Margaret —dijo.

—Primo Gainsborough.

Tiene el rostro más alargado y afilado, el cuerpo desgarbado de un chico de diecisiete años. Sus ojos siguen siendo penetrantes, tanto que aún no puedo mirarlos. Enmarcados por pestañas oscuras, tal y como recordaba. La misma expresión sigilosa. Por espacio de un instante, me recorren viejos miedos.

Pero entonces empiezo a darme cuenta de que ahora todo es distinto. Antes no lo sabía, pero tengo un caparazón protector con varias capas. La indumentaria, esa es la primera; la posición social de nuestro padre es otra. Molly vuelve a ser la de antes; esa es la tercera. Haber crecido, habitar un cuerpo de mujer adulta cuando él es un mero aprendiz de pintor, es otra más. Y luego está mi belleza. La

manera en que, por fin, llevo el secreto de mi linaje con naturalidad. Las reglas han cambiado.

En cuanto a él, tendrá que jugar el mismo juego que los demás, ese que consiste en no darse por enterado de las cosas que resulta incómodo recordar.

La temporada cobra ímpetu y nos transporta con ella, nos arroja a un concierto, un baile o una exposición como si fuéramos dados en una partida de naipes. Nuestros días transcurren al ritmo de Bath y nos unimos a las idas y venidas de duques, médicos, herederas, cuáqueros, miembros del Parlamento y condesas en sus idas y venidas, desde los baños al amanecer a los desayunos en el jardín y de ahí a la Sala del surtidor, de la Sala del surtidor al café, y de este a la abadía para el servicio religioso de mediodía, después a cenar y a los entretenimientos nocturnos. Y en todas esas ocasiones Molly se aleja de mí, baila y ríe y se escabulle, tan acelerada como un reloj al que se ha dado demasiada cuerda y cada día tengo que esforzarme más para no perderla de vista.

—Qué afortunadas sois —nos había dicho una amiga del colegio un día de verano en que descansábamos sobre la hierba húmeda—. No doy crédito a lo afortunadas que sois, vais a vivir en la ciudad de la diversión. Vuestra vida será placer, placer y más placer. Yo, en cambio, tendré que vivir en la sucia Mánchester, donde solo hay baile una vez al mes.

Antes de irnos a la cama, miro a Molly quitarse las flores y las horquillas del pelo en la luz parpadeante de las velas. Está pálida, más de lo que debería, con leves sombras moradas bajo los ojos. Violeta cobalto. Nuestra caja de flores de seda está sobre la cómoda, con las letras M de Margaret y M de Mary grabadas. Mientras está abierta suena una música de campanillas, cada nota es un repiqueteo mecánico. Tengo sensación de empacho.

—¿Echas de menos el colegio? —pregunto de pronto.

Molly me mira.

—No.

—¿Esta vida no te da a veces… vértigo? ¿No te… atonta un poco?

He elegido mal la palabra.

—No —dice con firmeza tajante, y da media vuelta y cierra la caja.

Me meto en la cama, cierro los ojos y veo bailarines trazando intrincados círculos de color, como ruedas de un engranaje, girando sin fin.

MEG

Meg pasa su primera noche en Londres acostada en un colchón de paja, con la manta subida hasta las orejas para no oír los ruidos que hacen en sueños los otros huéspedes y contando mentalmente el dinero que le queda. Cuando se despierta en el silencio inquietante del amanecer, sale de la posada de techos bajos al aire de la calle. Las diligencias se preparan para volver por donde ella vino, los cocheros bostezan y orinan contra la pared, los caballos golpean los cascos en el frío empedrado. Ve la diligencia de Harwich y a su cochero recostado contra la puerta, tiene expresión somnolienta y mastica un bollo.

—¿Vuelves, entonces? —dice riendo al verla.

—No.

—¿No te puedo convencer?

—No —repite Meg, aunque los ojos se le van por un instante al coche, con la puerta abierta, esperando.

—Recuerdos a tu tía —dice el cochero mirándola a los ojos.

—Gracias —contesta Meg, y se dirige a la amplia explanada de Cripplegate mientras el sol se eleva por el sucio cielo londinense.

Camina durante toda la mañana, solo se sienta a descansar en la escalera de entrada a un edificio cerca del mercado de ganado cuando le flaquean las piernas, a continuación se levanta y sigue andando, sorteando riachuelos de orina y atajando por callejones entre rediles de ovejas y vacas que balan y mugen desamparadas. Se siente igual que ellas, vapuleada, despistada, perdida en la marea de cuerpos.

Encuentra el río y se sienta a aspirar su hedor, mira los barcos descargar ostras. Luego le da la espalda a la humedad fétida, se aleja de las mujeres que pregonan a gritos y se graznan unas a otras con bandejas cargadas de anguilas, arenques y cangrejos colgadas del cuello. Hay un caballo aprisionado bajo su carreta, que ha volcado, tiene los ojos desorbitados y cocea, hay hombres enfurecidos porque se ha estropeado el género y muchachos harapientos que saquean la carga y desaparecen con ella en el sombrío laberinto de edificios. El cochero blande una piedra con la que aplastar la cabeza contorsionada del animal. Meg está asustada, exhausta, descompuesta, pero su corazón late acelerado, es un eco que replica la energía pulsátil de la ciudad. En cada lugar por el que pasa pregunta: «¿Qué vecindario es este?» y a continuación guarda a buen recaudo los nombres en un estante de su memoria. Billingsgate, Bishopsgate, Smithfield, Leadenhall, Fleet. No deja de pensar en que la única manera que tiene de sobrevivir, de salir adelante aquí es comprendiendo la ciudad hasta

encogerla.

Al final del día se arrebuja en su capa para protegerse del frío repentino propio del cambio de estación y vuelve al Swan with Two Necks con algo parecido a un plan. Come un tazón de guiso de verduras grisáceo encorvada junto a la chimenea, intentado pasar desapercibida antes de irse a la cama con los pies cubiertos de ampollas y las botas reventadas por las costuras. A la mañana siguiente se despierta, entumecida y con náuseas por el hambre y, después de vomitar lo poco que tiene en el estómago en la alcantarilla que recorre toda la calle, va derecha a la carretera que sale de la ciudad hacia la zona de tabernas. Hace acopio de fuerzas, entra en la primera y pide trabajo.

No necesitan a nadie, tampoco en la siguiente ni en la de después. En la cuarta, un hombre sucio que la taladra con unos ojos bajo dos cejas que sobresalen en forma de triángulos la manda a una cocina que tiene su hermana a la entrada del mercado de Smithfield. La caminata del día anterior da sus frutos. Meg sabe dónde está Smithfield, conoce el camino, o casi. Cuenta los edificios que hay en el lado opuesto del largo hospital hasta que encuentra lo que busca, una puerta baja y estrecha con un cartel apoyado contra la pared y con precios garabateados a tiza.

Empuja la puerta y la golpea una bruma sofocante de carne asada y humeante. Una de las paredes es un gigantesco hogar con cerdos enteros atravesados por barras de metal que les entran por el hocico y les salen por el trasero. El humo de sus cuerpos chamuscados sube por la chimenea y también flota en la habitación, mientras que la grasa escupe y chisporrotea al caer en el fuego. Un hombre, tan grueso que el cuerpo se le escapa por las costuras de la ropa igual que una salchicha mal embutida y a punto de reventar, gira despacio la manivela para evitar que la piel del cerdo se inflame. Meg se abre paso hasta él por el laberinto de mesitas puestas con sal, pimienta y servilletas, a las que hay sentados dos o tres comensales hincando tenedores en trozos de carne de cerdo.

—Busco a Liz —dice—. Es para un trabajo.

De cerca, Meg comprueba que el hombre está bañado en sudor que parece salir de él como de una espita y nota cómo su propio labio superior burbujea de humedad y sus mejillas enrojecen por la cercanía del fuego. El hombre tiene un trapo en la mano, se seca la cara, el cuello y el arranque del pecho con él y a continuación se lo mete debajo de la camisa y hace lo mismo con las axilas.

—Al fondo —gruñe, y mientras Meg se dirige hacia una puertecita, lo ve limpiar los cerdos con el mismo trapo sucio y mojado de sudor.

En la cocina encuentra a una mujer delgada y dura con las manos

metidas en un cuenco de carne y harina.

—¿Sí?

—Necesito... Busco trabajo. Me manda tu hermano.

La mujer deja de amasar la carne y la mira, con una mano en la cadera cubierta por un delantal y retirándose el pelo estropajoso con la otra.

—Tengo experiencia. —Meg habla con toda la seguridad de la que es capaz.

—No necesito experiencia. Necesito alguien que trabaje duro fregando platos. ¿Estás casada?

—No.

La mujer entorna sus ojillos.

—¿Y eso?

—Me he escapado.

De forma inesperada, la mujer rompe a reír, un sonido áspero, súbito.

—¿Así que te has escapado?

—De mi padre, quiero decir.

—No me interesan los detalles. ¿Sabes cocinar?

—Sí. Y también limpio. He trabajado en la taberna de una posada, sirviendo cerveza y...

—Lo que necesito es alguien que friegue platos.

—Puedo hacerlo. Soy buena trabajadora.

Mantiene la cabeza alta y adelanta el mentón.

La mujer, Liz, la mira una vez más y a continuación sorbe a través de los dientes.

—Muy bien. Tres peniques al día y trabajarás hasta que se vaya el último cliente. Comerás cerdo. Ponte un delantal y empieza ya, si quieres. Hay mucha faena.

—Gracias. Gracias.

Mientras calcula a toda velocidad, Meg mira a su alrededor y ve un delantal sucio de grasa colgado de un clavo. Se quita la capa, deja su fardo en un rincón, se pone el delantal encima del corpiño y se anuda las cintas deshilachadas a la espalda y por delante. El dinero que gane le dará para comer, para una habitación compartida a dos peniques la noche, se las arreglará. Racionará el dinero de su padre y eso le dará tiempo, el necesario para sus pesquisas. Va hasta el fregadero lleno de agua estancada y rebosando de platos con restos de comida y los va sacando uno a uno mientras Liz vuelve a su cuenco de carne y empieza a aporrearlo con su pequeño puño.

Ocho horas después, Meg vuelve a casa apestando a cerdo y con tres peniques en el bolsillo. Está muerta de cansancio, tiene el cuerpo y las botas casi rotos. Se desploma en el colchón y se abandona a un olvido placentero. Ha encontrado un sustento, aunque exiguo, que la

permitirá sobrevivir un tiempo más, mientras pone su plan en marcha.

PEGGY

Vértigo

Desde la gran escalinata, cuyos peldaños por supuesto que en el Circus no crujen, sino que son tan firmes, nuevos e inmaculados como el resto de la casa, oigo música. Siento que tira de mí.

Esto no tiene nada de extraño, puesto que la música forma parte de los sonidos de esta casa tanto como el gong que anuncia las comidas o el crepitar del fuego. Late debajo de todo. La casa está llena de instrumentos nuevos y viejos, puesto que cada vez que mi padre oye uno que suena bien trata de comprárselo, como si pensara que el talento reside en el instrumento y no en el intérprete.

—Por el amor de Dios, Thomas, a este paso vamos a poder formar nuestra propia orquesta, con los criados a las cuerdas y la familia en los vientos —dice mi madre exasperada cada vez que entra por la puerta otra enorme caja de madera bien envuelta en papel—. ¿Dónde se supone que vamos a poner este?

—¡Jamás he oído un sonido como el de la viola! —dirá mi padre antes de atacar la caja con su cortaplumas—. ¡Voy a tocar para ti y a ver si tú no piensas lo mismo!

Pero no es solo mi padre. Yo toco diariamente el clave, lo mismo que Molly, e incluso mi madre se sienta alguna vez al pianoforte a cantar una canción popular de su infancia, siempre que no haya público, claro. En una ocasión la oí cantar para sí una balada, la triste historia de un marinero cortejando a su amada en Harwich Town, pero en cuanto oyó mis pisadas, se interrumpió y cerró la tapa de golpe.

Pero esta música no se parece a nada que haya oído antes.

No es solo de cuerda, los compases de siempre de Abel y otros amigos de mi padre que llenan la casa a todas horas. Hay otro instrumento, uno grave y sonoro. Es de madera y fluye por las notas con suave elegancia, haciéndose agudo, después grave, antes de subir más y más. Transmite certeza, este instrumento, una suerte de seguridad, comparado con el trémulo y vacilante violín o con el lúgubre violonchelo. Es diáfano y vivo y te llevará a donde quiera llevarte. Me acerco a la puerta y espío la habitación por una rendija. El fuego agoniza y los músicos están sentados en sillas formando un

círculo, mi padre tiene los ojos cerrados.

El intérprete es el más alto de todos. Pelo gris. Ojos grises. Se sienta como si fuera demasiado grande para la silla, como si tuviera extremidades demasiado largas. Viste traje de terciopelo suave y gastado y tiene la cara fruncida por la concentración. De pronto, cuando menos me lo espero, levanta la vista y parece mirarme. Me alejo de la puerta lo más rápido que puedo con la intención de subir a ver a Molly. Pero no puedo resistirme y me demoro en el pasillo, a escuchar, con Fox en los talones. Cuando termina la pieza, caigo en la cuenta de que llevo allí diez minutos, tan quieta como los retratos que observan desde las paredes.

—¿Te ha gustado, Fox? —digo, y me agacho para acariciarle las orejitas—. ¿Te ha gustado?

Fox restriega la cabeza contra mi mano, necesitado de cariño.

—¿Qué dice? ¿Que sí?

Me incorporo tan deprisa que el corsé hace que me maree por un instante. El hombre de pelo gris está en la puerta. Debe de haberse acercado sigiloso como un ratón y, sin embargo, es casi tan alto como la puerta misma y necesita encorvarse un poco.

Me sonríe y hay algo inteligente en su sonrisa.

—De niño tuve un perro que no tenía mi música en demasiada estima. Fritz. Aullaba tan fuerte que mi padre lo echó de casa.

Su acento no es inglés. Alemán, pienso, o quizá húngaro, como el profesor de baile del colegio. Miro a este desconocido, su sonrisa le arruga la piel alrededor de los ojos igual que a mi padre. Es rojo veneciano, pienso. Intenso y terroso.

—Si me hubiera ocurrido eso siendo niña, creo que me habría negado a tocar —digo.

—Tal vez no sentía usted gran amor por la música.

—Tal vez no sentía usted gran amor por su perro.

Sonríe de nuevo, esta vez de modo distinto. Más interesado, más curioso. Es la clase de sonrisa que me hace sentir que debería dar media vuelta e irme. Pero se la devuelvo, cautelosa. Debajo de la piel se me acelera el pulso.

—Fisch, ¿qué haces merodeando en la puerta? —Aparece mi padre, despeinado y con un vaso de clarete en la mano—. Y, lo que es más importante, Peg, ¿qué haces tú merodeando por el pasillo? ¿No tendrías que estar en algún baile?

—Iba a buscar mi capa, papá, pero su música me ha hecho detenerme.

—Mi música no, la de Fischer. —Da una palmadita al oboísta en el hombro—. Entra y tócanos algo más, Fischer.

—Con mucho gusto. —El hombre habla con voz queda, amistosa.

—Es todo un compositor, ¿eh, Peggy? —dice mi padre antes de

dar un sorbo de su bebida—. Y tampoco es mala compañía.

—Ha sido hermoso —digo.

—Esta es mi Peggy —dice mi padre haciendo un gesto de aprobación con la cabeza—. Para ti señorita Margaret, Fisch.

—Por supuesto, señorita Margaret.

Hace una cuidadosa reverencia y lo observo. Observo su elegancia.

—Capitana, permíteme presentarte al gran oboísta Johann Christian Fischer. —Hago una inclinación de cabeza y mi padre se vuelve de nuevo hacia él—. Y ahora entra ahí y toca hasta que nos hayamos dormido todos, pedazo de alemán perezoso. Y tú, Peg, por el amor de Dios, date prisa o para cuando vuelvas será la hora de salir otra vez. Mis hijas, Fisch, no perdonan una oportunidad de divertirse.

Mi padre le da una palmadita distraído y va a reunirse con los otros músicos para servirse más clarete. Por un lento instante nos quedamos solos. Me mira. Yo soy consciente de mi respiración y de Fox, quieto y alerta a mis pies. Él hace una levísima inclinación de cabeza sin apartar sus ojos de los míos. Entonces oigo las pisadas de Molly en la escalera a mi espalda y al poco aparece, saluda con una reverencia al señor Fischer y me dice que hemos de darnos prisa o el guardarropa se llenará y tendremos que hacer cola. Fischer la mira un momento con sus ojos grises burlones, a continuación me mira a mí y, sin decir palabra, regresa a la sala de música.

—Es el hombre más apuesto que he visto en mi vida —dice Molly a la noche siguiente, mientras nos desvestimos.

—¿Quién? —pregunto demasiado rápido.

—El capitán Wade, por supuesto.

El escandaloso capitán Wade. Pues claro. Mi padre le está haciendo un retrato para los Salones de reunión que están a punto de inaugurarse, y en el taller hay un enorme lienzo que aguarda los últimos toques. Sus ojos brillantes, sus hermosos labios son la comidilla de las damas cuando están a remojo en la caldera. El pintor más distinguido de Bath pinta al hombre más distinguido de Bath.

—Ah, el capitán Wade. Sí. Y demasiado bien lo sabe.

Molly se vuelve hacia mí y su tontillo gira con tal ímpetu que casi tira a Williams al suelo.

—¡Es de lo más encantador! ¿No te parece, Williams?

—Es muy apuesto, señorita. Estese quieta un momento, si no le importa.

—¿Ves? —dice Molly—. Hasta Williams lo piensa.

—Yo no soy nadie para decirlo, por supuesto, señorita. —Williams se vuelve con la cabeza gacha a dejar el tontillo encima de la cama.

—Pero aun así, nos gusta oírtelo, ¿a que sí, Peg?

—Es demasiado apuesto para mi gusto —digo.

No me entusiasma la cara delicadamente esculpida del capitán Wade. Su pose, como si se exhibiera. La manera en que su pelo forma pequeños tirabuzones perfectos. Pienso en Fischer, con su terciopelo ajado a la altura de las rodillas. Las arrugas alrededor de la boca. El capitán Wade es un rojo nuevo, descarado, de esos que repelen la luz. En cambio, el rojo de Fischer es una mezcla de tonos en una paleta, una combinación de profundidad y luz en la que no se ven todas las partes al mismo tiempo, sino que es preciso reunir las piezas que componen su historia.

—¡Demasiado apuesto! —Molly se arroja sobre la cama con expresión de desagrado—. ¿Has oído alguna vez una cosa semejante, Williams?

—No, señorita —dice Williams mientras me desata los bolsillos del vestido.

La tengo tan cerca que huelo el humo de la cocina en su piel. De pronto siento deseos de sujetarla y hablarle a la cara. «¿Has oído alguna vez cosa semejante, Williams? —quiero preguntarle— ¿Piensas alguna vez en el capitán Wade? ¿Y en nosotras? ¿Nos consideras un par de señoras Haverley? ¿Qué piensas en realidad?» Pero Williams afloja el nudo y se marcha con una inclinación de cabeza, impasible, decorosa, nada que nos haga recordar que alguna vez estuvo allí o pensó alguna cosa.

Busco a Fischer entre la gente donde quiera que voy, pero nunca está. Cuando creo atisbar su nuca, o su gastado traje de terciopelo al otro extremo de una habitación, se esfuman cual truco de magia y me veo obligada a entablar conversación con un aburrido chico de ojos hambrientos o una señora curiosa que quiere ser retratada por mi padre pero no puede permitírselo. Leo los periódicos de arriba abajo en busca de anuncios de recitales de oboe. Asisto a conciertos cuando lo que me apetece es bailar solo por si acaso y me llevo una decepción cuando sale un oboísta rollizo y da un recital en solitario. Un domingo por la noche oigo música de oboe subir del piso de abajo, pero Molly ha mezclado una pomada nueva y la está probando en mi cabeza. Me enfurece tener que estar allí sentada con un cieno blanquecino bajándome por el cuello y desconcertando a Molly con mi repentino malhumor.

Lo volveré a ver, me digo. Lo presiento. Es solo cuestión de tiempo. Y efectivamente lo veo, algunos meses más tarde, y me quedo tan muda de terror que casi deseo que no hubiera ocurrido.

Molly está resfriada y mi madre la ha obligado a quedarse en casa con un emplasto en la cabeza a pesar de sus vehementes protestas, pues ya ha renunciado al capitán Wade y ahora no habla más que de un tal señor Whitchurch, un violinista con un deslumbrante surtido de

chalecos bordados que al parecer va a tocar en el baile.

—No es justo —dice Molly con la nariz taponada mientras Williams termina de peinarme—. Me encuentro perfectamente.

Está casi llorando y no lo entiendo. Desde luego no es por el señor Whitchurch. Para cuando llegáramos, ya habría encontrado a otro, algún caballero con unas pantorrillas especialmente bonitas, o un par de ojos de azules que luego no dejará de comparar con el cielo y el señor Whitchurch con sus chalecos bordados estaría olvidado antes del segundo baile. Me inquieta, esta frívola inconstancia, pero ha llegado mi silla de manos y tengo que despedirme de Molly con un beso en su cabeza rabiosa y emplastada.

Mi padre se ha ido a Londres, de manera que voy sola a los Salones de reunión Harrison's. Al cruzar la sala me falta Molly, me siento como una sombra desprendida de su cuerpo. Es entonces cuando lo veo, se ha separado de su grupo de conocidos y viene hacia mí. Se me acelera el corazón, como si estuviera asustada. Y lo estoy. Pero hay algo más rozando los contornos de mi temor. Un júbilo. Una libertad que llevo años sin experimentar, como si, después de todo, fuera a poder vivir la vida que ha sido escrita para mí.

Cuando nos encontramos, hace una profunda reverencia y clava sus ojos grises en los míos.

—Buenas noches, señorita Gainsborough.

—Buenas noches.

Le sostengo la mirada.

—¿Me recuerda?

—Por supuesto. Es usted amigo de mi padre.

—Lo soy.

Me mira como si me evaluara. Tal vez no es más que eso, pienso. Un amigo de mi padre. Que se interesa por la hija de su amigo movido solo por la amabilidad. ¿Nada más?

—Margaret, ¿verdad? O, como la llama su padre, Capitana.

—Margaret, gracias —digo envarada.

—Me extraña encontrarla sola.

—Se me hace extraño estarlo.

—A veces es bueno estar sola. Si lo llena uno todo de gente, se queda sin espacio para vivir.

—Mi hermana Molly no es «gente».

—Están unidas.

—Sí.

—Salta a la vista. Esos cuadros. Quitan la respiración.

—Sí —repito, porque no estoy segura de si el cumplido va dirigido a mi padre o a mí.

—Son ustedes muy admiradas.

—En realidad el mérito no es nuestro.

—Eso no es verdad, Margaret. La inspiración no es algo que se deba desdeñar, en mi opinión.

—Gracias. Mi padre nos quiere.

No sé por qué lo digo casi a modo de disculpa.

—Eso salta a la vista. En sus cuadros resplandecen. Ambas. Hay algo intangible, algo hermoso. Perfección gemela.

Me miro los pies enfundados en zapatos de seda azul pálido. Azul que simboliza la constancia en los afectos, la lealtad. No sé qué decirle a este hombre. Su aplomo me atrae igual que un imán.

—Tiene a los músicos en gran estima mi padre —me oigo decir.

—Él también es un buen intérprete. Pero lo mágico es componer. Quizá podría llamarse pintar con sonido.

Sonríe.

—Sí, quizá.

—Pero la música es superior al arte. El arte juega con el ojo. La música juega con las emociones.

—¿Son las emociones algo con lo que jugar?

Me mira, divertido.

—¿Qué sería de nosotros si no jugáramos, Margaret?

—Jugar es... cosa de niños.

—¿Ah, sí?

Hay un instante de silencio y busco la manera de alejar la conversación de este territorio desconocido y desconcertante. Abro la boca para formularle alguna pregunta sobre música, sobre los rumores de que ha tocado para la reina, pero habla él primero.

—¿Quiere bailar, Margaret?

Mi nombre de pila suena repentinamente desnudo, íntimo. No hay nada de amistoso, de paternal en su manera de dirigirse a mí. Echo de menos la formalidad distante de «señorita Gainsborough», echo de menos tener a Molly de escudo.

Tal vez se deba a su edad. Tal vez se deba a que es amigo de mi padre. O tal vez hay algo más. La emocionante agitación de una libertad secreta, algo que instintivamente busca aflorar, igual que un bulbo en la tierra oscura.

Bailamos, una vez, y otra, y termino mareada, con la frente caliente. Mientras el coche me lleva a casa, apoyo la cabeza en la ventanilla y solo pienso en su mirada, fresca, penetrante y en cómo su mano descansó sobre la mía al decirnos adiós, tan fugazmente, con tanta naturalidad, que es casi como si no hubiera ocurrido.

Cuando entro en la casa en penumbra, oigo el violín de mi padre, grave y melancólico, y me detengo un instante a escuchar cerca de su taller. Deja de tocar y me ve en el umbral.

—Hola —dice.

—Hola.

—¿Has venido a espiar mis chirridos?

—No son chirridos.

Me quedo donde estoy, cauta, preparada para que me eche de allí, como siempre hace desde aquella noche en la otra casa, pero lo que hace es dejar el violín con cuidado sobre el pianoforte y mirarme.

—¿Cómo estás, Peg?

—Estoy bien.

—¿Qué tal el baile?

—Muy concurrido. Casi demasiado para bailar.

—¿Era buena la música?

—Sí. No era mi intención interrumpirle.

—No pasa nada.

—Hace tiempo que no disfruto de un baile —añade mi padre—. Tengo demasiados encargos. Demasiadas sedas, satenes y perros imposibles esperando. Me sorprende no encontrármelos aguardando turno cada vez que salgo a la calle.

—Ha estado ocupadísimo.

—Cierto.

Se sienta en una banqueta baja, coge el arco y lo destensa. Me adentro un poco más en la habitación.

—¿Lo disfruta?

—Algunas partes sí. Otras menos. Si pudiera, pintaría solo paisajes. Paisajes y a vosotras, queridísimas mías. Pues me da algo más aparte de dinero, Peg. Y en ocasiones en cantidades insuficientes, como se apresuraría a decir tu madre. Proporciona satisfacción, un propósito.

Me mira y ladea la cabeza como hacía antes.

—Es algo que deseo para vosotras dos por encima de todo —dice—. A veces te observo cuando estás con Molly, Capitana, y me pregunto si no estás desasosegada. Aburrida. ¿Eres feliz, Peg?

La pregunta me deja muda.

—Me... No lo sé —digo como una tonta.

Pienso en Fischer y el corazón me brinca de nuevo dentro del pecho.

—He visto a demasiadas chicas de vuestra clase entrar a ciegas en la edad adulta, en el matrimonio. Posan para a mí con sus semblantes inexpresivos. Son incapaces de hilar una frase sin gimotear. En cambio tu madre..., sé que es quien nos sostiene a todos. Sin ella, el negocio se habría ido al traste hace mucho tiempo, por grande que sea mi talento con el pincel.

—Lo sé.

No sé qué espera de mí. Mi madre dice que no debemos aprender números ni cifras, que es indigno de nuestra clase, que ella lo hace precisamente para que nosotras no lo necesitemos. Y mi padre se lo

alaba.

—Ha sido una buena madre para vosotras.

—Lo ha sido. Por supuesto que sí.

—Ya sé que se dice que la maternidad en sí es un propósito en la vida, y puede que sea cierto, Peg, para tu hermana y para ti, algún día. Pero de momento lo que anhelo es que encuentres algo que te absorba, que haga que el tiempo vuele, que te impulse a saltar de la cama y a empezar cada nuevo día. No limitarse a dejarse llevar, a verlo pasar. Busca un propósito, Peg.

—Lo haré.

Miro una brasa caer y reducirse a cenizas en el fuego casi mortecino.

—Te estoy dando un sermón, Peggy, me doy cuenta.

—No.

—Desde que volvisteis del colegio, Molly está..., vuelve a ser ella. Parece encantada con su vida ahora mismo. Y así debe ser. Es una chica en su primera temporada en Bath. No me extraña que parlotee sin cesar. Es agradable de ver, ¿no te parece?

No estoy segura de si es una pregunta o si busca que le confirme algo que quiere creer.

—Pero contigo, Peg —prosigue sin darme tiempo a hablar—, tengo la impresión..., eres como una mariposa atrapada en una campana de cristal. Quiero verte libre.

Hay un largo silencio.

—Lo sé, me... —digo, pero no termino la frase. No estoy segura de cómo seguir.

—No era mi intención acorralarte cuando solo has venido a saludar. —Se pone en pie y se frota el cuello—. Es tarde.

—Lo es.

—Acuéstate y descansa.

No me quiero ir. Quiero quedarme y seguir hablando con él. Quiero hablarle de las cosas que hay en las grietas. Me siento igual que cuando era niña e intentaba agarrarme a los faldones de su casaca para evitar que volviera a su caballete cruzando la hierba. Pero asiento con la cabeza y él me lanza un beso volado y me guiña el ojo. Subo las escaleras, me acuesto junto a Molly y permanezco despierta, observando su pecho subir y bajar con cada respiración. Recuerdo cómo le untaba la cara del líquido mágico color plata en la cara cada noche cuando éramos pequeñas, cómo sumergía el dedo en el tazón y lo pasaba por su piel suave. Cómo ella me cogía la mano y me pedía que la curara. Lo asustada que estaba yo entonces. Cómo no esperaba encontrar libertad de ninguna clase y, sin embargo, ahora, sin mi intervención, la libertad parece llamarme. Parece pedirme que recuerde quién era yo. O quién puedo llegar a ser.

Caída

Estamos en los salones de reunión que acaban de inaugurarse. Los candelabros suman tantas velas que el techo parece arder de luz temblorosa. Son lo más hermoso que he visto nunca, cada uno es grande como un hombre y está recubierto de cristales radiantes. El aire huele a calor, a ponche y a sudor. Es tan empalagoso que me da vueltas la cabeza.

Hay gente por doquier, más de la que he visto nunca en una sola estancia, cuerpos que corretean de un lado a otro, que se empujan y saludan con reverencias, cuerpos pegados a las ventanas observando el baile. Las señoras de más edad se apretujan en los bancos mientras agitan sus abanicos como si fueran armas contra el calor. Mi madre reina en este último grupo con su cara pequeña y redonda coronando una explosión de encaje. A su lado, una prima de Suffolk que ha venido de visita lo mira todo con curiosidad. Las dejo e intento encontrar a Molly, porque fue en busca de un refrigerio y desde entonces no la he visto.

—Me merezco este vestido, por «linaje» —oigo susurrar teatralmente a mi madre a su prima—. Lo apropiado es que me vista de acuerdo al rango de mi padre, ¿no te parece?

La prima asiente con la cabeza, abrumada. Sigo caminando pendiente de mi alrededor y veo miradas que huyen de la mía. Un joven con casaca roja enrojece cuando paso a su lado. Nos están observando, valorando para el matrimonio, pienso, por mucho que mi padre se oponga a la idea.

Atisbo a Molly entre el grueso de los bailarines, forma un corro con algunas jóvenes del colegio que han venido a Bath a pasar una o dos semanas. Están excitadas, casi histéricas por la novedad y Molly está en el centro. La veo aparecer, desaparecer y aparecer de nuevo con la boca abierta en una risa que no reconozco. Presto atención y me pregunto si no está demasiado pálida, si no hay algo extraño en sus ojos. Entonces la veo detenerse un instante cerca de la mesa de juego, jadeante. El pánico empieza a apoderarse de mí, ese viejo pánico que tan familiar me resulta. Avanzo entre los cuerpos apretados, sorteando las parejas que bailan. Las amigas de Molly siguen riendo, se arreglan el pelo las unas a las otras y no han reparado en nada. ¿Por qué iban a hacerlo? Nunca la han visto así, no la conocen. Solo la conozco yo. Aprieto el paso, pero no estoy segura de poder llegar hasta ella, porque interrumpir un baile por algo que

no sea la más espantosa de las emergencias es toda una afrenta a la etiqueta de Bath.

—¡Molly! —Tengo el pulso acelerado—. ¡Molly!

—¡Cuidado! —A mi derecha, un caballero me cierra el paso al intentar esquivarme. Las copas que lleva derraman parte de su contenido, que le deja una mancha escarlata de ponche en el chaleco —. ¡Maldita sea!

Pido disculpas antes de seguir camino y suelta otra maldición. Molly levanta la cabeza.

—¡Molly! —la llamo—. No pasa nada, ¡estoy aquí!

Pero, cuando me acerco, se aleja de mí riendo.

—¡Me había quedado sin aliento! —dice—. Vete, Peggy, y deja de preocuparte. Estoy enseñando a Marianne y a Sarah todo lo que hay que ver y, si no quieres divertirte con nosotras, será mejor que te vayas.

—Molly, espera —la llamo, pero ya se ha unido al gentío y se aleja, diciéndome algunas cosas que oigo a duras penas.

—¡Voy a bailar! —dice—. ¡Voy a bailar!

Siempre está huyendo de mí, siempre, y no debería. Es peligroso. ¿No se da cuenta de lo peligroso que es? Retrocedo y casi me choco con un clérigo con un perrito en brazos, que levanta por los aires como si yo fuera un peligro. Me disculpo y vuelvo como puedo hasta un extremo de la habitación y me quedo allí, recostada en la pared pintada buscando a Molly mientras las mujeres pasan rozándome con sus vestidos balanceándose y girando y los hombres dan palmas, hacen reverencias y exclaman al compás de la música.

Veo a Fischer, junto a la ventana, conversando con mi padre. Y entonces pienso que tal vez no hay peligro. Tal vez no es malo. Bailar, y girar, y reír. Estar sin Molly a mi lado.

Estoy cruzando la sala sin saber muy bien qué haré al llegar, cuando de pronto tengo a Molly a mi lado.

—Peg, no me encuentro bien.

Su aspecto es febril.

—Peggy.

—Es el calor —digo—. Te encontrarás mejor en cuanto salgamos y tomemos el aire.

—¿Cuándo?

Busco a Fischer con la mirada y lo veo bailando en el centro de la muchedumbre. Lleva de la mano a una chica que sé que está recién llegada y la atrae hacia él, la aleja y la hace girar. Vuelvo a mirar a Molly, a las dos manchas rojo intenso que tiene en las mejillas.

—Dos bailes más.

Asiente con la cabeza y veo su pecho subir y bajar como si tratara de sosegarse.

—Dos solo y nos vamos —digo—. ¿Quieres que te traiga té?

Asiente de nuevo y me alejo de ella en dirección al refrigerio, sintiendo que la música tira de mí. Me giro y miro la figura delgada de Fischer moviéndose por la habitación. Mi padre ha abandonado el violín y ahora da brincos, baila con ese particular y entusiasta vigor que pone en todo lo que hace. Todos lo miran, su fama recorre la multitud igual que un susurro. Veo a Gainsborough Gainsborough en un rincón, enrojecido por el calor, inclinado sobre un hombre mayor de ropas distinguidas. Busca atraer encargos, como siempre, puesto que su talento por sí solo no le llevará muy lejos.

Aprieto el paso. Para conseguir una taza de té y unos dulces, necesito rodear la circunferencia entera del salón sin pisar a nadie ni importunar a los bailarines y no es fácil en una velada tan concurrida como esta. Las ventanas están empañadas.

Si consigo llegar hasta la mesa y volver antes de que termine el baile, lo encontraré, o me encontrará él a mí, antes de que tengamos que irnos. Estoy intentando pensar en qué le diré y en cómo me las arreglaré para quedarme sola con él, cuando oigo un ruido, un gemido metálico. Busco con la mirada, pero no lo localizo. Me fijo en los músicos, pero siguen tocando, ajenos a todo. La luz parece desplazarse e inclinarse. Veo caer una vela, a continuación otra y otra más, llueven igual que estrellas sobre las cabezas de la gente. Mi padre sigue bailando, izquierda, derecha, izquierda, derecha otra vez. Entonces una de las mitades de un enorme candelabro se desprende y cae a un centímetro del cráneo de mi padre, que se tambalea, mudo por la sorpresa y la violencia. Los bailarines tropiezan y chillan, las velas se parten y ruedan por el suelo. La música se detiene, como rota por los gritos. El candelabro yace en el suelo, destruido, torcido y aplastado, en el centro de la sala. Hay un largo instante de pura conmoción. A continuación, quienes están debajo de los otros candelabros, que aún brillan iridiscentes, miran al techo y se apresuran a alejarse, como si temieran que vayan a caérseles encima. Jóvenes caballeros escoltan a sus enamoradas hasta un lugar seguro. Varias personas se acercan en tropel a mi padre, el dueño del salón hace inclinaciones de cabeza y le estrecha la mano una y otra vez. Y, mientras tanto, Molly está blanca como la cera, recostada en la pared con mirada ausente.

Sé con absoluta certeza que tengo que sacarla de aquí. Me acerco y río con exagerada alegría.

—¿Has visto eso? Menudo susto.

Se vuelve hacia mí con la mirada perdida.

—Vamos, Molly. —Le cojo un brazo y la zarandeo.

—No me...

—Hay que encontrar a papá antes de que el edificio entero se

desmorone —digo, y suelto una risita cuando veo que alguien pasa a nuestro lado y nos mira con extrañeza.

Molly no se mueve.

—Vamos, Molly.

Tiro de ella entre los corrillos de los bailarines dispersados. Se deja llevar, abandona su mano caliente y lánguida a la mía.

—Señorita Gainsborough. —Fischer está a mi lado—. ¿Se encuentra usted bien?

Lo miro a él y a continuación la cara de Molly, pálida como un pergamino y con la frente cubierta de sudor.

—Es mi hermana. Necesita tomar el aire.

—Llévela fuera. Avisaré a su padre —dice, y, cuando inclina la cabeza y se va, noto su mano en la espalda, en el lugar en que empieza la falda.

Cuando salimos al frío gélido del pórtico, Molly parece haber recobrado el color.

—¿Lo viste caer?

Asiente con la cabeza y contiene la respiración.

—¿Viste cómo gritaban las señoras?

Asiente de nuevo y de pronto nos echamos a reír como dos tontas, aturdidas.

—¿Te encuentras mejor, Moll? —pregunto—. Tienes mejor aspecto. Dentro hacía muchísimo calor.

—Sí. Me..., no me...

Entonces sale mi padre con una panda de amigos, y también mi madre, medio furiosa con él sin saber todavía por qué, y todos le dicen que es el hombre más afortunado de Inglaterra y le dan palmaditas en la espalda, mientras otros hablan de los constructores y del hombre que hizo los candelabros, de cómo no se le puede encargar nada más y de la necesidad de inspeccionar su trabajo. Cuando salimos los cuatro a la calle entre risas, estamos contentos, aliviados. Ha sido el susto, me digo. Solo eso. Mientras subo a mi silla caigo en la cuenta de que Molly y yo nos hemos dejado el manguito en el tocador, pero estoy demasiado eufórica y atontada para que me importe. Mandaré ir a por ellos mañana. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos mientras los lacayos me alzan y dejo que el mundo se incline y balancee calle abajo recordando cómo la mano de Fischer se demoró levemente en mi cintura.

Llegamos a casa y la silla se detiene frente al Circus con una sacudida. Veo bajar a mi padre, a continuación a mi madre. La siguiente es Molly, pero, al acercarme, de inmediato me doy cuenta de que algo no va bien. Miro por la ventanilla oscurecida y la veo doblada hacia delante, sacudida por el movimiento de la silla sobre los adoquines. Por un momento me quedo muy quieta, como si en mi

cabeza se hubiera cerrado un postigo. Mi padre ha visto lo mismo que yo y grita a los lacayos. Cuando estos dejan la silla en el suelo, Molly ha perdido el conocimiento.

Pasa unas semanas en un delirio continuo. No se la puede devolver a la realidad con pellizcos, zarandeos ni bofetadas. Ya no son momentos aislados. Ha recaído y no es capaz de recomponerse. Mientras Williams y mi madre la sujetan con fuerza, proclama a gritos que tiene sangre real, que la esperan en Windsor. Que su sangre es azul. Ahora es cuando empiezo a comprender algo de los secretos de mi madre, o las capas que los componen. Secretos sobre quién fue realmente su padre y quiénes somos. No entiendo cómo Molly puede saberlos ni por qué. Son como todo en nuestra familia; la ilusión de alguna cosa cuya esencia es difícil de aprehender. Lo significan todo y, al mismo tiempo, no significan nada. Y están empezando a aflorar desde las profundidades, distorsionados.

Molly dedica los días a montar a caballo en su habitación, gritando igual que un chiquillo hasta que mi madre la obliga a volver a la cama siguiéndole la corriente, hablando de establos y mozos de cuadra. Se toca hasta que le atamos las manos, horrorizadas. Mi madre está casi siempre al borde del llanto y mi padre se cuida tan poco que contrae unas fiebres y la casa queda medio desatendida. Yo, en cambio, estoy aletargada.

—No lo puedo entender —dice mi madre secándose lágrimas que parecen no tener fin—. No puedo. ¿Dónde está mi Molly? ¿Dónde ha ido mi Molly?

Esta es su Molly, quiero decirle. Lo ha sido siempre, lo que ocurre es que no quería verlo.

Los médicos vienen y se van, traen tinturas y cataplasmas. Le inducen la fiebre, le hacen sangrías, le aplican ventosas calientes hasta que la oigo chillar de dolor y tengo que taparme la cabeza con almohadones. Hablan de humores, de fiebres y de trastornos de la sangre. Hablan de cólera, de palpitaciones y de tensión de las fibras. Pero ni uno solo de ellos menciona la palabra «locura». Porque mi madre no lo permite. Eso los médicos lo saben; la leen igual que leen sus minutas, o sus tratados sobre medicina moderna, primorosamente impresos. Saben que pronunciar esa palabra, aunque sea una vez, significará irse sin cobrar. Y, lo que es aún peor, significará también que ya no saben qué hacer.

Un día, cuando mi padre no está, mi madre llama a un pastor, que entra sigiloso por la puerta lateral; un ladrón a la inversa. Trae una bolsa con velas e incienso y cosas metálicas colgando de cadenas que

agita. Y Molly yace llorando lágrimas gruesas mientras el clérigo cierra los ojos y conmina al diablo a abandonarla. Pero el diablo quiere seguir donde está.

—Hay que sacarla de aquí —dice Thicknesse con aire experto, sentado con las piernas cruzadas en nuestro mejor sillón—. Es preciso enviarla a algún lugar donde la cuiden. Existen esos lugares. No tienen nada que ver con las barbaridades que se dicen por ahí. Solo utilizan la sujeción mínima.

Me aferro a los reposabrazos curvos de mi silla.

Lo que ocurre es esto: los pensamientos de Thicknesse pasan a la cabeza de mi padre, que los hace suyos.

—¿Qué lugares? —pregunta mi padre.

—Mi madre está muy quieta en un rincón, con la cabeza gacha, alicaída.

Mi padre lo va a hacer otra vez, pienso. Nos va a traicionar a todos, va a arrasar nuestras vidas llevado por las opiniones de otro hombre, y todo porque no es capaz de confiar en sí mismo. Porque es incapaz de anteponer su amor por nosotras a su trabajo, a su preocupación, a su necesidad de ganar dinero.

—Lugares discretos —dice Thicknesse.

Mi padre niega con la cabeza. Thicknesse lo mira como si no lo comprendiera en absoluto.

—Sabes tan bien como yo, Thomas, que así no podéis seguir. Si se corre la voz, será tu ruina. No puedes permitírtelo. Lo hemos construido todo sobre la base de tu reputación.

—Prefiero perderla. —Mi padre se pone de pie—. Prefiero perder por completo la maldita reputación.

—No hablas en serio. Por el amor de Dios, Tom, haz que se la lleven y zanja este asunto de una vez. Yo puedo ocuparme, y con rapidez, fácilmente. ¡Tener una loca en casa solo te causará problemas!

—Fuera.

Levanto la vista, sobresaltada. Nunca he oído a mi indulgente, amable padre hablar así. Mi madre se levanta de su silla.

—Y ahora, vete —repite mi padre—, antes de que te eche yo.

—Eres un viejo tonto y sentimental. —Thicknesse no se ha movido, es como si no diera crédito a sus oídos—. Tom, está loca. Siempre lo ha estado. Para ser un hombre que ha de ganarse el sustento, estás muy ciego.

—No lo voy a repetir.

—Eres un necio, Thomas. —Thicknesse se levanta por fin y retrocede hacia la puerta meneando la cabeza—. Haces mal en desoír mi consejo. Si no fuera por mis consejos, seguirías en Ipswich pintando setos.

Pero no le sirve de nada. Algo ha cambiado. Tal vez es la distancia que ha puesto mi madre entre Thicknesse y mi padre. Tal vez es que Molly y yo nos hemos hecho mayores y no se nos puede ya considerar simplemente revoltosas o rebeldes. Claro que tal vez se deba a que ahora los cuadros de mi padre cuelgan en palacios reales y por tanto su opinión tiene más peso. Sea lo que sea, por fin mis padres están unidos, protegiéndonos.

Mi padre se niega a acompañar a Thicknesse a la puerta, de modo que tiene que volver él solo al aire fresco de la mañana. Mi madre lo mira alejarse por la ventana y saborea su victoria final. No volvemos a verlo.

Sin embargo sus palabras permanecen, igual que la espiral de humo del incienso del pastor, se cuelan por todas partes. En ocasiones, por espacio de unos instantes, me imagino sin Molly, con Molly ausente, y entonces la libertad parece precipitarse al futuro, multiplicarse. Matrimonio, hijos, la cabeza de Johann descansando en mi pecho. Sentí el anhelo de esta clase de vida aletear dentro de mí igual que un pájaro, temblando de posibilidades, antes de que se desplomara ese candelabro. Ahora atajo esos pensamientos, los destierro al lugar al que pertenecen.

Poco a poco, el delirio de Molly remite y lo reemplaza un vacío. Ignoro si son las sanguijuelas, las ventosas o el clérigo lo que ha hecho cesar los gritos. Ahora, cuando estoy a la cabecera de su cama, es como si la mitad de mi ser se hubiera extraviado y dejado un espacio opaco, incognoscible. Siento las lagunas en su cabeza como si estuvieran en la mía. Le cojo la mano el primer día y los días sucesivos, hasta que empieza a incorporarse, a comer, trémulamente, antes de abandonarse de nuevo al sueño.

Una vez mi padre se recupera, oigo a Fischer en el piso de abajo con él, oigo los acordes del oboe que tanto había ansiado oír, pero me quedo donde estoy. No quiero que Molly se despierte y no me encuentre a su lado. Los días se confunden los unos con los otros.

Estamos cogidas de la mano en la alcoba cerrada a cal y canto, tiene la manta grande y fea sobre las piernas.

—No me... Estoy.

—¿Qué ocurre, Moll? —me acerco más.

—No me siento... yo..., en absoluto.

—Estoy aquí —susurro—. Eres tú. Y te he traído pasteles de mantequilla de Gill's. De los de crema. No son muy frescos, los compré antes de ayer, pero no estabas lo bastante bien, pero siguen estando ricos. ¿Te apetece uno? ¿Pido que nos suban platos?

—Me... —dice con la cara arrugada por el desconcierto—. Me...

Acerco mi cara a la suya.

—Yo te cuidaré. Eres tú.

—Sí —responde con un susurro y ojos asustados.

A medida que pasan los días, las semanas, recupera fuerzas. Empezamos a pasear hasta el río y de vuelta a casa. Salimos a tomar el té. Mi mundo, que se ha encogido con el suyo, empieza, poco a poco, a expandirse de nuevo. Pero en todo momento, sin excepción, sé que algo ha cambiado y que la alegría de Molly, la viveza de ingenio que resurgieron durante un tiempo en el colegio nunca regresarán por completo. Es como una planta que empieza a crecer pero se marchita, y entiendes cómo podría haber llegado a ser, pero no por qué se ha malogrado. Solo que así es y que nada que puedas hacer a estas alturas la recompondrá. Y mi vida, al menos la vida que había planeado pero que nunca llegó a parecerme real, también se marchita y se malogra con ella.

Estamos sentadas junto al canal, mirando cómo cargan las barcazas recién llegadas, algo que en realidad no se nos permite hacer, puesto que no es un lugar propio de señoritas. Los gruñidos de los barqueros, el hedor de las hoguera de carbón, los caballos que se detienen a defecar sus montones de excremento humeante. Las mujeres nos espían por las escotillas, cuchichean, ríen y desaparecen. Nos gustaba venir aquí, antes de que Molly enfermara, porque nos hacía sentir vivas, de modo que la cojo del brazo y, con cuidado, dejamos atrás las tiendas y a los petimetres, las damas y los vividores que pasean y nos sentamos juntas en la escollera.

—Me parece que estoy loca —dice de pronto Molly—. O medio loca.

—Molly, no debes decir esas cosas. No estás loca en absoluto.

—Nadie más está dispuesto a decirlas. Ni mamá ni papá. Y nunca lo mencionamos, jamás hablamos de... de eso. De cuando éramos pequeñas. Solo fingimos que nunca ocurrió. Pero no estoy bien, Peg.

—Has estado enferma, eso es todo.

—No, ha vuelto.

No digo nada y me concentro en el intricado dibujo de flores de mis zapatos.

—¿Te acuerdas de los dibujos que había en el estudio de papá? Los que eran una serie. «Locura, eres el caos del cerebro.» Y ese de un hombre agazapado detrás de una puerta esperando a saltar. Solía entrar a hurtadillas y mirarlos para asustarme yo sola, porque lo sabía. Sabía que hablaban de mí.

—Si estuvieras loca, no lo sabrías.

—Solo lo sé durante un momento, como este, cuando todo está despejado, hasta que los colores se disuelven, ¿me entiendes?

Nos quedamos calladas. Un pato dibuja un círculo en el agua, reuniendo a sus torpes patitos.

—Se te pasará otra vez, cuando estés restablecida.

—No lo quiero —dice, y rompe a llorar—. No puedo. No lo quiero.

—Yo te cuidaré —digo, y le paso un brazo por los hombros. Firme y reconfortante—. Como hacía entonces.

Se limita a asentir con la cabeza, pero, cuando la hago ponerse de pie y la acerco a mí todo lo que puedo para llevarla a casa a descansar, tiene los ojos desorbitados por el miedo.

MEG

Al principio, los domingos Meg va a la iglesia, como ha hecho siempre, por miedo a que la multen, pero un día cae en la cuenta de que, en la muchedumbre, nadie sabrá si está o no. Que puede hacer lo que se le antoje. Nadie la vigila. En esta ciudad puedes esconderte e ir de aquí para allá sin que nadie te vea. Puedes desfallecer y morir o prosperar sin que una sola persona repare en ti, a no ser que la importunes o tengas algo que quiera ella. Está aprendiendo que lo más inteligente es no entrar en ninguna de las dos categorías. De momento le conviene ser invisible. Evita las multitudes congregadas a la sombra de St. Giles, baja hasta el río y se inclina sobre la barandilla para escuchar al laberinto de mástiles entrechocar en la fría brisa de noviembre. El problema, piensa, es que si ella es indetectable en la vastedad de la ajetreada ciudad, también lo será él.

Está exhausta, siempre helada, como si tuviera los huesos de hierro, o sofocada por la humareda de los cerdos. Está magullada y dolorida, a ratos muerta de hambre y a ratos llena de náuseas. Está asustada, cruelmente sola, perdida, a punto de desfallecer. Pero hay algo en la ciudad que le corre por las venas, que la mantiene activa. Su variedad. Su rudeza. Parece vibrar y despertar algo en su interior. En ocasiones, cuando vuelve a casa del figón, da un rodeo hasta donde la torre gris chata se alza junto al río, aguza el oído y, si tiene suerte, oye a los leones rugir. Un hombre le dice un día que, si lleva un gato o un perro muertos para dárselos de comer, podrá entrar gratis. Dios sabe que no tiene tiempo de rastrear las calles en busca de cadáveres de animalillos, mucho menos tomarse una tarde libre para acariciar cachorros de león. Pero sí puede hacer un alto, recostar su dolorida espalda contra la pared de la escollera y oírlos rugir. Es como si la vida hubiera estado llamándola. Y ella no supiera cómo contestar, pero la respuesta está aquí, en alguna parte, y a pesar del agotamiento, el miedo y la soledad, se siente más cerca de ella que nunca.

Ha encontrado una habitación compartida en una casa de huéspedes, razonablemente barata y limpia, por recomendación de la chica que trabajaba detrás del mostrador del Swan with Two Necks. Dos mujeres desdentadas ocupan las otras camas y, por fortuna, casi nunca están. Oye sus pisadas en los tablones del suelo en plena noche y huele sus rancios alientos a ginebra cuando pasan junto a su colchón. Entonces se levanta y las deja durmiendo con las bocas abiertas en la penumbra del amanecer. Naves que surcan la noche,

diría su padre. Pero quizá Londres es eso. Naves que se cruzan de camino a otro lugar.

Pasa cuatro días a la semana fregando platos grasientos; solo descansa para sentarse y comer dos veces al día en la mesa envuelta en humo y para ayudar a acarrear los cerdos desde la calle. Sus manos resbalan en sus gruesas cerdas color jengibre, nota sus vientres todavía calientes. Al cabo de dos semanas, la mera visión de un cerdo vivo, muerto o asado le revuelve el estómago. No puede rechazar comida gratis, de manera que se obliga a tragar un bocado tras otro mientras mira al hombre encargado de asar con la camisa empapada de sudor. Sobrevive a los cuatro días y así dispone de tres libres para vagabundear. Cada semana se extienden ante ella llenos de posibilidades.

Traza un plan a través de algunos chismes. De fragmentos de conversaciones que flotan en el ambiente. A Londres le encantan las habladurías, se da cuenta. Está llena de personas que se sienten solas. De manera que si se acerca a una, sonríe y dice que es recién llegada y le gustaría conocer al rey, enseguida se reirá de ella. Pero después de reírse, traerá a un amigo de la taberna y dirá: «Ay, Dios mío, escucha a esta mujer, Willem, acaba de llegar a la ciudad y anda preguntando dónde puede conocer al rey». Entonces un tercer amigo se dará una palmada en la rodilla por la risa, acercará una silla, y otros lo imitarán y Meg pronto estará cerca de averiguar lo que necesita. ¿A qué lugares va Frederick? ¿Qué hace? ¿Dónde se le suele ver? ¿Cómo reconocerá su carruaje?

Cuando se alejan en la oscuridad riéndose de ella, de la tonta palurda que quiere conocer al rey, «estate atenta a su carruaje azul y rojo, guapa», Meg saborea los retazos de información que ha obtenido.

El primer día, medio espera encontrarlo. Una parte de ella está convencida de que si pasea durante una hora, quizá dos, por St. James's Park, su carruaje se detendrá a su lado. Él se apeará y, en cuanto ella lo llame por su nombre, la hará subir al coche silencioso y cálido y la consolará de sus penalidades.

Durante los maitines, la eucaristía y las vísperas, espera a la puerta de St. Paul's y de St. James Piccadilly frotándose las manos heladas para que le circule la sangre. Hace esto un total de quince veces. Pasa un día entero en la taberna donde se rumorea que él va a beber, de pie al otro lado de la calle y después sentada en el escalón de entrada a una casa hasta que un hombre con las manos sucias le da una patada por vagabunda. Se cambia a un portal y dos hombres la abordan tomándola por prostituta y tiene que empujar al segundo todo lo fuerte que se atreve, pero no antes de que él le meta la lengua gruesa y agria en la boca. Para cuando anochece, el pelo, húmedo por la lluvia que ha caído antes, empieza a congelársele. Entra en la

taberna, pide un ponche y se lo bebe lo más despacio que puede, encorvada en un rincón junto a la chimenea, dejando que el alcohol caliente le llene el estómago. Luego se marcha a casa cargada con el fantasma de otro día desperdiciado.

En dos ocasiones se supone que él debería estar en un determinado lugar y no es así. En una representación la Noche de Reyes aguarda, casi sin esperanza ya, viendo a los pequeños ángeles navideños regordetes que se meten el dedo en la nariz y buscan con la mirada a sus padres en los bancos de la iglesia. En una ocasión en que camina por una calle oscura, ve su carruaje pasar como una exhalación con los cascos de los caballos retumbando en el pavimento. Cuando quiere darse cuenta, ha echado a correr, resbala en la mierda de caballo, sortea el gentío noctámbulo a más y más velocidad hasta que se da de bruces con el cuerpo ancho de un hombre recién salido de un café. El carruaje desaparece en el recodo y Meg se dobla hacia delante con una punzada en el pecho y el pulso latiéndole en el cuello. Se le ha escapado.

Vuelve a su taberna preferida siete veces más, hasta que el tabernero mismo la toma por prostituta y amenaza con echarla si no sube con él al piso de arriba a cambio de seis peniques. El equivalente a dos días con mugre hasta los codos en el figón. Dieciséis horas con los pies doloridos e hinchados, las manos reblandecidas como pescado blanco a remojo en agua sucia, luego rígidas y agrietadas hasta sangrar. Frente a diez minutos de cerrar los ojos y dejarlo resoplar encima de ella. Acepta con tal de que le permita ir a la taberna una vez a la semana sin cobrarle nada. El hombre ríe y dice que no regenta un burdel, que se vaya al demonio y que son seis peniques o nada.

Sube al piso de arriba conteniendo las ganas de vomitar y reza porque el hombre no se fije en su vientre abultado, pero resulta que no la quiere desnuda. No la quiere como la quería Frederick, vulnerable y presente, como si su cuerpo formara parte de lo que ocurre. Este hombre quiere que se incline sobre la cama y le permita darle unos azotes, algo a lo que Meg accede, pues le resulta más tolerable que lo otro. Mantiene la cara pegada a la colcha, respira el olor a sebo de freír rancio y decide que es como una tunda de las que le daba su padre, solo que más soportable, solo el dolor de la delgada mano del hombre en las nalgas.

A continuación el hombre abre un armario y saca una vara. Meg lo ve acercarse con los ojos entreabiertos e intenta ponerse de pie antes incluso de saber lo que hace, huyendo instintivamente, pero el hombre la obliga a pegar la cara al colchón. La azota con la vara seis, siete, ocho veces y el dolor estremece a Meg hasta hacerla llorar y suplicarle que pare, temiendo por la criatura que lleva dentro. El hombre maldice, se baja los calzones e intenta penetrarla, taparle la

boca con la mano para ahogar sus protestas. Meg patalea tan fuerte que lo alcanza en una rodilla y lo obliga a retroceder. Se pone de pie con la cara cubierta de mocos y lágrimas, y escapa como puede de la habitación con las medias de lana bajadas hasta las rodillas. El hombre la sujeta por un brazo.

—¿Se puede saber qué clase de puta eres tú?

Meg cierra los ojos para protegerse de las rociadas de saliva e intenta liberarse. El hombre le da un bofetón fuerte. Todo se vuelve de color blanco. Cuando reúne fuerzas, echa a correr, baja las escaleras y sale al día despejado con la cabeza dándole vueltas y sin su dinero. Se mete en un callejón que apesta a pis, se sube las medias y se enjuga lagrimones estúpidos e inútiles con el dorso de la mano. A continuación camina cinco kilómetros de vuelta a casa.

Atado debajo de la falda lleva un saquillo. El dinero del billete de vuelta a Harwich. Si la cosa se pone fea, demasiado fea, tiene cómo salir de allí. Pero no ha perdido la esperanza. La nota, obstinada, sólida, dentro de ella, igual que nota a la criatura. Y aunque poco a poco, día a día, mientras la criatura crece la esperanza encoje, la diferencia por el momento es tan leve que no precisa reparar en ella.

PEGGY

Espejos

En el salón de muestras de la nueva casa de Londres hay un enorme retrato de cuerpo entero de Molly y mío, cogidas del brazo, con Tristram a nuestros pies. Es el mayor de cuantos hay expuestos. La primera vez que mi padre nos pinta juntas desde que éramos niñas y somos todo tez de porcelana y seda con la penumbra del bosque al fondo. Así es como pinta el pintor la belleza, siempre en contraste con otra cosa. Algo más oscuro. Mangas traslúcidas que se derraman bordadas con hilo de oro. Aljófares que resplandecen sobre el satén. Somos inmaculadas. Pero mi padre es demasiado buen retratista para enmascarar la verdad. Su talento lo traiciona. Y así pues el retrato, pensado para mostrar la gloria de sus hijas, su belleza y su elegancia, muestra solo la extraña y frágil tristeza que buscaba ocultar.

Quien echara un único vistazo pensaría que somos dos señoritas refinadas, algo altivas, quizá, pero mostrarse distante es, al fin y al cabo, considerado elegante. Quien nos mire con atención, sin embargo, verá que estamos rígidas. Hay una ausencia de expresión en nosotras que la belleza no puede enmascarar. Yo la veo.

Algo le ocurre a la mayor de las señoritas Gainsborough, dicen en ocasiones. Hay algo detrás de sus ojos, ¿un velo?, ¿una extrañeza? Pero entonces suena la música y apartan la vista para atender a los intérpretes. Cuando nos miran de nuevo, estoy riendo con mi hermana y piensan: no, quizá es que es tímida. Quizá no era nada. Solo tiene cierto aire ausente. Y el aire ausente favorece a las jóvenes, el aire ausente se alienta; ausencia de pensamiento, de ideas, de problemas. Es mucho mejor la ausencia que la presencia. La presencia es algo que da miedo, algo que se te lleva durante la noche. Algo propio de Bedlam. Pero no. Una ausencia no es algo que no pueda cubrirse de sedas, lazos y buena reputación, y un comentario inteligente. No es más que un pensamiento perdido. Un momento perdido. Hasta que la niebla se despeja y Molly vuelve a ser ella.

Lo que no podemos disimular es que nos hacemos mayores. Nos marchitamos igual que fruta olvidada en un cuenco. Se hacen preguntas. Se arquean cejas. Y Molly camina de noche, es un fantasma blanco en la sala, sudorosa, anunciando que tiene sangre real, que va

a entrar en batalla, estrellando objetos contra la pared y chillando cuando no le traen su armadura. Y nosotros tapamos, tranquilizamos y aplacamos y ocultamos las señales.

A mi madre la asusta que yo no me haya casado. Su miedo es tangible, acecha por la casa igual que un gato. ¿Con quién he hablado? ¿A quién tenía cerca en el baile? Mi obligación es casarme con un hombre rico, no con un músico sin recursos. Mi obligación es hacer ojitos desde detrás del abanico a alguien que represente un futuro para Molly y para mí, no a un hombre de la edad de mi padre. Se horrorizaría si lo supiera. Oigo sus voces en el salón, ahogadas, susurradas.

—Si Peggy se casa bien, problema solucionado.

—No pienso imponerle nada.

—Entonces ¿qué quieres, Thomas Gainsborough? ¡No eres inmortal!

—Ni lo pretendo, Margaret. —La paciencia de mi padre se agota.

—Entonces ¿y si pierdes la vista? ¿Y si empiezan a temblarte las manos? ¡No me des la espalda! ¡Si nos ocurre algo a alguno de los dos, nuestras hijas no tendrán nada! ¡No salen los números! Necesitamos un hombre joven en la familia. No tenemos otra elección.

—Está Gainsborough.

—Le falta talento y lo sabes. Y, en cualquier caso, tendrá una familia propia que mantener. La única manera de que nuestras hijas salgan adelante es mediante el matrimonio, ¡y tiene que ser Peggy!

—Es posible que Molly mejore.

—¡Eres un iluso! ¡Siempre lo has sido! ¿Cómo puedes estar tan ciego?

La voz de mi madre sube de tono, roza la histeria.

A continuación, pisadas de mi padre y un portazo.

No puedo contarle a mi madre que en el baile no tengo a nadie cerca. Que trazo un círculo alrededor de nosotras dos, invisible, pero tan obvio como si lo hubiera dibujado con tiza. Los hombres lo perciben y no se atreven a acercarse. Las chicas se alejan, retiran sus gestos de amistad. Soy experta en la sonrisa que disuade, en la palabra desenfadada que pone fin a una conversación, en ahuyentarlos de forma que sus avances resbalan como gotas de lluvia en una tela encerada. Fischer, en cambio, no necesita franquear el círculo. Entra en casa para visitar a mi padre, a tocar, va y viene cuando le place. Él es inevitable.

Y quizá comprende cómo son las cosas, puesto que no hay torpes amagos. No hay declaraciones de deseo apresuradas, no hay notas de amor en caligrafía inclinada. El sentimiento avanza igual que él: elegante, cauto. Son noches de anhelo, días en que no ocurre nada, meses en que está lejos, en Alemania, o en Londres. Son semanas de

esperar una única noche de espiarlo al otro lado de la mesa, seis veladas así a cambio de una mirada curiosa, íntima. Es una deliciosa tensión, tan palpable que podría partirse en dos, es el aire que precede a la tormenta, la mecha antes del incendio.

Estamos juntos en la penumbra. He esperado, escondida, hasta que se han ido todos, pues antes de la cena me buscó y me pidió que lo hiciera así, me susurró al oído con su aliento cálido, y durante mi espera la vela casi se ha consumido. En su luz titilante, veo que tiene callos en las manos del oboe, como las tiene mi padre de sus pinceles y útiles. Siento deseos de acariciárselos. En lugar de eso, sujeto fuerte el candelero y aguardo nerviosa, como preparada para, en cualquier momento, retroceder y subir corriendo las escaleras hasta estar a salvo.

Él da un paso hacia mí en la oscuridad. Siento que me cuesta respirar. Que el aire se ha vuelto sólido y no logro inhalar el suficiente. Acerca su cara a la mía y permanece así, con la boca a un palmo de mi mejilla.

Estoy alerta, preparándome para su beso. Deseándolo.

Sus labios tocan los míos. La sensación es que me ponen boca abajo y me dan vueltas, como si fuera azúcar.

Pienso en Ann Ford y en su vestido carmesí, en la boca de mi padre jugueteando con su pezón, en la expresión ausente de Molly e intento dejar a un lado esos pensamientos, pero vuelven a mí, las escenas se dibujan una y otra vez hasta que me separo de él bruscamente y retrocedo, tambaleante.

Permanecemos así un instante y entonces él hace ademán de tocarme, pero hay ruido fuera, alguien llama. Viene alguien. Se lleva el dedo a los labios y sale al pasillo sin decir palabra. Yo aguardo en el silencio. Transcurren cinco minutos, diez. La vela se extingue. Un fino penacho de humo sube en la oscuridad y lo miro rizarse y desaparecer. Luego salgo de la habitación y me voy a la cama.

Esto no llegará a ninguna parte. No tiene fortuna. Se lo he oído decir demasiadas veces a mi padre. Que malgasta lo que gana. Que desaprovecha las oportunidades de tocar en la corte. Sé que, si me caso con él, viviré en la pobreza con un marido aficionado en exceso a las casas de juego. ¿Y dónde irá Molly, entonces? ¿Quién le sujetará los brazos y la obligará a volver a la cama por las noches? ¿Quién me permitirá hacerlo? Porque yo no se lo permitiré a nadie más. No puedo. Y, en cualquier caso, si me caso con Fischer, tampoco podría permitirme pagar a nadie.

Cuando él me toca, la sensación es buena y mala a la vez. Es deseo incontenible pero también asco, los ojos amarillentos de mi padre, sus encías como colgajos húmedos en su lecho de enfermo advirtiéndome en contra de la diversión. En contra del placer. Es la

mujer escabulléndose del salón y mi padre llevándose la mano a la camisa, al oscuro vello que asoma debajo, y es Ann Ford, hermosa, destructora, separando a mi madre y a mi padre en óleo y barniz.

Pero no puedo resistirme.

En el corazón del Parque de Recreo hay un columpio. Cuelga a poca distancia del suelo y tiene un asiento de intrincado metal blanco en el que me balanceo igual que una niña pequeña. Sabiendo que debería levantarme, que llevo en él demasiado tiempo. Cerca, una pareja aguarda su turno, la mujer ríe sin parar. Dos chicas de unos quince años me observan entre cuchicheos. Oigo la banda tocar en algún lugar y también el chapoteo de remos en el lago de aguas turbias, pero están muy lejos, pues el columpio se encuentra en el centro del laberinto, encerrado por setos. Debo parar y reunirme con mi madre, puesto que nos turnamos para pasear un poco y disfrutar de algo de libertad mientras la otra se sienta con Molly, que ya está lo bastante recuperada para salir. Pero es que me encanta cómo la brisa me alborota el pelo, la sensación de mi estómago, como si se precipitara desde las alturas cada vez que bajo.

Cuando detengo el columpio con brusquedad, mis zapatos arañan las baldosas ajedrezadas y me pongo de pie, alisándome el vestido y sin aliento. La joven pareja se acerca para ocupar mi sitio y los dejo atrás porque Fischer me espera, escondido en un extremo del laberinto, donde los faroles proyectan sombras largas y parpadeantes en el suelo.

—Buenas tardes, señorita Margaret.

—Buenas tardes.

Sin poder contenerme, inspecciono rápidamente los alrededores para comprobar si alguien nos mira, y veo que él hace lo mismo. Me toca el brazo con suavidad, justo debajo de la manga, y lo retira cuando dos enamorados doblan la esquina, absortos el uno en el otro.

—Me ha parecido que se divertía usted en el columpio —dice.

—Sí.

No sé por qué, pero siento vergüenza. Después de todo, es el Parque de Recreo, me digo. ¿Qué otra cosa puede hacerse en él sino disfrutar? Y sin embargo me siento cogida in fraganti, como si me hubieran visto hacer algo que no debería.

—Debo volver con Molly. Esta tarde está indispuesta.

—Sí —dice. Y añade, como si yo no hubiera hablado—: Ha sido hermoso verlo.

Toma mi mano de nuevo y caminamos, nos perdemos en los senderos serpenteantes. No sabría decir cuál de ellos conduce al mundo y cuál se interna más en el laberinto, pero no tengo miedo. En compañía de Fischer siento que no necesito pensar, solo seguirle. Me resulta embriagador. No me sentía así desde que era una niña y seguía

a Molly de una habitación a otra, o a mi padre con su caballete por las veredas. Es como si, vaya donde vaya, fuera a haber siempre otra persona, la cual elegirá el camino que hay que seguir y yo solo tendré que descansar mi mano enguantada en la suya y dar un paso detrás de otro.

—Es agradable perderse, ¿no cree, señorita Margaret?

—Solo porque confío en que me conduce usted a un lugar seguro.

—Esperemos que sea capaz.

Parece divertido, aunque no acabo de entender por qué.

Caminamos en silencio, nuestros pies crujen en la grava, hasta que oigo la música de la banda al otro lado de los setos. Fischer se detiene y baja la vista para mirarme.

—¿Oye usted la música?

—Sí.

—¿Qué opina?

—Es bonita.

—Pero la música debería ser algo más que bonita, ¿no cree?

—Sí, me..., sí. —No estoy muy segura de lo que pienso.

—Me parece que me está dando la razón solo por dármela. No es eso lo que quiero. Quiero saber lo que piensa, Margaret. Quiero oírlo.

Lo miro, con la cabeza inclinada, con los ojos fijos en los míos, y me doy cuenta de que no recuerdo cuándo fue la última vez que un hombre me preguntó mi opinión sobre alguna cosa.

—Creo que la música debe hacer sentir —digo cauta—. Igual que un cuadro. Hacer sentir que lo que se experimenta no es solo... no es solo lo que hay, sino la persona que lo ha creado. Como si su fantasma fuera visible..., pero reflejado en una sala de espejos.

—Sí —dice—. Es lo que opino yo también. Y en ocasiones yo mismo me siento como el fantasma de la sala de espejos. Quizá sepa usted a qué me refiero cuando digo esto.

Hago una inclinación de cabeza casi imperceptible. Al otro lado del laberinto, la música hace piruetas, cae y persigue su frenética melodía en el aire nocturno. Una vez comprueba que estamos solos, me acaricia la mejilla con delicadeza. A continuación susurra con su voz grave y queda:

—¿Ha estado alguna vez en Alemania?

—No. No he estado en ninguna parte.

—Es hermosa. Un hermoso país. Viajo allí a menudo, y también a otras ciudades, a Viena, a París. Quiero llevarla conmigo.

Me lo imagino. Subiendo al barco envuelta en pieles. Surcando los mares con la mano de Fischer en la mía.

—Mi casa de Múnich está cerca del palacio de la Ópera. Es el lugar más hermoso de la ciudad. El Nymphenberg. Quiero enseñárselo. Quiero ver su expresión cuando lo contemple por primera

vez.

Pienso en palacios, en la ópera. En cómo será Alemania. En quién podría convertirme allí, un lugar imposiblemente lejano, inescrutable, sin mi familia. Fischer me coge el mentón con los dedos índice y pulgar y acerca mi cara a la suya.

—Me parece que está preocupada por su hermana.

—Así es.

—La echa de menos.

—Sí.

—Pero la vida de usted también importa. Su felicidad.

Lo que más quiero en el mundo es que me bese otra vez, para que mis pensamientos desaparezcan en el beso como hacen siempre, y así no tener que pensar en si mi vida importa. Pero se limita a mirarme.

—Me parece que hay cosas que anhela usted, Margaret.

—Soy muy feliz —digo, y suena tan endeble que me avergüenzo.

—Quizá yo pueda procurarle alguna de ellas.

Ahora sí me besa con suavidad antes de enderezarse.

—La veré mañana por la noche.

Camino sola en el ruidoso anochecer con la cabeza dándome vueltas y el cuerpo añorando ya su roce. Pensé que dispondría de más tiempo antes de que me hablara de planes así. Tiempo para asegurarme de que es pobre y no solo suponerlo. Para presionar a mi padre y ver qué resistencia opone. Tiempo para pensar. De pronto se me antoja real, una vida de viajes, una vida lejos de casa, una vida apartada de todo cuanto conozco. Lo quiero y, al mismo tiempo, no.

Los fuegos artificiales empiezan sin avisar, estallan con estrépito en el cielo nocturno y me cuesta oír mis propios pensamientos. Me abro paso entre el gentío y evito por poco a un caballero que me saluda con la cabeza como si quisiera hablar conmigo, antes de reunirme con mi madre y con Molly, sentada en un banco con la mirada perdida.

Mi madre se pone de pie, me agarra del brazo y, con la explosión de sonido y de color sobre nuestras cabezas, a duras penas oigo lo que me dice:

—¡Margaret! ¡Margaret! —parece decir—. ¿Se puede saber en qué estabas pensando? ¿Se puede saber qué hacías?

Sonrío y miro al cielo como si no la oyera, como si estuviera extasiada por el espectáculo sobre mí, pero tira de mí en un intento por acercar la boca a mi oído.

—¿Cómo se te ocurre, Margaret, no saludar al vizconde Cranborne? Lo has espantado como si fuera... ¡como si fuera un vendedor de ostras!

Me vuelvo a mirar al caballero del saludo al que evité, y el elegante corte de su abrigo mientras se aleja.

—No sabía... —digo, pero es inútil, porque mi madre ha tomado impulso y no puede parar, me sermonea sobre hombres jóvenes y pretendientes y matrimonio y el vizconde Cranborne. Cuando el último fuego de artificio ha surcado ya el cielo y nos abrimos paso a empujones hacia el coche, mientras bajamos traqueteando por Pall Mall, donde las vacas mugen en la oscuridad esperando al ordeño matutino, mi madre sigue hablando. Los tres, mi padre, Molly y yo, estamos exhaustos. A mi padre se le cierran los ojos en la luz declinante y yo pienso en Fischer acercando su cara a la mía. «Me parece que hay cosas que anhela usted, Margaret.» Le quiero, pienso. Le quiero a cualquier coste, a cualquier precio.

—¡Margaret! —ha dicho mi madre—. ¡Margaret!

—¿Qué ocurre?

—Dios mío, si es que no escuchas. ¡Es una falta de respeto! ¿Por qué no eres capaz de respetar a tu madre?

—¡Tal vez porque no lo merece!

Las palabras salen de mi boca igual que fuego antes de que pueda contenerlas.

—¡Peggy! —Mi padre se despierta, sobresaltado—. ¡Margaret, ya está bien!

—Para, Peggy —susurra Molly—. Por favor, para.

Pero no puedo parar.

—¡Ya estoy harta! ¡Que si el matrimonio esto y que si lo otro! Es usted una insensata. Es todo una insensatez. ¡No sabe nada del mundo! ¡Ni de lo que yo quiero!

—¡Peggy! —repite Molly—. ¡Peggy!

—¿No me va a dejar tranquila nunca? Va a seguir usted aguijoneándome hasta que de mí no queden más que unos despojos al servicio del primer hombre casadero.

Mi madre está tan roja de furia que, por un momento, pienso que va a cogerme por la capa y a zarandearme.

—¡De ti depende! —dice casi escupiendo—. ¡Eres estúpida y egoísta y siempre lo has sido! Todo depende de ti, ¿es que no te das cuenta? Si no te casas pronto, nadie te querrá. Y entonces ¿qué será de Molly? ¿Qué será de las dos, después de todo lo que me he esforzado por vosotras?

Rompe a llorar. Molly apoya la cabeza en la ventanilla del coche y cierra los ojos como si quisiera hacernos desaparecer y así nos quedamos los cuatro, sintiéndonos desdichados, hasta que nos paramos con estrépito en la casa.

Ya en el vestíbulo, me quito la capa y subo los escalones de dos en dos, directa a refugiarme en mi alcoba. A mi espalda oigo la voz de mi padre por encima de los sollozos ahogados de mi madre mientras le da el abrigo al criado.

—Vamos, Margaret. Es como la fábula de Esopo. Cuanto más fuerte soplas, más se cierra su capa. Tal vez deberías aguardar al calor del sol.

—Estamos en Inglaterra, Thomas —contesta mi madre entre hipidos—. Casi nunca se ve el sol.

Una vez arriba, arrojo el manguito con tal ímpetu que rebota en la cama y rueda por el suelo. Williams nos desnuda en silenciosa y sumisa neutralidad, extrae plumas de nuestros rizos enmarañados, desanuda cintas de enaguas con sus dedos delgados y todo ese tiempo yo sigo hirviendo de rabia. Es injusto. Molly se mete en la cama sin hacer ruido, dobla las rodillas como dos montañas y no dice una palabra hasta que Williams ha cerrado la puerta con suavidad y nos ha dejado una única vela en el gabinete junto a la cama.

—No deberías haberle hablado así a mamá.

Su voz es amable, pero firme. Un destello de la vieja Molly. De la hermana mayor que una vez tuve. Y que casi nunca es ya. Tú, siento de pronto ganas de decir, precisamente tú no tienes derecho a decirme cómo comportarme. Tú, a la que hay que vigilar constantemente por miedo a que nos avergüences a todos.

—Me pone furiosa —es lo que digo antes de meterme entre las frías sábanas. No conviene disgustar a Molly a la hora de irse a la cama.

—Os ponéis furiosas la una a la otra.

Molly me mira.

—¿No quieres casarte?

Las palabras me arden en la lengua. Soy amada, quiero decir. Me han propuesto matrimonio. Y yo correspondo a ese amor. Y es tan hermoso y tan embriagador que todo lo demás se desvanece. Cuando no está, los colores se apagan. Cuando está, mis preocupaciones, el dolor y el miedo de siempre se disipan. Las palabras están ahí, esperando para fluir, pero las alejo para que no puedan herirla.

—Yo..., no lo sé..., claro que sí —digo—. Pero me gustaría decidir por mí misma. Y quiero cuidarte.

—¿No te gusta nadie? —lo pregunta con cautela, insegura.

—No importa quién me guste. Solo importa quién guste a mamá.

—Te dejará elegir. Está preocupada, eso es todo.

—Ojalá no lo estuviera. Es continuo. No me deja respirar. Eres afortunada de librarte.

—¿Lo soy? —Las palabras son como un dardo, tienen un filo impropio de la Molly de ahora, y levanto la vista, desconcertada—. ¿Soy afortunada de librarme?

—Ay, Molly. Lo siento mucho.

Guarda silencio con la mirada vidriosa.

—¿Qué quieres decir?

—He sido desconsiderada. —Le toco el brazo—. Hablando de estas cosas cuando tú no puedes aspirar a ellas... Perdóname.

Al principio no responde, deja que le acaricie el brazo con suavidad, disculpándome.

—Bah, no tiene importancia.

—Pero sí la tiene y no debería hablar de estos asuntos. No volveré a hacerlo. Ha sido egoísta por mi parte.

—No tienes que pedir perdón.

—Claro que sí, Moll. Cuidaré de ti. Eso lo sabes. Lo he prometido. —Le acaricio el pelo, se lo aliso, y no opone resistencia, se limita a mirarme.

—Tienes razón. No puedo aspirar a ellas, ¿verdad? —dice, y no acabo de descifrar la expresión de su cara—. ¿Qué derecho tengo?

Se da la vuelta y apaga la llama solitaria, a continuación se tiende igual que una piedra, inmóvil, con el camisón muy ceñido al cuerpo.

Saco a hurtadillas los libros grandes del taller de mi padre. Paso los dedos por los dibujos de los majestuosos edificios, la ópera y los jardines de Múnich, de París y de Viena. Me imagino allí, paseando con Fischer por la blanca grava. Una esposa. Una Ann Ford recién liberada flotando por Europa en un vestido de colores primaverales.

Más tarde ese mismo día encuentro un paquetito en mi capa, envuelto en papel tisú de un rosa palidísimo. Dentro hay un pequeño palacio, el más bello que he visto nunca, y una nota. «El Nymphenberg, Múnich.»

Voy a la sala de música, donde Fischer aguarda a mi padre, con la esperanza de encontrarlo solo, pero está inclinado sobre Molly, al clave. Le enseña con voz queda a tocar su melodía, la sinfonía que ha compuesto, marca el ritmo en el costado del instrumento. Cuando Molly se confunde de nota, Fischer ríe con suavidad y la corrige. Espero, con el palacio en el bolsillo, contemplando su amabilidad con mi hermana y amándolo aún más por ello.

Medianoche. Las velas son charcos de líquido ardiente. Nos abrimos paso entre el calor de los cuerpos. Me cuesta respirar el aire lleno de olores del salón: a sudor, a perfume, a las especias del ponche que humea en enormes fuentes de plata. Casi lo pierdo de vista, sigo el terciopelo pálido de su casaca a través del gentío, las historias de amor incipientes, las esposas aburridas, los maridos sardónicos hasta que llegamos a un rincón oscuro, tranquilo, donde el aire es claro y fresco y la música y las risas suenan tan lejanas que parecen venir de otro mundo.

Al otro lado de las gruesas puertas, el baile está en su apogeo. Risas de mujeres. La exclamación brusca y áspera de un hombre. Es como si estuviéramos debajo del agua.

Luego, el calor de sus manos. La sorpresa, y la urgencia. Un roce

que no se parece a nada de lo que he sentido nunca. Caricias pecaminosas, indecentes en la oscuridad.

Me dice que me llevará lejos, a Italia, a Suiza, a España. Repito los nombres después de él. Madrid. Nápoles, Lausana. Hablamos de sus habitaciones en Múnich, de sus paredes amarillas. Imagino despertarme a su lado, quedarme dormida a su lado. Viajar por el ancho mundo sin volver la vista a lo que se ha dejado atrás.

—Esto es estar vivo, Peggy —susurra—. Así es como debería ser.

Si cierro los ojos, estoy en otra parte. Soy otra persona. Quizá eso es lo que estoy eligiendo, a fin de cuentas. Ser, por un momento, otra persona.

Cuando vuelvo a casa, la encuentro en silencio. Solo se oye el violín de mi padre tocando escalas ascendentes y descendentes, dedos bailarines que practican una y otra vez.

Me ha pintado a mí sola por primera vez mi padre, contra un fondo de nubes perfectas. Con una cinta negra tensada sobre la blancura de mi garganta. Miro hacia arriba, a otra parte, negándome obstinada a dialogar. Ha desaparecido la mirada franca y desafiante de mi infancia. Ahora no estoy dispuesta a divulgar mis secretos. Me aferro a mi chal de seda negra, me lo cierro sobre el pecho. Gasa negra y encaje, pelo color melaza recogido en la coronilla. Una dama refinada, una dama de Bath, ni rastro de la mocosa de Ipswich que perseguía gatos en la cocina.

Pero mi padre es sagaz. Ve a las personas, aunque no siempre entiende lo que ve. En la parte inferior del cuadro, imperceptible al principio, fuera de mi vista, pliegues de tela rojo sangre escapan del óvalo perfecto que me enmarca y se derraman hacia el espectador. No todo puede contenerse. No todo puede esconderse. Soy un trampantojo: engaño a la vista. Mis secretos no están donde uno esperaría. Los secretos nunca lo están.

Llamo una vez a la puerta, dos, tímidamente a pesar de tener el corazón acelerado. Estos días rara vez visito el taller. Oigo a mi padre contestar sorprendido y entro en la habitación en penumbra. El aire está viciado, hay gruesas cortinas tapando las ventanas.

Mi padre está limpiando sus pinceles.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto. Sí. Solo estoy limpiando. Con una sesión más será suficiente.

Me mira.

—¿Qué ocurre, Peg?

—Es Molly. No la encuentro por ninguna parte.

—En algún lugar tiene que estar.

—Pues no. No la he visto desde la comida. Pensaba que estaba en su habitación leyendo, pero no.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? ¿Dos horas?

—Al menos tres.

—Mandaré a alguien en su busca. No preocupes todavía a tu madre.

—Ya estoy yo preocupada por las dos. Molly no debería salir nunca sin decírmelo. ¿Y si... se desorienta?

—Eso ocurre rara vez ya.

—En realidad no.

—Voy a mandar a alguien. —Da un paso en dirección a la puerta, pero antes de que le dé tiempo a abrirla, aparece mi madre, alterada.

—¿Dónde está Molly?

—No lo sé —digo—. Me parece que ha salido.

—¿Que ha salido sola con este tiempo?

—Con el coche, sin duda —dice mi padre.

—El coche sigue aquí —digo, y noto que empiezan a sudarme las palmas.

—¿Que ha salido sola y sin el coche? —Mi madre habla con voz aguda por el pánico.

Ya estoy imaginando que encuentran sola a Molly, adónde la llevarían si no recuerda quién es y de dónde viene, cuando se abre la puerta y ahí está, con ojos brillantes y mojada por la lluvia.

—¡Molly!

—Dios santo, Molly —dice mi padre.

—¿Se puede saber de dónde vienes?

Mi madre le sacude la lluvia de la capa mientras la hace pasar.

—No sé a qué viene tanto revuelo. Podéis parar la búsqueda.

—¿Dónde has ido? —le pregunto cuando rechaza mi intento de acercarme a ella.

—A pasear.

Se quita el sombrero, que deja un reguero de gotas en el suelo.

—Dios mío, estaba preocupadísima —digo.

—Bueno —dice mi padre meneando la cabeza—. Problema solucionado.

—No había ningún problema —dice Molly.

—No dijiste nada de salir.

Me doy cuenta de que no quiere hablar con nosotros, de que desea escabullirse y estar a solas, pero no puedo permitir que crea que lo que ha hecho está bien. No puede desaparecer así como así.

—Lo sé. Necesitaba tomar el aire y no me pareció necesario molestar a nadie.

—Me has tenido muerta de preocupación.

—Sabía que te preocuparías, por eso no te dije nada.

Reaparece mi madre con una manta.

—¿Se puede saber qué has estado haciendo?

—Pasear.

—¡Es pleno invierno! ¡Podrías enfermar otra vez!

Atrae a Molly hacia sí y le frota las manos y Molly se deja hacer, sin oponer resistencia.

—Ya estoy en casa —dice—, y tengo mucho frío, así que no os preocupéis tanto, por favor.

—Mientras viva, no dejaré de desvelarme por vosotras —dice mi madre.

Y si falta usted, pienso. Si usted falta y solo estoy yo y me llevo a Molly conmigo cuando me case. Será un matrimonio de tres, siempre. Habrá noches en vela y delirios y gritos. Y todo se agriará.

Llaman con firmeza a la puerta y el corazón me da un vuelco al oír la voz acompasada de Fischer. Se acerca y nos saluda con una inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, señora Gainsborough. Señorita Margaret.

—Buenas tardes —digo, y nuestro secreto nos une como hace siempre, tan denso e íntimo que casi puedo saborearlo.

—Señorita Gainsborough, la veo agitada. —Fischer se detiene junto a Molly y ladea la cabeza—. ¿Se encuentra bien de salud?

—Perfectamente. He estado caminando, es todo.

—Discúlpenme, he quedado con su padre. —Fischer se vuelve a mirarme y a continuación dice, como quien no quiere la cosa—: Es un hermoso vestido, señorita Margaret. Rojo Tiziano.

—Gracias —digo con toda la despreocupación de que soy capaz, y veo algo atravesar el semblante de Molly que no acierto a identificar.

Fischer la saluda.

—Señorita Mary.

—Señor Fischer.

Entonces lo sé, y es algo tácito, no declarado, pero lo sé. Está enamorada de él. Nosotras, ese pronombre fluido, cambiante, estamos enamoradas de él, las dos. Y el de Molly es un amor sin esperanza, tanto que no soporto pensar en ello. ¿Cómo no me he dado cuenta?

Las cosas ya no son como antes, cuando Molly revoloteaba en caprichoso frenesí de un hombre casadero a otro, agitada por la espuma de Bath. Ahora se muestra vulnerable, delicada, como una concha marina abierta de par en par. Me pregunto si, al igual que yo, es el aplomo lo que la atrae de Fischer. Su seguridad. Esa calma que ninguna tormenta agita. Me pregunto si, al igual que yo, es su fortaleza lo que anhela cuando todo lo demás resulta tan aterrador. O si es su trágico aislamiento lo que la ha empujado a él.

Fischer está siempre en casa. Me retiene un momento, pasea conmigo por el jardín, pero siempre encuentra tiempo para estar con Molly, para mostrarle amabilidad sin que nadie se dé cuenta. Conmigo, con ella, conmigo, con ella. Con mi padre. Y veo cómo lo

mira Molly y en esa mirada está todo lo que yo siento, tanto que tengo la sensación de que es mi mirada.

De noche doy vueltas en la cama imaginando cosas impúdicas, nocturnas, cosas de las que nadie debería hablar, cosas que no confesaría a nadie y que nunca podré confesar a Molly. Es a mí a quien él quiere. Pero Molly lo ama y yo la amo a ella por encima de todo, de manera que tengo el corazón dividido. Y en ocasiones cuando estamos en la cama, muy juntas para darnos calor, nos siento tan unidas que empiezo a no saber dónde termina ella y dónde empiezo yo, dónde un brazo se une y funde con el otro, dónde un rizo castaño se convierte en otro, y entonces decido que entre las dos no hay ni principio ni final, que si él tiene a una, entonces también tiene a la otra, que cuando toca mi mano, toca la de ella y cuando la mira a ella, noto también yo el peso de su mirada.

MEG

La criatura crece, le abulta el peto. A su pesar, Meg tiene que pagar tres peniques por uno nuevo después de rebuscar entre los montones del mercado de ropa usada algo que no apeste a grasa, a orina reseca o al sudor de una mujer muerta. Se lo ata holgado, se amontona los pliegues de la falda sobre el vientre y, cada vez que alguien la observa, se encorva hacia delante como si le doliera la espalda. La Navidad llegó y se fue deprisa, tirando del tiempo igual que un imán, y el miedo profundo, nervioso alojado en el vientre de Meg crece de tal manera que empieza a contar los días y a hacer cálculos. Dispone de un mes, quizá dos, hasta que ya no pueda esconder su estado. Reprime el temor, se cierra bien la capa y hunde las manos en la espuma grasienta que descansa en la superficie del agua del fregadero.

Una noche que atraviesa la ciudad de un lado a otro, del figón a su nuevo alojamiento, al oeste, al doblar por Drury Lane, ve el emblema azul y rojo del carruaje de Frederick. Se detiene abrupta, violentamente, como un caballo encabritado. Mira a derecha y a izquierda, presa del pánico. En el pescante del carruaje, un cochero se frota las manos con cara de frío, pero a Meg no le gusta su aspecto. Entonces ve a una mujer salir del edificio, frente a cuya fachada, alta y angosta, espera el coche. Meg la aborda.

—Perdone.

La mujer sigue camino, tiene las comisuras de la boca torcidas hacia abajo, igual que una trucha.

—Perdone, ¿está ahí dentro el príncipe de Gales?

—Pues claro. Se pasa la vida en ese sitio.

—¿Qué..., qué sitio es?

La mujer se gira con aspaviento. Meg nota el peso de la mirada, ese deleite que tan familiar le resulta ya, ante su estupidez. Nada como la estupidez para hacer que la gente se pare a hablar contigo en la calle.

—Pues el teatro. ¿Dónde vives tú, niña? ¿Debajo de una roca?

Prácticamente sí, piensa Meg.

—Yo no lo soporto. No son más que un montón de gorgoritos. Prefiero irme a la cama. ¿Y por qué te interesa a ti el príncipe de Gales?

Meg se ruboriza.

—Ah, por nada. Solo... quería verlo, como ha llegado hace poco. Para admirarlo.

—Eres una de esas, ¿eh?

—Es simple curiosidad.

—Pues aprovecha y entra ahora, que te cobrarán media entrada. Te has perdido la primera parte.

—¿Cuánto cuesta?

—La galería es un chelín, así que imagino que te dejarán pasar por seis peniques.

—¿Y el príncipe de Gales está dentro? ¿En el público? ¿Frederick?

—No sé cuántos príncipes de Gales crees que tenemos, pero sí.

—¿Y dentro está iluminado con velas? ¿Podré verlo? ¿Y él a mí?

La mujer la mira extrañada.

—Supongo.

Meg mira la alta fachada del teatro.

—No irás a hacerle daño, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—No formarás parte de una conspiración o algo así. Dices cosas muy raras.

—Huy, no, ¡qué va! Solo es que lo admiro mucho.

—No eres londinense. —La mujer tiene los ojos entornados, suspicaces.

—No, estoy de visita. Quería ver a la realeza, nada más, y me he fijado en el carruaje.

La mujer mira incómoda al cochero, que parece adormilado con las riendas en una mano, y a continuación a Meg.

—Pues entra antes de que se termine. Ve por ese callejón y te darán la ficha.

—Gracias.

Meg se vuelve y cruza corriendo la calle mientras nota la mirada de la mujer en la nuca. Él está dentro. Los separan unos instantes. Se gasta dos jornales en la entrada y coge la pequeña ficha redonda de metal como si fuera una lámpara mágica. A continuación sube la estrecha escalera, sin aliento y aturdida. Lleva días detrás de Frederick, buscándolo, tratando de seguir el rastro de sus movimientos en la vasta ciudad, y ahora se ha topado con su carruaje, delante de sus narices, como si estuviera esperando a que llegue y suba por las escaleras.

Con la mano temblando, entrega la ficha a un chico picado de viruelas, que la deja pasar con un gesto de cabeza, y se da de bruces con una cortina de calor y de ruido. El teatro está atestado de cuerpos que jalean, ríen, abuchean. Abajo, en el escenario, hay cómicos cantando y gritando mientras una banda de música desafina a sus pies, pero Meg es incapaz de mirar porque la altura hace que le suden las palmas de las manos. Intenta abrirse paso hasta un asiento libre, pero pierde el equilibro y está a punto de caerse por la barandilla.

Unos brazos la sujetan, le gritan que tenga cuidado, se siente y no haga ruido y, cuando por fin aterriza de golpe en el asiento libre, recorre ansiosa con la mirada el vasto recinto.

Hasta que casi grita. En un palco pintado, suspendido igual que el ángel de una iglesia. Su rostro redondeado, blanco. Esa suavidad, ese brillo que parece siempre envolverlo igual que una nube. Está reluciente, todo brocado azul y piel color alabastro. Nunca la verá. Es una cara perdida, anónima, situada más arriba que él.

Está ahí, piensa, como si hubiera empezado a dudar de que existió alguna vez. Están ahí, su cuerpo, las largas piernas que se restregaban contra las suyas en el calor de la noche. Quiere llamarlo a gritos, pero el gentío, la música, los actores son ensordecedores. No la va a oír. No la va a ver.

Meg mira el escenario, donde una mujer canta, con timbre agudo e histérico, que su amor es locura y folía. El público silba y aúlla y abuchea. Unos pocos hombres de facciones rudas sentados detrás de Meg en la galería se ponen de pie y gritan: «Yo te daré un revolcón, Polly, no te sientas sola». «¿Te gusta de todas las maneras, Polly? Dinos cómo te gusta», hasta que quienes están sentados a su alrededor los obligan a sentarse con sus protestas. Meg mira a Frederick. Se está riendo.

Siente algo y no sabe lo que es. Hasta que cae en la cuenta. Es humillación. Recuerda los domingos en la iglesia, cómo, en los largos y sombríos sermones del lánguido reverendo de Harwich, la mujer caída, la clase de mujer que es ella ahora, era objeto de desprecio o compasión, pero nunca de mofa. Ahora en cambio, en el escenario está siendo presentada como una tonta, inútil e intrigante, una lasciva insolente, una triste meretriz ante las risotadas del público. Y mientras tanto Frederick, en su palco dorado, se carcajea de las putas, se retuerce de risa, con la boca abierta y dándose palmadas en los muslos. Nuestra Polly es una pobre puta, cantan todos a coro, nuestra Polly es una pobre puta, y el público ruge.

Meg se hunde en su asiento, la suya es la única cara no deformada por la risa, y nota al niño dar pequeñas patadas a su vejiga mientras las mujeres cantan sobre lo mucho que les gusta cabalgar, cabalgar y cabalgar. Así pues, este es el mundo del que procede, piensa, y ahora ella, su puta repudiada, va a presentarse y a pedirle dinero. El asunto no tiene nada de serio. Al contrario, es motivo de diversión. Nuestra Polly es una pobre puta. Meg está cansada, exhausta, ha tenido que gastar dinero en venir aquí a que la insulten y todo es inútil.

Piensa en marcharse con la cara roja de vergüenza, quiere huir, alejarse de todo esto y respirar, así que estudia la mejor ruta hasta la puerta. La chica que está sentada a su lado, aburrida, ha cortado la

monda de su naranja en pedacitos y se entretiene en lanzarlos uno a uno por el balcón con ímpetu considerable. Cuando se da cuenta de que Meg la mira, se inclina hacia ella y le grita al oído con aliento caliente:

—Un punto por peluca de caballero, dos por sombrero de señora. ¿Juegas?

Meg sonríe y asiente con la cabeza y la chica le pone un trozo de monda en la mano. El primer trozo de Meg va directo al foso y rebota en el hombro desnudo de una dama regordeta, que se da un manotazo como si le hubiera picado una avispa. La chica, con ojos redondos de felicidad, hace una mueca a Meg, quien rompe a reír, su primera risa verdadera, espontánea, en semanas. El olor de la monda de naranja en su mano caliente le recuerda a la Navidad. Basta una pequeña muestra de amabilidad, piensa, basta un nimio instante de cercanía para sentir el corazón henchido de felicidad.

—Señores míos —grita un personaje petulante mientras se pavonea paseando por el escenario—, gozad insultando a la mujer cuya ruina habéis causado.

Entonces la banda empieza a tocar y Meg usa el dedo índice para enviar otro trozo de piel de naranja a una peluca encintada, donde permanece, balanceándose cada vez que su dueña ríe.

Sobreponte, se ordena a sí misma. Sientes lástima de ti misma, eso es todo. Y además, ¿acaso no sabías ya lo que opina el mundo de las chicas incautas que se meten en un apuro? Ella no es ninguna palurda, por mucho que dijera su padre. Tiene una tarea por delante. Necesita dinero. Y para conseguir dinero, necesita encontrar a Frederick. Se arrima a la chica.

—¿Ese de ahí es el príncipe de Gales?

—Sí, ¿por qué?

—¿Sabes cómo puedo verlo cuando termine la función?

—¿Para qué? ¿Es amigo tuyo?

Meg pone los ojos en blanco.

—Solo quiero verlo, nada más.

—Su carruaje lo espera en la puerta. Si quieres echarle un ojo, aguarda junto a las escaleras, no en el patio. En mi opinión no hay gran cosa que ver, pero lo mismo a ti te gustan esos hombres. Dicen que es un calavera —continúa, con expresión divertida—. Siempre en las casas de juego y en el teatro.

—Nosotras también estamos en el teatro —señala Meg.

—Nosotras —dice la chica con gran énfasis— podemos hacer lo que nos venga en gana. Es la ventaja de no ser nadie. Dos puntos para mí. Le he dado en todo el sombrero.

Cuando termina la obra, Meg avanza contra la marea de cuerpos igual que un salmón. Los pasillos están atestados, brumosos por la luz

de las velas, llenos de cháchara, de risas y de retazos de canciones. Se abre paso a codazos y empujones entre la peste a aliento rancio, a alcohol y a sudor viejo mezclada con perfumes y pomadas, protegiéndose el vientre con una mano y tratando de acercarse a las escaleras. Ve la curva roja del pasamanos tallado, pero hay demasiada gente. Entonces, detrás de las puertas ornamentadas llega a ver su carruaje esperando en la calle. Está rodeado de lacayos y los caballos patean y expulsan nubes de aliento al aire frío. Meg da media vuelta y se dirige hacia allí. Casi ha llegado a la puerta, después de pisar capas y pies y el perrito de alguien que ladra a sus faldas como si quisiera pelearse con ellas, cuando de pronto del gentío sale un murmullo y lo ve. Baja las escaleras con sus largas piernas, tiene la cara ancha y despejada rosa por la risa. Los guardias que lo protegen obligan a retroceder a los curiosos mientras él y sus amigos salen con la cabeza agachada y la vista en el suelo. Está a punto de pasar justo al lado de Meg. Los separan dos, tres filas de gente y, en su intento por avanzar, Meg tira un cucurucho de nueces de la mano de un hombre, que se vuelve y empieza a gritarle entre escupitajos.

—¡Frederick! —lo llama por encima de los chillidos y los pitidos—. ¡Frederick!

«¡Callaos todos! —quiere gritar—. ¡Callaos todos de una vez!» Le vienen a la cabeza tacos, insultos dirigidos a todos los presentes, al hombre que le grita sobre el dineral que ha pagado por las nueces. Se pone de puntillas e intenta apartar la cara del hombre que tiene delante.

—¡Frederick!

Si él se gira ahora, le verá la cara, los ojos, la oirá llamarlo. Pero, justo cuando toma aire para gritar su nombre una vez más, él pasa de largo y sale a la noche. Vapuleada y sola, Meg tiene que hacer frente al hombre que insiste en cobrarle un penique por las nueces que han quedado repartidas por el suelo, reducidas a polvo por los pisotones de la multitud.

PEGGY

Tempestad

Un anochecer de invierno, ya tarde, Fischer me aborda cuando salgo del salón. Siempre parece saber cómo abordarme. Claro que yo siempre deseo que lo haga.

—Margaret.

—Sí.

Me coge la mano mientras sus ojos grises examinan el rellano y tira de mí hacia la penumbra de la sala de música. Está en silencio, desierta, con las siluetas acechantes de los instrumentos que parecen observarnos igual que un grupo de curiosos.

—Hoy he estado pensando en ti —dice—. En nuestro nidito de amor en Múnich. —Su boca busca urgente la mía, tanto que parece más una batalla que un beso—. En nuestra vida juntos.

Cierro los ojos y me sumerjo en ese pensamiento. El apartamento, de paredes amarillas. Chimeneas de azulejos. Puedo verlo.

—Volveré a casa cada noche —dice mientras su mano se abre camino hacia mi pecho, por debajo del borde del corsé—. Cada noche volveré a ti y me estarás esperando.

Empieza a faltarme el aliento y me aparto un instante, vuelvo a la realidad. Oigo las lentas pisadas de mis padres en la habitación contigua, corriendo las cortinas, preparando la casa para irse a la cama. Pienso en Molly acostada en el piso de arriba, esperando a que le dé un beso de buenas noches.

—Hablemos de eso —digo. Me rodea la cintura con sus brazos y vuelve a besarme, con firmeza e insistencia, pero me escabullo—. No, Johann, hablemos de cómo lo haríamos.

—Tenemos muy poco tiempo para estar juntos.

—Lo de viajar no va a poder ser —digo—. Sabes que no podremos.

—¿De qué hablas?

Me besa con dulzura en la cabeza.

—No es posible, Johann. No es tan sencillo como… Es…, es el dinero. No conozco cuáles son tus circunstancias.

—Nunca te tomé por una persona interesada, Peggy.

—Y no lo soy… Me…

—Estoy bromeando.

—Es más complicado de lo que te pueda parecer. Molly... está enamorada de ti.

—¿Ah, sí?

—Has tenido que darte cuenta.

—Me halaga.

—Por favor, no te burles.

Me separo de él, pero me coge la mano y tira de mí.

—Ven aquí, Margaret. Por favor. Tenemos pocos momentos para estar juntos.

—¿Y si viene alguien?

No me gusta estar aquí así sabiendo que hay personas muy cerca. Noto una suerte de pánico crecer en mi pecho, pero vuelve a besarme, una serie de leves besos alrededor de mi boca y por mi cara, y cierro los ojos para recibirlos. De nuevo me invade esa vieja sensación de que él lo arreglará todo, de que me dará la respuesta a todo, si me limito a enterrarme en él. Si me limito a decir que sí.

—Te quiero, Margaret —dice—. Quiero que tengas ocasión de vivir. Mereces tener tu propia vida. Experimentar todo lo que el mundo te ofrece.

—Ya lo sé, me...

—Tengo un sitio donde podríamos estar juntos sin que nos interrumpan.

De pronto saco fuerzas y le empujo con la mano en la casaca.

—Eso no me lo puedes pedir.

—Entonces decide lo que quieres.

Oigo sus pisadas escaleras abajo, suaves y rápidas, y a continuación la puerta al cerrarse.

Me quedo inmóvil en la oscuridad. Tengo la cabeza llena todavía de él, de la aspereza de sus facciones. De sus delgadas manos de músico. De cómo me retiran el pelo, me sujetan un mechón descarriado detrás de la oreja. El calor de su boca en la mía. Lo quiero todo, ansío por encima de todo esa vida que me promete. Toda ella. Ser libre.

Entonces oigo un chillido en el piso de arriba, movimiento, pies corriendo, un grito y sé que Molly está doblada de nuevo en dos, chillando no se sabe a qué en el aire viciado, cerrado a cal y canto, de su alcoba. Grita barbaridades, despropósitos, cosas que la llevarían a Bedlam de oírla alguien, pero nadie lo hará porque la encerramos en un muro de silencio. El portazo de la habitación de mi madre cuando cruza la casa, llorosa. Vuelven los médicos, vuelven las palabras susurradas, se abre una puerta, pasa alguien corriendo y atisbo la bacinilla que lleva y dentro hay orina roja, espesa y roja salpicando las paredes de la cerámica blanco hueso. Y sé que no puede ser.

Salgo del taller sin hacer ruido, cierro la puerta y dejo atrás los gritos, el revuelo y a Williams, impasible con su montón de sábanas. Entro en al salón en penumbra, cojo papel, enciendo una vela y empiezo a escribir.

Estimado señor Fischer:

Espero que me disculpe por recurrir a una carta para exponerle un asunto personal delicado.

Mi hermana está muy enferma. Creo que quizá no sabe usted hasta qué punto. Le he prometido que permanecería a su lado, y no puedo romper mi promesa.

Le ruego, por mi bien, que se abstenga de visitar mi casa hasta que haya pasado el tiempo suficiente para hacer menos dolorosa mi decisión. Le aseguro que no la he tomado a la ligera.

Suya atentísima,

Señorita MARGARET GAINSBOROUGH

Al día siguiente la cierro con lacre y mando llamar a un mensajero. Lo miro perderse calle abajo, miro el bamboleo de su cabeza alejarse. A continuación vuelvo a la casa, a sus ritmos pausados, a su luz mortecina de atardecer con los postigos cerrados.

La crisis ha pasado, creo, y así es como seguirán las cosas, custodiadas, calladas, inmutables. No quiero tempestades. Me asomo al salón, donde está Molly, repuesta por el momento, le rodeo el cuello con los brazos y respiro los suaves olores de la casa en su pelo.

Ha sido una mala noche. Estoy sentada en la cama acompañando a Molly, que vomita en una palangana. Con cada arcada, sus hombros se encogen y el lacio mechón de pelo que tengo sujeto se me escapa entre los dedos.

Se vuelve para mirarme, tiene pelos sueltos en la cara sucios de vómito.

—¿Por qué no me lo sujetas?

—Lo procuro, Moll.

—Esfuérzate más.

Se recuesta en la almohada.

—Estoy harta de esto.

Tiene lágrimas en los ojos.

—Lo sé —digo—. No te muevas. —Mojo un paño en una palangana y le limpio el pelo y la cara sin que oponga resistencia, igual que un niño de pecho.

—Quiero salir.

—Ya sabes que no puedes.

—Bajar, entonces.

—No.

—Va a venir Fischer a tocar con papá, estoy convencida.

—Ay, Moll —digo al ver la esperanza secreta que ha asomado a sus facciones—. No.

—No lo soporto —dice, y aparta la cara—. Estoy atrapada entre estas cuatro paredes.

—No estás atrapada.

—Claro que sí.

—Ay, Molly —digo sin poder evitarlo—. Se pasará. Te lo prometo.

—Siempre vuelve.

—No me refiero a eso.

—¿A qué entonces?

Tiene los ojos fijos en los míos.

—A tus sentimientos —digo con cautela—. Por él.

—¿Qué dices? —pregunta, y parece a punto de llorar otra vez—. ¿De qué hablas?

—De Fischer.

—¿Cómo?

—Lo veo. Y lo siento muchísimo, Moll. He descuidado mi deber, creo.

—¿Cómo?

—He intentado protegerte de esto. Protegerte de..., de cosas a las que no puedes aspirar. Pero nos visita tan a menudo, quiero decir, que viene a ver a papá. No supe verlo. Y es tan amable, y lo comprendo, pero no es más que eso. Se pasará, te lo prometo. Y entonces te encontrarás mejor. Y yo estaré a tu lado.

Me mira con una tristeza tan intensa que casi parece odio.

—Tú no sabes nada. No tienes ni la menor idea.

Vuelve la cara y se niega a decir una palabra más, de modo que suelto el paño, me seco las manos y la dejo dormir.

Sé que algo va mal cuando oigo llorar a mi madre.

Acabo de llegar a casa de hacer unas compras, en las manos llevo cajas atadas con cordel y la capa cerrada para protegerme del frío invernal. Un criado me abre la puerta y, en cuanto entro, lo oigo. Sollozos de desesperación. De Molly. Solo pueden ser de Molly. Voy corriendo al ropero y estoy desanudándome la capa con dedos torpes, cuando oigo la puerta principal cerrarse de golpe y veo a mi padre cruzar el vestíbulo con la frente brillante de sudor y subir los escalones de dos en dos sin verme siquiera. Lo sigo sin hacer ruido. La puerta de la salita está cerrada y me acerco a escuchar.

—He venido en cuanto he podido —está diciendo mi padre—. En cuanto he podido. Vamos, Margaret, tranquilízate, ea.

—No puedo... No lo soporto. —Los sollozos de mi madre son convulsos. Pongo una mano en el pomo de la puerta pensando que será mejor que entré yo a consolarla, sea lo que sea que la aflige,

porque sin duda lo afrontaremos mejor todos juntos. Pero entonces dice—: ¡Le saca veinte años!

—Es compositor y de gran...

—¡Es un compositor de tres al cuarto de conciertos para oboe!

Se me paraliza la mano. ¿Cómo lo han sabido? ¿Cómo han podido enterarse?

—Su talento está fuera de duda —dice mi padre, pero mi madre ha roto de nuevo a llorar. Pienso en mi nota, la repaso mentalmente y trato de comprender cómo ha podido malinterpretarse así. ¿Es esto una estratagema para obtener mi consentimiento? ¿Qué les ha contado?

Mi padre levanta la voz para hacerse oír.

—Margaret, escúchame. No tenía la más mínima sospecha de que este afecto viniera de tan lejos y estuviera tan asentado. Es demasiado tarde para que yo pueda intervenir.

—Lo conoces de todos estos años y deberías...

—Me niego a poner en duda su honradez o su bondad. —Mi padre habla en tono desafiante—. Jamás he oído una mala palabra de él.

Entonces mi madre habla y empiezo a comprender.

—Está enferma, Thomas.

Transcurre un instante en el que mi cerebro parece lento como el barro.

—¿Sabe él que está enferma? ¿Lo sabe? —prosigue mi madre, con voz quejumbrosa e infantil—. ¿Cómo va a saberlo? No es casadera. Lo sabes tan bien como yo. ¡Él no puede saber hasta qué punto! Es imposible que lo sepa. Lo hemos ocultado, lo hemos mantenido fuera de la vista, ¡y ahora, mira!

—Coincido en que es alarmante —dice mi padre—. Claro que coincido.

—¡Es culpa tuya! ¡Solo tuya! ¡Tú lo trajiste a esta casa cuando todo el mundo sabe que es un mujeriego!

—¡Casi le dobla la edad! ¡No se me pasó por la cabeza que Molly pudiera prendarse así de él! Pensé que sería como... un padre para ellas. Estoy enfadado conmigo mismo. Enfadado con Fischer.

—Entonces, pon fin a esto. ¡Detenlos!

—Es demasiado tarde, Margaret.

—¿Y qué dice él de este asunto? —pregunta mi madre.

—Dice que la quiere. Que entiende sus responsabilidades y que puede proporcionarle una posición confortable. Dice que comprende que ha estado enferma en el pasado y que se hará cargo de lo delicado de su situación.

—Será desgraciada. —A mi madre le tiembla la voz y ha empezado a llorar otra vez.

Estoy paralizada en la puerta. Quiero salir corriendo, pero mis pies se niegan a moverse. ¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puede ser?

—Es un mísero libertino y lo sabes.

—Tú has sido feliz todos estos años con un mísero libertino.

—No es lo que habría querido —oigo decir a mi madre con tono impotente.

Molly, pienso. Se va a casar con Molly. Fischer se va a casar con Molly. No. No puede ser.

—Y hay algo más —oigo decir a mi padre—. Una razón para sospechar que es posible que no tengamos... elección.

—¿Molly? —La voz de mi madre es un hilo incrédulo.

—Eso dice Fischer.

Hay un silencio.

—No está... Es imposible. Está... enferma. ¿Quién querría...?

—Tengo entendido que esa es la situación.

—Esta hija mía es tonta, tonta, tonta. He hecho todo lo posible por evitar algo así.

Vuelve el llanto, atenuado por la puerta, y de pronto lo comprendo todo y siento que voy a vomitar.

—¿Se puede saber qué nos pasa? —dice mi madre entre sollozos —. Primero mi madre y ahora Molly. Somos unos idiotas, todos.

—Pero hemos sido felices, Margaret, a pesar de cómo empezamos. Yo no habría querido otra esposa. Tampoco es tan raro empezar un matrimonio en estas circunstancias. Es posible que le haga bien a Fischer, como me lo hizo a mí.

Oigo un murmullo de infelicidad de mi madre y palabras de consuelo en la voz grave de mi padre.

Aturdida, apoyo una mano en la puerta para sobreponerme, pero la pared parece ceder. ¿Por qué me ha hecho esto Fischer? ¿Cómo? Es a mí a quien quiere. Lo sé. Me lo dijo.

Dios mío, pienso. Por supuesto. Por supuesto. Es la clásica y cómica historia de seducción. Un historieta sórdida. Dos hermanas enamoradas del mismo hombre, como en una vieja balada irlandesa, o de esas comedias de enredo que despiertan risotadas en el público.

Movimiento en las escaleras. Molly está a mi espalda, me mira entre temerosa y triunfal y le saco las uñas igual que un gato.

—¿Qué has hecho?

—No he hecho nada.

—¿Qué has hecho? —insisto.

La voz me tiembla y no parece mía.

—Enamorarme, nada más. ¿No me creías capaz?

—Me..., no puedes...

Hago un esfuerzo por sosegarme, pero el mundo da vueltas y está del revés, y me temo que voy a vomitar.

—No me creías capaz, ese es el problema —dice Molly—. ¡No me creías capaz!

—No vas a..., no puedes...

—¿Qué es lo que no puedo?

—Es imposible. Imposible. Lo has destruido todo, la familia, todo. Mamá está fuera de sí...

En cuanto mi boca forma las palabras sé que estoy mintiendo, que mi enfado no se debe a nuestra madre.

—La pobrecita Molly, a la que nunca querrá nadie —dice—. La pobrecita Molly, que no puede esperar nada de la vida.

—Yo no...

—¿Quién imaginaba que podría tener secretos, y una vida, y algo a lo que aspirar? ¡Que podrían desearme en vez de compadecerme! ¡Tú no, desde luego, porque me prefieres enferma! ¡Te conviene más!

—No —digo—. ¡No!

—Ahora voy a viajar, igual que la señorita Ford, voy a viajar por Europa. Empezaré una nueva vida, y ya no tendrás que preocuparte más por mí.

Mi cabeza se esfuerza por comprender lo que está pasando, por desvelar capa tras capa de injusticia.

—Todo se ha echado a perder. Todo. Lo has...

—Solo me he enamorado. Es de lo más normal y no un motivo de histeria.

Calla un momento. Está jadeando y tiene las mejillas ruborizadas.

—Tú no eres normal, Molly —digo con voz queda y grave.

—Sí lo soy —dice, y veo asomar lágrimas a sus ojos—. Lo soy.

Doy un paso hacia ella, con cautela.

—No estás lo bastante bien para dejarnos y llevar una nueva vida con él.

—¿Qué otra cosa voy a hacer? ¿Qué elección tenemos las mujeres? —dice, y veo que está temblando.

Me acerco un paso más.

—No estás lo bastante bien para hacer algo así y no sabes a qué precio...

Entonces retrocede.

—¿De qué precio hablas? ¿Precio para quién? Para ti, porque te asusta que nadie te quiera nunca y porque solo piensas en ti misma...

—¡Pienso en ti! ¡Pienso solo en ti! ¡No estás lo bastante bien para hacer esto! —El pánico me hace levantar la voz—. Pero él no... Yo nunca nos haría daño, nunca nos separaría ni nos enfrentaría. ¡Yo nunca lo habría hecho!

—¡Pues claro que sí! Si estuvieras enamorada o desearas tener una vida, o al menos la oportunidad de tenerla. Tú con tu «lástima» y tus «cuidados».

Escupe las palabras como si fueran veneno.

—Eso no...

—¿Te consideras más sensata que yo y por eso preferirías que siguiéramos aquí, solteras, sin hijos, retratadas juntas hasta que nos muramos porque ningún hombre será jamás de tu agrado ni tú del suyo...

—Eso no es...

Intento hablar una vez más, pero no me deja.

—Johann me quiere, me ha querido en secreto y con pasión, y me ve como una mujer, no como una... niña, y estás celosa, ¡lo sé! Porque no quieres verme feliz si tú no puedes serlo...

—¡De eso nada! —casi grito, y Molly enmudece—. ¡De eso nada! ¡No es un hombre honorable, Moll! Me quería a mí, durante todo este tiempo me ha pretendido a mí, pero yo nunca le habría dicho que sí, nunca. Se ha reído de las dos.

Hay un instante que se alarga ante nosotras, eterno y horrible, en que veo vacilar a Molly. Está pensando en mil cosas a la vez. Entonces me mira, con el rostro color ceniza.

—¿Quieres quitármelo todo porque no puedes tenerlo tú?

Abro la boca para contestar, pero me ataja.

—¡No somos la misma persona! Yo no soy tú y tú no eres yo! Tengo derecho a mi propia vida, a mis propias experiencias. Crees que porque he estado enferma soy de tu propiedad. ¡Me asfixias! Cuando éramos niñas me... hacías daño, me hacías daño a propósito si no te obedecía. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de cómo tenía las manos siempre ensangrentadas de tus pellizcos y pinchazos? ¿Te acuerdas?

—Me...

—¡Siempre estás siguiéndome, siempre estás encima, tocándome, acariciándome y tratándome como a un perrito faldero! Y ahora quieres hacerlo otra vez porque te asusta demasiado irte, así que buscas retenerme aquí igual que deseas que te retengan a ti, manejarme como has hecho siempre. Pero ¡no puedes! No te voy a dejar. No te dejaré.

De repente me doy cuenta de que Williams está al pie de las escaleras. Lo ha oído todo, la humilde Williams, que ha estado escuchando que el poder que creíamos tener nunca existió. Mi padre ha salido de la salita y también nos mira. Abre la boca para decir algo y yo pienso en él y en sus palabras, una tragedia y una farsa en una misma velada, en cómo me guiñó el ojo y yo reí como si el mundo no tuviera secretos para mí. Doy media vuelta, corro a encerrarme en mi habitación. Me tumbo en la alfombra, como solía hacer cuando éramos pequeñas, y lloro.

Es la humillación. Es la conmoción que me produce comprender lo patético de mi insignificante historia. La pomposidad y la necedad

de mi pequeña peripecia. Ardo de vergüenza. Dos hermanas enfrentadas por un ataque de celos. Me odio a mí misma. Nos odio a las dos. Nos arruinarán la vida, pienso, nos arruinarán la vida estos hombres tan versados que nos rodean, y nuestra única reacción es enemistarnos.

Pero también recuerdo su seriedad. Su delicadeza. «Quiero saber lo que piensa, Margaret. Quiero oírlo.» No parecía de esa clase de hombres. Los vividores, los tontos pendencieros sobre los que leo en los periódicos, que seducen a hermanas y abandonan a jóvenes doncellas. Pero quizá esos hombres tampoco aparentan lo que son. Quizá por eso nos resultan deseables.

Sé que para mí es el final, que prefiero morir intacta que permitir que se me despoje de todo lo que soy, de lo que valoro y amo, en un juego regido por estas reglas. Y sé, con áspera y fría lucidez, que si las palabras no se sustentan en acciones, entonces carecen de todo valor.

Antes de la boda, mi padre pinta a Johann Christian Fischer, en un gesto de fe, o quizá de aprobación. Una señal de que todo va bien. Un mal matrimonio no favorece el negocio. Pero a mi padre le encantan los mensajes ocultos, hacerse visible incluso cuando solo el retratado, y solo él, llena el lienzo. De manera que, aunque es posible que solo él y yo lo sepamos, elige reutilizar una pintura anterior como base. Es un retrato de Shakespeare, que posa con elegancia entre la tragedia y la comedia. «Siempre van juntas, Peg.»

Fischer evita mirarme a los ojos cuando toma el frágil brazo de mi hermana y salen al sol del invierno. La mano de ella descansa leve en su vientre y él pone la suya encima, como si estuviera orgulloso. Como diciendo que la mantendrá a salvo. Yo siento desdén, rabia, indignación furiosa. Pero más tarde, durante el convite, cuando los ojos grises de él buscan los míos, creo que se me va a partir el corazón en dos de dolor.

MEG

—No puedo. —la voz de Meg es un graznido. Prueba de nuevo—: No puedo.

El hombre está acuclillado cerca de ella, tanto que es probable que alcance a oler su sudor rancio, y Meg ve que se le transparentan las rodillas dobladas bajo las medias.

—Está cerca de aquí y te puedo acompañar. Te acogerán, si prometes trabajar en cuanto nazca la criatura. En tu estado no te conviene andar por la calle.

Meg lo mira deslumbrada por el sol de la mañana. Hay amabilidad en los ojos de este hombre. Hay arrugas alrededor de ellos. Dar explicaciones es demasiado difícil. No puede decirle que debe seguir en la calle, que debe seguir buscando hasta el último momento, hasta que no quede esperanza. Porque no sabe si sobrevivirá al parto, y ella y solo ella es el vínculo entre este niño y su padre. Si ella no está, la cadena se rompe. Pero no encuentra las palabras y, en cualquier caso, el hombre la consideraría una fantasiosa. Y tal vez lo sea. No le queda nada a excepción de un chelín y solo le queda rendirse al destino o mendigar. Así pues, mendigará.

—No puedo.

El hombre se quita el sombrero y se rasca la cabeza antes de volver a ponérselo. Emite una suerte de suspiro pesaroso y se pone de pie con un sonoro crujido de las rodillas.

—Muy bien.

Se mete la mano en el bolso y se inclina para depositar una moneda en la mano de Meg, la aprieta con sus dedos cálidos y se marcha calle abajo. Un chelín que centellea, perfecto, en la luz del sol de principios de primavera. Meg quiere llorar de alivio y de gratitud, pero está demasiado cansada. Aprieta la moneda, semanas de supervivencia concentradas en un círculo diminuto y duro, y se pone de pie.

Encuentra un lugar donde le sirven un cuenco humeante de gachas y se sienta a comerlo, escondiendo sus dedos helados, agrietados, sus uñas negras, en los pliegues de la falda para evitar llamar la atención. Cada cucharada se desliza, caliente y espesa por su garganta y con el alimento recupera la esperanza. Comida y esperanza. Antes nunca pensó que estuvieran relacionados. Ahora le resulta obvio, como muchas otras cosas que ignoraba.

Cuanto más ha empeorado su situación, más difícil ha sido no despertar sospechas. Le ha costado más trabajo acceder a los lugares

en que es posible encontrar a Frederick. La pobreza trae el miedo a una habitación. Como si fuera contagiosa. Si eres rico y te detienes un instante en la calle, es que te has perdido. Te conviertes en alguien a quien rescatar, a quien auxiliar. En cambio, si eres pobre, eres alguien a quien temer. Hasta una mujer resulta temible, algo a lo que Meg no estaba acostumbrada. Alguien a quien dar puntapiés, escupir o, sencillamente, evitar. Y cada vez se ha vuelto más imposible pensar en volver, hinchada, derrotada y sucia, a Harwich.

Su suerte cambió en febrero, cuando el suelo estaba helado y la criatura llegó a abultarle de tal modo las faldas que era como si se hubiera formado de un día para otro. Liz se detuvo en el centro de la cocina y de pronto su rostro cansado adoptó una expresión de violenta hostilidad.

—Serás zorra...

Meg cogió sus cosas y se fue sin decir palabra. No tenía demasiado sentido discutir. Al fin y al cabo, la descripción era acertada. Había contado con que ocurriría, por supuesto, y había ahorrado su jornal por eso. Al menos ahora podría dedicar cada minuto del día a buscar a Frederick. Pero aquello había sido más de un mes atrás, cinco largas semanas antes, y la penuria, la mugre se han apoderado de ella igual que una enfermedad reclamando a su víctima.

Piensa que debe de faltar un mes para que nazca. Ha oído que habrá un partido de críquet en una aldea a las afueras de la ciudad al que puede asistir quien así lo desee, y gratis. Al día siguiente camina durante siete horas. Ha hecho cosas así antes, caminar un día entero hasta un pueblo cerca de Hampton Court donde hay mercado y una vez allí comprobar, dolorida y rota, que no hay señales de él. Ya no llora. Se limita a comer algo, a descansar y a volver por donde ha venido. En ocasiones tiene la sensación de que el fin ya no es encontrarlo a él, sino seguir buscando.

Poco antes de llegar a la aldea de Kew se une a la muchedumbre que se dirige hacia una explanada de hierba bajo el nuboso cielo de abril. Junto a un árbol hay un juglar lanzando bolas tan alto que parecen rozar las ramas. Una banda de música. Parejas entregadas al cortejo que no ven más allá de sus narices. El despliegue habitual en estas ocasiones. Meg mira más allá. Hacia delante. Allí donde termina el verde, hay dos tiendas de campaña rodeadas de banderines que aletean. Detrás de las tiendas pastan los caballos del carruaje de Frederick. Al verlos, los jirones de esperanza alojados en su interior se hinchan. Resulta que siguen ahí, aleteando igual que las banderas en la ligera brisa primaveral.

Avanza hasta situarse delante de unas pocas personas que se han ido congregando a la salida de las tiendas, junto a las cuerdas. Hay

una anciana con tres niños que no paran quietos, se le enredan en las faldas como si quisieran liberarse. «Para, Bess —dice la mujer—. Para o te llevaré a casa y tu padre te dará una buena tunda. Eres una niña muy traviesa. ¡John! Para y pórtate bien.» Meg mira a la traviesa Bess, quien le sonríe desde la tienda de campaña que se ha hecho con la capa de su abuela. Los tres chiquillos son como culebras que tratan de morderse las unas a las otras. Al menos ella solo va a tener uno, piensa. Y no habrá un padre con cuyas tundas amenazarlo.

—¿Está dentro el príncipe de Gales? —pregunta a un hombre grasiento que está a su derecha.

—Sí, guapa. Esperando a que empiece el juego. ¿Qué? ¿Tienes ganas de verlo?

Meg casi se echa a reír.

—Sí.

Le sudan las palmas, está jadeando. Es demasiado fácil. ¿Frederick va a salir y pasar por su lado sin más? ¿Es tan sencillo como que salga de la tienda y la encuentre esperando al sol? Claro que este lugar no es como un palacio, lleno de puertas, muros, guardias y un laberinto de estancias que recorrer. No es más que un trozo de tela que aletea. Pero, qué arriesgado. Está demasiado sucia, tiene demasiado aspecto de indigente para que no la detengan y se la lleven en cuando se descubra la situación.

De pronto se oye un grito. El corazón le golpea las costillas igual que una campana de hierro. Apoya el peso del cuerpo en los talones, preparada para salir disparada, como en una carrera, y entonces alguien retira la lona que cierra la tienda de campaña.

Sale un hombre con casaca azul, luego otro y Meg está tomando aliento para gritar, cuando recibe un empujón en la espalda. Está a punto de tropezar con la cuerda y tiene que sujetarse el vientre para proteger al niño. Entonces la obligan a retroceder hasta un grupo de mujeres que se abren paso a codazos, entre risas y exclamaciones. Meg no ve nada, no se la ve ya tampoco y lucha por avanzar de nuevo. Ha salido gente de no se sabe dónde, cientos de personas que empujan y chillan. A estas alturas debería estar acostumbrada, al gentío que se forma a la menor noticia de él, a cómo hombres sensatos, mujeres inteligentes pierden la compostura y empiezan a sonreír y vitorear. Se vuelven estúpidos, como niños, empujando para vislumbrar alguna cosa, aferrándose a la posibilidad de encontrar significado, trascendencia en un atisbo de la realeza cuando pasa cerca de ellos. Se oyen gritos de «Dios salve al rey» y la banda está en algún lugar a su espalda con su estruendo metálico y todo es caos. Los guardias los obligan a retroceder, pero cuando más se empeñan, más empuja la gente, más se arrastra hacia delante.

«¡Frederick! ¡Frederick!» Las voces salidas de todas partes acallan

la suya, la ahogan cuando intenta hablar. No va a hacerse oír, no podrá. Es inútil. Si chilla, la tomarán por loca y se la llevarán por la fuerza. Avanza, arañando igual que un gato, ha empujado a la niña Bess y leído el miedo en sus ojos vueltos al cielo sin remordimientos, cuando recibe un fuerte codazo en un costado. «Tranquila, guapa —le dice pegado a su oreja el hombre grasiento—. Cuidado con los niños.» Meg hace caso omiso. Está demasiado rezagada. «¡Frederick!» El pánico le atenaza el pecho. Frederick camina a grandes zancadas, como acostumbra, con el palo de críquet colgando de la mano. Pasará junto a ella una sola vez, lo bastante cerca para oírla, y a continuación seguirá su camino llevándose consigo la última brizna de esperanza que le queda. Está sucia. Exhausta. Casi rota. Le queda un único momento. Hace acopio de todas sus fuerzas. De todo su aliento.

—¡Griff!

Él levanta la cabeza de inmediato. Escudriña el gentío. Como si ese nombre lo asustara y también las personas que lo llaman por él.

—¡Griff!

Sus miradas se encuentran. Algo inunda el cuerpo de Meg. Una emoción que no es ni alivio ni miedo. Entonces él retrocede y, por un momento, Meg piensa que se marcha. Da media vuelta y se aleja, se aleja de ella, del campo, en dirección a la tienda.

—Ahora sí que la has liado, niña —le dice el hombre grasiento mirándola con perplejidad y creciente pánico—. ¿Se puede saber por qué has dicho eso? ¿Qué es eso de Griff? ¡Por Dios!

Meg se seca las palmas en el vestido e intenta asomarse por encima de la cabeza de la mujer que tiene delante. Frederick está hablando con alguien, uno de los hombres con casaca azul que Meg recuerda de Harwich, y la señala con el dedo. Los pierde de vista un instante cuando la empujan desde detrás y está de puntillas en los chanclos, mirando a derecha e izquierda, cuando alguien la toca en el hombro y la hace volverse.

—Ven, por favor. —Ve que se trata del más alto de los alemanes de Harwich, ¿se llamaba Kleist, Klast?, y siente ganas de abrazarlo como a un viejo amigo. Quiere apoyar la cabeza en su casaca azul y llorar. Ve la mirada de él detenerse en su vientre y algo que parece desdén, o quizá solo fastidio, asoma a su cara.

—Oiga, no ha hecho nada malo —dice el hombre grasiento a pesar de que Meg ve que está nervioso—. No ha dicho nada.

—No se preocupe —le dice Meg tocándolo en el hombro—. No pasa nada.

—No pueden llevársela así como así —dice el hombre, desafiante —. ¡Eh! —La voz le tiembla un poco—. ¡Eh!

Meg sigue al hombre de uniforme azul entre el gentío, que se abre a su paso para volver a cerrarse casi de inmediato. Se alejan de la

masa enfervorizada y ruidosa de gente que discute y se empuja, cruzan la hierba mojada cuya húmeda sombra le trepa a Meg por las faldas. El hombre alto se hace a un lado y, con una inclinación de cabeza, abre la tienda. Meg entra. Nunca ha estado dentro de una tienda de campaña. En su fresca penumbra todo huele distinto. A tierra.

Espera de pie, a pesar de que hay una hilera de sillas talladas color crema junto a una de las paredes de lona. Se siente demasiado sucia para sentarse. De manera instintiva se lleva una mano ennegrecida y agrietada al vientre en una suerte de comunicación privada, invisible, con la criatura que hay dentro, como si quisiera decirle que la protegerá de lo que sea que esté por suceder. O quizá el mensaje es para sí misma. Quizá quiere recordarse que no está sola. Que son dos. Superioridad numérica. Se ha jugado la vida de ambos en una apuesta. Ha sido su primera acción como madre. Y ahora ha llegado el momento de descubrir los naipes.

—Meg.

Levanta la vista y lo ve en la entrada a la tienda con el ceño fruncido. El momento ansiado durante tanto tiempo le parece irreal. Un sueño. En los sueños que ha tenido, cuando él la encuentra, la tira al suelo de un puntapié, o coge al niño de ambos en brazos y la besa, o el niño se ha convertido en pez, o ha muerto, o ha salido corriendo con extrañas piernas de recién nacido y todas las veces Meg se ha despertado desorientada y conmocionada por esas visiones fugaces. Ahora Frederick está ante ella, en carne y hueso, ni dándole puntapiés ni tampoco besándola, solo mirándola, serio y con expresión confusa, en la penumbra de la tienda.

—Perdón —dice Meg, y de inmediato siente deseos de abofetease—. Quiero decir que... perdón por... por presentarme aquí..., pero...

—Está bien. No pasa nada. —Frederick da un par de pasos hacia ella—. Dios mío —dice—, un hijo.

—Sí.

Meg se mira el vientre abultado bajo las faldas y reprime el impulso de pedir perdón una vez más.

—*Ach. Mein Gott.*

Frederick se frota la frente, la línea en la que los mechones grises de su peluca se encuentran con la piel.

—Lo sé.

—A mi padre no le va a gustar.

—Al mío tampoco —dice Meg con media sonrisa.

—¿No encontraste a nadie con quien casarte? ¿Aquel chico que te miraba siempre con ojos de cordero degollado?

—¿Hal? —Meg no puede evitar reírse.

—Sí, ese. Hal. U otro. Que se hiciera cargo de ti.

Meg lo mira.

—No quise —es lo único que dice.

Frederick se rasca la frente.

—Esto no me conviene, Meg. No me conviene.

—Lo sé, lo sé. Necesito ayuda. He venido a pedir ayuda. No quiero nada aparte de dinero.

Un calor rojo le sube por la cara al pronunciar estas palabras, pero aprieta los dientes.

—¿Dinero?

—Sí. Necesito dinero. Para mantener al niño lejos de mi padre. A salvo. Y luego te dejaré en paz, lo prometo.

—Tendré que hablar con algunas personas. Mis consejeros. Los consejeros de mi padre, puesto que soy su... su *puppe*, su títere. Por el momento.

—¿No tienes...? ¿No llevas dinero encima ahora mismo?

Le arde la cara, pero no puede, no tiene intención de salir de allí con las manos vacías. Con solo una promesa.

Frederick suspira.

—Es complicado, Meg. Todo es muy complicado. Pierdo mucho dinero jugando. Y no quieren darme más.

—No tengo donde dormir.

—No deberías haberte ido de casa.

Meg se mira las manos. La ira empieza a subir dentro de ella igual que una marea y necesita controlarla. Es preciso. ¿Puede en realidad culparlo a él cuando ella misma ha apostado tan fuerte? Levanta la barbilla y lo mira a los ojos.

—Necesito dinero.

—Espera aquí. Espera un momento. —Frederick va hasta la entrada de la tienda—. ¡Kleist! —llama, y casi al instante el hombre alto aparece.

Estaría escuchando, piensa Meg. Siempre andaba merodeando, vigilándolos. Frederick empieza a hablar en alemán y Kleist escucha con el ceño fruncido e intercala alguna que otra breve interjección. El modo en que forman las palabras sus bocas, en que sus lenguas se ajustan a los sonidos, le recuerda a Meg a los días en la posada, a otra vida. El calor y el cuerpo largo y blanco de él en la oscuridad.

Kleist desaparece y, por un instante, Frederick y ella se miran.

—Es mi primer hijo este —dice Frederick señalando el vientre de Meg con un gesto de cabeza.

—También el mío —dice Meg con sequedad.

—No quiero... No quiero que sufras.

—Así funciona el mundo —dice Meg, y le da la espalda, atajando así el conato de ternura antes de que todas las cosas que mantiene

cuidadosamente guardadas, la ira y el miedo, afloren como respuesta al mismo—. Pero necesito... Necesito ayuda material.

—Es mi obligación —dice Frederick con una inclinación cortés de la cabeza, como si alguien lo hubiera preparado sobre qué decir el día en que, inevitablemente, se encontrará en una situación como esta. Es con lo que contaba Meg. Con su cortesía. Lo ha apostado todo ahí y, por primera vez, atisba un destello de posibilidad. De victoria.

Kleist vuelve con algo y Frederick lo mira con alivio evidente. Hablan de nuevo en alemán y a continuación Frederick pone en las manos de Meg una bolsa llena de monedas. Meg siente deseos de abrirla, como si fuera un pan que pudiera meterse en la boca; quiere contarlo y tocarlo y palparlo, calcular a toda prisa cuánto tiempo le permitirá sobrevivir. Pero lo que hace es sujetarla fuerte con la mano cerrada, digna, y mirar a Frederick a los ojos mientras este le da algo más. Un trozo de papel en el que hay garabateada una dirección.

«5, Grosvenor Square.»

Y, debajo, en escritura desgarbada:

«Beaufort».

—Ve aquí mañana a las dos y me reuniré contigo. ¿Sí?

—Sí.

—Bien.

—Gracias —dice Meg, y amaga lo que confía que parezca una reverencia. La palabra le ha resultado más difícil de pronunciar de lo que había esperado, de modo que la repite haciendo acopio del inmenso alivio que siente y transformándolo en gratitud—: Gracias.

Frederick esboza una sonrisa tensa, de preocupación, y Meg hace ademán de marcharse, pero él la retiene.

—Meg.

Se mete la mano en el bolsillo y le da una cajita de oro, tan pequeña que le cabe a Meg en el puño. La examina, se fija en lo intricado del grabado; en la florida letra F de la tapa.

—Por si acaso —dice Frederick.

Por si acaso ¿qué?, se pregunta Meg, ¿qué es? ¿La advertencia de que es posible que falte a la cita? ¿Un regalo que la proteja hasta que vuelvan a verse? La abre. Dentro solo hay restos de un polvo negro y, en cualquier caso, Frederick ya está dándole la espalda, despidiéndola. Meg sale de la tienda a la luz del sol, borracha de triunfo. Nota las miradas de Frederick y de Kleist cuando sale guardándose la bolsa de monedas y la cajita dorada en la faltriquera que lleva colgada del cinturón, dentro de la falda y enterrándolas en los pliegues de lana. Hace un sol deslumbrante y se detiene un instante a protegerse los ojos, desorientada y sin dejar de pensar en las posibilidades de comida, de abrigo, de resguardo que se abren ante ella ahora. No ha ganado del todo la apuesta, por supuesto. No del todo. Pero casi. Mira

a su alrededor en el día de verano, a la gente que pasea, los niños que juegan a tula en el borde del prado comunal, que chillan y aúllan y se pelean, que no saben que todo ha cambiado para siempre.

Para su sorpresa, el hombre grasiento espera, con las manos en los bolsillos, a una distancia prudente de la entrada a la tienda. Cuando ve a Meg, cruza corriendo la hierba con expresión de evidente alivio.

—Por Dios, niña, me tenías preocupado.

—Ah... Gracias por esperar.

—Estaba sudando, si quieres que te diga la verdad.

—Estoy bien, se lo aseguro.

—Si alguien te molesta en el camino de vuelta a casa, tú da mi nombre, John Burr. No es que pueda hacer gran cosa ya, pero lo que esté en mi mano, lo haré.

—No me pasará nada, estoy segura.

El hombre se saca un trapo viejo de la manga y se seca la cabeza y Meg se pregunta cómo sería tener un padre, o un marido así, que esperara y se preocupara y sudara por ti hasta tal punto que necesitara enjugarse la frente, no porque le fueras útil, sino por cariño. Por amabilidad. Hal lo habría hecho, piensa, y siente una punzada de algo.

—No te habrán maltratado, ¿verdad? —pregunta el hombre mientras se guarda el pañuelo en la sucísima manga no sin dificultad.

—No, no, qué va... Solo ha sido una regañina, ¿sabe usted?

El hombre menea la cabeza.

—Has de tener cuidado, guapa. Con estas cosas no se andan con chiquitas. Son demasiadas las amenazas de muerte al teutón. Yo no querría ser rey. Que intentaran pegarme un tiro. Tener a chiflados chillándome. No me refiero a ti —se apresura a añadir.

—Ya lo sé —dice Meg con una sonrisa.

—Bien. Y ahora vuelve a casa con tu marido y no te metas en líos.

Meg ríe, se despide con un gesto de la mano y el hombre hace lo mismo, antes de irse meneando la cabeza. Meg cruza la hierba hacia la calle mientas su corazón toca una retreta desenfrenada de libertad y alivio y su mano coge con fuerza el bulto macizo y cálido del oro que lleva en el bolsillo.

Pasa la noche en el Swan with Two Necks y cuando se cruza con las diligencias que doblan la esquina serpenteando, con los cocheros que refunfuñan, maldicen y escupen en la acequia, es como volver a casa. Durante el camino de vuelta por las calles de la ciudad se ha apoderado de ella un deseo irrefrenable de comprar todo lo que veía, pasteles y chales y salvia para las manos, de hacerse remendar los zapatos, de apurar el amargor espumoso de una pinta de cerveza, de comprar ostras a un vendedor callejero y dejar que su frescor salado le baje por la garganta. Pero ha de tener cuidado. Ahora puede

sobrevivir hasta que nazca el niño, pero, más allá de eso, todo es incertidumbre.

Compró una única cosa, a un hombre sin piernas sentado delante de una colección de objetos tallados repartidos sobre una tela roída. Un cepillo de pelo pequeño con un suave mango de madera. A continuación se escondió en el húmedo callejón entre dos edificios y se lo pasó una y otra vez por la melena apelmazada.

En la alcoba abuhardillada del Swan, el colchón de paja le parece de plumas y la manta, de seda. Saca la cajita de oro y acaricia con el dedo la letra F, los delicados pájaros rojos y flores verdes de los bordes. Es tan hermosa que le inspira una sensación extraña. Se pregunta por cuánto dinero podrá venderla.

Antes de dormirse, con una mano aferrada al dinero bien pegado a su cuerpo, se dice que el sufrimiento casi ha merecido la pena. Para apreciar el placer de algo que, antes de perderlo, no parecía gran cosa.

Se despierta temprano. El cielo empieza a abrirse. Deja atrás cuerpos dormidos y sale al aire de la mañana. Cripplegate se alza como un guardián de la ciudad y, al cruzarlo, Meg toca la pared de piedra áspera para que le dé suerte.

Llega hasta Mayfair después de un larguísimo proceso de preguntar a distintos viandantes, a través del laberinto que es la ciudad, aceptando indicaciones de cualquiera que esté dispuesto a ofrecerlas. En al menos dos ocasiones termina caminando en círculos, dando palos de ciego por culpa de un bromista o un tendero engreído. Pero poco a poco logra acercarse y las calles se ensanchan. Recorre toda Bond Street, sus chanclos repiquetean en el empedrado, deja atrás los coches de alquiler, orfebres, sastres, sombrereros y lutieres. Y aquí está de nuevo, esa indefinida emoción que la recorre, esa energía que es como la atracción del mar de Harwich, pero menos melancólica.

Compra una manzana a un vendedor que hay en una esquina, la sopesa en la mano, la inspecciona en busca de magulladuras, sin atender al hambre voraz que ruge en su estómago, y se sienta a comerla en los escalones de la iglesia, saboreando su dulzor. Aún no está a salvo. Aún no está segura. Ahora, cada vez que camina se le hinchan los tobillos. Los mira asomar bajo las faldas mientras mastica la manzana. Dos peces hinchados. Ya está cerca, el momento. Faltan unas pocas semanas, quizá. El dinero del día anterior tendrá que durarle hasta entonces, así pagará una habitación en la que dar a luz y tal vez a una mujer, y luego... Entonces cae en la cuenta de que si Frederick no le da nada, si no tiene nada que darle, no hay esperanza alguna. Solo le quedará Harwich.

Cuando las campanas de la iglesia dan la una y media, cruza Oxford Street y se encuentra un conjunto de opulentas casas

dispuestas en cuadrícula, algunas a medio edificar, otras terminadas, que se levantan vacías y vastas bajo el calor del cielo londinense. Por todas partes hay jardines, pero están recién plantados, de manera que todo parece inmaduro y frágil. Húmedos montones de tierra rodean la base de los setos. Los tallos equidistantes de rosales nuevos forman filas pequeñas y pulcras.

—Perdón —le dice a un jardinero encorvado sobre una hilera de anémicos arbustos de lavanda—. Estoy buscando Grosvenor Square.

El hombre se limpia las manos en el cuero de su casaca y se endereza.

—En primer lugar, no se pronuncia Gross-venor. —Señala con el dedo—. A la izquierda y después a la derecha. No tiene pérdida. Es una plaza enorme. Grove-nor. ¿No querrás parecer tonta?

—No —dice Meg—. No quiero. Gracias.

—Pero que sepas que está a medio terminar. Por este barrio más vale ir deprisa, o te edificarán encima. Te tumbas en un prado a echar un sueñecito y te despiertas en el salón de alguien.

Meg ríe y baja la calle hasta llegar a una ancha plaza, la mayor que ha visto nunca. En el centro está vacía, un desierto empedrado que cruzan una o dos personas. Un hombre a pie llevando una carta en la mano. Un sirviente paseando un puñado de perritos color crema.

Es curioso cómo compran espacio los ricos, piensa Meg, más aire, más separación entre unos y otros. ¿Es lo que elegiría ella? En cierto modo, esta tranquilidad creada por el hombre la asusta. No es un espacio grande y abierto de naturaleza, sino algo artificial.

Carece de instrucciones sobre a qué puerta llamar, sobre qué decir, más allá de una palabra: Beaufort. Vuelve a consultar el trozo de papel que lleva en la mano, la b, la f y la t se despliegan como proclamando la solemne relevancia de sus contornos y se lo guarda de nuevo en el bolsillo. ¿Se pronunciará Beo-fort? ¿Beou-fort? Tal y como le ha dicho al jardinero, no quiere parecer tonta. Sube los escalones blancos hasta las columnas que flanquean una puerta negra reluciente y llama. Cuando abre la puerta un lacayo inmaculado e impasible, le entrega el papel sin decir palabra. El lacayo la invita a entrar con una inclinación de cabeza y cruzan un vestíbulo que apesta a pintura fresca y a carpintería reciente hasta llegar a una sala que tiene las paredes cubiertas de libros. Es una habitación de hombre. Toda barniz oscuro y sapiencia.

Frederick espera inquieto junto a la ventana y, a su lado, en una silla de alto respaldo, hay un hombre sentado con una pierna cruzada sobre la otra y tamborileando en el cuero de la tapicería con dedos blancos y llenos de anillos. Es de la misma edad que Frederick, calcula Meg, tendrá unos veintiún años y rezuma lazos, terciopelos, sedas, joyas. A su lado Frederick parece un lacayo.

—Meg —dice Frederick enseguida, y señala una silla frente al desconocido—. Toma asiento, por favor. No quiero que estés de pie.

Siempre tan cortés. Con cautela, Meg cruza la habitación y se sienta en el borde del cojín, que gruñe bajo su peso igual que un animal importunado. En la severidad de la habitación recién terminada se siente sucia, sudorosa. Coge con fuerza la cajita de oro en su bolsillo y acaricia los dibujos finamente labrados como si pudieran darle suerte.

—Te presento a Henry —dice Frederick. A Meg se le hace extraño que un hombre tan sumamente refinado, de posición tan elevada, tenga un nombre tan sencillo. Henry. Hal—. Es el duque de Beaufort. Es... un buen amigo mío.

Meg mira al hombre de dedos blanquísimos. Sus ojos son suaves almendras. Bou-fort. Amigo o enemigo, se pregunta.

—Me encuentro... en una posición delicada —continúa Frederick caminando de un lado a otro—. Mi padre no me permitirá reconocer a un hijo.

—Qué lástima —no puede evitar decir Meg, y el duque de Beaufort deja escapar lo que parece una carcajada, explosiva, atónita.

—Nunca eres... ¿cuál es la palabra?... Humilde, Meg —dice Frederick antes de darle la espalda y ponerse a mirar por la ventana, como si estuviera exasperado—. Has de ser más humilde.

Meg se muerde el labio. Para sobrevivir a esto, para conseguir lo que quiere, debe ser ladrona, fregona, navegante, guerrera, cocinera, prostituta; debe soportar ampollas, soledad y dolor, debe trabajar duro, ser fuerte, decidida e inquebrantable, no debe ser una tonta y ahora, además, debe mostrarse humilde.

—Perdón —dice.

Frederick pasa los dedos por una colección de rocas que hay sobre una mesa baja, rosas, violáceas y verdes, un paisaje fantástico en miniatura. El duque rompe el silencio con voz queda.

—No tiene que ser nada, Frederick, excepto discreta.

—De acuerdo. —Frederick se vuelve—. Quiero cumplir con mi obligación para contigo, Meg. Como sabes, no estoy en situación de ofrecer un..., mi padre no me permitirá, de momento, ni reconocer ni... ni dar dinero... a un hijo ilegítimo.

A Meg se le acelera el corazón.

—Me considera un novato, demasiado desconocido para el pueblo inglés como para inaugurar mi presencia aquí con un escándalo. Y puesto que estoy soltero, reconocer a un hijo podría... ¿qué palabra es la que usa, Henry?

—Conturbar.

—Ah, sí. Conturbar.

Conturbado te voy a dejar yo a ti ahora mismo, piensa Meg, como

no vayas al grano de una vez. Está sudando, tiene el labio superior cubierto de finas gotas.

—Teme que dañe la Corona. No lo considera... posible.

Ahora Meg está asustada. El niño le oprime el vientre; apretujado en su capullo, le asesta pequeños y bruscos golpes en las entrañas. Aguarda, por los dos.

—No se me permite administrar mi propio dinero. Mi padre lo hace. He contraído algunas... deudas aquí, en Londres, y lo desaprueba.

Dios, piensa Meg, ¿y a mí qué me importa?

—Henry no está casado. No despertará habladurías. Estas cosas pasan. No tiene demasiada relevancia. Se ha ofrecido a... a hacerse cargo de ti y de la criatura.

Los dos hombres la observan con atención. Los ojos de Meg se encuentran con los de Henry. El nuevo padre de su hijo, al que hasta hace unos minutos ni conocía. ¿Importa eso? ¿Debería importar? No está segura de si no la estarán embaucando.

—¿Por qué?

—Porque es mi amigo —dijo Frederick.

—Porque quiero ayudar —dice Henry, calmado—. Es un asunto que me importa, la protección de las madres. Y, naturalmente, también me importa Frederick. Solo quiero ayudar.

—Henry —dice Frederick— es... *ein Philantrop*.

Menea la cabeza como exasperado consigo mismo.

—Un filántropo —dice Henry.

—Un filántropo.

Meg asiente en silencio mientras sigue mirando alternativamente a los dos hombres. Esto no es lo que esperaba. Está desconcertada. Se pregunta por qué no habla nadie de dinero. El dinero lo es todo, es crucial, es vida o es muerte. La razón de que esté allí. Y entonces, sin darse siquiera cuenta de lo que dice, las palabras salen de su boca.

—¿Y el dinero? —pregunta, porque no soporta un instante más de incertidumbre y también porque no tiene tiempo para disimulos.

—Henry proveerá doscientas libras anuales que se asignarán al niño hasta su muerte.

A Meg empiezan a temblarle las manos. Quiere ponerse en pie de un salto y caminar por la habitación, correr a la calle. ¿Doscientas libras anuales? Ha estado viviendo con dos. Doscientas libras anuales significan habitaciones privadas. Un sirviente. Ropas, comida, chimenea propia. Medicinas. Seguridad. No le faltará nada. No tendrá que fregar platos hasta que los dedos se le agrieten y le sangren. No pasará hambre. No la pegarán. Nota el pulso en el cuello, veloz y desenfrenado. Se le llenan los ojos de lágrimas y pestañea para contenerlas. Refrénate, Meg, Refrénate. Parecerás avariciosa.

Frederick sigue hablando.

—Se lo devolveré cuando herede mis títulos. Pero ha de mantenerse en secreto. Si se sabe, si se rumorea siquiera, el acuerdo cesará de inmediato. ¿Lo entiendes?

Meg asiente con la cabeza.

—Sí —dice en un susurro para subrayar que lo entiende, lo entiende a la perfección—. Gracias.

Mira a ese hombre, Henry, llegado de ninguna parte a salvarlos, igual que si la hubiera apartado del borde de un puente o le hubiera hecho una sangría con sus propias manos. Y entonces dice:

—Pero...

Los dos hombres la miran, sorprendidos.

—¿Cómo puedo fiarme?

El duque de Beaufort la mira con ojos amables.

—¿Cómo no vas a hacerlo?

Se compra un anillo de casada en un prestamista, un aro de oro delgado, y se lo pone. Se hace remendar las botas por un zapatero en su puesto, sus ágiles dedos trabajan el cuero devolviéndole su forma, reforzándolo. Entra en una tienda con escaparate y se compra una capa de verano con una cinta en la capucha, una única tira de triunfante color enhebrada en sus oscuros pliegues. Se procura un almuerzo a base de pastel, cerveza y pan tierno con mantequilla y disfruta de cómo el calor y la cremosidad espesa le bajan por la garganta. Se compra una bolsa de viaje, guarda en ella el resto de sus cosas y tira el viejo hato al río.

Entra en una casa de huéspedes en Chelsea.

—Soy viuda —dice— y voy camino de casa de mi madre a descansar una temporada, pero antes debo quedarme unos días en Londres.

Los ojos de la mujer la examinan de arriba abajo. Reparan en la elegante cinta amarilla que serpentea en la capa, en el anillo de casada, en la bolsa de viaje que brilla recién encerada.

—Muy bien, señora...

—Burr —contesta Meg—. Señora Burr.

Y la mujer se hace a un lado para que entre en un pasillo ligeramente perfumado.

La conduce hasta una habitación pequeña con una cama y una ventana baja que da al empedrado. De fuera llegan las voces de los vendedores callejeros y Meg piensa en que podrá salir y comprar lo que sea que ofrezcan, y sentarse al sol de abril a saborearlo. La mujer cierra la puerta al salir y Meg queda sola en la quietud. Hay un espejito, del tamaño de su mano, colgado de una cadena en la pared. No recuerda la última vez que vio su imagen reflejada. Se sitúa frente a él y sus ojos le devuelven la mirada, repentinos y sobresaltados. Es

como ver a una desconocida. Pues hola, piensa. Otra vez tú.

Suelta la bolsa, deja que la capa caiga al suelo y va hasta la cama. Se tiende sobre las suaves sábanas con los ojos cerrados y siente que el mundo sigue girando y chillando y bullendo a su alrededor, pero que ella, por fin, ya no forma parte de la tormenta.

PEGGY

Vacía

Cuando me despierto la mañana después de la boda, por primera vez desde que tengo uso de razón no sé dónde está Molly ni lo que hace. Cuando alguien expresa una opinión y me pregunta la mía, no puedo mirarla antes para conocer la suya, para comprobar qué pensamos, si nos resulta divertido o extravagante. En lugar de ello, titubeo y digo que no lo sé. No sé lo que pienso. Han retirado el andamio y las paredes no se sostienen.

Paso semanas sin verla. Asisto a bailes, puesto que, por una vez, ese es el deseo de mi padre, pero me quedo muy rígida cerca de la pared y mantengo conversaciones rígidas con los ojos fijos en la puerta cada vez que se abre, atenta a cada pareja llegada de la oscuridad exterior.

Mi madre invita a la hija de una amiga a pasar la tarde conmigo, una chica delgada y picada de viruelas, y mantenemos una conversación cortés y envarada acerca de bailes, sombreros y otras personas, y cuando se marcha está anocheciendo y dice, ah, tiene usted que venir al baile de la semana que viene y yo digo sí, sin falta y hasta la vista. Luego me siento en el salón a mirar consumirse el fuego y a pensar en él, en ella, en ellos. Me pregunto dónde vivirán, qué comerán y de qué hablarán cuando se apagan las velas. Me pregunto si sabrá él tocarle la frente cuando Molly se despierta, sudorosa, y calmar así sus gritos angustiados. Me pregunto si la tratará bien.

Mis padres intentan persuadirme de que visite a Molly, de que acompañe a mi madre, que ponga buena cara al mal tiempo.

—Me rompe el corazón veros así de distanciadas —dice mi madre cuando estoy sentada muy recta al piano perpetrando un vals con los dedos aporreando rígidamente las teclas—. Solo os tenéis la una a la otra, Peggy. Solo os tendréis la una a la otra cuando tu padre y yo faltemos.

—En absoluto —digo mientras le doy la vuelta a la partitura sin levantar la vista—. Molly tendrá al señor Fischer y a una docena de criaturas que tocarán el oboe.

—Me has entendido perfectamente —dice mi madre, pero nada me hace cambiar de opinión.

Su ausencia es como un dolor físico. Como si me hubieran arrancado la mitad de mi ser, igual que un árbol que un rayo parte en dos. Imagino las manos de él en el cuerpo de ella. ¿Qué hacía yo mientras? Estaba sentada como una dócil corderita, mirando apática por la ventana a la espera de ver su coche, atesorando sus palabras vacías como si fueran secretillos infantiles.

Cada vez que lo pienso, no ardo de rabia. Esta ira no se agota en un instante y desaparece. Es una coraza, una constricción que me atenaza por dentro. Es algo gélido, una furia dolorosa, insatisfecha, interiorizada, alimentada por la tristeza.

Me doy cuenta de que ahora vivo con ella, de que yace bajo todo aquello que hago y que pienso. Por las noches me despierto con un grito, con una opresión en el pecho. Y no se pasará. Es corrosiva y se alimenta de sí misma. Pienso en sus ausencias, en sus compromisos sociales, sus viajes a Alemania y me pregunto ¿eran de verdad? ¿O estaba en un cuartucho abrazando a Molly, o a alguna otra chica embelesada, ávida de algo que la haga sentir viva? No es una furia fruto de la lujuria. Tampoco de la humillación, como creí en un primer momento. Es furia por aquello que ha mancillado. Mi confianza. Mi fe. Mi honradez. Es furia porque me hizo malgastar esas cosas en él y se lo permití.

Me pregunto si seguiré así de enfadada para siempre.

Una amiga del colegio me dijo una vez, una noche de confidencias, que nunca se debe tener la cabeza completamente vacía de pensamientos, o entrará en ella el diablo. Entonces imaginé al diablo acechando en una vigilia constante, preparado para entrar a escondidas en mi cabeza y sembrar el caos. Pensé en la señora Hindrell en la cocina tantos años atrás. Y ahora, pienso, mi rabia es como un demonio que espera, que acecha invisible a que mis pensamientos se aquieten para llenarme de infelicidad.

Pasan las semanas. Los clientes vienen, les hacen su retrato y se van. Yo paseo, voy a tomar el té a casa de señoritas con las que no me interesa hablar, coso sin esmero, arruino bordados con manchas de sangre y puntadas descuidadas. Oigo el rumor, que todos quieren ocultarme, de que, durante un baile, Molly se puso a gritar que la habían hecho duquesa, que el príncipe de Gales está enamorado de ella, que se fue insolentando más y más hasta que su marido se la llevó de allí.

No se lo cuento a mi madre. Enloquecería. Ha enterrado la verdad perdida en capas de rica tela, la ha adornado con lazos y encaje, pero a pesar de ello las historias susurradas sobre Molly se abren paso hasta nosotros como la mala hierba. Oigo las palabras de mi padre. «Los secretos son veneno, Peg.» Llega una carta con membrete dirigida a mi madre, quien se retira a leerla en privado con la boca apretada.

Demasiado alcohol, dicen los testigos. Pobre señora Fischer. No es la primera vez.

Noto el tirón cuando el resorte que me une a Molly se tensa, pero resisto.

Una semana más tarde, tienen que sacarla del estanque del Parque de Recreo. Un accidente náutico, dicen, al parecer la señora Fischer se puso de pie en la barca y cayó al agua. Debió de perder pie, pues una mujer embarazada puede sufrir de torpeza. Mi madre va y viene con las facciones contraídas y la oigo lamentarse detrás de puertas cerradas de lo menesteroso de la situación, de los viajes de Fischer a Alemania, de la falta de sirvientes, de la mirada inexpresiva de Molly. De la carta que recibió y la advertencia que contenía. Hago como si no fuera conmigo.

Hasta un día en que estoy sentada en el salón con un libro en el regazo, sin leer. La casa está vacía a excepción del perrillo faldero de mi madre que ronca débilmente en su cojín de seda. Llaman a la puerta. Un mensaje, una caligrafía desordenada, torcida e inconfundible.

Tres palabras solo.

«Ven, por favor.»

Seguidas de una dirección.

Me levanto al instante y el libro cae al suelo con un golpe sordo. El perro se despierta sobresaltado y se reacomoda con un suspiro de desaliento. El coche no está. Mi madre se lo ha llevado a alguna parte, a algún recado absurdo, y no me queda otro remedio que correr. Corro como no he corrido desde que era una niña por los senderos embarrados de Suffolk, con los tacones golpeándome el vestido, pisando charcos que me empapan los zapatos de seda azul, «azul que simboliza la constancia en los afectos, la lealtad», me abandono al tirón de ese resorte que me devuelve al punto de partida siempre, inevitablemente, hasta que doblo la esquina y veo la estrecha calle donde está el apartamento de Fischer. Me abre la puerta un chico de cara colorada y casi tengo que zarandearlo para que me diga dónde encontrar a la señora Fischer. Corro escaleras arriba, entró como una exhalación en un cuartucho y allí está Molly, cubierta de sangre, chorreando, sucia como un cerdo recién degollado.

Camina de un lado a otro y voy hasta ella e intento abrazarla antes de que se desplome, la tranquilizo y pego su cabeza a mi pecho, como si teniéndola así de cerca pudiera curarla.

—Es el niño —grita—. Es el niño.

—Lo sé. Lo sé —digo, y veo que de debajo de su vestido cae sangre al suelo—. Necesitas un médico, Moll —digo, y se dobla hacia delante con un súbito grito de dolor—. Necesitas un médico.

—No puedo pagarlo.

—Dos mío, Molly, deja que mande buscar a uno.

—No tenemos dinero. —Su voz es débil—. Johann no ha...

Miro a mi alrededor desesperada, veo el papel cuarteado en la pared, las ventanas con su película de suciedad. No doy crédito. Sin duda tiene que haber dinero suficiente para pagar a un médico.

—Por el amor de Dios, lo pagará papá..., deja que baje y llame...

—No, no me dejes. —Me coge el brazo.

—Molly...

—Por favor, por favor, no me dejes.

Hay tal terror en sus ojos que temo que se desmaye, que su cabeza se pierda y, si ocurre, no sé qué haré.

—¿Dónde está Fischer?

No contesta. La zarandeo, un poco solo.

—¡Molly! ¿Dónde está tu marido?

—Ha salido.

Dejo caer mi capa al suelo e intento llevarla con suavidad a la cama, pero vuelve a gritar y a doblarse sobre el respaldo de una silla.

—Por lo menos, deja que mande buscar a mamá.

—No... por favor..., no —dice—. No me dejes.

—Ven, siéntate aquí un momento.

—No puedo. No puedo. Dios mío, Peg, no quiero perder al niño, quiero a mi hijo, lo quiero.

Noto su miedo correr por mis propias venas, tal y como sucedía cuando éramos pequeñas, cuando se hacía daño y tenía que taparme los oídos para no sufrir yo.

—Hay mucha sangre —dice.

—Chst —digo—. Tranquila.

Con cuidado, hago que apoye las manos en mis hombros y, pasito a pasito, la llevo hacia la cama.

—Quiero el niño, Peggy. Quiero ser madre. Quiero ser su madre —dice.

—Ea, ya estamos —digo—. Ahora despacio.

Juntas, nos sentamos.

—Me duele —dice.

—Lo sé.

—Me duele mucho.

—Eres la más valiente de las dos, ¿sabes? De niñas yo siempre aullaba y tú en cambio te quedabas callada y sin armar revuelo. Ahora tienes que ser valiente, Moll.

—No sé si podré.

Miro sus faldas sucias, el vientre abultado.

—Voy a intentar ver qué ocurre. ¿De acuerdo, Moll?

—Sí.

Le doy un rápido apretón en la mano y le levanto las faldas,

aparto un pliegue empapado de sangre tras otro para poder ver algo. No sé qué haré entonces, pero sí sé que tengo que mirar. Y de pronto ahí está, deslizándose como si tal cosa sobre la sábana teñida de carmesí, un revoltijo de carne y coágulos. Un humano a medio formar, abortado, diminuto, envuelto en un saco azulado. Sin formar, traslúcido. La pena me atraviesa. Por un instante quedamos así los tres, suspendidos en el tiempo, un pequeño trío aislado, íntimo, impenetrable.

Encuentro una sábana con la que envuelvo a la criatura e intento llevármela para que Molly no tenga que verla, este fútil intento de vida, pero me detiene. La coge en brazos y aúlla de pena mientras yo la abrazo con la mejilla pegada a su cabeza hasta que oscurece. Recuerdo cómo, cuando yo era pequeña, creía que los niños nacían si los deseabas lo suficiente. Que Dios había decidido que tanto Molly como yo naciéramos y nos hizo crecer. Me preguntó si habrá decidido Él esto. Que algo llegue y abandone el mundo tan fugazmente que no haya esperanza.

Más tarde, ya lavada y limpia, Molly duerme. Observo el apartamento ajado. La pintura desconchada. Si esta hubiera sido mi casa, ¿habría sido feliz? ¿Envidio a mi hermana? Y a pesar de lo que ahora sé de su cobardía manifiesta, a pesar de lo cruel de su desconsideración, sé que mentiría si no dijera que sí.

Cuando se despierta Molly es tan tarde que el ruido de la calle se ha apagado. Yo tengo el cuerpo rígido después de tantas horas sentada. Abre los ojos.

—Hola —digo.

—Hola.

—Mamá está de camino.

—Gracias.

Guardamos silencio en la oscuridad.

—Gracias por venir —dice.

—No digas eso. ¿Cómo no iba a hacerlo? Siempre vendré, Molly. Siempre.

—Lo sé.

Encuentro un cabo de vela en un cajón y, cuando lo enciendo, proyecta sombras parpadeantes en la habitación y agiganta todo lo que nos rodea. Me siento y le cojo la mano.

—¿Cómo te encuentras?

—Vacía.

La palabra es tan pequeña y expresa un sentimiento tan grande que no sé qué decir. Quiero llevarme su mano a la mejilla, besarla. Acariciarla y consolarla, pero la intimidad física de antes ha desaparecido, de manera que digo solo:

—Siento muchísimo lo que ha pasado.

—Quería tenerlo —dice.

—Lo sé.

Se oye un coche en la calle, los cascos de los caballos golpean el empedrado y me pregunto si será por fin nuestra madre, pero pasa de largo. Cuando miro hacia la ventana, veo dos oboes sobre la mesa rodeados de montoncitos de lengüetas amarillentas. El suelo de alrededor está cubierto de virutas.

—¿Eres feliz, Molly? —digo.

No sé por qué lo pregunto. Las palabras escapan de mis labios sin querer.

Se vuelve a mirarme.

—¿Que si soy feliz?

—Aquí. Casada.

Entonces noto que su cuerpo se pone rígido, es un gesto levísimo, una advertencia, y dice:

—Sí, mucho.

Solo eso: «Sí, mucho». A continuación añade que puede esperar ella sola a mamá y yo recojo mis pertenencias, desperdigadas durante la crisis, mis guantes que siguen en el suelo, junto a la cama, y hago ademán de besarla. Pero ahí está, la barrera, sutil, impenetrable, de nuevo entre las dos, así que me pongo el sombrero, salgo la calle y echo a andar para casa con la huella espectral de la sangre de mi hermana en el vestido.

MEG

El dolor la tiene fuera de sí. Está fuera de sí y por tanto es solo cuerpo, un cuerpo que se mece, maldice, se abraza y cuya fuerza borra cualquier pensamiento. Es violencia. La desgarrará miembro a miembro. Está boca abajo en la alfombra, mordiendo un trapo retorcido, y cuando la partera trata de llevarla a la cama, empieza a dar manotazos. Presiente que, si alguien la separa del suelo, perderá el último vestigio de dominio de sí misma, de lo que sea que la mantiene intacta.

El tiempo se ha disuelto. Está el dolor y están también los intervalos en que no hay dolor. Cuando llegan esos momentos, sabe que está en la habitación, con las cortinas echadas y los postigos cerrados y atrancados. Con el fuego encendido a pesar del calor de mayo. Puede secarse el sudor de la frente, puede pensar en su madre, que murió haciendo esto mismo. En la pequeña Kate, en su cuerpo ensangrentado, mutilado, agonizando. En esta muerte cruel, en este cruel dolor, pero antes de que la imagen termine de formarse en su cabeza, llega una nueva oleada que la obliga a doblarse en dos y a gritar desde la boca del estómago, y se le nubla la vista.

Han pasado muchas horas, casi dos días. La partera y la chica joven y nerviosa que se ha traído de ayudante doblan sábanas, cambian el agua sucia por fresca y se sientan con caras pálidas, circunspectas, a la espera de que algo cambie.

Al amanecer ocurre.

—Me voy a morir —dice Meg—. Me voy a morir.

Está jadeando y el sudor le empapa el camisón, tiene las piernas dobladas a ambos lados del pecho. Está agotada. La partera se levanta, repentinamente alerta, y se sitúa a los pies de la cama.

Desde el principio ha sido inevitable la muerte de Meg. Lo sabe. La ha presentido durante casi toda su vida, sin saber por qué. Ahora la anuncia a modo de advertencia, porque intuye que está próxima, de modo que la partera sepa lo que hacer, de modo que los planes que ha hecho se pongan en práctica. Ha encontrado una familia que acoge recién nacidos huérfanos a cambio de su manutención. Una mujer sensata y un hombre apacible que viven en la ciudad, en uno de los mejores vecindarios. Meg se fijó en el hombre. La criatura será educada como un caballero o como una señora, y su dinero, puesto a buen recaudo. Es lo que ha acordado con los abogados de Henry, que lo han puesto todo por escrito para evitar que no se cumpla. Si Meg no puede proteger a su hijo de otra manera, al menos le dejará dinero. Es

todo lo que puede hacer.

Es casi mediodía, el sol de verano preside el cielo cuando algo cede con una arremetida sigilosa, desgarradora. Meg echa la cabeza atrás y grita. Se acabó, piensa, llegó la muerte y espera a que se la lleve, casi deseando que se apresure porque hace mucho tiempo que la aguarda. Meses, años incluso, de imaginar este momento, de presentirlo. Pero entonces, en el silencio repentino, abre los ojos y ve que detrás de ella hay una criatura, redonda, gris amoratado, balanceándose silenciosa.

La partera la sujeta con firmeza por las piernas como si fuera un pollo desollado para un pastel y Meg abre la boca para gritarle no, le harás daño, pero no consigue emitir sonido alguno, está demasiado confusa y, en lugar de su voz, lo que llena el silencio es un llanto. Un llanto indignado, rabioso, una andanada contra la vida y esta repentina inmersión en sus frías penalidades, y cuando ponen a la criatura en el pecho de Meg, ensangrentada y recubierta de una costra de algo que parece leche o quizá cera, abre sus ojos negros y la mira.

—Una niña —dice la partera, como si no tuviera importancia—. Una niñita preciosa.

Meg mira el rostro enrabietado, arrugado, la mata húmeda de pelo negro. Está desorientada, perpleja. La niña no da la impresión de ser otra persona, sino una parte de su propio cuerpo, su propia alma, a la que han separado para envolver en una manta. Cuando emite su penetrante chillido, Meg siente una opresión angustiosa en el estómago. Están unidas, piensa, por las entrañas. De momento y tal vez para siempre. La llamaré Margaret, como yo. Es yo, pero sin los puntapiés en el suelo. Yo, pero hija de un príncipe y no de un bruto. La criaré de manera distinta. La criaré de modo que sepa quién es.

Cubre a la niña y a ella misma con la manta, esa nueva que compró para las dos, parda y roja y bastante fea, pero reconfortante, y se coloca a la pequeña al pecho. Están vivas las dos. Meg saborea el milagro. Hace caso omiso de los paños empapados de sangre, de su vientre abultado y fofo, de su cuerpo devastado. Cosas todas ellas que mantienen a la muerte cerca, acechando. Solo tiene ojos para la niña. Recién brotada, como un nabo que se acaba de desenterrar o un polluelo que sale tambaleante de su húmedo cascarón al mundo.

Por fin estás aquí, piensa mientras le acaricia la frente arrugada con un dedo. Mírate. Lo aposté todo, y gané para las dos. Se suponía que lo echarías todo a perder y lo que has hecho es salvarme. Sobre eso no dicen nada en las baladas, ¿verdad, Margaret Burr? Sobre nosotras no hacen canciones.

PEGGY

Promesas

Una noche, semanas más tarde, nos despiertan unos golpes en la puerta, llaman una vez, dos, luego nada. Estoy desconcertada, aturdida. Llaman de nuevo, con insistencia, aspereza. Está oscuro como boca de lobo. Enciendo una vela a tientas. Mi habitación está en la parte de la casa que da a la calle. Nadie más lo ha oído, pienso. ¿Por qué no se ha levantado el criado? Espero hasta asegurarme de que no acude nadie y me obligo a salir al aire gélido y a cruzar la casa en silencio. Abro los cerrojos y la puerta principal. El sol está empezando a salir, hay un tenue atisbo de rosa en la línea del horizonte.

Y ahí está Molly a medio vestir, en la llovizna, confusa, descalza. El camisón desabrochado le deja un hombro al descubierto. Me mira y me doy cuenta de que no está presente, no está aquí. Inspecciono la calle desierta en la luz mortecina y veo las ruedas del coche de Fischer levantando barro mientras dobla la esquina y desaparece.

—Molly.

Me mira con expresión ausente.

—No he... No me...

La acerco a mí y aspiro el olor de su pelo húmedo en el que se posan con suavidad gotas de lluvia. La hago entrar en la casa, con delicadeza, con mucha delicadeza, y entonces aparece mi madre:

—Ay, Dios mío. Ay, Dios mío, Molly.

Y mi padre, despeinado, con su gorro de dormir y calcetines, a nuestra espalda, desde el vestíbulo, pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Qué es?

Y entonces la ve, tan descompuesta, su Molly abandonada en la calle, y dice:

—Molly. Ay, no, Molly.

—Me... —dice Molly—. He...

—Hacedla pasar —dice mi padre—. Hacedla pasar, que yo voy a llevar a Fischer ante el juez, por Dios. Ay, Dios mío.

—Molly, Molly, mi querida niña —dice mi madre—. Ven aquí. Sacadla de la calle.

A la luz del amanecer, el rostro de mi madre está lleno de arrugas

de preocupación.

—Por Dios, Thomas. Mírala.

—Traedla aquí. Eso es.

Entre los tres la llevamos casi en volandas hasta la sala de estar y uno a uno van apareciendo los sirvientes. Traemos mantas y chales, mandamos llamar al médico, preparamos té con un poco de ron. Maldecimos el nombre de Fischer y Molly dice cosas sin sentido. Estoy llena de preocupación de hermana, de arrepentimiento y ternura, de indignación por cómo me ha tratado. Soy el altruismo hecho carne, la abrazo mientras llora, la tranquilizo cuando se muestra confusa. Soy irreprochablemente amable, cariñosa hasta el extremo. E intento no hacer caso de la levísima sensación de triunfo que empiezo a sentir, de posesividad. De revancha. Creía que no me necesitaba, pero me necesita. No me gusta esta sensación, así que la ahuyento y me centro en Molly, pero es la verdad. Al final ha vuelto a mí, al lugar al que pertenece. Dentro de mi cuadro. No volverá a irse.

Me quedo con ella durante una hora; después le aprieto la mano, se la meto bajo la manta y la dejó así, arropada, a salvo, amortajada en la habitación cerrada a cal y canto. Doy instrucciones de que no se le permita salir de la casa bajo ninguna circunstancia y acto seguido bajo los escalones a la calle y pido el coche.

Para cuando llego, el sol se ha abierto paso entre la niebla de Londres. El chico de cara colorada está aterrado.

—El señor Fischer está haciendo el equipaje —dice—. El señor Fischer no...

Pero lo aparto de mi camino y subo la escalera, al final de la cual está el señor Fischer junto a sus bolsas de viaje, con una camisa de gala en la mano y la boca abierta.

—¡Margaret! ¡Por el amor de Dios!

—¿Qué haces? ¿Huir?

Deja la camisa en una silla cercana, la silla sobre la que Molly se había inclinado, ensangrentada, mientras alumbraba a su hija. Sola.

—En absoluto. No estoy... No huyo de nada. Tengo asuntos urgentes que atender en Alemania.

—No me digas.

Levanta una mano como para defenderse de mí.

—No tuve elección en todo esto. No tuve elección.

—Tenías elección de sobra.

—Es una loca.

—Es tu esposa —lo digo casi escupiendo—. La dejaste en nuestra puerta como si fuera mercancía en mal estado.

Empieza a sacar más prendas del armario y a doblarlas con una precisión innecesaria. Esa calma impenetrable que antes me embriagaba ahora es anatema. Siento deseos de gritarle, de

zarandearlo, de arrancársela a golpes.

—El matrimonio no es legal —dice secamente.

—¿Por qué motivo?

Tarda unos instantes en contestar.

—Está loca. Me ocultasteis su locura; me la ocultasteis entre todos.

No doy crédito. No entiendo cómo he podido equivocarme de tal manera en mi juicio sobre él, hasta el punto de pensar en casarnos. ¿De quién me puedo fiar salvo de mí misma?

—¡Es una mujer trastornada! No tengo ninguna obligación. Fue un compromiso falso; construido sobre un engaño.

—¿El engaño de tu seducción?

Pasa a mi lado para coger algo de un estante a mi espalda y aspiro el olor que tan bien recuerdo de sus ropas. Por un instante me transportan a la penumbra fresca del taller de mi padre, a sus labios en los míos.

—¡Eso no puede demostrarlo nadie!

—¿Esperas acaso mi compasión?

—No espero nada de ti —dice, secamente—, salvo que me dejes tranquilo.

—¿Por qué no nos dejaste tú tranquilas a nosotras?

—Ya he sido suficientemente castigado por no hacerlo.

Cierra de golpe la bolsa de viaje y se vuelve a mirarme con tal gesto de amargura que me cuesta creer cómo pueden ser tan distintas nuestras versiones de lo sucedido.

—¿Que tú has sido castigado? ¿Tú?

Intenta darme otra vez la espalda, pero no he terminado y le cierro el paso con mis palabras.

—¡Eso no basta!

—¡No he hecho nada malo! ¡Me casé con ella! ¡Mi intención nunca fue casarme! Le di un hogar para criar al niño y lo hice de buen grado. Fui engañado, de modo que el matrimonio no tiene validez y cualquier hombre en mi situación haría lo mismo. A ojos de la ley...

—¿Nunca fue tu intención casarte?

—No. No en realidad.

—Pero... a mí me lo pediste.

Oigo la duda asomar en mi voz antes de que termine de pronunciar las palabras.

—No te lo pedí, Margaret.

—Por supuesto que sí..., me... Hablaste de dónde viviríamos. Me diste aquel palacio.

Me mira como si no recordara.

—Eso fue un regalo, una nadería. No era mi intención darle ese significado en absoluto. Eres una mujer adulta; sin duda sabes cómo

son estas cosas. ¿Crees que te habría retenido en armarios a oscuras de estar buscando esposa?

—Pero...

Su mirada es incrédula, como cuando nos conocimos, cuando parecía tan seguro de sí, tan curioso e inteligente, como si viera en mí cosas a las que yo no osaba aspirar.

—Ni siquiera hablé con tu padre —dice, en tono amable—. No es posible que creyeras...

Entonces comprendo que han sido todo imaginaciones mías. Qué sencillo ha debido resultarle. Qué ansiosa estaba yo de ser salvada. Me cazó y caí igual que un pájaro derribado de un disparo.

—Pero mi padre... —susurro. Me siento como una niña pequeña a la que están despojando de su poder sin que pueda hacer nada al respecto—. Mi padre es tu amigo.

Fischer deja escapar una risa sarcástica.

—A ese respecto no somos muy distintos tu padre y yo; de hecho, él es bastante peor, maldita sea.

El exabrupto suena extraño dicho por él, como si lo hubiera tomado prestado. Hasta que caigo en la cuenta de que es de mi padre, por supuesto. Los dos se han sentado y brindado por sus conquistas. La mano de Fischer dentro de mi corsé. Los dientes de mi padre en el pecho de Ann Ford. Todos escondidos donde no puedan vernos, en la oscuridad, en secreto. Busqué a un hombre que me recordara a mi padre y lo encontré.

—Es intolerable —digo mientras la furia crece en mí, rauda y ardiente. Es una furia dirigida a los dos, a mí misma, a Molly, a todo y a todos. Hablo como una salvaje, como si pudiera herirlo de muerte con palabras, porque son lo único que tengo—. ¡Intolerable! Te comportas como si tus actos no tuvieran consecuencias, ¡como si las personas no tuvieran sentimientos! Arrancas a las palabras sus significados hasta que no valen nada.

—En absoluto.

Da un paso hacia mí como si se dispusiera a explicarme quién soy, con esa costumbre tan propia de hombres.

—El amor no siempre equivale a matrimonio, Margaret. ¡Eres una ingenua! No equivale necesariamente a promesas eternas y criaturas regordetas en un canastillo.

No es justo, pienso, con una suerte de desesperación. Coges lo que se te antoja. Mi padre coge lo que se le antoja y es afortunado. Tiene a mi madre para que le acaricie la frente cuando está indispuesto y le haga de enfermera. Para que se ocupe de sus hijas, sus libros de cuentas, su casa, sus mejores camisas.

—La forma en que me besabas. Las cosas que me dijiste. Lo que le prometiste a Molly. Lo has incumplido todo y no parece importarte el

dolor que causas. ¡Es... inmoral!

Entonces reparo en que me mira con algo que casi parece lástima.

—Las personas no son buenas, Margaret —dice despacio, como si me impartiera una lección que aún no he aprendido—. Las promesas se rompen. Las personas cogen lo que quieren. Es ingenuo esperar otra cosa.

—¿Por qué...? —digo, y, mientras lo hago, noto lágrimas acechando detrás de la pregunta. Lágrimas contenidas durante mucho tiempo. Le odio y, aun así, quiero oír su respuesta—. ¿Por qué Molly? ¿Por qué la elegiste a ella?

—Porque me deseaba —dice tan solo. En la habitación reina tal silencio que me cuesta respirar. Tal silencio que siento ganas de llorar —. Lo mismo que tú. Deseabais ardientemente ser amadas.

Recuerdo cómo era yo entonces. Un puñado de yesca esperando a ser encendida. Solo veía lo que quería ver, como los clientes de mi padre cuando miran sus propios retratos. Como mi madre cuando mira a Molly.

—Pero no nos amabas.

—Sí. Yo te amo, Margaret, a mi manera. Aún.

Miro sus dedos, la forma en que los ha posado levemente en mi guante. Entonces despacio, con cuidado, como quien se libera de una maraña, digo:

—No. Tú no sabes lo que es el amor. No lo sabes en absoluto. El amor es... es dar la vida por alguien. Ayudar a esa persona. Dejar a un lado tus deseos. Cuidarla cuando nadie más lo hará. No tienes ni idea.

—Eso no es amor, Peggy. —Me mira, perplejo—. Eso es abnegación.

—Son lo mismo —digo, pero me tiembla la voz.

Le miro y él me mira a mí, somos dos animales de especies distintas que se encuentran frente a frente por vez primera.

—¿Crees que eso es lo que quiere Molly? —pregunta—. ¿Qué sacrifiques tu vida por ella? ¿Como gran acto de caridad?

—¡Molly no sabe lo que quiere! No tiene capacidad de decidir por sí misma.

—Por Dios, Margaret, ¿es eso lo que crees? ¡Hablas de ella como si no tuviera voluntad!

—¡Tú la has visto! ¿Cómo va a tenerla?

—¡No me extraña que diga que la asfixias!

Trato de desligar su culpa de la mía, pero no puedo; estoy atrapada en el eco de antiguas traiciones. Da otro paso hacia mí, de manera que volvemos a estar muy cerca.

—Ella solo quería una vida, Peggy. Algo de placer. La oportunidad de vivir. Y que Dios me perdone, pero no voy a sacrificar mi vida solo porque no sea posible.

—Dios te castigará por ello —digo.

—Y ella terminará en el manicomio —dice.

Siento su aliento ardiente en la mejilla.

—Yo lo impediré.

—Entonces será lo único que hagas.

Lo dice en voz queda, como si la idea lo entristeciera.

Transcurre un instante. Saco fuerzas. Para resistirme a cómo me ve. A su tristeza. A su intento de contarme mi propia vida.

—Voy a decirte lo que me ha traído aquí —digo—. Presenciar tu culpa. Te sale por los poros. Ese terror en los ojos cuando me viste entrar, tan claro como el día. Eres un cobarde. Y el resto no son más que palabras.

Y con esto, doy media vuelta, bajo las escaleras sin mirar siquiera al criado desconcertado, subo al coche y los caballos echan a andar, me llevan de vuelta a Molly. Miro la mañana radiante y, a pesar de todo, la sensación de triunfo se eleva igual que un pájaro por encima de mi dolor, el latido de mi corazón son sus alas batiendo con fuerza en el viento invernal.

Cuando llego a casa, subo a ver a Molly y me siento a su lado. Está despierta y sabe dónde se encuentra, es decir, en la cama, casi inmovilizada bajo varias mantas que llevan el inconfundible y vigoroso sello de mi madre. Encima de todas está la manta de desvaídos tonos rojo y pardo. Molly yace lánguida, con expresión plácida.

—¿Dónde has ido?

—He salido —digo—. Ya no saldré más.

—Has ido a verlo —dice.

—Sí.

—¿A vengarte con dureza?

—Sí.

—¿Le has cortado su mejor casaca a tijeretazos? ¿Lo has ensartado en su oboe?

—Me habría gustado.

Me mira.

—La culpa no es suya, Peggy. En realidad no.

—La culpa es toda suya.

—No, estoy enloqueciendo. Cada vez más, y no podía..., no puedo fiarme de mí misma. Ni siquiera recuerdo lo que he hecho, lo que he dicho, tampoco dónde he estado. Mi cabeza no funciona como debería. No sé si lo ha hecho alguna vez. ¿Recuerdas cuando éramos pequeñas y me quedaba en blanco? Y tú me pellizcabas.

—Por supuesto —digo—. Siempre te he protegido.

—Lo odiaba —dice—. Pero ahora creo que es por mi bien.

—Descansa, Molly —digo mientras le pongo la mano en la frente.

—Quería una vida.

—Tienes una vida. Esto es una vida. —Le subo más la sábana y remeto una esquina que se ha salido.

—¿No te preguntas nunca por qué? ¿Por qué me ha sucedido a mí?

No contesto.

—Papá dice que fueron aquellas fiebres después del baile. Pero tú y yo sabemos que no es así, ¿verdad? Había algo en mí. Algo en mi sangre. Desde el principio.

—No ganas nada haciendo preguntas —digo—. Solo cansarte. Ahora cierra los ojos y sé sensata.

Los cierra, obediente, y le retiro el pelo de la frente.

—Yo te protegeré ahora, igual que hacía antes —le digo—. Lo prometo.

Me inclino a besarla en la cara aún inmóvil y pálida sobre la blanca almohada. Después la dejo dormir y, al salir, cierro la puerta con llave.

Esperamos a ver si hay otra criatura en camino, pero gracias a Dios no es así. Es posible que la gente murmure sobre su fragilidad mental, sobre el matrimonio y sus escándalos, pero si hay rumores, no nos llegan.

Emprendemos, pues, una vida de clausura. Me convierto una vez más en su sombra, igual que cuando éramos niñas. Juntas, siempre juntas, sin nadie que se entrometa en nuestra intimidad, sin nada que nos separe, ni siquiera una esquirla; dos cabezas juntas en la almohada, una maraña de rizos.

La mantengo a raya, la oscuridad creciente, tal y como prometí. He cumplido mi promesa, la seguiré cumpliendo.

Mi padre no vuelve a pintarnos. Me pregunto si le resulta demasiado doloroso. Demasiado difícil mirarnos, componernos. Dos hijas, una malograda, otra loca. Adiós a las promesas, a la juventud. Nos quiere demasiado para infligirnos su mirada de pintor, para mojar su pincel y ver mi rostro endurecido, arrugado, y el ausente de Molly. O, dice una vocecilla que no puedo desoír, quizá se debe a que ya no le servimos de reclamo.

Él envejece, y la enfermedad que ha revoloteado a su alrededor estos años pasados viene y se va igual que un fantasma de visita, hasta instalarse por última vez. Lo cuido siempre que puedo, mantengo el fuego encendido, hago guardia mientras mi madre y Molly duermen en el piso de arriba.

—Peg —me llama—. Capitana, ¿estás ahí?

—Sí —digo obligándome a abrir los ojos—: Estoy aquí. ¿Qué tiene?

—Acércate. No encuentro la postura. No encuentro acomodo.

Todo me duele.

Le ajusto la cataplasma de manera que cubra el bulto del cuello y hace una mueca de dolor.

—Así —digo, y me pongo de pie—. Déjesela en el cuello y bajaré a preparar una nueva.

—No te vayas aún.

Me coge la mano y la retiene en la suya, roja y arrugada, todavía encallecida, una mano trabajadora.

—Se me está hinchando otra vez, ¿no crees?

—No creo —digo, pero es así.

—Tengo la impresión de que va a peor.

—No se quite la cataplasma —digo—. Así.

Pongo la mano en la superficie jabonosa del paño. Gime de dolor.

—Cómo me gustaría estar en la costa de Norfolk. Echo de menos su bullicio. Es curioso lo que hace la enfermedad. Me siento como un niño otra vez, Capitana, tanto que podría hacer una cometa, o coger pinzones, o construir barquitos y hacerlos navegar.

—Todo lo que acostumbrábamos a hacer durante nuestros años en Ipswich —digo.

Quiero que diga: durante nuestros mejores años, Peg, aunque es posible que entonces no me diera cuenta. O: ojalá nunca hubiéramos dejado Ipswich, ojalá hubiéramos seguido juntos los cuatro, llevando nuestras vidas campestres tan poco refinadas. Ojalá os hubiera dedicado más tiempo a las dos. Ojalá no hubiera dejado cerrarse siempre la puerta de mi taller con vosotras fuera.

Pero en lugar de eso, dice:

—Necesito ver a Reynolds.

¿A Reynolds? Por un instante no entiendo lo que quiere decir. Después sí.

—¿Al pintor?

—No dejo de darle vueltas. A que podría haber sido mucho mejor. A que podría haber hecho mucho más. Son muchas las cosas que he de hablar con él..., que quiero preguntarle. ¿Le mandarás un mensaje, Peg?

—Le escribiré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Cambia de postura en la cama y el esfuerzo le hace gruñir.

—Podría haber hecho más. Podría haberme esforzado más. —Me mira con ojos amarillentos—. No os dejo nada. No estáis preparadas para nada.

—No diga tonterías, papá.

—No os he dado una formación que os sea de utilidad.

—No debe preocuparse —digo—. Mamá ha ido ahorrando algo

con los años, como sabe, y si vendemos algún cuadro, nos las arreglaremos.

—La cordura de Molly. Echada a perder.

—Papá.

—No es lo que quería para vosotras. Nada es lo que habría querido.

—Tengo a Molly y eso sí es lo que yo quería.

—Sí.

Hay un largo silencio. Escuchamos el fuego chisporrotear en la chimenea. Entonces dice:

—Me habría gustado que pintaras.

—Lo sé —digo.

Está enterrado en Kew, a la sombra de la iglesia. Su tumba está cerca de la de su amigo, tal y como había pedido[3]. «Sociable hasta el final», dice mi madre mientras se baja el velo negro del sombrero. Mientras arrojamos cada una un puñado de tierra y la oímos caer con un golpe sordo, pienso en su violín, en sus ágiles dedos en las cuerdas. Imagino esos dedos buscando, livianos, los míos, y cerrándose alrededor de ellos.

Al morir nuestra madre, alquilamos una casita en Acton. Está retirada, donde terminan los campos de cultivo, lejos incluso de la iglesia con su maraña de casas, donde tan solo hay pájaros que bajan a picotear el grano, alguna que otra figura de un labrador faenando. Es un silencio asfixiante. Atenúa los sofocos, la confusión y los alaridos nocturnos. Absorbe nuestro caos igual que absorbe el ruido.

Somos dos damas solteronas de lo más respetable que han dejado atrás la primavera de sus vidas. Las hijas del pintor, sí, de Thomas Gainsborough, ¿acaso no lo conocen?, tuvo mucha fama en Bath durante una época. Claro que ya murió y no se habla demasiado de él. Y la mayor de las dos estuvo casada con un músico, al parecer, pero terminó todo muy mal.

Una tarde, cuando el verano de 1816 agoniza ya, estoy sola en el empedrado delante de la casa de Ipswich. Levanto la vista hasta la ventana con cuyo postigo se golpeó mi madre la cabeza el día que nos fuimos. Al lugar del camino donde se sentó Barnstaple, rollizo y abandonado, viéndonos marchar entre sacudidas. Me llevo la mano al vientre.

—¿Se encuentra bien, señora?

Hay un hombre a mi lado, un hombre rústico, con el rostro colorado y áspero.

—Sí, gracias —digo con sequedad.

He perdido la costumbre de hablar con hombres. Este habla con las vocales redondeadas propias del Suffolk de mi infancia.

—El señor Gainsborough, el pintor, vivió aquí en tiempos. Hace

muchos años. El de los retratos. ¿Por eso ha venido a verla?

—Sí —digo—. Por eso he venido a verla.

También él levanta la vista y parpadea en el resplandor blanco de la casa.

—Una casa hermosa, desde luego —dice—. En la vicaría tienen una pintura suya. De dos niñas con una mariposa. Muy bonita. Si quiere, puede llamar a la puerta y verla.

Algo se forma en mi garganta.

—No, gracias. Tengo que volver —digo.

—Como quiera, señora.

Me despido con una inclinación de cabeza y me alejo de la casa blanca de piedra, de nuestros pequeños fantasmas, intentando atrapar la blanquita de col, con nuestras manos nacaradas todavía entrelazadas en la penumbra. Me meto la mano en el bolsillo y acaricio la llave de la habitación donde he dejado a Molly encerrada y a salvo, palpo su frío, su solidez. Luego subo al coche que me está esperando, los caballos arrancan con una sacudida y me llevan de vuelta a Acton.

MEG

El mentón color jengibre de su esposo sube y baja, fofo y blando igual que uno de los cerdos muertos que Meg solía acarrear hasta el figón con las bocas abiertas de par en par. Siempre ha admirado la variedad de ronquidos que Samuel es capaz de emitir en una sola noche, desde respiraciones débiles y aflautadas a bufidos repentinos que parecen estremecerlo de pies a cabeza. Meg le clava un pie y él gruñe y se pone de costado llevándose la manta con él. Eso es el matrimonio. Sabes exactamente lo que el otro está pensando, incluso en sueños. Incluso sin palabras. Es curioso, reflexiona Meg, que puedas tener tanto cariño a alguien y al mismo tiempo compararlo con un gorrino muerto. Eso también es el matrimonio.

Se casó con Samuel porque Margaret era una niña. Su dinero lo heredará el hombre con el que se case algún día. Eso Meg siempre lo ha sabido. Es el dinero de Margaret, está a su nombre, hasta que deje de estarlo. No quiere que su hija se case con nadie, y no lo necesita, pero los hijos son tontos. Ella misma lo fue.

De modo que tenía que protegerse de alguna manera. Construyó una vida para Margaret, y a continuación llegó el momento de pensar en la suya propia. Habiendo conocido la pobreza en su juventud, sabía que no quería experimentarla en la vejez. Y Sam era amable y trabajador, les proporcionaría un sustento y estaba dispuesto a aceptarla con la hija de otro. Y es que incluso un duque es otro, pues así son los hombres. Y a pesar de todo, Sam se porta bien con la niña. Meg no se habría casado con él de no haber sabido que sería así.

«Es una preciosidad —había dicho, inclinado sobre la cuna—. Hola, Margaret. Hola, pequeña.» Había dejado el conejito azul junto a su almohada y a continuación había mirado a Meg. «No me gusta que estéis solas.»

Meg no había dicho: «Pero es que no estamos solas. Nos tenemos la una a la otra». A veces es mejor callar. Se habían casado sin dilación, y al mirarlos, nadie diría que no eran una sencilla familia de tres, madre, padre e hija. Nadie lo diría.

«Toma —había dicho un hombre en un puesto callejero pocos meses después de la boda dándole a Margaret el juguetito de madera que le habían comprado—, enséñaselo a tu padre.» Y Sam había tendido la mano: «¿A ver, Margaret?».

Sí, había pensado Meg, con el corazón entonando una cancioncilla queda, sí, he elegido bien. Y han sido razonablemente felices, a pesar de que la tristeza de los hijos que no han tenido ahora

pesa en el aire entre los dos. La casa está llena de fantasmas, los fantasmas de los hijos que murieron antes de nacer. También Margaret es un fantasma en cierta manera, de antes de que se conocieran. Samuel la quiere, de eso no hay duda. Pero siempre ha faltado algo. O quizá es una resistencia que Meg no logra identificar, pero que ha ido en aumento con cada embarazo malogrado, con cada ocasión perdida. Samuel tolera que Margaret le coja el brazo y tire de él, que pegue su cálido cuerpo al suyo. Que lo busque: papá, papá. Samuel aguarda un instante, pero a continuación da media vuelta. Tiene algo que hacer, o hay algo que lo reclama, se libera de la niña con una sonrisa en la que solo hay un levísimo atisbo de rigidez. Puede existir al mismo tiempo que ella, puede vivir con ella, y cuidarla y comer a su lado, puede vigilarla un rato cuando Meg está atareada, pero no puede quererla como si fuera su hija. No del todo.

De manera que Meg hace dos cosas. En primer lugar, enseña a Margaret a contar. La enseña, igual que Hal la enseñó a ella muchos años atrás en la cocina llena de humo de Harwich, a trazar líneas de ingresos y gastos, a dibujar el signo de la libra y a escribir la S inclinada que representa el chelín. Dedica hora tras hora a enseñarle a sumar y a restar números hasta que cuadren. Para que, si se casa con un hombre que no sepa llevar las cuentas, pueda hacerlo ella. Para que sepa lo que vale su dinero. Y lo que puede comprar con él.

Margaret está sentada frente a la mesa con su cabeza redonda y castaña inclinada sobre la pluma y con los pies colgando.

—No sé por qué te empeñas en esa tontería. —Samuel las mira mientras se limpia la cerveza de los labios con el dorso de la mano y deja la jarra.

—Tiene que administrar su dinero, Sam. Lo tendrá toda su vida.

—Su dinero le dará derecho a no preocuparse de él.

—Nadie tiene derecho a no preocuparse del dinero.

Sam no contesta. Meg nunca le ha contado cómo peleó con uñas y dientes por ese dinero. Cómo habría muerto con tal de conseguirlo. ¿Cómo podría comprenderla?

La segunda cosa que hará es tener una conversación con su hija. Le dirá: Margaret, ven a sentarte aquí conmigo y te contaré tu historia. Te explicaré quién eres, y quién vas a ser. Y Margaret trepará a la mecedora, se hará un ovillo contra el cuerpo de su madre y Meg le susurrará historias que nadie más oirá.

—Más vale olvidarlo —dice esa noche Samuel con las piernas de Meg enroscadas en las suyas en busca de calor—. Nada bueno puede salir de que se crea mejor de lo que es. Enséñale humildad, por Dios, Meg, y que todo termine aquí.

Pero cuando Sam está atareado, pendiente de otra cosa, Meg se agachará y susurrará a su hija una vez más. No eres una niña

cualquiera, le dirá. Por tus venas corre sangre real, sangre de príncipes y sangre de duques, y tus hijos la heredarán. Y le sacarás rédito. Nunca lo olvides. No permitas nunca que tus hijos lo olviden. Hay algo en tu sangre que te hace distinta.

Y Margaret escuchará con atención, sus deditos cogerán la cajita de oro con su ornada letra F mientras absorbe cada palabra con la pálida carita pegada al pecho de su madre.

PEGGY

Perdida

Molly está mirando por la ventana con su vestido de seda azul. Sigue vistiendo su ropa elegante, a pesar de que lleva décadas pasada de moda, lo mismo que nosotras dos, y tiene el orillo algo desvaído y sucio. Me mira a través del cristal y levanto una mano para tranquilizarla, como hago siempre. Ella a veces levanta la suya y a veces no. Entonces entro, le abro la puerta y, cuando se ha recobrado y está aseada, hago té y la tranquilizo. Siempre se echa a temblar cuando vuelvo. No le gusta quedarse encerrada sola, aunque me aseguro de que tiene todo lo que necesita.

—Moll —digo—. Moll, tengo que hablar contigo.

Está inclinada sobre sus piedras, que le gusta disponer formando dibujos encima de la mesa.

—Vete.

—Molly, es importante. Tengo que hablar contigo.

—Aléjate de mis joyas.

—Molly. —Despacio y con cuidado, le toco el brazo, encima de los finos rastros plateados que se hace al rascarse—. He visto a un médico de Londres.

—No, no, no —dice—, no, no, no. No quiero médicos.

—No para ti, Moll. Para mí.

—No quiero hablar contigo.

Coge un guijarro y lo cambia de sitio.

—Tienes que escucharme —digo—. Es importante.

—No me apetece. —Se endereza, petulante, y empieza a caminar por la habitación—. Me esperan en Windsor y debo tener todo preparado.

—Estoy enferma, Molly —digo, y eso parece llamar su atención.

—¿Qué?

Me pongo de pie, voy hasta ella y le pongo las manos en los hombros.

—Tengo una enfermedad, una enfermedad del estómago —digo —. Un tumor, creen.

—Me dijiste que estabas mejor.

—Eso creía.

—Te equivocaste otra vez.

—Me equivoqué otra vez. La cuestión es que no creen que me quede mucho tiempo. Seis meses, quizá menos.

Empieza a llorar, un lamento quedo y prolongado.

—Moll —digo con tono de advertencia—. Molly.

El lamento crece.

—Me dijiste que estabas mejor —dice volviendo la cabeza de un lado a otro—. Me lo dijiste. Me dijiste que no me dejarías.

—Lo he dispuesto todo —digo—. No tienes de qué preocuparte. Te dije que te mantendría a salvo y eso haré.

—Me lo prometiste.

—Es un lugar donde cuidarán de ti.

—Es un manicomio.

—No es un manicomio, Molly, no se llama así en absoluto.

—Es Bedlam, el de los cuadros. Es Bedlam. Te vi mirándolos. Claro que te vi.

—No es...

—Agazapado detrás de una puerta esperando a saltar, sucio...

—Molly, no es Bedlam.

La zarandeo con fuerza porque es la única forma de que deje de gritar, pero se libera de mí y empieza a gemir.

—Me lo prometiste.

—He hecho todo lo que he podido. Molly, por favor.

Con un único gesto, vuelca la mesa y las piedras ruedan por el suelo en todas direcciones. A continuación cae de rodillas y se hace un ovillo a mis pies, gimiendo suavemente.

—No me dejes —dice—. No me dejes.

La consuelo como si fuera una niña pequeña, le susurro al oído que todo irá bien, que el corte sanará, que su gato no se va a morir, que por la mañana encontraremos la muñeca perdida.

Todo irá bien. Llevo trabajando toda mi vida para que así sea. Y lo he dispuesto todo para que siga siendo así cuando yo esté bajo tierra. Un pequeño asilo en Chelsea, con buenos cuidados. Mi madre no me enseñó a manejar el dinero porque pensó que no lo necesitaría. Pero yo he encontrado mi propia manera de hacerlo, ahorrando aquí y allí. Vendiendo todos los cuadros. El anillo de nuestra madre. El collar de jaspe. La cajita dorada con le F en la tapa. Guardando los billetes cosidos al colchón hasta que los necesité. Es lo único que dirá algo de mí. Pues, aunque me enorgullezco de mi protección, de la fiereza de mi amor, al final se extingue, como todo lo demás, y porque, a pesar de todo, mis promesas no se sostendrán.

En diciembre, cuando todos los campos que rodean la casa están helados, se llevan a Molly con barrotes en las ventanillas. Es algo que he imaginado desde que era un niña pequeña muerta de miedo,

cuando por las noches me ataba a mi hermana mayor para que no se la llevaran.

Me subo las mantas, demasiado débil para levantarme, y me tapo los oídos con las manos para no escuchar cómo me llama. Me lo han prometido. Solo sujeción mínima. Pero el ruido está ahí, sea o no imaginario, me sube por las manos y se abre camino hasta mi cabeza. Y allí, tendida, respirando en la oscuridad, esperando a que se haga el silencio en la casa, me pregunto si Fischer no estaría en lo cierto al fin y al cabo. Sugerir que podemos cumplir nuestras promesas, sugerir que podemos de verdad salvarnos mutuamente manteniéndonos unidas es ingenuidad, la ingenuidad de una niña en un marco dorado, con su mejor sombrero y la mirada altiva, creyendo tener las respuestas.

EPÍLOGO

Sudbury, 1750

Es una habitación de techo bajo. Rústica. Del tipo que ahora frecuenta rara vez, pero que en cierta manera le resulta confortable.

Cuando se inclina sobre la cuna, proyecta su sombra en las sábanas dobladas con esmero. La habitación tiene ese olor inconfundible que recuerda de visitar a sus hijos recién nacidos en el cálido recogimiento de los días que siguen al parto. A polvos, a piel nueva y a algo casi dulce, como trigo.

—Te he traído un regalo —le dice a la recién nacida—. Aunque todavía es un poco demasiado grande.

Deposita con cuidado el collar de cuentas verdes en la cuna. La niña vuelve su carita regordeta de izquierda a derecha y lo mira. Tiene los ojos azul oscuro, casi negros en la luz mortecina. Inusual, piensa, para un recién nacido. Le gustan los niños. Su mujer y él tienen ocho, y él los malcría y se inquieta por ellos hasta que ella se harta. Cuando están enfermos, les da de comer golosinas blandas de un cuenco de plata. «Eres peor que una mujer —dice siempre su esposa meneando su acicalada cabeza—. Siempre preocupado. Todo aspavientos.» Los niños son cositas pálidas, regias, todo seda, satén y rizos. Como lo fue él. No es de extrañar que se preocupe.

Claro que esta niña es muy distinta. Rara vez ve a la madre, la visitó en secreto cuando era una criatura de pecho y nada más. Le llevaba un cojín rosa, una muñeca. Pero no ha olvidado a Meg Grey. Su cara, que daba impresión de ser transparente, como si uno pudiera leer el libro de sus pensamientos. El relieve de su cuerpo. Sus magulladuras. Cómo se presentó, resuelta, sucia, en la penumbra de la tienda de campaña, dispuesta a negociar su libertad en lugar de resignarse a casarse con aquel chico de la posada, como habría hecho cualquier otra mujer. Una suerte de refugiada. Desplazada, igual que él. Su encuentro en la posada ha quedado sepultado bajo el peso del tiempo, pero aquí está la demostración de que sucedió, abriéndose paso hacia el futuro con la firme insistencia de la naturaleza. Puñitos rosados; un pulso diminuto latiendo fuerte y raudo en la blanda cabeza.

—¿Tiene nombre? —pregunta mirando a su hija.

—Mary —dice—. Pero la llamaremos Molly.

—Supongo que tu madre tenía la esperanza de que se llamara Margaret, como vosotras dos.

—Quizá la próxima vez.

Ríe.

—¿La niña no tiene ni una semana y ya estáis pensando en la próxima vez?

La madre ríe también y asiente con su cabeza pequeña y redonda.

—Ah, eres igual que tu madre —dice él—. Todo fortaleza. —Se inclina y roza a la niña en la frente con los labios—. Ojalá tú también seas fuerte, pequeña Molly. Ojalá rías mucho. —Se endereza y se alisa la arruga de la casaca de terciopelo—. ¿Y el joven Beaufort sigue pagando, a pesar de la muerte de su padre?

—De no hacerlo, tendría usted noticias de mi madre.

Él vuelve a reír.

—Eso no lo dudo. ¿A qué se dedica el joven esposo?

—Es pintor. De retratos.

—¿Así que pintor? Entonces no hay duda de que necesitaréis el dinero. —Se vuelve y mira a los dos hombres que están detrás de él cerca de la puerta, hace una inclinación de cabeza y besa la tela de la cofia de la mujer—. Adiós, Margaret. Me alegra encontrarte bien.

Margaret hace una inclinación de cabeza pero, cuando él se agacha para pasar por la estrecha puerta, ya está pendiente de la niña. No es más que un intruso en su vida y es natural. Tampoco la vida de él está aquí.

Sale al aire de la noche flanqueado por hombres que lo protegen de miradas curiosas, pero en esta gélida tarde de febrero no hay un alma en Sudbury Street. Sube a su discreto carruaje y desaparece en la oscuridad. El estrépito de los cascos de los caballos se desvanece y la calle queda como estaba una hora antes, como si él nunca hubiera pasado por allí.

Para cuando llegue el verano, este hombre habrá muerto, agonizando entre sábanas bordadas detrás de las puertas de palacio mientras Molly da sus primeros pasos en el suelo soleado de la casita de Sudbury. Dos vidas que no se encontrarán. Pero le ha dejado algo su abuelo. Es algo que empezó con un cruce de miradas en una posada, o con un hueso aplastado por acero en una llanura gris al otro lado del mar. Es algo que está en la sangre, algo que se ha trasmitido de generación en generación, aflorando cuando se le antoja para volver a desaparecer, serpenteando imperceptible a lo largo de los años. Lo ha legado a todos sus hijos, a todos sus nietos. Él mismo lo ha heredado, lo llevará dentro y en silencio durante su último año de vida y hasta la tumba.

La pequeña Molly se agita en su cuna, abre y cierra los dedos, mira las sombras que danzan en el techo inclinado y patalea bajo los rígidos pliegues de su manta. Deja escapar un grito, una queja repentina que rasga el letargo de la habitación. Su madre, que descansa en una silla cercana, le pone una mano en el pecho pequeño

y abrigado por las mantas y susurra: «Chis, chis, Molly. Deja de llorar. Llorar no sirve de nada, ¿sabes? No, no. Llorar no sirve de nada».

Nota de la autora

HE ADELANTADO la fecha del partido de críquet en Kew Gardens de 1731 a 1729 para que Meg Grey pueda encontrarse con Frederick una vez más antes de dar a luz. También he condensado la cronología del romance entre Molly y Fischer. En realidad se casaron algo más tarde, en 1780, cuando Molly tenía treinta años y Peggy, veintinueve. Los retratos de las niñas con un gato y de Peggy peinando a Molly se pintaron probablemente al poco de instalarse la familia en Bath, alrededor de 1760, en lugar de en Ipswich, justo antes de mudarse. No hay pruebas de que Gainsborough tuviera una aventura con Ann Ford; he combinado la evidente sexualidad que desprende el retrato de Ann Ford y la reputación de mujeriego de él.

Ann y Thicknesse viajaron por Europa después de casarse e iban de camino a Italia en 1792 durante el Reinado del Terror de la Revolución francesa, cuando Thicknesse enfermó y murió en Boulogne. Ann fue detenida y encarcelada por extranjera. No fue liberada hasta 1794, cuando, tras la ejecución de Robespierre, se la incluyó en un perdón general para todos aquellos prisioneros que pudieran ganarse la vida. Su profesión le resultó de utilidad.

Se sabe muy poco de Meg Burr, la madre de la mujer de Gainsborough. Solo hay constancia del nacimiento de Margaret, hija ilegítima del duque de Beaufort, en Londres. La idea de que Beaufort asumió la paternidad de la niña Margaret para ayudar a su recién llegado amigo Frederick en una situación complicada se incluye en un único artículo de entre toda la documentación sobre la vida de Gainsborough que consulté. Las pruebas que parecen sustentar la teoría se basan en la posibilidad de que la enfermedad de Molly fuera porfiria hereditaria, que se hereda de manera recesiva y resurge aleatoriamente, al parecer. El hijo mayor de Frederick, George, heredaría el trono como Jorge III, el rey «loco». Entre las muchas posibles causas de su locura está la porfiria. También me intrigaba el interés del duque de Beaufort en ayudar a madres solteras. En años posteriores se convirtió en uno de los fundadores y principales benefactores del Foundling Hospital, de Londres.

Hay un último detalle curioso: alguien oyó a Margaret Gainsborough referirse a sí misma como «hija de un príncipe». Susan Sloman sugiere que puede ser un sinónimo de duque, pero, puesto que nunca lo sabremos, se me ocurrió escribir la historia de Meg Burr en forma de «y si», lo cual, como cualquier historia, dice más de quien la narra que de lo narrado.

Agradecimientos

A MI extraordinariamente lista y considerada editora, Francesca Main. Tu finura intelectual y tu brillantez como editora han transformado este libro. Gracias también a Carina Guiterman, mi editora en Simon and Schuster de Estados Unidos, que tanto me apoyó desde el principio.

Sue Armstrong, mi agente en C&W, eres todo lo que esperaba encontrar en una agente: animadora, bálsamo, ayudante experimentada y, por si fuera poco, una persona maravillosa. Tu fe en mí y en mi escritura es como una luz cálida que me impulsa a seguir escribiendo y a no desfallecer en los momentos difíciles; lo cambias todo.

Gracias asimismo a Andrianna Yeatts, mi agente en CAA, en Nueva York, por recibir el libro con tanto entusiasmo. Y a Sophie Wilson, por su magnífica primera revisión. A todos en C&W, Phoenix y Simon and Schuster US. A Caroline Raphael, quien dijo que la historia debía convertirse en novela cuando le hablé de ella por primera vez. A Augusta Annesley, sin cuyas amables palabras mi escritura seguramente no existiría. A Jo Fletcher y Lisa Baker, por aconsejarme qué hacer al principio de todo.

Son demasiadas las personas con las que estoy en deuda por proporcionarme material para mi investigación. Estoy especialmente agradecida a James Hamilton, por su muy concienzuda y entretenida biografía de Thomas Gainsborough, y a Susan Sloman por sus excelentes libros sobre los cuadros de Gainsborough. Gracias también a Ian Mortimer, por su *Time Traveller's Guide to Regency England*, y a Lucy Inglis, por *Georgian London: Into the Streets*. Ambas obras capturan de manera asombrosa el espíritu de la época y me ayudaron a comprender el Londres de Meg.

A todos en Mslexia, por las oportunidades que creáis, la sensación de comunidad que hacéis posible y por desmitificar y democratizar el proceso de escribir. A Jo Unwin, Marianne Tatepo y, por supuesto, a Hilary Mantel, cuya generosidad con los escritores noveles era legendaria. Aún me emociono al recordar que no solo leyó el libro, sino que le gustó.

A Charlotte Mendelson, de Curtis Brown Creative, y a mi maravilloso grupo de colegas escritores. Sinceramente, no creo que me hubiera atrevido a terminar el libro sin vuestra camaradería, vuestro humor, vuestras sugerencias y vuestro apoyo constantes. Gracias en particular a Ally Zetterberg, Becky Alexander, Fabian Foley, Abi Graham, Jenni Lieberman y Roisin O'Donnell por leer los primeros borradores.

A Rachel Widdowson, por aconsejarme directamente que escribiera una novela. A Hannah Ruthven, Debbie Martin, Rosamond Martin, Cressida Johnson, Jade Townsend, Paul Melody, Noelle Woosley. A veces la escritura es como una batalla constante con esa voz dentro de tu cabeza que te dice que no tienes nada que contar. Vosotros me ayudáis a silenciarla con vuestra constancia y vuestra lealtad. Espero hacer lo mismo por vosotros. A mi familia, en especial a mi madre, quien se sacrificó, como hace a menudo, para ayudarme a costear un curso de escritura de novela cuando no podía permitírmelo. Gracias a Toddy, siempre dispuesto a hacer un viaje de investigación, paraguas en mano, por tu fe inquebrantable en mí durante los altibajos de la escritura de este libro.

A Kit y Rose, que me hacen reír cada día y que son, a fin de cuentas, lo más importante.

Y a mi perro Ernest, que no me ha ayudado en absoluto.

ALBA CONTEMPORÁNEA
Colección dirigida por Manuel Guedán
Título original: *The Painter's Daughters*
© Emily Howes, 2024
© De la traducción: Laura Vidal
© De esta edición: ALBA EDITORIAL, s.l.u.
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es
Diseño: Pepe Moll de Alba
ISBN 978 – 84 – 1178 – 066 – 7
Realización editorial: La Letra, S. L.
Conversión a formato diggital: Estudio eBook

ALBA

ALBA es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo XX), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es

notes

Notas a pie de página

[1] Nombre popular del Royal Hospital of Saint Mary of Bethlehem, fundado en el siglo XIII y primero de Inglaterra destinado a enfermos mentales. *[Esta nota y las siguientes son de la traductora.]*

[2] Canción con la que concluye la comedia de Shakespeare, *Twelfth Night*, título que ha recibido distintas traducciones, entre ellas *Noche de Reyes, Noche de Epifanía* o *La duodécima noche*. Esta cita está tomada de la traducción de Ángel-Luis Pujante, Espasa, Barcelona, 2006.

[3] Joshua Kirby (1716 – 1774), nacido en Suffolk, igual que Thomas Gainsborough, fue paisajista, dibujante topográfico, experto en perspectiva y profesor de dibujo de Jorge III cuando aún era príncipe de Gales.